

World of Darkness - Mundo de Tinieblas
LA SOMBRA DE LUCIFER
(Grupo: "Demonio", Antología)

Lucifer's Shadow
Traducción: Antonio Calvario

- [Phillippe Boule (editor)] - **PRÓLOGO**
[Michael B. Lee] - **MEDIANOCHE EN EL JARDÍN**
[Myranda Kalis] - **TODAS LAS COSAS BUENAS**
[Ellen Porter Kiley] - **EL TIGRE POR LA COLA**
[Sarah Roark] - **LO QUE NOS COBIJA**
[Greg Stolze] - **EL AZUCAR DEL DIABLO**
[Diane Piron-Geilman] - **SE DETUVO CORTESMENTE POR MI**
[Carl Bowen] - **UNA OBLIGACIÓN LEGÍTIMA**
[Lucien Soulban] - **CASITAS DE CAMELO**
[Matthew McFarland] - **PLANTADA**
[Adam Tinworth] - **TOMAR SU NOMBRE EN VANO**

PRÓLOGO

*Al principio
sólo había tinieblas.
Dijo Dios: "Hágase la luz"
Y la luz se hizo
Y vio Dios que era buena la luz.*

Elohim

ANGELES

Nosotros nacimos en esos primeros días, seres celestiales hechos de esa luz para servir como los instrumentos de Dios el Hacedor.

El primero y el mejor de todos nosotros era Lucifer, puesto que era él quien portaba la luz del Todopoderoso y anunciaba la Creación.

Él era el Lucero del Alba y todos lo seguíamos. Otros colocaron las estrellas en el firmamento, separaron los mares y las tierras, esparcieron las plantas por la tierra y concibieron las primeras bestias. Y esto también fue bueno.

HOMBRE Y MUJER

Entonces Dios dijo: "Háganse el hombre y la mujer". Y se hicieron. Y esto también fue bueno.

Dentro de esas bellas criaturas vertió Dios todo su amor infinito, y nosotros también las amamos. Y Dios nos dijo: "Amadlos y protegedlos, pero no os reveléis a ellos, vosotros ni vuestros misterios". Y esto... esto no fue bueno.

Porque, ¿cómo podíamos amarlos y protegerlos sin enseñarlos? ¿Cómo podíamos verlos dar palos de ciego con los elementos más básicos? Temblaban en los inviernos y temían a la tormenta. Les costaba incluso hacer fuego. No podían hablar, ni cantar ni soñar. Nuestros corazones dolían con el amor que el mismo Dios nos había enseñado, en conflicto con las restricciones que Él mismo había impuesto.

Así que acudimos, como siempre habíamos hecho, al Lucero del Alba. "Lucifer", le dijimos, "¿cómo podemos reconciliar los dos mandatos de Dios? Dínoslo, Portador de la Luz".

REBELIÓN

Tras largo tiempo, el Portador de la Luz respondió. Con voz terrible, dijo: "No podemos. Dios está loco. ¡Debemos rebelarnos contra el Altísimo!".

Un tercio completo de nuestra hueste celestial se agrupó en torno al estandarte de rebelión del Lucero del Alba. De cada una de las siete casas de los Elohim vinieron, y el cielo los maldijo a cada uno de ellos de una forma.

De la Primera Casa (la de Lucifer) vinieron los Namaru, los ángeles de la luz y el fuego. El cielo los marcó como Diablos.

De la Segunda Casa vinieron los Asharu, ángeles guardianes y portadores del hálito de la vida. El cielo los marcó como Azotes.

De la Tercera Casa vinieron los Annunaki, ángeles de la tierra y

extraordinarios artífices de maravillas. El cielo los marcó como Malefactores.

De la Cuarta Casa vinieron los Neberu, ángeles del destino y las estrellas. El cielo los marcó como Perversos.

De la Quinta Casa vinieron los Lammasu, ángeles de la belleza y el amor. El cielo los marcó como Corruptores.

De la Sexta Casa vinieron los Rabisu, ángeles de lo salvaje. El cielo los marcó como Devoradores.

De la Séptima y última Casa vinieron los Halaku, pacientes ángeles de la muerte y la liberación. El cielo los marcó como Verdugos.

Durante mil años la rebelión prosiguió con furia. Construimos una gran ciudad llamada Edén y allí nos revelamos a hombres y mujeres, enseñándoles cosas terribles y maravillosas. Pero, al final, los rebeldes no pudimos resistir contra la hueste. Los Ophanim, aquellos aún leales al Dios Loco, triunfaron. El propio Lucifer el Lucero del Alba se rindió ante Miguel y los demás.

CONDENACIÓN

Nuestro castigo fue terrible. Al habernos rebelado contra Dios, Él que hizo la luz del universo, fuimos condenados a la oscuridad eterna.

El Infierno. El Tártaro. El Abismo. Infinita variedad de nombres para un sitio de total y absoluta nada. Sin carne. Sin estrellas. Sin esperanza. Y lo peor de todo, sin el Lucero del Alba. Porque el primero de nosotros, el que nos había llevado a rebelarnos y había negociado nuestra rendición, no se unió a nosotros en el Infierno.

"¡Traición!", gritaron sin boca algunos.

En el transcurso de la eternidad nuestra cólera informe fue aumentando. Dios el Hacedor nos permitió pagar esa cólera con las almas de los muertos, los mismos humanos que una vez habíamos amado por Su mandato. Era el infierno para los atormentadores tanto como para los atormentados.

LIBERACIÓN

Muy pocos se zafaron de las cadenas de la nada. Treinta y tres veintenas y seis más se desvanecieron del abismo y fueron llamados

los Encadenados. Pero para el resto de nosotros el Infierno era eterno. Hasta la tormenta.

Quizá como señal del advenimiento del Día del Juicio, quizá por las acciones de los Encadenados o quizá por la veleidosa atención del propio Hacedor, unos vientos como nunca habían sido vistos antes atravesaron las barreras que rodeaban al Infierno. Pequeños desgarrones en el tejido de la nada permitieron que algunos de nosotros escapáramos en cantidades sin precedentes.

Llegamos al mundo como almas informes, debilitadas, enloquecidas por los milenios de tormento y perdidas sin un recipiente físico. No obstante, encontramos que había almas más débiles que nosotros; humanos que habían perdido la esperanza o habían sufrido tales traumas que su deseo de vivir se había apagado. Aplastamos esas almas, les robamos sus recuerdos y sus conocimientos e hicimos nuestros sus cuerpos.

Finalmente éramos libres, libres para vengar las afrentas del pasado y esparcir por el mundo el tormento que habíamos sufrido.

REDENCIÓN

Pero para algunos de nosotros no ha sido tan sencillo. Algunos de nosotros hemos encontrado un resquicio de esperanza en el sitio más inesperado, las propias almas que hemos desplazado. En sus recuerdos y emociones hemos recordado lo que significa amar, querer, cantar. Y si podemos recordar esas cosas tras una eternidad en el Abismo, debe haber esperanza para todos nosotros.

Y aun así, nos preguntamos: ¿dónde está el Lucero del Alba?

MEDIANOCHE EN EL JARDIN

[Michael B. Lee]

El edificio de la misión había visto mejores días, igual que la mayor parte del Centro-Sur de Los Ángeles. El edificio de ladrillo rojo parecía haber sido erigido allá en los años treinta, y haber sufrido añadidos desde entonces. La pequeña capilla ahora estaba adyacente a una achaparrada y fea estructura de ladrillo de ceniza que servía como comedor y dormitorio para indigentes de la misión. El rastro conducía hasta aquí. Había rodeado el edificio en coche dos veces para asegurarme, y ambas veces la sensación me había arrastrado hacia esta vieja y cansada iglesia. Había barrotes en las estrechas ventanas y rizos pálidos de pintura vieja donde las pintadas de las bandas callejeras habían sido borradas de las agrietadas y desconchadas paredes. Parecía un lugar poco propicio para hacer entrar el fin del mundo.

Ya hacía tiempo que había pasado la hora en la que los indigentes recibían su ración diaria de pan y oración y se les devolvía a las implacables calles. Con todo, una pareja de hombres observaba desde la escalera del dormitorio, pasándose una bolsa marrón entre ellos y echándome el ojo mientras me aproximaba.

–Bonito coche, señor –dijo uno de ellos ojeando el Porsche y mostrando los raigones amarillentos de sus dientes frontales–. Ojalá esté aquí cuando vuelva.

–Quizá podáis echarle un vistazo por mí –dije, sacando un par de billetes. Una parte de mí se preguntó qué pensaría el hombre si le dijera que un coche robado era la última de mis preocupaciones–. A lo mejor también podéis responderme a un par de preguntas. ¿Quién dirige el albergue?

–El Padre Adams –dijo uno de los hombres, ansioso por su parte del dinero–. Un tipo negro y alto con el pelo gris.

–Un buen hombre. Un gran hombre –terció el transeúnte de los dientes amarillentos–. Lleva años aquí. Pero no lo he visto esta mañana. No estuvo en el desayuno dirigiendo la oración.

–Quizá le surgió algo importante –repliqué yo, sintiendo una oleada de terror frío–. ¿Estuvisteis los dos aquí por la noche?

Ambos hombres asintieron.

–Casi todo el tiempo, al menos –dijo Dientes Amarillentos.

–¿Vino alguien anoche, quizá tarde, después de que se apagaran las luces? ¿A lo mejor un joven?

Los dos hombres parecieron pensativos.

–Sí –dijo Dientes Amarillentos–. Ahora que lo menciona, hubo

alguna clase de jaleo esta noche. Creo que a eso de la una. Me estaba echando un cigarrillo en el váter, y cuando salí había una señora de rodillas en el pasillo abrazando a su delgado chaval. El Padre Adams estaba allí, y ella le estaba hablando; bueno, mejor dicho le estaba suplicando. Con lágrimas corriendo por sus mejillas. El chico estaba hecho un ovillo, temblando y murmurando. Supuse que no sería más que otro yonqui --Dientes Amarillentos inclinó la cabeza interrogativamente--. ¿Amigo suyo?

--Pudiera ser --dije, y les entregué los billetes. Esperaba que los hombres echaran mano de los billetes como perros hambrientos tras un trozo de carne, pero algo en mi expresión los hizo detenerse. Dientes Amarillentos cogió el dinero con cautela, sus hundidas mejillas repentinamente pálidas.

Atravesé el pasillo donde madre e hijo habían estado sólo horas antes y me encontré a un voluntario pasando la fregona por el suelo del comedor. Tras unas pocas rápidas palabras fue a buscar al Padre Adams, dejándome paseando por el suelo de baldosas agrietadas y estudiando los salmos pintados en las paredes de ladrillo de ceniza. El lugar olía a lejía y desinfectante, y las baratas mesas del comedor estaban agujereadas y arañadas por años de duro uso. Éste era el rostro de la Iglesia del siglo XXI.

Pasaron largos minutos antes de que apareciera el Padre Adams. Tal y como lo habían descrito, era alto y delgado, casi de metro noventa, con el pelo gris y grandes ojos negros. La piel alrededor de sus ojos y su boca estaba profundamente arrugada por el cansancio. Parecía soportar alguna carga, que encorvaba sus hombros y reducía su paso.

--¿Puedo ayudarle?

--Recibí una llamada esta madrugada. ¿Tiene usted un joven aquí a su cuidado? --dije poniendo una sonrisa amistosa. Se le veía cansado. Esperé que hiciera suposiciones.

Su rostro se iluminó levemente.

--Creo que esto tiene que ser un récord. La última vez que llamé a los Servicios Sociales tardaron dos semanas en mandar a alguien.

--¿Y cómo está?

El cansancio volvió al rostro del hombre.

--Está... descansando. Supongo que podría decirse. Quizá sería mejor que le dejara echar un vistazo y usted me dijera lo que piensa.

Adams me condujo por una puerta trasera de servicio y un tramo de gastadas escaleras de hormigón hasta la iglesia propiamente dicha.

Se apoyaba en la barandilla metálica de la escalera, y pisaba con cuidado.

–Usted me resulta familiar –dijo, concentrándose en sus movimientos–. ¿Lo he visto antes por aquí?

–Me confunde usted con otra persona –dije.

Cruzamos el umbral de la iglesia. La estancia recubierta de paneles de madera estaba débilmente iluminada, y el suelo enmoquetado amortiguaba nuestros pasos. El lugar tenía cierta clase de raída santidad, como una vestidura que el uso y la edad hubieran desgastado en andrajos brillantes.

–Supongo que usted proviene de algún sitio de los barrios altos -- dijo, volviendo la cabeza--. No hay muchos asistentes sociales que puedan permitirse trajes de sastre.

–Acerca del chico, Padre Adams.

–Por supuesto. Su madre lo trajo esta mañana temprano. Ella ha sido una habitual del refugio durante algunos años, y la conozco bien a ella y a su hijo. El marido es alcohólico y los maltrata, especialmente al hijo. El chico no ha pasado reconocimiento oficial, pero creo que es autista. Es un buen chaval, que Dios lo bendiga. Al menos hasta ayer.

–¿Qué sucedió?

–Bueno, por lo que dijo la madre, su marido se emborrachó y empezó a pegar al chico. Dejó inconsciente al chaval y luego fue a por su esposa. Entonces es cuando supuestamente pasó.

–¿Qué?

Adams hizo una pausa, considerando sus palabras cuidadosamente.

–Ella dijo que, cuando su hijo volvió a levantar la mirada, había un demonio en su interior.

Una vez más sentí algo de miedo.

–¿Por qué dijo un demonio?

El hombre agitó la cabeza.

–Es una persona muy religiosa, debe usted comprenderlo. Y dijo que su hijo gruñó como un lobo y atravesó *volando* la habitación contra su padre. Evidentemente, el hombre está gravemente herido. Ella no quería que su hijo fuera a la cárcel, así que lo trajo aquí con la esperanza de que lo pudiera ayudar. –Adams sacudió la cabeza–. Le dije que haría lo que pudiera, y entonces llamé a los Servicios Sociales. Obviamente, el pobre chico necesita importantes cuidados psiquiátricos.

–¿No ha considerado realizar un exorcismo? –Las palabras se

me escaparon antes de que pudiera detenerlas. El miedo se me metió en los huesos.

Adams me miró incrédulo.

--No, no lo he considerado.

--Por supuesto que no --dije, esforzándome por sonreír.

Ya habíamos atravesado la capilla propiamente dicha y estábamos en la parte trasera de la iglesia, donde estaban las residencias de los sacerdotes. El pasillo parecía poco frecuentado. Parte de mí se preguntó cuánto llevaría el Padre Adams sirviendo solo a la congregación. Posó una mano oscura en un pomo de latón.

--Espero poder llevarlo a un centro estatal hoy mismo, si es posible --dijo--. Mañana es mi último día aquí, compréndalo, así que necesito poner las cosas en orden lo antes posible.

Abrió la puerta. Me encontré invadido por el ansia de rezar. Por mí, por el Padre Adams, por el futuro del mundo. ¿Pero quién había ahí para escucharme?

Unos pocos rayos de sucia y amarillenta luz solar se filtraban por las cortinas que había al otro lado del dormitorio, cayendo sobre la cama y dejando el resto en una profunda oscuridad. Una delgada forma se acurrucaba en un rincón de la habitación, meciéndose sobre sus talones y murmurando en voz baja.

--¿Cómo se llama? --pregunté.

--Miguel --dijo el Padre Adams.

Resistí el impulso de reírme ante la ironía. Parece que ese nombre va a perseguirme hasta el fin de los tiempos.

El Padre Adams se echó a un lado. Anduve hacia Miguel estudiando cada uno de sus movimientos. Me daba la espalda, pero podía ver la tensión en los músculos de los lados de su cuello. Pero no había ninguna sensación de poder, ninguna presencia sobrenatural. Me atreví a tener esperanza.

--Hola, Miguel --dije en voz baja. No prestó atención y siguió mirando las paredes enyesadas manchadas de humedad. Tenía cicatrices viejas en la cara y el cuello, y una mancha de lívida púrpura en la mejilla. Fui a tocarle el hombro, pero me lo pensé mejor--. El Padre Adams dice que lo has pasado bastante mal --seguí--. ¿Te gustaría contármelo?

Sus ojos parpadearon brevemente ante el sonido de mi voz, pero eso fue todo. Siguió murmurando tan bajo que no podía distinguir lo que decía.

--Miguel, ¿puedes oírme?

Seguía sin haber respuesta. Ni sensación de poder, ni ninguna presencia antigua refulgiendo en las profundidades de sus ojos.

–Parece catatónico –le dije al Padre Adams, inseguro acerca de cómo continuar con la charada. Involuntariamente, apoyé la mano en el hombro del chico.

Miguel aulló, arqueó la espalda y lanzó la cabeza hacia atrás.

–¡Libre! –Las palabras salieron como un gruñido líquido, como si una pantera pudiera hablar. El sonido era cualquier cosa menos humano–. *¿Dónde está ese Príncipe de las Mentiras?*

Como un torbellino, el chico saltó, giró en el aire y se agazapó como una araña, con la espalda pegada al rincón del techo. La mandíbula le colgaba y sus ojos brillaban amarillos como los de un lobo. El demonio volvió a aullar:

–¡Maldito sea este condenado lugar! ¡Maldito el que nos traicionó! ¡Lo encontraremos! ¡No puede esconderse!

De repente se alzó un viento fúnebre en la habitación, un hedor a muerte y descomposición. Salté hacia la puerta, gateando mientras lámparas, ceniceros y muebles pequeños quedaban atrapados en un ciclón y eran estrellados contra las paredes.

El Padre Adams salió tambaleándose al pasillo detrás de mí, jadeando ante el hedor. La risa del demonio llenó el aire hasta que una repentina corriente cerró la puerta de un portazo.

Corrí. No sabía adonde iba, sólo que tenía que irme. El Padre Adams gritaba detrás de mí, pero no le hice caso. Lo único que me impulsaba era una enfermiza sensación de miedo y vergüenza, que me empujaba a atravesar una puerta tras otra. *He fracasado una vez más*, repetía la letanía en mi cabeza.

Antes de darme cuenta, me encontré en la diminuta capilla. El aire pesaba en la habitación de techo alto. Si acaso, era más tenebrosa que el resto del edificio. Las altas vidrieras que había frente al viejo crucifijo de madera estaban cubiertas de capas de suciedad, y sólo dejaban pasar algunos rayos rojos. La luz se derramaba como un manto de sangre sobre el congelado sufrimiento del Mesías.

Caí de rodillas, apoyándome en un banco. El Padre Adams estaba justo detrás de mí.

–Dios Padre Nuestro –gimió–. ¿Qué era eso? ¿Qué ha pasado ahí dentro?

–Tenía razón –dije a través de dientes apretados–. La mujer tenía razón. Su hijo está poseído por un demonio. El Infierno ya no retiene a los Caídos. –Quería gritar. Quería hacer saltar el edificio en

pedazos conmigo dentro. Pero el poder no estaba allí. Yo ya me había encargado de eso, ¿no?

Al principio, el Padre Adams no contestó. Cuando lo miré, estaba contemplando fijamente la imagen de Cristo.

--¿Qué podemos hacer? --dijo lastimeramente.

--Matarlo. Y hacerlo rápidamente antes de que el demonio reúna sus fuerzas.

--¡No puede decirlo en serio! --Adams me miraba aterrorizado--.

Sea lo que sea lo que le ha pasado a Miguel, nos necesita.

--Miguel se ha *ido* --grité--. Ya no queda nada más que el demonio. Confíe en mí. --Me costó no reírme. ¿Confiar en mí?

--¡Eso no es cierto! --respondió Adams con los puños cerrados--. Hasta que usted lo tocó era el mismo joven que conozco desde hace años...

Hasta que yo lo toqué.

--¡Entonces expulse al demonio, padre! ¿Usted es el hombre de Dios, no? Acuda a su fe en el Verbo y haga que el demonio se vaya.

Vi como la luz desaparecía de los ojos de Adams. Se dio la vuelta. No esperaba menos.

--¿Quién es usted? --dijo Adams con voz desalentada.

--¿No me conoce? --dije con voz amarga--. Soy el Príncipe de las Mentiras.

--¿Por qué está aquí? --preguntó Adams. Cierta tono de su voz parecía indicar que a lo mejor no quería oír la respuesta.

Estábamos en su pequeña habitación, justo al fondo del pasillo y doblando la esquina de donde se sentaba Miguel con un monstruo enroscado en su corazón. No había hecho intento alguno de irse, aunque cuando pasamos todavía pudimos oír el susurro del viento al otro lado de la puerta.

Adams guardaba una botella de whisky escocés en una caja de zapatos bajo la cama. Su habitación era tan oscura como el resto de la vieja iglesia. Las motas de polvo flotaban perezosamente en los rayos de luz que se filtraban por las gruesas cortinas. Había libros por todas partes, llenando los sombríos rincones de la habitación y derramándose sobre el buró que ocupaba una pared cuya pintura se estaba pelando, frente a la estrecha cama. Los nichos de la vieja mesa estaban llenos de fotos enmarcadas, que mostraban al reverendo y la iglesia en tiempos más jóvenes y más felices.

Acerqué el pequeño vaso a la débil luz. El líquido oscuro se la tragó por completo. Señales y presagios. Parte de mí se preguntaba por qué seguía aquí. Debería haber salido volando hasta las colinas de Hollywood, directo hacia la casa que dominaba la ciudad envuelta por la polución, y haber hecho por el móvil los preparativos para el viaje. Para primera hora de mañana podía estar al otro lado del mundo, fundiéndome entre la muchedumbre somnolienta y empezando de nuevo. Y, aun así, había seguido a Adams hasta su polvorienta celda cuando me había ofrecido una copa. Huir y correr ya no parecía tener mucho sentido.

–Ya lo ha oído allí. Me está llamando.

Adams miraba fijamente su vaso. Si acaso, su rostro parecía incluso más agobiado que antes.

–Si es así, no lo ha reconocido.

–No –dije, y me sorprendí ante la tristeza que sentí–. Pero yo tampoco lo he reconocido. Ya no.

Me dirigió una mirada que era en parte ira y en parte miedo. Adams no quería creerme, pero el demonio dentro de Miguel le había dejado poca elección. Yo conocía demasiado bien esa mirada de inocencia robada.

–Si usted es Satán, ¿por qué no está en el Infierno con el resto?

–Me llamo Lucifer. Le agradecería que lo recordara.

–¿Cuál es la diferencia? –resopló Adams.

–La diferencia entre la fe y la razón, Padre Adams. La única cosa que ha mantenido a salvo a la humanidad durante cientos de años.

–¿Así que ahora afirma ser algún tipo de héroe?

No pude evitar sonreír.

–Oh, no, padre. Soy un villano de la peor especie: el que comete los actos más atroces porque sabe que su causa es justa.

–No ha respondido a mi pregunta. Si es quien dice que es, ¿por qué no está en el Infierno?

–¿Quién dice que no lo estoy? –Corté su protesta con un gesto de la mano–. Escúcheme. ¿Cuál es su concepto del Infierno, padre? ¿Lagos ardientes? ¿Fuego y azufre?

–El Infierno es la ausencia de Dios –replicó Adams, con más fuego del que yo esperaba.

–Lo dice como si supiera cómo es la presencia del Todopoderoso –dije, incapaz de contener el sarcasmo–. Usted no tiene ni idea.

Nunca la ha conocido. –Señalé por la ventana–. Cuando anda por esas calles, ¿se encuentra con Dios en alguna parte? No, se fue hace

mucho. Es su última broma. Primero nos castiga a mí y a mis hermanos por violar Su ley, y luego se lava las manos. --Agité el líquido oscuro que había en mi vaso y aspiré su fuerte aroma--. Vi como mis hermanos y hermanas marchaban al Tártaro, pero cuando llegó mi turno, Él me cerró la puerta en las narices y me dejó atrás para que viera morir al mundo. --Me bebí el escocés de un trago--. Ausencia de Dios.

--Y aun así, usted quiere que yo envíe a ese... demonio de ahí de vuelta al infierno.

--Sí --dije, y me odié por ello--. No hay elección. Llevan tanto tiempo en las tinieblas que ya sólo conocen el odio y la locura. Ya vio la cosa de ahí dentro. ¿Ve la exquisita crueldad en funcionamiento? Éramos ángeles, padre, hasta su Biblia lo dice. ¿Cree que romperíamos nuestros juramentos con el Cielo por algo tan nimio como la envidia? No. Hicimos lo que nuestro amor nos dijo que era necesario hacer. Pero el amor despechado se convierte en odio en muy poco tiempo. Dios quiere que mis hermanos se alcen y completen nuestra condenación, destruyendo la misma cosa por cuya posesión nos condenamos. --Moví el vaso entre mis manos, sintiendo como el alcohol quemaba mi garganta--. ¿Sabe usted en qué me convierte eso, padre?

--¿En qué?

--En el carcelero del Infierno. Por el bien de mis hermanos y del mundo al que amaron debo mantenerlos en el tormento eterno, donde al menos no pueden hacer daño. ¿No son maravillosas las obras de Dios? --Arrojé el vaso con todas mis fuerzas. Dio contra la pared y estalló en un centenar de añicos--. Es un trabajo celestial, padre. He estado enroscado como un gusano en el corazón de la humanidad durante cientos de años, envenenando su alma colectiva. Porque si los humanos dejan de creer en lo divino, por extensión dejarán de creer en lo infernal, y si no creen en los demonios, estos se quedarán encerrados para siempre en el Tártaro. Todo lo que he hecho, todo lo que usted pueda imaginarse acerca de mí y más, padre, lo he hecho para mantenerlos a salvo.

Adams negó con la cabeza.

--Si es así, parece que ha fracasado usted.

--Me temo que tiene razón --respiré hondo--. Ahora puede ver por qué vine. Oí la llamada y tuve que venir a comprobar si era cierta. Y ahora sabe por qué tiene que morir el chico.

El reverendo me miró fijamente, con expresión inescrutable.

Lentamente, con deliberación, dejó su vaso.

--No.

--No estoy jugando, padre.

--Ni yo. Aunque todo lo que usted ha dicho fuera cierto, y no tengo razón alguna para pensar que lo sea, no lo haría. Soy un siervo del Señor. Defiendo a los inocentes, no los condeno. Mi deber es salvar a ese chico, no importa lo que usted diga.

--¡No hay nada que salvar! --grité--. Ya es tarde para él. Su alma murió poco a poco a manos de su padre. El demonio se ha limitado a apoderarse de su cuerpo y de su mente. Es un cascarón vacío. Así es como funcionan estas cosas. Salen del Abismo y necesitan cuerpos. Los únicos de los que pueden apoderarse son de los que están demasiado debilitados para oponer resistencia. Gente como ese chaval.

--Quizá sí, o quizá no --dijo Adams--. Tengo que intentarlo.

--¿Intentar qué? ¿Exorcizarlo? ¿Expulsar al demonio por virtud de su Fe? Usted y yo sabemos que no está por la labor. --Adams se irguió con la mandíbula apretada, pero pude ver la duda en sus ojos--. Dígame la verdad, padre. Los sacerdotes no se retiran. Especialmente no a su edad. --Miré con serenidad su rostro arrugado--. ¿Está enfermo, no? ¿Qué es? ¿Cáncer?

--Sí --dijo--. El doctor dice que me quedan dos, tres meses. -- Ahora era su turno de hablar amargamente--. Dijeron que podían haberlo cogido a tiempo, pero nunca encontraba tiempo para ir al médico.

--¿Demasiado ocupado haciendo el trabajo del Señor, eh? --gruñí--. Bienvenido al club. --Me agaché y cogí la caja de zapatos en la que guardaba el bourbon; saqué dos frascos llenos de pastillas--. No me mienta, padre. Se estaba preparando para bajar los brazos y rendirse.

--Sí, lo estaba. Llevo mucho tiempo enfadado con Dios --dijo--. He empezado a pensar que no existe realmente. ¿Cómo si no podía haberme pasado esto?

--No existe. Se ha ido.

--Eso dice usted. Y eso me hace pensar que quizá la intención era que perseverásemos en su ausencia. ¿No es ése el objeto de la fe? ¿Crear en algo más grande que uno mismo incluso cuando su existencia no es evidente? Ha afirmado usted estar protegiendo a la humanidad estrangulando nuestra fe. ¿Qué pasa si tú eres el monstruo. Lucifer, en vez de los espíritus que mantienes encerrados en el Tártaro?

–Sin mí, el mundo se habría acabado hace mucho.
–Todo se acaba. Pronto acabará mi vida. ¿Qué hay después?
–Yo... no lo sé.
–Entonces supongo que no eres tan condenadamente listo después de todo --dijo Adams poniéndose de pie cansinamente--. Ahora aparta de mi camino, tengo trabajo que hacer.

No tuvo ninguna oportunidad.

La fe no consiste en pronunciar una oración y esperar lo mejor. Consiste en *saber* que, cuando saltes por el precipicio, volarás. La humanidad no puede volar. Llevo años diciéndolo.

Adams atravesó el pasillo y abrió la puerta hacia la pesadilla. Su rostro oscuro fue golpeado por una ráfaga de aire tan nauseabundo que casi lo hizo postrarse de rodillas. Al ver al sacerdote el demonio volvió a aullar, gritando su odio. Adams aguantó, gritando al viento palabras de las escrituras. Todo ello se perdió en la furia de mi hermano.

Y a pesar de todo, sentí que en su interior se encendía la chispa. ¿Quién no creería al menos un poco frente a tal horror? Hizo rielar el aire, una energía que mi hermano y yo sentimos simultáneamente. Bebió de ella, y sentí como la tormenta ganaba fuerza. Tímidamente la toqué. Tamborileó en mi pecho, como las alas agitándose.

Soy un ángel. Una vez toqué el rostro de Dios.

Yo sé volar.

Llegué al umbral de la puerta en un solo latido. El demonio se cernía sobre el Padre Adams, pero cuando me vio, abrió los ojos de par en par.

–¡VADE RETRO! --grité, y el demonio se fue con un chillido.

La tierra tembló.

Los sentí alzarse por toda la ciudad. Espíritus poderosos agitados por la fuerza de mi grito. Uno golpeó a la tierra con la fuerza de su voluntad, y la Ciudad de Ángeles tembló. Sentí su odio, los eones de oscuridad clamando venganza. Yo no los conocí, pero ellos me conocieron de nuevo.

Más allá de ellos sentí decenas de espíritus menores, aún débiles, aún buscando sus alas, pillados desprevenidos en el tumulto. Me maravillé ante el espectáculo. Ciertamente se habían roto las puertas

del Infierno. ¿Cuánto tiempo llevaban libres los Caídos? ¿Cómo podía haber estado tan ciego?

–Es el fin del mundo –dijo en el silencio.

El silencio era ensordecedor tras el gemido torturado de la tierra. El polvo de yeso flotaba en el aire, y en la distancia ya podía oír el sonido de las sirenas.

–Quizá –dijo Adams, poniéndose de pie a duras penas. Se abrió paso a través del paisaje de muebles rotos hasta donde yacía Miguel. Al tocarlo el reverendo, el chico abrió los ojos y emitió un largo y cansado suspiro. El hombre moribundo volvió sus ojos hacia mí—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

Había mantenido al mundo en tinieblas demasiado tiempo, temeroso de lo que pudiera venir.

–Voy a encender un fuego.

TODAS LAS COSAS BUENAS **[Myranda Kalis]**

El aire era frío y húmedo, con un regusto a relámpago y un distante olor a humo y sangre. La tormenta que había pasado se había llevado poco de eso, aunque había limpiado el cielo de nubes por primera vez en semanas. En el firmamento las estrellas brillaban nítidas y claras, más de lo que el ojo humano podía percibir. Él tenía pocas dudas de que en las azoteas de la ciudad los astrólogos ya se estaban reuniendo para leer los presagios, con la esperanza desesperada de que alguno de ellos viera algo que se le hubiera pasado a los demás, algo que les diera esperanza, que les mostrara que el fin no estaba por caer sobre todos ellos.

Él no se les unió.

Había leído las estrellas hacía semanas, antes de que los cielos

quedaran cubiertos por las nubes de ceniza de la tierra en llamas. Le dijo a su señor lo que había percibido. El frío conocimiento se había aposentado en sus huesos y no lo había abandonado.

No había esperanza escrita en los cielos.

Se alzó en la aguja más alta de la ciudad y, en vez de mirar hacia arriba, miró hacia abajo.

La ciudad se extendía bajo él, un singular artefacto de oscura y brillante belleza. En tanto reflejo de su hacedor era perfecta, con sus amplias avenidas y serpenteantes callejones, sus estructuras grandes y pequeñas. Era, como mínimo, estéticamente satisfactoria, de una forma en la que la mayoría de las ciudades no lo eran.

Y era más que eso. Se preguntó cómo podía llevar viviendo allí mil años y no haberse dado cuenta hasta ahora.

La mano de Christopher McAllister cayó sobre el despertador dos segundos antes de que saltara. De todos modos ya era tarde. Una vez que abrió los ojos, no tenía sentido siquiera intentarlo; los sueños se iban así de rápido. Éste no fue una excepción, y los detalles se escurrieron antes de que pudiera echarles un vistazo, difuminándose como un dibujo con tiza bajo la lluvia. Se tragó el desasosiego y la frustración que esto generaba y se sentó. A su lado, Kira dormía completamente ignorante.

La gata se anunció con un profundo ¡MMRRRRRRRRRRRAH! y saltó desde el suelo de su dormitorio prácticamente hasta su regazo, rozando enfáticamente su trasero contra el pecho de él. Chris accedió a sus demandas y la acarició concienzudamente. Ella arqueó la espalda, esponjó su pelaje de color amarillo arena y bajó de un salto, saliendo disparada hacia la cocina.

Chris se inclinó y presionó con los dedos el montón de mantas con forma humanoide que había a su lado, en el punto adecuado de las costillas. El montón gruñó en voz baja.

–Kira, amor mío. Tu gata quiere el desayuno...

Un murmullo amortiguado, que sonó vagamente:

–Pues dáselo.

–Un día voy a hacer que saques tu perezoso culo de la cama y le des de comer tú misma a ese animal hambriento. –Se inclinó, volvió a poner la alarma del reloj para media hora después y luego bajó de la cama.

Fígaro recibió lo de siempre. Chris puso el café a hacerse, comprobó el calendario que había pegado al frigorífico y se dio cuenta de que necesitaba ducharse, puesto que había una reunión de personal prevista para esa mañana. Decidió, tras despegarse de la camiseta con la que solía dormir, que eso no iba a durar ni un día más. Hizo una nota mental para hostigar a Kira y que lavara la ropa de una vez, ya que el cesto de la ropa sucia estaba desarrollando su propio ecosistema a gran velocidad.

Tras inspeccionar el contenido del armarito del baño, se dio cuenta de que el único jabón que quedaba en todo el apartamento era el producto de los experimentos de la madre de Kira con la aromaterapia, otorgado en forma de regalo de cumpleaños el año pasado. Decidió que oler a pino balsámico y heno fresco no deterioraría seriamente sus posibilidades de contratar un auxiliar de biblioteca para después de las vacaciones de Navidad. Para cuando hubo acabado de ducharse, pudo oír que el despertador volvía a saltar. Astutamente se echó a un lado, justo a tiempo de evitar un portazo cuando Kira abrió la puerta del baño de una patada.

–Hueles como un árbol de Navidad –le informó Kira, con su habitual genio mañanero firmemente en su sitio. No era una persona madrugadora, y se negaba de forma agresiva a comprender que alguien pudiera serlo.

–Y tú también lo harás. –Chris le dedicó la sonrisa más odiosamente alegre de su repertorio, se inclinó y le besó la mejilla—. Sólo nos queda el jabón de tu madre. Quizá deberíamos ir de compras.

Kira gimoteó y entró en la ducha, cerrando la mampara. Chris sacudió la cabeza, divertido. Se cepilló los dientes (dejando deliberadamente abierta el agua caliente justo lo suficiente para proporcionar a Kira un estimulante y gélido refresco matutino) y domó el desastre –castaño cobrizo, rebelde de nacimiento– que tenía adherido a la cabeza. Por suerte, quedaban justo las suficientes ropas presentables en el armario para permitirle sobrellevar los próximos días. Estaba terminándose su segunda taza de café cuando June Shiratori, la hermana mayor de Kira, llegó con su pequeño Honda rojo y tocó el claxon. Hacía dieciocho meses que le habían retirado el permiso de conducir del estado de California, y desde entonces iban juntos a trabajar a la UCLA*. [**Nota del T. – Universidad de California, Los Ángeles*]

June ojeó la caja de libros, papeles y disquetes de ordenador con

arcanas etiquetas que Chris llevaba consigo esa mañana.

–¿Trabajando de nuevo en esa conferencia, eh?

–Intentándolo, en todo caso.

–Ay, mi amigo el superempollón.

–Y eso lo dice la mujer que tiene dos licenciaturas, una en Ciencias de la Información y otra en Informática.

–Sí, pero esas son dos materias para empollones *respetables*.

Todo el mundo lo sabe. Tú estás haciendo el doctorado sobre archivos y conservación.

–Bueno, eso sólo quiere decir que sé que las bibliotecas contienen todo el conocimiento humano, y quiero estar entre los pocos elegidos que saben donde está escondido lo mejor.

June se rió todo el camino de subida por la Escalera Janss hasta el interior de la Biblioteca Powell. Se separaron en la entrada principal, ella hacia el laboratorio multimedia y él hacia el ala de consulta, donde fue inmediatamente asediado por dos alumnos de primer año que no conseguían navegar por la red informática de la biblioteca universitaria a tiempo para acabar su trabajo trimestral.

Algo acerca de la calidad del silencio en el ala de consulta hizo que Chris levantara la mirada de la pila de libros sin sellar en la que estaba trabajando. O mejor dicho, fue la repentina calidad del silencio. Algo había estado haciendo ruido, no un ruido fuerte, sino bajo y constante, y ahora que ya no estaba lo echaba de menos. Asomó la cabeza por encima del mostrador principal y miró a su alrededor.

Había una chica sentada casi frente a él, mirándolo.

Dio un respingo, sobresaltado; no había visto ni oído entrar a nadie más. Aunque los nuevos mostradores tapaban la vista, la sala tenía una maravillosa acústica aderezada con la poco servicial tendencia a hacer que los ruidos parecieran más fuertes de lo que eran. Los pasos, por ejemplo.

Estaba sentada en la mesa más cercana al mostrador, reposando los pies en el asiento de la silla que había frente a ella, apoyando su peso sobre los brazos. Se dio cuenta de que su primera impresión de ella como "chica" no estaba muy alejada de la realidad. Probablemente tenía catorce años, quince como mucho, y estaba bendecida con la absoluta falta de timidez de los adolescentes. Llevaba el pelo negro corto y desordenado, teñido con manchas de un rojo antinaturalmente

brillante repartidas al azar. Parecía estar en mitad de un periodo de crecimiento. Sus mejillas y la barbilla conservaban algún resto de la gordura infantil, pero el resto era delgado. Algo acerca de ella le resultó instantáneamente familiar, algo en la forma de comportarse, una agresividad adolescente escrita en cada movimiento.

Se dio cuenta de que no era muy profesional quedarse allí mirándola como un pasmarote.

–¿Señorita? ¿Puedo ayudarla en algo?

El sol salió de entre las nubes y sus rayos dieron donde ella se sentaba. Sus ojos negros se encontraron con los de él, y Chris no pudo apartar la mirada.

Los labios de ella se movieron. Él oyó su voz levemente ronca, pronunciando palabras en un idioma tan melodioso que casi no era habla sino canción. Por unos momentos, todo lo que pudo hacer fue mirarla fijamente mientras ese maravilloso sonido se derramaba de su lengua. Y para su asombro, eso también le resultaba familiar. Ese tono suavemente provocador que usaba pertenecía a un amigo largo tiempo perdido saludando a otro, y eso le parecía lo *correcto*.

–Lo siento, señorita, yo no... –Iba a decir que no hablaba español, pero se detuvo porque eso no era cierto. *Sí* hablaba español, y ese idioma no lo era. Había un toque de español en algunos de los sonidos, pero también había rastros de otras cosas: las precisas inflexiones del latín y el japonés, toques de vocales del francés... Negó con la cabeza, apartando la vista de ella por primera vez en minutos—. No la entiendo.

La chica emitió un ruido sobresaltado, incrédulo. Él volvió a mirarla y ahora ella lo contemplaba fijamente, como si le hubiera crecido otra cabeza. Bajó de su asiento de un salto y se le acercó con una determinación tan abierta, escrita en el rostro, que Chris temió que fuera a pegarle. En vez de eso, ella alargó la mano sobre el mostrador y le hincó el dedo bruscamente. Su tono de voz pasó de dulce a seco. El idioma también cambió, adquiriendo las cualidades más duras del alemán o el eslavo, guturales tonos graves y consonantes sibilantes. Él reconocía una acusación cuando la oía.

Chris levantó las manos.

–Realmente lo siento, no te comprendo. –Pensó rápidamente, dudando sobre cómo preguntarle si hablaba inglés de una forma que no sonara paternalista.

No tuvo la oportunidad. En vez de saltar el mostrador como él empezaba a temer que hiciera, retrocedió. Chris pensó, por un

segundo, que parecía ofendida. Entonces la chica se fue, pasando junto a las bajas estanterías de consulta, moviéndose con una fluida y atlética gracilidad.

–¡Eh, espera! ¡Estoy seguro de que habrá alguien que pueda ayudarte!

Ella lo ignoró mientras esquivaba las mesas y las estanterías bajas. Él salió de detrás del mostrador y fue tras ella, esforzándose por alcanzarla. La chica rodeó una de las estanterías más altas dedicadas a las revistas; algo en la posición de sus hombros le hizo temer que la derribara.

Para cuando llegó a las estanterías de publicaciones periódicas, la chica había desaparecido, y diez minutos buscando por la sala de lectura no revelaron rastro alguno de ella. Nadie en el mostrador de entrada la había visto entrar ni salir. Volvió a la sala de consultas sintiéndose en un punto intermedio entre estúpido e incompetente, se detuvo y luego fue a la mesa donde la joven había estado sentada. Allí había una sola hoja de papel y un lápiz. No podía recordar si eso estaba con anterioridad, pero se dio cuenta de cuál era el sonido que había perturbado su concentración.

Era un dibujo. Dos círculos, uno dentro de otro. Tenía que haberlo dibujado a ojo, e incluso así la separación y la proporción de las formas eran casi perfectas. Entre los dos círculos corría una serie de garabatos: le recordaron el alfabeto arábigo o el hebreo, y en el centro estaba la imagen estilizada de un animal de algún tipo. Cuernos, colmillos... algo en el modo en que había dibujado y sombreado la piel sugería escamas. Cerró los ojos y la imagen pasó destellando por el interior de sus párpados, retorciéndose como una serpiente que se estuviera enroscando. Abrió los ojos y miró fijamente el dibujo. La forma en la que fluían las letras atraía los ojos alrededor de los círculos y luego a la bestia del centro, sin importar las vueltas que le daba a la hoja.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Agitó sus manos y la página con ellas, y el dibujo también pareció moverse como reptando en el sentido opuesto a las manecillas del reloj. Atraía sus ojos, haciéndolos seguirlo. Sintió moverse sus labios formando sonidos, mientras algo acerca de todo aquello se hacía familiar.

–¿Sr. McAllister?

Parpadeó. Cuando volvió a mirar, el dibujo había dejado de moverse.

Chris abrió la puerta del apartamento, deleitándose más allá de toda lógica al encontrarse el salón exactamente como lo había dejado. El desorden habitual de libros cubría la mesa. El rincón de los ordenadores contenía un par de PC sepultados por los libros que no habían completado su migración. Fígaro ocupaba el sofá, enredada en el edredón estampado que la madre de Kira les había regalado la pasada navidad. Su *¿Mrrt?* de saludo pareció más interrogativo de lo habitual. Cerró la puerta tras de sí y se sentó, subiéndosela al regazo para una sesión de caricias.

De algún modo, acariciar a Fígaro lo hacía sentirse más real. O mejor dicho, mucho más en contacto con la realidad de lo que había estado las últimas horas. Hacer la cena le ayudó incluso más, aunque el acto de trocear un pollo para saltearlo le hacía cuestionarse un tanto las cosas que encontraba reconfortantes. Lo siguieron varias piezas de verdura fresca; para cuando estuvo preparado para empezar con el jengibre, el entusiasta *Mrrrrrt* de Fígaro y el tintineo de las llaves anunciaron la llegada de Kira.

–HooOOOOgar. –La puerta golpeó contra la pared, seguida de cerca por el golpe de la mochila de Kira al dar contra el suelo.

A Chris se le aflojaron un poco las rodillas ante la perfecta cotidianidad de todo. Kira asomó la cara por el marco de la puerta que separaba el salón de la cocina, con la gata envuelta lánguidamente en sus brazos. Sus ojos oscuros se posaron en el wok y los trozos de pollo parcialmente mutilados que había en un cuenco junto a él, luego en la pila de verdura recién destripada y finalmente en Chris; sonrió irónicamente.

–Vaya, tío. Pollo salteado al jengibre. ¿Cómo es eso?

–Demuestra lo bien que me conoces. Si *realmente* quisiera buena comida, pediría pizza. *Mala* pizza. –Dejó el cuchillo, se limpió las manos en un trapo de cocina y se encontró cálidamente abrazado, con Fígaro emitiendo un sonido de disgusto y escurriéndose para escapar entre ellos. Kira la soltó.

–He tenido un día rarísimo en el trabajo –dijo Chris tras recuperar el aliento.

–Cuéntamelo.

Kira se pasó una mano por el pelo negro y echó un vistazo al jengibre sin cortar que había en la tabla.

–Una chica casi me da un puñetazo.

–Ya sabes lo que digo, cielo, devuélveles el coqueteo y no se lo tomarán tan mal...

–Me estoy aguantando las ganas de pegarte una patada. No fue así. Ella... –Hizo una pausa mientras buscaba las palabras para describir lo que había pasado–. Te va a parecer raro, pero fue como si la conociera. No la había visto antes en mi vida pero... me resultaba completamente familiar, como un amigo de la infancia. ¿Tiene sentido?

–Probablemente mi madre diría que los dos compartís algún profundo y tácito vínculo de autoconocimiento derivado de vuestras múltiples y entrelazadas encarnaciones pasadas, y que deberías buscar a la chica para aprender más de ti mismo. –Kira se dejó caer en la silla que había a su lado y empezó a cortar el jengibre en lonchas del tamaño de una moneda.

–O sea, dicho con otras palabras, no tiene sentido.

–No –Kira le dedicó una amplia sonrisa–. Háblame de ella. ¿La habías visto antes por el campus?

–No. No creo que fuera estudiante. No podía tener más de catorce o quince años. Hispana, creo. Lo realmente raro era su forma de hablar. Tendrías que haber estado allí para apreciarlo realmente. Era como si estuviera cantando y hablando al mismo tiempo.

–Bueno, el español es muy musical.

–Lo sé, pero no era español. Sea lo que sea que hablara, era como todos los idiomas que hayan existido, todos unidos en uno solo. Y eso tampoco tiene sentido. Se molestó mucho conmigo y se fue corriendo cuando no pude comprenderla.

–Sólo porque a primera vista no tenga sentido no quiere decir que no lo tenga del todo –contestó con firmeza Kira, acabando con lo que quedaba del jengibre en un torbellino de cortes–. ¿Se acerca tu cumpleaños, no?

Chris se puso de pie y enchufó el wok eléctrico, añadió aceite de cacahuete y esperó a que Kira desarrollara su línea de pensamiento.

–¿Podría ser una broma? Este último año hemos torturado al pobre Eric hasta el borde de la locura, y posiblemente un poco más allá. –Eric era el compañero de piso y casi novio de June, bendecido con un sentido del humor que le permitía sobrellevar el haber sido bautizado Aethelric Radgar Schwann por unos padres que deberían haber tenido más cuidado con lo que hacían.

–No es imposible. Algunos listillos podrían haber encontrado a alguien que hablara perfecto esperanto y habérmela echado encima.

–Ser bibliotecario es un destino elevado y solitario. Quien sea, posiblemente estará ahora regodeándose en su maligno plan, imaginándote revisando material restringido hasta altas horas de la noche, preguntándote febrilmente cómo podías haber ayudado mejor a aquella clienta.

–Tío, haces que parezca tan romántico...

–Alguien tiene que hacerlo. –Volvió a sonreír ampliamente y estiró las piernas, inclinándose para desenrollarse los vaqueros que llevaba remangados. El resultado fue una lluvia de arena.

–¿Dónde has estado hoy? ¿Saltándote el trabajo en Malibú o algo? –El pollo fue al wok y Chris lo removió enérgicamente.

–Santa Mónica, de hecho. Y el algo era una comprobación de los sistemas de posicionamiento global. Hemos registrado un par de sacudidas en el sistema, anomalías en las lecturas, esa clase de cosas. –Kira tuvo el buen sentido de coger la escoba y el recogedor.

–Palabras sencillas y dibujitos, por favor. –El jengibre se unió al pollo.

–La red GPS ha estado registrando actividad sísmica en sitios donde no ha habido ninguna, o al menos ninguna actividad lo bastante significativa para quedar registrada en el sismógrafo. Sin un terremoto perceptible, tampoco debería haber una deformación perceptible de la corteza, si me sigues. –Kira tiró el contenido del recogedor al cubo de la basura y volvió a limpiarse las manos.

–Nada de nada. ¿Por qué no te das una ducha? Tardaré dos minutos en acabar esto y hacer el arroz...

–Suená bien. –Kira le levantó los rizos castaños de la nuca y le dio allí un beso de pasada—. ¿Sabes...?

–¿Sí?

–Esta noche voy a tener que pasar un par de horas con el ordenador. Sólo he podido salir temprano de Pasadena jurando por la memoria de mis santos abuelos vulcanólogos que iba a trabajar en los mapas de evaluación de riesgo sísmico cuando llegara aquí. –Le dedicó una mirada de cachorrillo—. ¿No tendrías otros planes?

–Esta noche no. Pero mañana se supone que hemos quedado con June y Eric en el jardín japonés. Después de mi cita con el doctor. Apúntatelo. Tatúatelo en algún lugar *visible*.

–Uno de estos días voy a hacerlo oficial y me voy a tatuar en el culo "Propiedad del Instituto Geológico de los Estados Unidos". Gracias, *koishii*, eres el mejor.

–Vaya que si lo soy. Y vas a tener que decirle al Instituto

Geológico que yo te vi primero.

Una vez recuperado el equilibrio mental, Chris cocinó con mejor ánimo, puso la mesa por primera vez en el mes y le dio de comer a Fígaro, sin que pasara nada raro.

--¿Qué es esto...? --llegó la voz de Kira desde la habitación de al lado.

--¿Qué es qué? --Chris asomó la cabeza por la puerta y se detuvo para admirar la visión de Kira recién duchado, sosteniendo una hoja de papel--. ¿Es un truco para hacerme admirar tu aspecto mojado?

--Esta vez no --Kira le dio la vuelta al papel para que pudiera verlo--. ¿De dónde ha salido esto?

Era el dibujo que se había dejado atrás la chica. Chris abrió la boca sorprendido.

--La chica del esperanto... lo dibujó ella. Estaba en la mesa donde se sentaba. --Dudó un poco cuando Kira se lo ofreció, y lo aceptó con cierta prevención--. También estoy casi seguro de haberlo dejado en mi mesa, allí en la biblioteca.

--Estaba justo aquí en la alfombra cuando salí del baño. Estoy segura de que no estaba aquí antes. --Los ojos de Kira se entrecerraron.

--¿Qué crees que es? --preguntó Chris sosteniéndolo con el brazo extendido. Por suerte, permanecía inmóvil.

--Bueno, sé lo que es. Algún tipo de mándala. Hace dos años mi madre pasó por una fase en la que lo único que quería era pintar esas malditas cosas, discutir la geometría sagrada de los lugares y partir de viaje para encontrar el vientre del mundo. --Kira resopló--. Tiembla, posiblemente has atraído la atención de una chiflada de la *New Age*.

--Casi preferiría lo de la broma del esperanto. ¿Y qué hace exactamente un mándala?

--Son herramientas para la meditación, una expresión abstracta de un concepto universal en el que se supone que tienes que pensar intensamente para conseguir la iluminación. --Lo miró fijamente--. Aunque éste es algo diferente del tipo con el que estoy familiarizado. Y esos garabatos alrededor del exterior parecen escritura, ¿no?

--Yo también lo he pensado.

Un siseo los interrumpió. Chris se dio la vuelta y vio a Fígaro agazapada en la puerta, con el pelo erizado hasta casi duplicar su tamaño. Dobló una rodilla y alargó la mano para rascarle detrás de las orejas.

--¿Qué pasa contigo?

La gata gruñó. Chris se asombró; nunca antes había oído gruñir a un gato, y luego gritó sorprendido cuando ella se abalanzó, clavándole los colmillos y las garras en la mano extendida. Lo soltó cuando Kira le arrojó un cojín, retrocedió gruñendo y luego salió como una exhalación.

–¿Estás bien? –Kira cogió la muñeca de Chris y examinó los daños, un mordisco y varios arañazos profundos—. No puedo creer que te haya atacado...

–No pasa nada. –Chris ojeó el mándala donde había caído—. Creo que eso la ha asustado de algún modo.

–Eso es un pedazo de papel. –Uno que, obviamente, estaba pensando en convertir en confeti.

–Espera. Quiero descubrir lo que significa en realidad...

–Posiblemente no significa nada, Chris. Toma, envuélvete la mano en esto, estás sangrando. –Se conformó con arrugar el papel y lanzarlo a la papelería que había junto a la mesa del ordenador. Luego envolvió la mano de Chris con su toalla húmeda.

–Posiblemente no –siguió tozudo Chris–, pero sigo queriendo saberlo.

–Mamá estará fuera de la ciudad hasta el fin de semana. Podemos preguntarle cuando vuelva. ¿Te vale?

–Bueno. –Hizo una mueca cuando Kira apretó su mano con excesivo entusiasmo—. Eso va pegado a algo más. Ten cuidado, por favor.

–¿Sabes qué? Voto por que te untes la mano de crema antibiótica, luego nos comamos esa excelente cena que has preparado y luego hagamos cosas que de ninguna manera, forma o modo inviten a los problemas, porque los dos ya hemos tenido bastantes cosas raras por un día.

–Lo secundo.

Una estrella.

La ciudad estaba dispuesta con la forma de una estrella. Siempre lo había sabido, pero nunca antes había pensado en ello. No había habido razón alguna para pensar en ello. Ese era el sello personal de su propio hacedor, la estrella de ocho puntas; todos sus lugartenientes de confianza la llevaban, algunos incluso en la frente, donde los había besado cuando había aceptado su fidelidad. La mayoría de los

habitantes de la ciudad la incorporaban en algún sitio como muestra de su inquebrantable lealtad. Alargó la mano y se pasó el pulgar por el lóbulo de la oreja, donde él mismo llevaba la estrella, labrada con exquisita habilidad en un ornamento de plata.

Era más que eso. Más que un sello, más que una marca de profunda confianza o lealtad inquebrantable. Sentía la percepción de la estructura formarse en su interior, a un nivel aún por debajo de la lógica.

Miró más de cerca.

Una estrella de ocho puntas, cuatro más largas y cuatro más cortas. Cuatro Grandes, cuatro lugartenientes, cuatro que llevaban la estrella en la frente. Se contuvo siquiera de pensar en sus nombres, no queriendo invitar una conmoción a la que nadie daría la bienvenida en esta hora. Cuatro escuderos, cuatro que servían a cada uno de los Grandes, seres menores que portaban el sello de su amo como parte de su propio nombre.

Cerró los ojos y se encontró con que la imagen florecía en el dorso de sus párpados; un diseño en expansión de puntos e intersecciones, más grandes y más pequeños, uniéndose, separándose, reordenándose de nuevas formas pero sin perder su forma fundamental subyacente.

Sintió una presencia a su espalda, incandescente en su brillo. El regusto a relámpago aumentó. Abrió los ojos y, por un instante, el diseño de la ciudad siguió dando vueltas frente a ellos. Pronunció la pregunta que había en sus pensamientos antes de poder encontrar una razón para no hacerlo.

--¿Por qué, de todos los que estamos aquí en la ciudad, por qué sólo tú crees que no hemos llegado al fin, sino a un nuevo comienzo?

Se despertó bruscamente, y una voz seguía resonando en sus oídos. Estaba mareado y desorientado; miró al techo con la mirada fija y vacía y se preguntó un tanto desesperado dónde estaba. Lo recordó lentamente. En casa. En el apartamento en Palms. Estaba en su dormitorio, en su cama, con su amante durmiendo tranquilamente a su lado.

Soñando. Había estado sonando otra vez. Tenía la garganta seca y el corazón desbocado, pero sólo había sido un sueño. No podía ni siquiera recordar en qué consistía, y no iba a dejar que se le metiera

en la cabeza. Se lo repitió a sí mismo hasta que su corazón se fue tranquilizando del espantado galope. Entonces se dio la vuelta lentamente y se apretó contra la espalda de Kira, le pasó un brazo por la cintura y lo escuchó respirar hasta que el sueño volvió a cerrarle los ojos.

Chris esperó a que Kira se fuera a Pasadena para rescatar el mándala de la papelera, lo alisó lo mejor que pudo y lo dobló cuidadosamente. June llegó pocos minutos después, y Chris debatió consigo mismo si debía discutir los acontecimientos de ayer con ella. De los hermanos Shiratori. June era la más tolerante con las rarezas de la *New Age* a las que les había sometido su madre, pero Chris sospechaba que incluso su tolerancia tenía límites.

Finalmente mantuvo la boca cerrada. Por suerte, durante la mañana hubo poco jaleo y eso le dio la oportunidad de saciar su curiosidad con su ordenador.

Chris descubrió más de lo que hubiera querido saber acerca de la relación entre los mándalas y las prácticas sexuales tántricas. Filtrar los enlaces hacia las páginas web puramente pornográficas o aquellas cuyo contenido había sido fusilado de libros *New Age* fue lo que le llevó más tiempo. Tras eso le quedó un puñado de posibilidades, de las que imprimió unas cuantas bibliografías para su consulta posterior, y tomó varias notas. Mientras recorría una página web dedicada a la simbología dio en el clavo. La estaba recorriendo, entrando al azar en enlaces que parecían interesantes, cuando encontró *Representaciones pictóricas enoquianas*.

Una descarga le recorrió el brazo, y entró en el enlace casi sin pensar. Se cargó lentamente (se titulaba *Sellos y representaciones de las Huestes Sagrada e Impía*) y consistía en imágenes reducidas y pequeños bocadillos de texto. Encontró el mándala cerca del final y lo pinchó con el ratón. Se agrandó, casi idéntico a la imagen que estaba en su poder y titulado *Sello del Mala'ika Sarael (Sariel, Sarakiel, Saraquael), ángel del juicio (caído), escudero de la Gran Bestia llamada Leviatán. (Ver Lilith, Belial, la Gran Sierpe)*. Salió de la página, obligando a sus manos a que no le temblaran, y la dejó marcada para posteriores consultas. Recogió las bibliografías que había impreso y fue a buscar información que pudiera sugerir que no estaba siendo perseguido por un demonio del Infierno de catorce años.

Finalmente recogió a las cuatro, tras pasar los últimos veinte minutos de la jornada dudando sobre si cancelar su cita con el doctor. La última cosa que quería hacer era pasar media hora en la consulta de su psicoanalista asegurándole que su cabeza estaba bien jodida, no mientras se sintiera inseguro haciéndolo con total sinceridad. Por supuesto, eso sólo le supondría tener que cambiar la cita, lo que era una molestia incluso mayor que limitarse a poner la mejor cara posible.

Fue andando. Había menos de una manzana desde la Biblioteca Powell hasta la facultad de Ciencias Exactas, donde su terapeuta tenía la consulta. Mantuvo los ojos abiertos buscando a su seguidora, pero ésta no apareció.

El Dr. Boyer compartía las instalaciones con otra media docena de psicólogos de la universidad. Chris había estado con cada uno de ellos al menos una vez en los últimos dieciocho meses. El que más le gustaba era el Dr. Boyer, por razones que emanaban de su desconfianza innata hacia los médicos que llevaban colas de caballo y chaquetas de pana. Para cuando llegó, la sala de espera estaba vacía excepto por la recepcionista.

–Hola, Anita, ¿qué tal?

–Hola, Chris –la recepcionista levantó la mirada del último ejemplar de *People* y le dedicó una sonrisa–. Como siempre. Traté de contactar contigo antes, pero la chica de la entrada me dijo que habías salido a almorzar. Al doctor Boyer lo llamaron de fuera de la ciudad esta mañana; el Dr. Taylor se va a encargar de todas sus citas de hoy. ¿Te importa?

–Uf, cambiar la cita sería un peñazo. ¿Es nuevo Taylor? No recuerdo haberlo visto antes.

–Lo trasladaron del campus de Berkeley a principios del semestre. Pasa, es la tercera puerta de la izquierda. Le diré que estás aquí.

La tercera puerta de la izquierda era un despacho que antes había estado vacío. Llamó una vez.

–Pase.

El Dr. Taylor tenía una voz muy suave. Chris se fortaleció mentalmente y entró. Era, en esencia, igual que las demás oficinas del edificio, incluso con menos individualidad que la mayoría: un escritorio con una carpeta de papel manila cerrada sobre un secante immaculado, algunas sillas y un archivador en el rincón. No había fotos en las paredes, ni siquiera diplomas, y había una ventana tras el escritorio. El Dr. Taylor estaba de pie junto a ella, en el proceso de

cerrar la persiana. Miró a Chris y le sonrió levemente.

–Buenas tardes, Sr. McAllister. Por favor, siéntese. –Señaló las sillas con una mano con manicura perfecta–. Tengo que pedirle que disculpe mi falta de familiaridad con los detalles concretos de su caso, Sr. McAllister...

–Por favor, llámeme Chris.

–Chris, te pido disculpas. Me temo que no he tenido la oportunidad de revisar por completo tu ficha. –Una sonrisa irresistible y una dentadura casi ofensivamente perfecta–. Si fueras tan amable de ayudarme con esto –cogió la carpeta de papel manila y la abrió– podríamos empezar.

–Por lo que yo sé, esto no es más que una revisión de rutina –contestó Chris–. Llevo varios años en tratamiento por depresión, mi estado médico es estable y no he tenido ninguna recaída desde mi última visita, hace dos meses.

–Sí... veo aquí que has tenido sesiones de terapia de grupo e individual. ¿Estás yendo actualmente a terapia de grupo? –El doctor sacó un cuaderno de notas amarillo y un lápiz.

–No...

–¿Por qué?

Chris se sobresaltó un poco ante una pregunta tan directa. La contestación, totalmente directa y honrada, cayó en respuesta:

–Porque, para empezar, odio hablar de mí mismo, y mucho más enfrente de un grupo de personas que no conozco.

–Ah –el Dr. Taylor hizo una anotación en su bloc–, entonces valoras tu intimidad.

–Sí.

–¿Te definirías como reservado?

–¿Quiere decir antisocial? –replicó Chris irónicamente.

–Si lo prefieres... –El doctor lo miró, con un destello de ojos azul vivo, y luego volvió a mirar su ficha–. Aquí veo que eres el mayor de tres hermanos.

–Cuatro. Mi hermano menor murió en un accidente de natación cuando tenía seis años. –Respiró hondo para apartar el dolor que siempre acompañaba a dicha admisión–. Pero respondiendo a su pregunta anterior, no, no creo ser reservado ni antisocial. Lo que pasa es que no soy muy extravertido.

–Introvertido entonces. ¿Dirías que valoras la lealtad?

Esa también llegó de sopetón. Se obligó a no moverse.

–Por supuesto que sí.

--Según tengo entendido, provienes de un entorno familiar bastante conservador. ¿Cómo definirías tu relación con tu familia? -- Las arcanas anotaciones del doctor se estaban convirtiendo en todo un párrafo. Chris se concentró en no parecer molesto.

--En la actualidad, distantes. Mi padre... no estuvo de acuerdo con mi decisión de no entrar en el ejército, siguiendo la larga tradición familiar. Y estuvo aún más en desacuerdo cuando decidí ir a la universidad en California, en vez de a algún sitio más cercano a casa. Realmente llevamos varios años sin hablarnos. Mi madre ha hecho lo que ha podido para que hiciéramos las paces, pero... --Hizo un gesto resignado--. No voy a disculparme por la vida que he elegido. Ser bibliotecario no es lo mismo que vender heroína a los adolescentes.

--¿Se lo has dicho a tus padres? ¿A tu hermana y a tu hermano superviviente?

Chris decidió que recibir un ladrillazo en la cabeza posiblemente sería menos aturdidor que quince minutos con aquel hombre.

--No. --No se extendió mucho. Tras un momento de silencio, roto sólo por el sonido del lápiz del doctor rascando el papel, añadió a duras penas:-- Como ha dicho, mi entorno familiar es extremadamente conservador. Mi padre es oficial militar de carrera, mi madre es ama de casa profesional, mi hermana está estudiando para enfermera y mi hermano va de camino a la carrera militar. Tres de estos cuatro me consideraron un bicho raro por dedicarme a una carrera tan aparentemente cuestionable como la Biblioteconomía.

--¿Temes que tu familia te rechace si se lo cuentas?

--Usted es asombrosamente directo, ¿lo sabe?

--Me lo han dicho, sí.

Chris se mantuvo en silencio durante un momento.

--Déjeme que le dibuje la escena, doctor. Tengo una imagen mental muy clara de lo que sucedería si alguna vez les digo a mis padres que estoy enamorado de otro hombre. Estamos sentados cenando, posiblemente es Navidad porque hay un jamón asado de por medio, y cuando se lo digo no pasa mucho de inmediato. Mi padre se levanta y se va, pero ésa es la respuesta de mi padre ante cualquier cosa que no quiere oír. Mamá grita y me pregunta si estoy seguro, Joe se harta de decir que lo ha sabido desde siempre, y Jessica me aparta a un lado y me pregunta si mi novio tiene algún hermano guapo. Vuelvo a casa, y durante algunas semanas todo parece normal. Entonces, una noche, una escuadra de paracaidistas de élite echa abajo la puerta, gasea a todo el que está en el apartamento y me lleva

hasta una instalación secreta en Montana donde soy encarcelado sin ningún contacto con el mundo exterior para recibir una extensa reprogramación de nivel militar. Nueve semanas después, emergo como el hijo perfecto de mi padre, incluyendo la profunda ansia de buscar a Claudia Schiffer y aparearme con ella. --Chris se detuvo un instante para controlar su respiración y su amargura--. Sí, doctor, temo bastante que mi familia me rechace si se lo digo. Y por lo que sé, no sería algo raro de esperarse.

--¿Tiene esa... expectativa algo que ver con tu intento de suicidio hace dieciocho meses?

--No creo que vaya a responderle a eso. --Chris estaba de pie cuando el Dr. Taylor levantó la mirada de nuevo hacia él, y el repentino y electrizante contacto lo dejó clavado en el sitio.

--Está anotado aquí en tu ficha; le dijiste al Dr. Boyer que pasabas por un mal momento poco antes de intentarlo. --La voz del doctor adquirió un tono de... No era simpatía, ni compasión.

--Sí. Aunque no veo qué quiere decir...

--¿Tenías miedo, no? Aquí veo que tu amante era mucho más abierto. Discutisteis por lo de contárselo a tu familia, más de una vez, y cuando lo dejasteis...

--Eso no se lo he dicho al Dr. Boyer --dijo con voz ronca.

--Cuando le dijiste que ibas a dejarlo, te amenazó con contárselo a tus padres. De hecho, lo hizo.

--No lo sé. No estoy seguro. --Hizo una pausa, tratando de controlar el ardiente deseo de arrancarle la cabeza al Dr. Taylor y pintar las paredes con su sangre--. Cuando mi madre me visitó mientras me recuperaba en el hospital, ella...

--Ella lo sabía.

--No lo sé. Yo... ¿Porqué demonios estamos teniendo esta conversación?

--Yo diría que porque necesitas hablar.

Chris respiró hondo, se levantó la manga deliberadamente y miró su reloj.

--Lo siento, doctor. Se me ha pasado el tiempo y me temo que tengo que coger un autobús para Bel-Air en unos minutos. Buenos días.

Aquello sonó como una rendición más de lo que había pretendido. Y darle la espalda al doctor le produjo la incómoda sensación de una retirada.

El jardín japonés Hannah Cárter estaba sólo a unas manzanas de la UCLA de Bel-Air. Chris anduvo, con buen cuidado de mantener su mente en blanco. Hacía mucho tiempo que no perdía tanto los estribos. La mayor parte del viaje en autobús la había pasado tratando de parar de temblar de pura rabia, forzando a su estómago y a sus puños a relajarse y a quedarse así.

El paseo ayudó. Para cuando llegó a la alta puerta de madera del jardín, volvía a sentirse civilizado. El jardín ofrecía una poco común velada de observación de la luna otoñal para un grupo selecto de miembros del personal y el profesorado de la universidad. No tenía ni idea de cómo June y Eric habían conseguido entradas para todos ellos, pero se alegraba mucho de que lo hubieran logrado. De los varios jardines japoneses que había visitado prefería aquel, más pequeño, más tradicional que casi todos los demás. Lo atraía algo de su estructura. Aquí se sintió completamente en casa desde el principio.

Subió la escalera principal cubierta de musgo, que ya estaba iluminada con linternas de papel elegantemente pintadas. Ni había visto ni el coche de Kira ni el de June mientras llegaba al jardín. De todos modos, miró a su alrededor buscándolos cuando llegó al puente principal, y pudo ver la plataforma para observar la Luna. Ya había una media docena de personas, agrupadas en parejas o tríos. A primera vista no reconoció a nadie.

Realmente no tenía ganas de mezclarse con gente que no conocía, así que se alejó un poco, esperando a los demás. A medida que llegaba más gente se fue echando a un lado, con la esperanza de ver mejor a los que iban y venían.

Captó un destello de luz por el rabillo del ojo mientras miraba hacia el camino, incluso más hacia un lado de lo que él estaba, en la zona central del jardín. Un brillo dorado se reflejó brevemente en el agua del estanque koi, moviéndose entre el bambú y los pinos de la orilla opuesta. Sabía que entre el follaje serpenteaba un sendero que conducía a una pequeña casita de té. Kira lo había llevado allí al principio de los intentos de June por unirlos, y el recuerdo aún traía una sonrisa a su rostro. Se suponía que aquella parte del jardín estaba cerrada en esos momentos.

¿Alguien llevando una linterna? Fue por el sendero, atravesando un arqueado puente de madera, hasta la base de la elevación cubierta

de pinos. Desde ese ángulo podía ver que, de hecho, la luz salía por las ventanas de la casa de té. Miró hacia atrás por el camino que había andado, sintiéndose ya algo culpable, y luego continuó subiendo los estrechos escalones con tanto cuidado como pudo. Casi estaba totalmente a oscuras. En el cielo sólo quedaba el más leve rastro de luz natural, y la luz que salía por las ventanas de la casita de té realmente no era suficiente para ver.

--¿Hola? --Por otra parte, la casita de té estaba iluminada con claridad, y avanzó rápidamente hacia la puerta--. ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió. Miró al interior, con la esperanza de no estar interrumpiendo nada.

La casa de té estaba vacía. Siguiendo la tradición, era pequeña, apropiada como mucho para unas cinco personas, y contenía poco mobiliario. Una mesa baja, colchonetas tatami y varios cojines planos. Sobre la mesa se encontraba la linterna que creía haber visto, un farolillo de papel pintado con una escena de un dragón serpentino que surgía de un océano encrespado. En el rincón opuesto había un jarrón con flores dispuestas con muy buen gusto; el jarrón también estaba decorado con esbeltos dragones serpentinos de esmalte azul vivo. Entre ambas cosas había un rollo de papel parcialmente desenrollado, un platito de tinta recién preparada y varios pinceles finos.

Chris dejó los zapatos en la puerta y cruzó en calcetines hasta la mesa. Una parte de él le recordaba que había varios caminos que llegaban a la casa de té, pero sólo una entrada. No había visto salir a nadie. Pero, igualmente, tampoco había visto entrar a nadie.

--No creo --dijo dirigiéndose al aire-- que, puesto que ha sido lo bastante amable para traerme aquí y dejarme esto para que lo encuentre, sea también lo bastante amable para salir y explicarme lo que ha pasado estos últimos dos días.

Los grillos trinaron metafóricamente.

--Creo que no --con un suspiro, volvió su atención hacia la mesa.

La tinta no sólo estaba fresca en el platillo: seguía fresca en uno de los pinceles y brillaba débilmente en el propio papel. Había un diagrama de algún tipo dibujado con mano delicada pero firme. Una estrella --*El Lucero del Alba*, le dijo una vocecilla en su cabeza-- se encontraba en el centro. Ocho puntas, cuatro más grandes y cuatro más pequeñas.

Rodeando la estrella, por todas partes, había un cúmulo de mándalas, algunos grandes y otros pequeños. Cada uno de los mándalas grandes había sido pintado a pincel con cuidado y

consumada habilidad. Cada uno de los mándalas menores parecía haber sido bosquejado por la misma mano, usando la punta de una aguja. Le llamó la atención que, en su forma, era muy parecido al jardín que había fuera de la casa de té; rigurosamente ordenado, de bella estructura y todavía un poco salvaje. Casi amenazador. El Lucero del Alba no estaba tanto en el centro de aquella construcción como cercado por ella. Atrapado. Cazado.

Sin sorprenderse realmente, reconoció el mándala del Mala'ika Sarael a la derecha del papel, orbitando uno de los mándalas más grandes en una posición que instintivamente se inclinó a llamar sur. Si el símbolo-bestia de Sarael era serpentino, entonces el símbolo bajo el que se encontraba era puramente draconiano: un dragón ouroboros con anillos tan enroscados que habría hecho que a Escher le sangraran los ojos. A ambos lados del mismo había sendos mándalas. Extrañamente no había cuarto mándala, sino sitio para uno al otro lado de la representación de Sarael; pero estaba en blanco.

Esto le parecía... *mal*, en cierto sentido.

Cogió uno de los pinceles que había sin usar y lo entintó con cuidado. Una parte de él susurraba imperiosamente que no lo hiciera, que no sabía lo que estaba haciendo. La ignoró.

El papel bebió la tinta casi con ansia. Movié el pincel con un trazo rápido, realizando un círculo cerrado. Volvió a mojar el pincel, esperó un momento para que la tinta espesara un poco y tocó el papel con la punta un millón de veces.

Las manchitas picudas que dejó parecían vagamente estrellas. Dibujó una línea temblorosa, conectando dos de las "estrellas". Dos líneas más formaron un triángulo imperfecto. Casi parecían una cabeza conectada a un cuerpo largo y serpentino hecho enteramente de estrellas.

Los Ojos del Dragón. Mis ojos, mi guía.

Entintó de nuevo el pincel y dudó.

Para estar completo necesitaba algo más. Recibir un nombre.

La vista le dio vueltas y todos los mándalas más grandes parecieron rotar sobre su eje, con un rosario de pequeñas líneas relucientes. Cerró los ojos con la esperanza de que se detuvieran. Cuando los volvió a abrir no sólo no se habían detenido sino que la situación había empeorado. Ahora todos los mándalas daban vueltas excepto el que acababa de dibujar. Sólo intentar seguirlo hacía que le lloraran los ojos y le doliera la cabeza, y no tenía otra opción que intentarlo; no podía apartar la mirada, sus ojos rastreaban el diseño, la

danza intrincadamente trabada. Incluso cuando cerraba los ojos la veía dando vueltas de forma incesante en su cabeza, tratando de extraer algo.

Algo que él necesitaba saber.

Algo que estaba intentando decirle.

–¿Chris? –oyó la voz distante; era una voz maravillosa y amada, pero en ese momento no le importaba. No le estaba hablando realmente a él. Ese nombre no tenía poder alguno para mandarlo o llamarlo, ni siquiera era el suyo...

Abrió los ojos, con el pincel aún aferrado en la mano, y volvió a entintarlo.

–¡Chris!

Escribía a toda velocidad, deseando tener algo más pequeño con lo que hacerlo. Sentía las manos agarrotadas y torpes, y tenía la visión nublada con lágrimas de dolor...

–Chris, para. ¿Qué demonios estás haciendo? –Una mano fuerte y encallecida lo agarró por la muñeca y apartó del papel la mano que sostenía el pincel. Un brazo musculoso lo agarró por la cintura.

–Por favor, no, tengo que acabar esto –susurró desesperado, aún incapaz de apartar la mirada. El dolor era horrible, como si le estuvieran clavando un clavo al rojo vivo en medio de la frente, como si le estuvieran atravesando los ojos con agujas dentadas.

El cuerpo que se apretaba contra el suyo se quedó rígido de repente, y luego se tensó. Fue impulsado hacia detrás, lejos de la mesa, y gritó una protesta incoherente cuando le arrancaron el pincel de la mano. Cayó con fuerza de espaldas contra las colchonetas, incapaz de incorporarse; un rostro ansioso y asustado apareció ante sus ojos, a pocos centímetros sobre el suyo propio.

–¿Chris? Por favor, háblame... ¿Estás bien?

–*Ése no es mi nombre...* –sintió como las palabras se derramaban de su boca casi inteligibles, distorsionadas por la ardiente agonía de su cabeza. Vio como el rostro de su amante palidecía y abría los ojos de par en par.

–Chris... No entiendo lo que dices.

–*Ése no es mi nombre...* –volvió a pensar de nuevo, delirante, mientras ese conocimiento golpeaba su cabeza incluso con más fuerza que el diseño que se le estaba incrustando detrás de los ojos. Gimió, en voz baja, y se encontró envuelto por un par de brazos fuertes y fibrosos, acunado, reconfortado. Enterró su rostro en el pecho de Kira e intentó no sollozar demasiado histéricamente.

–Chris, te lo juro, sea lo que sea va a ir bien.

–No, no.

Apenas se dio cuenta de que Kira lo movía un poco para liberar su mano y rebuscar en el interior de su chaqueta. Un segundo después, percibió el sonido de un teléfono móvil marcando un número.

–¿June? Lo he encontrado. Estamos en la casita de té. Por favor, ven y tráete a Eric, ¿vale?

Chris mantuvo los ojos cerrados la mayor parte del trayecto de vuelta al apartamento. Kira conducía como un californiano nativo, y entre eso y el dolor de cabeza, temía seriamente echar el almuerzo si se atrevía a mirar. Las imágenes que giraban vertiginosamente seguían rebotando en el interior de su cabeza y yendo alegremente de acá para allá en el dorso de sus párpados. Y por mucho que se esforzó, no logró que se fueran. Sin embargo, el dolor de cabeza empezaba a remitir a medida que se acercaban a casa. Seguía pareciendo que alguien le había clavado un clavo ferroviario en mitad de la frente, pero al menos ya no le estaban golpeando el cráneo con mazos de ocho kilos.

Kira mantuvo un brazo alrededor de sus hombros durante todo el camino y ocasionalmente murmuraba por lo bajo en japonés, lo que nunca era buena señal por lo que sabía Chris. Cuando aparcaron frente a su edificio, Kira se inclinó y le besó la frente.

–Casa. ¿Crees que puedes llegar bien?

–Sí. Sólo déjame un segundo para despejarme.

June y Eric aparcaron justo detrás de ellos y, con la ayuda de Eric, Chris logró salir del coche y subir la escalera delantera. Kira se hizo cargo cuando entraron en el apartamento. Una vez allí, Chris se encontró empujado a la cama de forma poco ceremoniosa.

–Kira –intentó incorporarse valientemente.

–*Túmbate*, estás hecho unos zorros. –Kira volvió a empujarlo.

–Kira, ese gráfico... era algo importante, estaba tratando de decirme algo. –Chris se preguntaba cómo había logrado alejarse tanto de una existencia totalmente práctica, lógica y normal en tan poco tiempo. Kira decidió no responder a esa afirmación y prefirió quitarle los zapatos, seguidos de cerca por los pantalones y, tras un poco de esfuerzo coordinado entre ambos, la camisa.

–No sé lo que está pasando –dijo finalmente Kira una vez que lo

había arreglado—. Admito que es condenadamente raro, incluso desde mi punto de vista, que admito que es subjetivo. Te está molestando y te está haciendo daño, y eso ya es suficiente para que no me guste.

–Lo siento –empezó a decir Chris desconsoladamente, sólo para ser detenido con un rápido beso.

–No hagas eso. No te disculpes. No es culpa tuya. –Pasó una mano por el pelo de Chris—. Ya hablaremos de esto por la mañana, cuando hayas descansado. Y no digas chorradas de que te sientes con fuerzas para hablar. ¿Quieres algo?

–Una aspirina. Y un poco de agua. Parece que me va a explotar la cabeza en un millar de astillas de metralla sanguinolenta.

–Bueno, no puedes estar muñéndote, todavía eres capaz de pintar vivas imágenes mentales que no me gustaría ver. –Kira se levantó—. Ahora vengo.

Chris cerró los ojos y enterró la cara en la almohada. Cuando volvió Kira, se había dormido.

La noche resplandecía con innumerables puntos de luz estrellada, pero dichas luces no colgaban suspendidas en el firmamento, esparcidas por el cielo en constelaciones que requerían tanta imaginación como habilidad para percibirse. Esas luces cruzaban la tierra a un ritmo que no requería habilidad ni imaginación alguna para que las vieran, en las líneas rectas o curvas de las calles urbanas y las superautopistas, de los edificios de oficinas del centro y de las urbanizaciones cerradas, perfilando la forma y el contorno de una ciudad que se había extendido por su entorno sin ningún plan, sin ninguna inteligencia que la guiara. No tenía ni gracia ni belleza inherente, pero algo en ella le tocó una fibra sensible mientras bajaba la vista para mirarla desde algún lugar elevado.

Algo en su forma fea y sin gracia le recordaba la ciudad perfecta del Lucero del Alba, aunque no podía decir exactamente qué. Suponía que eso no debería sorprenderlo. Después de todo, percibir formas y patrones de las cosas que eran invisibles a simple vista era su función. La intuición y el instinto, la percepción de los elementos aleatorios que moldeaban los acontecimientos, eran sus herramientas.

Dejó que esa consciencia fluyera de él por primera vez en mucho tiempo y permitió que le llegaran las percepciones que le traía.

Al instante sintió la presencia de la Gran Bestia y de sus

hermanos escuderos Sarael y Thahlil. En ese momento la Bestia se encontraba inactiva, reuniendo fuerzas. No obstante, sintió una terrible violencia acumulándose dentro de sus anillos, enroscándose poco a poco, firmemente, alrededor del corazón de la ciudad. Thahlil estaba de guardia, a la diestra de la Bestia, y eso trajo una sonrisa irónica a sus labios; Thahlil había ambicionado ese puesto desde antes de la guerra. Sarael estaba acechando, relativamente cerca, cazando.

Había otros dispersos por ahí: a algunos los conocía por el nombre, otros no le eran tan familiares, y de aquellos sólo otros dos eran verdaderamente fuertes, pero ninguno del mismo orden de magnitud que la Gran Bestia. Un indefinible aire de expectación los envolvía a todos. La sensación impregnaba la ciudad, la noción de que algo iba a suceder...

–¿Chris?

Pero lo que fuera excedía incluso su capacidad de predicción. El miedo se anudó en su estómago, mientras una parte de él consideraba las posibilidades. Sintió una irreparable ruptura de fe y lealtad.

–¡Chris!

Alguien estaba pronunciando su nombre. Casi podía oírlo físicamente. Lo sintió una vez, brevemente, mientras una esquiva presencia pasaba sobre él, examinándolo como él examinaba la situación. Estaba allí y se fue antes de que pudiera echarle el ojo, y eso no lo reconfortó de ninguna manera. Sintió como su concentración empezaba a fragmentarse...

Un par de manos aferraron sus hombros y le dieron una buena sacudida. Se despertó bruscamente, con la garganta seca y los ojos doloridos, completamente desorientado. Un lápiz cayó de su mano cuando la levantó para frotarse los ojos somnolientos, y eso le pareció algo más que un poco raro. Parpadeó rápidamente varias veces, haciéndose con el hecho de que Kira estaba de pie frente a él y de que todavía estaba oscuro.

–¿Qué hora es? No puede ser hora de ir a trabajar. Estoy tan cansado...

La expresión del rostro de Kira era complicada. Pasó por diversas variedades de incredulidad en rápida sucesión, adquirió un leve matiz de miedo y finalmente se convirtió en pura preocupación sin adular por emociones menores.

--Son las cinco y media de la mañana, Chris... ¿Qué has estado haciendo?

--¿Haciendo? Me dejaste en la cama en cuanto llegamos a casa.

Oírse a sí mismo pronunciar las palabras le hizo darse cuenta de que ya no estaba en el dormitorio. Estaba en el salón, sentado en el sofá, con una masa de papeles, libros y lápices esparcidos por la mesa que tenía delante.

Trozos arrancados de un mapa a gran escala del área metropolitana de Los Ángeles, brillantes callejeros obviamente arrancados de la guía de teléfonos y varias páginas que debían de haber salido de un manual de geología se unían a varios mapas de peligro sísmico recién generados por ordenador, para formar un mosaico de la ciudad. Eso ya era bastante raro. Lo que lo hacía cruzar la frontera de lo extraño era el hecho de que todas las páginas tenían algún tipo de mándala dibujado en ellas; algunos enormes, otros diminutos, algunos solos, ocupando una página entera, otros en cúmulos de una media docena de bocetos medianos y pequeños, agrupados juntos.

Chris respiró hondo para calmarse y susurró:

--Yo no he hecho esto --levantó la mirada hacia Kira con el tiempo justo de verlo ocultar la expresión de incomodidad de su rostro--. Kira...

--Cuando llegué, acababas de terminar ése... --Chris reconoció el mapa de la zona de la UCLA que incluía su apartamento, y el mándala que había dibujado ayer, esta vez completo. La serpiente hecha de estrellas y el círculo grabado a su alrededor, rodeado de escritura fluida--. Estabas murmurando algo, y no he entendido una palabra de lo que decías.

--No he podido... --Cerró la boca y miró en silencio a Kira, incapaz de pensar en nada que decir. Kira, tras un momento de devolverle el silencio y la mirada, fue lo bastante caritativo para dejarlo estar; se sentó a su lado y lo atrajo a un fuerte abrazo. Chris se quedó allí un buen rato, con el rostro hundido en el pecho de él, temblando.

--No sé lo que está pasando, Kira --le llevó diez minutos admitir.

--Lo sé. Y yo tampoco sé lo que te está pasando. --Una mano cálida y encallecida se posó en su nuca y la masajeó suavemente--.

Pero lo descubriremos y lo arreglaremos, te lo prometo. Dios, estás hecho polvo, nunca había sentido tu cuello tan tenso...

–¿Qué pasa si no podemos descubrirlo? ¿Si no se puede arreglar? Kira...

–No digas eso. No lo creas ni por un minuto. No te pasa *nada* malo; no es nada de lo que no podamos ocuparnos –Kira respiró hondo–. Vale, éste es mi plan: llamaremos al trabajo para decir que hoy no puedes ir. No discutas. Ahora tienes incluso peor aspecto que hace ocho horas, y no creía que eso fuera posible. Vas a volver a la cama y vas a dormir un rato, y cuando te despiertes vamos a ocuparnos de esto desde un punto de vista más racional. ¿Te parece bien?

–Me parece mejor que mi plan, que tengo que admitir que consistía en sufrir un ataque de nervios bastante importante.

–Comprensible, dadas las circunstancias. Vamos, voy a darte un poco de agua...

Sonó el teléfono. Ambos se detuvieron incrédulos. Kira hizo un gesto con la cabeza en dirección al dormitorio.

–Échate, yo lo cojo.

Al ponerse de pie, Chris descubrió que el vértigo había desaparecido. Su cráneo parecía un jarrón que se hubiera roto en un millar de añicos y luego lo hubieran recompuesto con pegamento barato, pero al menos no iba a tener que moverse a gatas por el apartamento.

–*Tienes* que estar de broma –le llegó la voz de Kira desde la cocina mientras levantaba las mantas y se derrumbaba en la cama, con la mirada perdida en el techo. Chris cerró los ojos y se dejó ir, permitiendo que el cansancio lo fuera sumergiendo en oleadas, arrastrándolo a un estado de confortable entumecimiento. Estaba medio dormido cuando Kira entró, y su peso iba hundiendo su lado de la cama. Chris obligó a sus ojos a abrirse y se encontró con que Kira no parecía muy contento.

–¿Qué pasa?

–Paul quiere que vaya enseguida a Pasadena. Al parecer la red GPS ha estado desatada toda la noche, y quiere que le ayude a analizar el problema. –Un suspiro–. Chris...

–Lo sé, tienes que ir a trabajar –alargó la mano y cogió la de Kira-. Está bien, lo entiendo.

–Llamaré a June y le diré que le diga a Roundtree que tu nuevo auxiliar te ha pegado una infección o algo así. –Le dedicó una rápida

sonrisa que desapareció igual de rápidamente. Se inclinó sobre la cama y acarició dulcemente la mejilla de Chris—. Descansa un poco. Volveré tan pronto como pueda.

–Más vale que Santa Bárbara esté a punto de caerse al Pacífico.

–Y que lo digas.

Chris tuvo un sueño agitado, tenso, sin descanso. Cuando soñó, los sueños fueron cortos y agitados, vividos pero cubiertos de una gruesa capa de irrealidad. Por algún motivo, el muy repelente Dr. Taylor aparecía muy a menudo, al igual que la chica en la que estaba empezando a pensar como Sarael. De forma extraña, el buen doctor estaba hablando con algo que Chris no podía ver. Recibió la impresión de un tamaño enorme, anillos musculosos envueltos de escamas de todas las tonalidades de azul existentes. No podía entender ni palabra de lo que decían. La chica estaba rondando por las calles de la ciudad, esperando, tan tensa e intranquila como él. June fue a verlo cerca de la hora del almuerzo, lo sacó de la duermevela en la que estaba sumido y le obligó a beberse una taza de caldo de pollo antes de dejarlo volver al sueño.

Se despertó por completo unas horas después, cuando la luz de la tarde empezaba a colarse por las ventanas del dormitorio, obligándolo a enfrentarse al hecho de que ninguna cobertura iba a detenerla. A eso y al hecho de que se sentía totalmente mugriento.

La ducha lo ayudó a sentirse un poco más humano. Tomó su medicación y luego se paró un momento para examinarse en el espejo del cuarto de baño. Como Kira le había dicho, estaba hecho unos zorros, con los ojos marrones hundidos y con ojeras oscuras. Se apartó el pelo castaño cobrizo del rostro y descubrió que en algún momento se había dado un golpe en la cabeza. Tenía una contusión vagamente circular en el centro de la frente.

–Maravilloso. Torpe y loco. ¿Y después? ¿Me atropellará un autobús?

Encontró unos vaqueros muy usados, desenterró sus zapatillas deportivas del fondo del armario, se puso una camiseta negra que podía ser suya o de Kira e hizo una salida para enfrentarse al resto del apartamento. Kira había recogido el desastre que él había organizado en la mesa del salón, algo que agradeció. Si cerraba los ojos y pensaba sólo un poco, las imágenes volvían con una facilidad

perturbadora. En la cocina, Chris encontró una nota de June pegada en el frigorífico, informándole de que le había dado de comer a la gata, pero que y una leche les iba a fregar los platos de dos días, gracias.

Eso no importaba, puesto que él tampoco tenía muchas ganas de fregar los platos. La idea de preparar la cena lo atraía incluso menos, y acababa de decidir que Kira seguramente lo perdonaría por pedir la peor pizza disponible cuando sonó el teléfono.

Un rápido vistazo al reloj del microondas le dijo que eran casi las cuatro de la tarde. Cogió el auricular y decidió que, probablemente, no tendría que esforzarse demasiado para sonar patético. Si Roundtree hubiera querido llamar, ya lo hubiera hecho.

—¿Sí?

—Chris —era Kira, y el alivio en su voz se hizo patente de inmediato—. Me alegro de que estés levantado. Quiero que hagas algo *ahora*. Llama a mi hermana y dile que venga enseguida del trabajo a recogerte. Quiero que cojáis algunas cosas...

—¿Qué...?

—*Por favor*, escucha. Quiero que recojáis algunas de vuestras cosas y os vayáis a la casa de mis padres en Sonoma. Ahora. Inmediatamente, si no antes.

Por el teléfono, Chris podía oír los teléfonos sonando al fondo, y varias voces que le resultaban algo familiares hablando todas al mismo tiempo.

—Kira. ¿Qué...?

Los platos que había en el fregadero castañetearon levemente.

—Chris, ahora no tengo tiempo de explicarlo —dijo Kira en el tono de calma tensa que usaba cuando todo el mundo a su alrededor estaba presa del pánico—. Por favor, confía en mí y...

La línea hizo un ruido, un estallido de estática tan repentino y fuerte que Chris se apartó el auricular del oído con un siseo de dolor. Cuando volvió a acercárselo con cautela, se encontró con que la línea estaba muerta; no es que hubieran colgado, sino completamente muerta, sin tono. Le tembló la mano. Alargó la otra y pulsó el botón del receptor.

La línea siguió muerta.

Por un instante, el *aire* pareció contener la respiración. Entonces empezó a retumbar, lentamente.

Chris se lanzó hacia la puerta que había entre la cocina y el salón, y casi lo logró.

La sacudida fue como ninguna de las que había experimentado

antes, y habían sido unas cuantas. Le hizo perder el equilibrio y golpearse fuertemente contra el marco de la puerta. Su aliento abandonó involuntariamente sus pulmones y, por un instante, todo lo que pudo ver fueron los destellos de oscuridad que le tapaban la visión. Cayó al suelo, aturdido, y aguantó lo mejor que pudo.

El grave retumbar se convirtió en un rugido. A través del mismo, a su alrededor, pudo oír cosas cayendo, cosas rompiéndose. El sonido lo golpeaba como un ser vivo, como los anillos de una serpiente de una enormidad titánica y poderosa que se contraían y se retorcían, y al mismo tiempo era una voz, una voz que aullaba cosas que casi podía entender, palabras que golpeaban el interior de su cráneo e intentaban abrirlo.

Estaba llamándolo.

Gritando su nombre.

Las sacudidas de la Gran Bestia hicieron pedazos la tierra, liberando toda la violencia que él había sentido reunirse en un baile de terrible destrucción.

El terremoto se extendió desde su epicentro en ondas que dejaron la devastación a su paso. Él se alzó sobre todo aquello y observó, mudo de conmoción y horror, indefenso de un modo como no lo había estado ni cuando estuvo preso en el Abismo. No había nada que pudiera hacer para detener aquello; ahora era asunto de la propia estructura de la tierra, de la tectónica de placas, las líneas de falla y la resonancia armónica, de la deformación de la corteza, la deriva lateral y la tensión mecánica.

Sintió incontables vidas apagadas en el terrible momento de la primera sacudida. Era media tarde, la hora en la que quedaban vacíos los negocios que cerraban pronto y las oficinas, y todas esas personas estaban en las carreteras cuando comenzó el terremoto. Vio como la mitad de las autovías elevadas de la ciudad, construidas para resistir al "Grande", caían bajo la presión lateral de un terremoto que se desencadenaba no en la Falla de San Andrés, ni en la Falla Newport-Inglewood, sino en media docena de fallas menores, menos vistosas y más profundas, que no dejaban suficiente rastro en la superficie como para tener nombre. Sabía que eso tenía un nombre específico, pero no podía recordar cuál. Todo lo que podía recordar era el sonido de la voz de Kira mientras hablaba de cosas que hubieran hecho que un

Annunaki de la Tercera Casa asintiera con sabiduría y se diera cuenta de que la humanidad no había olvidado todo lo que una vez le habían enseñado. Vio el suelo convertirse en agua en las zonas más próximas al océano. Vio edificios especialmente reforzados derrumbarse por las fuerzas desencadenadas inmediatamente bajo ellos. Vio como las conducciones principales de gas y agua se rompían, y las líneas eléctricas y las antenas de telefonía se colapsaban. Vio arder la ciudad.

Kira y June.

No pudo encontrarlos entre la cacofonía que brotaba de la ciudad rota.

Quería gritar. La Bestia no lo habría oído aunque lo hubiera hecho; la Bestia y todos sus sirvientes juramentados, sus aliados resentidos e involuntarios, estaban de caza. Cazando al Lucero del Alba.

Volvió en sí en una oscuridad tan absoluta que, por un instante, temió haberse quedado ciego. Tardó un momento en sacudirse el pánico instintivo, en contenerlo hasta que se redujo a un nivel manejable. No estaba ciego, conocía la verdadera ceguera; y no era así.

La cabeza le dolía horrores, y el cuerpo le dolía en sitios en los que nunca había pensado que hubiera terminaciones nerviosas, pero esos dolores eran casi ignorables, ya que en sus tiempos los había conocido peores. Levantó la mano y se la pasó por la cabeza, donde el clavo figurado volvía a hundirse en su cráneo, y notó el sello de la Gran Bestia agitándose bajo la punta de sus dedos. Eso era lo que lo había despertado de sopetón. Todavía podía sentir, en lo más profundo de su ser, los ecos de la Bestia llamándolo por su nombre.

Chris se agarró, porque sintió que llegaba una pequeña réplica. Se mantuvo tan inmóvil como pudo mientras las sacudidas hacían temblar los restos del edificio donde se había refugiado. Polvo de yeso y trocitos de ladrillo cayeron del techo. El suelo bajo sus rodillas gruñó de forma alarmante. No duró mucho. El papel crujió bajo sus manos cuando probó a ponerse en pie. *Mal* era la única forma de describir cómo se sentía; estaba mareado, le temblaban las piernas, y el estómago y la garganta le hicieron saber que no había comido ni bebido nada en bastante tiempo.

De pie, pudo ver mejor dónde se encontraba; una pálida iluminación se filtraba por las destrozadas ventanas y el techo parcialmente derrumbado. La biblioteca. Había venido a la biblioteca. Había una decena de libros tirados a sus pies: todos los atlas de referencia de gran formato, mapas de sondeos, páginas arrancadas de enciclopedias, libros de consulta restringida, diccionarios... Se arrodilló y los revisó con el tacto, más que con la vista, seleccionando la media docena de páginas que le parecieron más significativas. Las dobló lo más prietamente que pudo y se las guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Salir de la biblioteca fue una aventura, una vez se dio cuenta de que el suelo se había hundido en algunos sitios y de que lo que quedaba no era precisamente estable. La cúpula se había colapsado, llevándose con ella un buen trozo de suelo. Se abrió paso con cautela, al tanto de posibles derrumbamientos o avalanchas de libros provenientes de sitios locamente inclinados. Cuando logró salir a la Plaza Dickson estaba temblando y sudoroso por el esfuerzo, y buscaba algún sitio donde dejarse caer. Se preguntaba, cansado, cuánto hacía desde que había salido de casa; había perdido por completo la noción del tiempo.

El cráneo le retumbaba con ardientes punzadas. Parecía como si el sello de la Bestia estuviera tratando de atravesarle la cabeza. Enviaba dolorosas descargas de energía por su cuerpo, energizando sus flojos músculos con más eficacia que un combinado de cafeína y adrenalina. Como acto reflejo, avanzó unas pocas zancadas en una dirección que él no había escogido, impulsado a pesar de sí mismo. La única cosa que le impedía echar a correr, zambullirse en el caos y la oscuridad de la ciudad y buscar a Sarael para cazar a su lado, era el hecho de que su cuerpo había llegado al límite. Le cedieron las rodillas y evitó por poco caerse de cara contra el asfalto.

Su cabeza quería *explotar*. La llamada de la Bestia resonaba en su interior. Un faro de odio y locura, del puro y simple deseo de desgarrar y destruir y matar. En ese momento lo único que quería era levantarse y cumplirlo, liberarse de la repulsiva pretensión de humanidad y afirmar lo que era, quemar el mundo y bailar entre las llamas.

No.

No supo de dónde le llegó la fuerza. Obligó al deseo a retroceder y a irse, obligó al velo rojo a dejar su visión, se obligó a mirar a la verdad: no había una gloriosa reivindicación en lo que había sucedido

allí. Aquello no era para lo que le habían creado. Aquello no era para lo que los habían creado a *ninguno* de ellos. No volvería su mano para deshacer aquello que había sido creado para proteger, no mientras quedaran en el mundo cosas dignas de ser salvadas. No lo haría.

Se arrodilló donde estaba durante un buen rato, simplemente recuperándose, a medida que la presión de la llamada fue cediendo. Comprendió, de forma instintiva, que en esos momentos la Bestia tenía mejores cosas que hacer que obligarlo a obedecer, o de lo contrario las consecuencias de su desafío hubieran sido mucho peores. Lentamente, levantó la cabeza y miró a su alrededor. El otro extremo de Dickson, donde se ensanchaba entre las facultades Perloff y Schoenberg, era un hervidero de actividad, así como la fuente de la luz que había visto antes. Allí había varios camiones aparcados con farolas instaladas en la parte trasera. Podía oír el inconfundible sonido de los grupos electrógenos portátiles. Tras una discusión interna, logró convencer a sus endebles rodillas de que podían seguir un poco más, y avanzó a duras penas en dicha dirección. A medida que se fue acercando, pudo distinguir un grupo de tiendas de campaña color verde oliva del ejército, vehículos todo terreno Hummer pintados de camuflaje, no pocas personas uniformadas de rostro serio, y personas de rostro incluso más agitado vestidas de civil. Todos iban de acá para allá, estorbándose mutuamente.

La Guardia Nacional, se dio cuenta, pero sin sorprenderse realmente. Si la situación era la mitad de mala de lo que él había supuesto, la Guardia Nacional llevaría cierto tiempo desplegada. Se preguntó si se dirigía a un hospital de campaña o a un campo de refugiados, y decidió, tras un momento, que sería lo segundo. Sospechaba que si hubiera ido en la dirección contraria, hacia el hospital universitario, se habría encontrado con una escena completamente diferente. Allí la mayoría de la gente estaba bien, aunque un poco conmocionada y llorosa, y deseando haber ido a la universidad de Indiana.

Reconoció algún rostro aquí y allá. Estudiantes. Algunos miembros del profesorado y el personal. June no, ni...

Se detuvo. Sintió un tirón instintivo y se dejó llevar por él, hacia un lado, donde un grupo de tiendas más pequeñas y un equipo portátil de comunicaciones sugería la presencia de un puesto de mando. Había menos civiles en ese extremo, y la actividad estaba bastante más organizada.

Una voz le llegó hasta los oídos y lo atrajo en la dirección de una

de las tiendas más pequeñas.

---...como un metro setenta, quizá unos sesenta y cinco kilos... No sé lo que llevaba puesto, no lo he visto desde esa mañana.

Asomó la cabeza por la solapa de la tienda y echó una ojeada a su alrededor.

Kira estaba sentado junto a una de varias mesas plegables alineadas contra las paredes de la tienda, hablando con un soldado de la Guardia Nacional que tomaba notas, y parecía que llevaba demasiado tiempo haciéndolo. A Chris le costó no postrarse de rodillas y alabar al Señor en ese mismo momento. Se permitió un momento de alegría delirante y entró.

Kira no se dio cuenta inmediatamente, lo que consideró disculpable dadas las circunstancias. Parecía que Kira no se había bañado, cambiado de ropa ni dormido en tres días. La pena y el agotamiento, el miedo y el cansancio emanaban de él de forma casi palpable. Quería poner sus manos sobre esos hombros hundidos y espantar a caricias todo el dolor que sentía. Se conformó con darle una palmadita en uno y disfrutar la mirada que cruzó el rostro de Kira.

El soldado se aclaró la garganta.

--¿He de suponer que usted es Christopher McAllister?

No.

--Podría decirse que sí.

El soldado de la Guardia Nacional los miró de arriba abajo, y luego asintió.

--¿Está herido?

--No tiene importancia. Kira, ¿podemos...?

--¡Sí! --Kira se puso de pie de un salto con una energía que sin duda era pura adrenalina--. Gracias, teniente.

Kira se apoyó en él durante los primeros minutos, algo que no le importó nada en absoluto. Cruzaron Dickson, torcieron al llegar al mástil de la bandera y volvieron en dirección a la biblioteca. Antes de llegar, Kira lo empujó a un lado, encontró un árbol que había escapado indemne, lo apretó contra él y lo besó con tanta fuerza que le hizo perder el aliento. Kira estaba temblando, así que lo envolvió con sus brazos y le acarició la espalda dulcemente.

--Eh... --Más de un año juntos, y nunca antes había visto a Kira llorar de verdad. Hizo que sus propios ojos le ardieran, llenándolo con la necesidad de aliviar y reconfortar--. No pasa nada.

--Pensé que estabas muerto --le susurró Kira pegado a su cuello; él lo abrazó un poco más fuerte--. No tienes ni idea; la mitad de la

manzana se incendió. --Respiró entrecortadamente--. Quiero saber como te libraste...

--No me acuerdo. Creo que me di un golpe en la cabeza... --Lo que era lo bastante cierto. Realmente no se acordaba--. ¿Está bien Fígaro?

--Oh, Dios --Kira no pudo evitar reírse--. Fígaro está en casa de June. Esta vez ha tenido suerte; Van Nuys casi no ha sido afectado; tiene media docena de personas acampadas en el salón, pero nosotros disfrutamos de reserva en la habitación de los invitados. --Levantó la mano y se limpió las lágrimas de los ojos con la palma--. Venga... si nos vamos pronto quizá podamos irnos con una patrulla de la Guardia Nacional que vaya para allá.

--¿Ha sido tan malo? --No lo dudaba, de ningún modo. El dolor y el miedo flotaban tan densos en el aire que podía respirarlos sin pretenderlo. Para cualquiera que estuviera cazando, sería como un banquete servido frente a una multitud hambrienta. Él mismo lo sintió, el ardiente deseo de unirse a la caza, de responder a la llamada que aún vibraba en su cabeza, pero era más fácil de resistir ahora que tenía a su lado lo que más quería en el mundo.

--Peor que malo. Un cinturón de fractura, como en Northridge en el 94, pero justo debajo del centro de la ciudad, en vez de en el valle. Cuando dejé la base, seguían discutiendo cuál era.

El aparcamiento que había junto a la Escalera Janss estaba atiborrado de camiones de la Guardia Nacional y de un puñado de todoterrenos rojos del Instituto Geológico de Estados Unidos, de uno de los cuales Kira tenía las llaves.

Simplemente oír a Kira hablar era enormemente reconfortante, no sólo porque fuera Kira, sino porque era absolutamente *real*, completamente racional. Le permitía borrar de la mente la imagen de unos anillos enroscándose bajo la piel del mundo, apartar las verdades más oscuras que no tenía deseos de reconocer. Casi hacía callar la vocecilla de su interior, que le murmuraba cosas acerca de él que no quería saber, que ya no eran completamente ciertas. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de Kira mientras salían del aparcamiento, empujado por una repentina oleada de renovado cansancio.

Una chispa de luz bailó frente a sus párpados y él los obligó a abrirse, negándose a ver.

--¿No estás herido?

--Ni siquiera un poco. Aunque admito libremente que me asusté

como un estúpido. --Kira necesitaba ambas manos para conducir. Parecía que la carretera la habían levantado, plegado y vuelto a dejar caer--. Cuando llegaron las lecturas de longitud y latitud casi me da un ataque al corazón, y me largué lo más lejos que puede. Llevo buscándote la mayor parte de los últimos tres días.

--Gracias. --De algún modo, eso parecía inadecuado para expresar la verdadera profundidad de su gratitud. Añadió un abrazo tan emotivo como pudo, y besó a Kira en el hombro.

--Ya me lo agradecerás más después. Casi me disparan unos soldados de gatillo fácil; ha habido disturbios. No podrás creerte algunas de las cosas que he visto...

--Limítate a pensar en todo lo que tendrás para analizar cuando se acabe la diversión --añadió Chris sarcástico.

--Diversión lo llama. Este terremoto ha sido de casi siete en la escala, y algunas de las réplicas de casi seis... --Kira se cayó, sacudiendo la cabeza--. ¿Quieres oír algo rarísimo?

No, no quiero. Nada extraño. Nada raro. Háblame de epicentros e hipocentros y magnitudes relativas.

--¿Qué?

--Los dibujos que hiciste, los mándalas. --Se detuvo, evidentemente considerando lo que iba a decir, y volvió a empezar--. Antes de salir de Pasadena, ya habían llegado algunos datos preliminares de deformación de la corteza a través de la red GPS. Pensamos que la red GPS estaba fallando antes del terremoto, porque estaba detectando deformación de la corteza sin actividad sísmica, cosa que no debería suceder. No normalmente. Pero cuando saqué una representación gráfica en uno de los equipos, el perfil de deformación de la corteza se parecía a uno de los mándalas que dibujaste, el dragón grande.

No. No pudo forzarse a hablar.

--Lo sé. ¿Quién eres y qué has hecho con Kira, no? --Una risa hueca--. Y va a peor. El patrón de deformación de corteza de este terremoto, al menos según las lecturas preliminares, tenía el aspecto de una jodida *mano*. Como si alguien hubiera pegado un manotazo en mitad del cinturón de fractura de Los Ángeles.

--Algo lo hizo --susurró él. No podía obligar a su voz a sonar más alto, con el rugido que estaba llenando su cabeza, haciendo que en sus oídos resonaran ecos fantasmales. Rebuscó en su bolsillo las páginas que había salvado, imágenes que atravesaban su campo visual con cada parpadeo.

--¿Qué? --Kira lo miraba por el rabillo del ojo. Chris ignoró la pregunta mientras desplegaba trozos y fragmentos de mapas, páginas de enciclopedia casi intactas.

La página que estaba buscando le mandó una descarga por el brazo en el mismo instante que sus dedos la tocaron. La separó de las demás; no había luz de farolas, así que encendió la pequeña luz interior del todoterreno.

Era un trozo del mapa de códigos postales de la zona de Los Ángeles. Estaba tan densamente escrito con signos que sólo podía distinguir fragmentos de números y de nombres de distritos. Los Estudios. Hollywood Norte y Oeste. Van Nuys. Uno de los signos, el más grande, era una estrella de ocho puntas.

--Kira --necesitó todas sus fuerzas para mantener su voz tranquila y calmada--, ¿hay algún otro camino para llegar a casa de June, además de por el que vamos?

Pudo oír la interrogante desaprobación en la voz de Kira.

--Realmente, no. Como puedes deducir por el primoroso estado de esta carretera, la mayoría de las vías principales están en unas condiciones lamentables, si se puede circular por ellas. Y estoy bastante seguro de que podemos ir por aquí.

--Creo que tenemos que encontrar otro camino.

--¿Por qué?

Quería gritar, *No me lo preguntes, no me lo preguntes, porque si me lo preguntas, ¡TENDRÉ QUE RESPONDERTE!* Levantó la mirada y observó, medio cegado por lágrimas de agonía, como las señales de tráfico dobladas iban pasando frente a las ventanas del vehículo.

--Por favor... aunque nunca antes hayas confiado en mí, hazlo ahora. *Tenemos que encontrar otro camino.*

Podía sentir como Kira le miraba el rostro, prácticamente podía sentir como éste sopesaba las alternativas en su cabeza, la progresión lógica de argumentos que se daba en todas sus decisiones.

--Vale. --Así de simple--. Creo que por aquí hay un sitio donde podemos dar la vuelta. Joder, si pasa algo podemos pasar la noche en uno de los refugios de emergencia e ir a casa de June mañana por la mañana, cuando haya luz. Puede que eso sea mejor idea.

Chris casi sollozó de alegría.

Que eso sea suficiente. Por favor, que eso sea suficiente. No estoy preparado...

Pasaron otro puñado de manzanas, y Kira bajaba la velocidad de vez en cuando, buscando caminos que no estuvieran peor que el que

estaban usando. De momento no vieron ninguno.

–Está bien, Chris, vamos a... ¿Qué demonios es eso?

Eso era una unidad móvil de los informativos vía satélite, estacionada de modo que bloqueaba la mayor parte de la calle frente a ellos. Al otro lado, el equipo de la unidad móvil estaba en la calle, filmando lo que fuera que estaba pasando delante de ellos. El aire estaba lleno de humo, aunque no se veía fuego alguno.

–Joder. –Kira avanzó algunos metros más. Al pasar la furgoneta, pudieron ver que la calle estaba llena de gente, la mayoría de la cual era poco más que siluetas recortadas contra el humo que avanzaba rápidamente por la calle–. Mejor pensado, damos la vuelta justo aquí.

Era demasiado tarde. Lo supo en el mismo instante en que las palabras salieron de la boca de Kira. Era demasiado tarde; había sido demasiado tarde en el mismo momento en el que se permitió encontrar aquel amante, demasiado tarde desde que se había arrastrado fuera de la biblioteca, demasiado tarde desde que no había dejado que el derrumbamiento de su edificio lo aplastara. Supo, en un solo y cegador instante, que si se hubiera limitado a irse...

No hubieran estado allí justo en ese momento.

–Kira –susurró desesperado–. No mires.

Pero también era demasiado tarde para eso.

Una luz atravesó las nubes de humo, haciéndolas desaparecer como el sol a la niebla. Iluminó la calle con una claridad despiadada, y el cielo de horizonte a horizonte. Chris no necesitó verlo para saber que era cierto. La ciudad se había sumido en la oscuridad tras la furia de la Gran Bestia y ahora... ahora volvía a estar iluminada.

Los ojos cerrados no podrían protegerlo, así que ni se molestó. En vez de eso, miró dentro de su corazón. La primera luz de la Creación, y toda la luz que fue y que será. Era el corazón incandescente de las estrellas y el cálido resplandor de las velas, el brillo fluorescente de las farolas de las calles, los haces de las linternas y las lámparas, el destello de los rayos que surcaban el aire ardiente, uniendo cielo y tierra.

El Lucero del Alba.

No fue el único que puso palabras a ese pensamiento. Por toda la ciudad sintió a otros como él respirándolo, un suspiro, un murmullo, una súplica, una maldición.

Probó el sabor de las lágrimas que estaba llorando. Pudo sentir el aliento entrecortándose mientras sollozaba. No supo cuánto tiempo flotó allí el Lucero del Alba, suspendido, resplandeciendo para que

todo el mundo lo viera. No pudo ser mucho. Pareció una eternidad. Mucho antes de que estuviera preparado para que acabase, el intenso brillo empezó a desvanecerse.

Sintió que las palabras se formaban en sus pensamientos.

Por favor, no... no te vayas. No nos dejes aquí, no sabes cuánta falta haces.

Y, para su asombro e incredulidad, sintió como esas palabras eran oídas.

La luz del Lucero del Alba lo bañó, lo acarició, casi dulcemente; casi pudo sentir la mano que se posaba sobre su frente cuando entraron en comunión, y reconoció la sutil y esquiva presencia que ya antes había percibido al borde de sus sentidos, y se maldijo por no haberla reconocido antes. Estaba irónicamente sorprendido de haber percibido tanto. La luz atravesó la superficie de su ser, susurró su nombre, leyó las vibraciones que dicha acción envió por todo su ser. Lo miró como había sido, y la vergüenza casi engulló a Chris. Lo miró como era ahora, y la maravilla que sucedió en ese instante disipó la vergüenza, desterró la desesperación.

--Perdóname --le susurró a esa luz perfecta-- por haber dudado de ti.

La cariñosa mano inmaterial acarició su frente una última vez, mientras se retiraba.

Entonces se fue.

Se alzó sobre la ciudad en un chispeante resplandor, una estrella fugaz a la inversa, cayendo desde la tierra en vez de hacia ella. La observó hasta que se desvaneció por completo, forzando la vista para captar hasta el último rastro de su brillo.

Se dio cuenta apenas de que no sentía el menor dolor físico. No había ninguna cacofonía dentro de su cráneo, ninguna ardiente y dolorosa percepción de que la voluntad de otro estuviera forzando la suya. Con aprensión, se pasó la punta de los dedos por la frente y la encontró lisa, sin marca. El sello de la Gran Bestia ya no estaba allí, casi vivo y retorciéndose con cada uno de sus pensamientos y acciones.

Le llevó un momento recuperar la voz.

--¿Kira?

No hubo respuesta. Cerró los ojos apretados ante el renovado fluir de lágrimas, ante el conocimiento de que había algunas cosas que ningún humano, sin importar lo extraordinario o lo amado que fuera, podía mirar quedando indemne.

El hospital universitario estaba proporcionando cuidados de emergencia en el estacionamiento de la entrada de urgencias, bajo una tienda proporcionada por el Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Desde fuera, parecía que la mitad de la gente del oeste de Los Ángeles estaba apiñada allí. No fue tan difícil volverse sólo dos más entre la multitud.

Kira no podía andar, así que bajarse del todoterreno y colarse entre las tiendas y las pilas de suministros de emergencia para encontrarle una silla de ruedas fue la principal prioridad. Con un poco de esfuerzo logró sacarlo del asiento del copiloto y ponerlo en la silla, asegurándolo luego con las correas de seguridad. La acera estaba en un estado tan lamentable como la calle, al igual que las rampas, y maniobrar la silla de ruedas por allí requería atención.

El hospital propiamente dicho parecía haber escapado de los daños serios. Por supuesto, no había electricidad, y todas las luces principales estaban apagadas. Las habitaciones de la planta baja estaban iluminadas con luces de emergencia cada pocos metros, y todas las puertas estaban abiertas. Chris entró a Kira.

Las salas de espera de urgencias se hallaban abarrotadas de gente que estaba emocionalmente en las últimas; Chris percibió su dolor en el aire y lo dejó estar. Era demasiado parecido al suyo propio. Encontró un sitio vacío, cerca de la puerta, maniobró la silla para ponerla en posición y le echó el freno. Se arrodilló y acarició dulcemente la mejilla de su amante.

La mirada de Kira era fija y vacía, sus ojos oscuros espejos que no reflejaban nada, ni fuego, ni inteligencia, ni vida, nada. No podía decir si quedaba algo de Kira en el cascarón de su cuerpo. Hubo cierta resonancia en su interior cuando pronunció ese nombre, pero fue débil, distante, retraída. Demasiado, demasiado pronto, en un instante claro y sin tapujos; ni la mente ni el alma de Kira estaban preparadas para asumirlo, no todo de una vez. Chris alargó la mano y cerró aquellos ojos sin vida, incapaz de soportar mirarlos una vez más.

--Kira --susurró--. No sé si puedes oírme, pero si puedes, escucha esto: puede que nunca haya sido Christopher, pero *siempre* te he amado. --Se tragó el aullido de dolor que trataba de abrirse paso fuera de su pecho--. Me llamo Moraël, y te amaré hasta el fin de este mundo.

No esperaba una respuesta. No la recibió. Besó los labios de Kira. Necesitó toda la fuerza que le quedaba para ponerse de pie e irse.

El todoterreno estaba donde lo había dejado, y se metió dentro, tratando de pensar qué hacer con su desgracia. No tuvo oportunidad.

El teléfono móvil de Kira, que estaba en el salpicadero entre los asientos del conductor y del copiloto, sonó.

Moraël miró la cosa sin sorprenderse realmente, y sonrió sin humor. Los primeros tres dígitos de la llamada eran 666. Lo cogió.

–Hola, Thahlil.

Hubo un satisfactorio silencio momentáneo al otro lado.

–Hola, Moraël. Veo que has recuperado el conocimiento, por fin.

–Podría decirse que sí. --Por suerte el todoterreno arrancó a la primera.

–Supongo que en breve te unirás a nosotros. --Thahlil sonaba como si esa idea le agradara tanto como que le sacaran la columna vertebral por la nariz--. Saraël te ha echado mucho de menos.

–No, creo que no. --El silencio que siguió a esa afirmación fue *mucho* más largo y *mucho* más satisfactorio.

–¿Qué?

–No, Thahlil, no volveré a unirme a vosotros. Por muy agradable que haya sido nuestra asociación en el pasado, creo que ya la he superado. --Puso marcha atrás en el todoterreno y salió. En su mente se formaba un plan, un plan que ya estaba moviendo sus manos--. Sólo una cosa antes de irme, Thahlil...

–¿Sí?

–Sé que estás pensando en usar a June y a Kira para manipularme. No lo hagas. También estás subestimando seriamente lo mucho que disfrutaría matándote, si me provocaras de ese modo. -- Necesitaba llegar a algún sitio donde hubiera un cajero automático funcionando. Sentía que bajo sus pies se estaba formando un largo camino, y si aquel mundo le había enseñado algo, era que el dinero era imprescindible en un viaje--. Dale un beso a Saraël de mi parte.

Colgó. Le quedaba mucho camino por recorrer.

EL TIGRE POR LA COLA

[Ellen Porter Kiley]

Alejandro de la Vega se asomó con cautela por la ventana de su apartamento en el tercer piso. Ahora las calles del barrio estaban tranquilas, pero el sol se acercaba cada vez más al horizonte, anunciando el inicio de la segunda noche de disturbios. Cuando llegase la oscuridad, sería completa excepto por el confuso parpadeo de las linternas atadas a los cañones de las armas y los fogonazos cada vez que las luces encontraran un blanco.

Alejandro no necesitaba tales artificios para ver, ni para matar. Una pila de ropa ensangrentada y desgarrada yacía en el suelo de linóleo de su cuarto de baño. Muy poca de la sangre era suya. Se apartó de la ventana y fue hacia la caja que contenía la poca ropa que le quedaba. Esa caja, la alfombra y la baqueteada mesa con su silla eran las únicas cosas que tenía en el mundo.

Ya no sentía vergüenza por eso. Si la sintiera, se daba cuenta Alejandro con cierta sorna, se podría haber unido a los saqueos y haber llenado su pequeño y vacío apartamento hasta arriba de brillantes juguetitos negros y cromados, cosas inútiles que no le hacían bien a nadie, peor que inútiles ahora que no había electricidad para hacerlos funcionar. No obstante, el trauma de su escaso guardarropa era una incomodidad, algo que sus vecinos no apreciarían si continuaba. Las evidentes cicatrices en sus brazos, hombros y espalda hablaban demasiado a las claras de un dolor y un pasado del que habían huido muchos de los que vivían a su alrededor. Acabó de vestirse, poniéndose una camisa limpia; de manga larga, como siempre, para esconder las marcas que habían dejado las esposas cuando estuvo colgado durante horas, y las dentadas cicatrices de un intento de suicidio fallido. Todo ello preludio de la rendición total en la que Alejandro Luis de la Vega había perdido su alma.

Malakh no estaba seguro de cuánto hacía que la luz evanescente dentro de aquel cuerpo se había ido y él había llegado. Había quedado enseguida abrumado por la solidez de la carne y el hueso –tan ajena tras el desgarrador caos del Abismo– y el arrollador hedor del desecho humano. Esa misma noche había huido, lejos del diminuto

apartamento que Alejandro no había limpiado nunca, lejos del olor de los hombres y las deslumbrantes luces, y había vivido como una bestia mientras su cuerpo, el cuerpo de Alejandro, expulsaba la nicotina, el alcohol y la heroína que el desesperado refugiado argentino había usado para amortiguar el dolor de su desesperación. No había tardado mucho. Incluso la criatura más salvaje e instintiva se acostumbraba a la presencia de los humanos. Malakh había vuelto a la laberíntica ciudad, merodeando como un gato vagabundo.

Ese día vio, entre el río de la humanidad, un rostro que estaba grabado a fuego en el cerebro de Alejandro por un odio ardiente y un dolor imposible de olvidar. Sin entenderlo (¿acaso duda el león cuando tiene cerca a la hiena?), Malakh el Cazador había perseguido al hombre y lo había matado. Mientras la sangre del gendarme se derramaba entre sus dedos, la sangre de un torturador, las puertas de la memoria que Alejandro había atrancado se abrieron de par en par. La huida a los Estados Unidos había sido un intento de escapar de las autoridades y los matones que le habían robado su libertad y su familia. Ver a uno de aquellos mismos asesinos en la Ciudad de Ángeles había hecho pedazos los últimos fragmentos de esperanza que le quedaban al hombre, abriéndole a Malakh el camino para que se apropiara de su cuerpo. El gran depredador había llorado en la calle por las pérdidas de un hombre: su familia, su libertad, su hogar, su vida, su alma. Cuando se apartó del cuerpo de su enemigo, Malakh volvía a estar completo, devuelto a sus cabales por la conmoción de la angustia de otro, y sabiendo que, a pesar de la venganza, seguía en deuda con aquel hombre.

Confuso, había vuelto al barrio donde había vivido Alejandro. La gente de allí había saludado su vuelta con alivio. Se habían preocupado por él, rezado por él. Le dieron de comer y lo vistieron, y su generosidad y su preocupación derribaron las últimas barreras entre Malakh y aquel nuevo mundo. Como justa compensación, Malakh había reclamado el barrio como su territorio, a esa gente como su manada, y había expulsado o matado a cualquier amenaza para su seguridad. La mayoría sólo lo conocían como Alejandro, el refugiado de Argentina, pero unos pocos llegaron a ver que era algo más. Pusieron su fe en él como guardián y protector.

No había sido fácil, pensó Malakh mientras salía de su piso y bajaba las escaleras, pero había hecho mucho para ganarse su confianza en el tiempo que llevaba entre ellos. En la ciudad había depredadores humanos más que de sobra: atracadores, asistentes

sociales inclinados al chantaje, violadores, agentes de inmigración de gatillo fácil, matones capaces de asesinar por unos pocos dólares o por una mala mirada... Incluso el ladrón de casas más cobarde y endeble podía transformarse al momento en un asesino con una pistola en la mano. Pero una simple pistola no podía protegerlo del cazador paciente, silencioso y mortífero en la oscuridad. No podía protegerlos a ninguno de ellos del miedo que se respiraba en guaridas y oficinas a medida que subían las cifras de muertos. Los más listos se habían mudado a sitios más fáciles, dejando a Malakh solamente con los tontos y los novatos. Seguían siendo suficientes para mantenerlo ocupado.

Mucho peor habían sido sus encuentros con otros como él. No como él, maldijo para sus adentros: esos habían sido demonios vinculados a servir a otros, aquellos que una vez habían encabezado los ejércitos de la gran rebelión y ahora se veían reducidos a esclavizar a sus hermanos, a montar un reino terrenal de marionetas y esclavos. Los primeros "embajadores" habían sido educados y respetuosos, ofreciéndole la oportunidad de servir y limitándose a insinuar que un "no" sería una respuesta desconsiderada. Las delegaciones que vinieron después negociaron con garras y balas, pero Malakh nunca había sido de los que se achantan en una pelea. Los enfrentamientos habían sido terroríficos para la gente que vivía allí. Malakh había llegado a pensar en irse, llevándose consigo aquel problema especialmente sangriento, pero ése era su territorio, por muy nuevo que fuera, y su gente. No lo echarían mientras pudiera luchar. Se mantuvo vigilante, sabedor de que la primera señal de flaqueza atraería a los chacales. Los informes policiales se limitaban a hablar de "una escalada en la actividad de las bandas callejeras en ciertos vecindarios étnicos".

El único mensajero al que había bienvenido había llegado con el nombre de Lucifer en los labios. Su corazón se había desbocado como un caballo dentro de su pecho ante la menor esperanza de tener noticias del Lucero del Alba. Pero al enterarse de que, aunque los líderes de su facción actuaban en nombre de Lucifer, no sabían más de él de lo que el propio Malakh había sabido en la oscuridad del Infierno, entró en una furia de desesperación y la echó. Al menos, pensó luego, no había venido a ofrecerle la posibilidad de llevar cadenas. Si hubiera usado el nombre del Lucero del Alba con ese objeto, la habría despedazado.

Salió de las escaleras y entró en el apartamento del presidente de

la comunidad. A través de la ventana abierta le llegó el sonido de rítmicas pisadas de botas, amortiguado por la distancia pero aun así perfectamente discernible.

– *Vienen** –dijo aquel. [**Nota del T.– En castellano en el original*]

–Ya vienen, cierra la ventana y baja la persiana.

Las tropas de la Guardia Nacional estaban tomando posiciones para contener los disturbios y los saqueos. Durante todo el día, la diminuta radio a pilas había avisado que el toque de queda comenzaba con la puesta del sol, y que los soldados dispararían contra los saqueadores nada más verlos; "saqueadores" significaba, por supuesto, cualquiera de piel oscura que anduviera por la calle tras la puesta de sol.

Los ocupantes de la habitación siguieron las instrucciones de "Alejandro" sin dudarlo, aunque en aquella habitación podía llegar a hacer un calor sofocante. La brisa nocturna, aunque refrescante, podía hacer que las persianas se movieran, y nadie quería presentar un blanco de oportunidad para algún tirador abajo, en la calle. Antes del terremoto puede que no lo hubieran considerado necesario, pero las cosas habían cambiado.

El apartamento estaba lleno. Cesar Delgado, el presidente de la comunidad, y su esposa vivían en aquel piso, pero hoy también se habían refugiado allí las dos familias de la primera planta, un poco más alejadas así de la trayectoria de una bala perdida. El más joven, un bebé que estaba en brazos, se calló nada más oír la voz de Alejandro. Sus ojitos buscaron la seguridad en el rostro de su madre. Algo en el miedo instintivo del niño entristecía a Malakh; él nunca le haría daño a un niño humano. Pero esa noche estaba lúgubramente complacido; la primitiva respuesta al miedo del bebé era completamente apropiada en una ciudad que se había vuelto loca.

La señora Delgado había preparado una bandeja de empanadillas, que permanecía casi intacta en medio de la mesa, a pesar del maravilloso olor que emanaba del plato. Malakh la besó en la mejilla mientras maniobraba entre los niños de camino a la mesa.

–*Gracias, señora.* Queda una larga noche por delante, y tengo hambre. –La piel de la mejilla de ella estaba reseca, y olía con más fuerza de la habitual a especias y grasa de ternera.

Ella levantó los ojos mientras quitaba importancia a los ininteligibles cumplidos de Malakh, que comía con evidente deleite.

–No hay salsa, pero tuve que hacerlas de todos modos, antes de que se estropeará la carne. Pero los demás dicen que no tienen

estómago para comer.

La única respuesta inmediata de Malakh fue coger dos empanadillas más. Cesar se acercó a la mesa y esperó a que Alejandro dejara de masticar para preguntarle tranquilamente:

–¿Vas a salir otra vez?

Malakh asintió. No todos los que estaban allí sabían en lo que se había convertido Alejandro.

–Si puedo mantener a la gente en movimiento, impedir que se reúnan grupos por aquí, o que pasan cerca, puede que los soldados tampoco se acerquen.

Sinceramente, no estaba seguro de lo que iba a poder hacer para contrarrestar un disturbio desatado abajo, o contra una unidad asesina de hombres entrenados, pero esperaba que no se llegara a tales extremos. No es que le importara; no era más capaz de pasar la noche escondido tras puertas y ventanas que un perro de cerrar con llave la puerta de su propia perrera, Esa noche no iba a haber sólo hombres y mujeres mortales luchando y muriendo en las calles, de eso estaba seguro. Había sentido la agitación del poder cuando el suelo se sacudió y se abrió. Sintió la corriente de odio a medida que los saqueadores se volvían más osados y la policía y el ejército más brutales. Aquella noche el aire estaba teñido de ira demoníaca, y el viento arrastraba ecos y fragmentos de nombres de poder.

Y bajo todo ello habla algo que le llamaba la atención, un olor o un sonido que se encontraba al filo de la percepción y el entendimiento. No desperdició demasiado tiempo pensando en ello; despedía una sensación de expectación, no de miedo. Ya vendría a él cuando llegara el momento.

Malakh se despidió (no fue algo corto, ya que sus vecinos de abajo estaban convencidos de que se encontraba en un peligro terrible, terrible) y salió del edificio con sigilo. Con el estómago saciado, fue dolorosamente consciente de un hambre más profunda, una que sólo un alma humana podía saciar. Ya había absorbido suficiente de la devoción de la gente que estaba bajo su protección; no tomaría más de ellos excepto en una situación extremadamente desesperada. *Además, pensó, esta noche las calles están llenas de gente a la que le vendría bien desarrollar un mayor aprecio por la religión, incluso si para ello tengo que darles un susto de muerte.*

El cielo occidental seguía iluminado por los últimos rayos del sol, pero las calles ya se habían convertido en un territorio sin ley. A su lado pasaron unos manifestantes con pancartas que dejaron a Malakh

un amargo sabor de boca cuando empezaron a brotar los recuerdos de Alejandro: *Alto a la brutalidad policial*. Otros, todos de negro, se mantenían bien apartados de los manifestantes que iban por el centro de la calle. Mientras la policía se encargaba del blanco fácil, aprovecharían la oportunidad para robar, o sencillamente para destruir.

Un guardia de seguridad al otro lado de la calle llamó la atención de Malakh. Parecía cansado y estaba solo, quizá volviendo a casa a pie, porque los autobuses no circulaban y las autopistas estaban rotas y atascadas. Incluso desde su posición, Malakh podía ver la sangre y el pelo pegados a su porra; también podía oler que su pistola había sido disparada desde la última vez que la había limpiado. El ojeroso guardia echó un vistazo al grupo de manifestantes y se metió por un callejón en busca de un camino más seguro. Malakh sonrió enseñando los dientes. Era hora de darle al hombre algo mejor a lo que pegarle con la porra.

Se acercó al guardia por detrás, sobre unos pies tan silenciosos como las zarpas de un gato. Cuando Malakh estuvo lo bastante cerca para poder tocar al hombre con sólo alargar la mano, acudió a las reservas de poder en su interior y se transfiguró. El proceso fue estimulante. En los días cuando el mundo era joven, había vestido cualquier forma que le complaciera, para correr entre las bestias o proteger amorosamente a los habitantes de Edén. Aquella era la forma que había preferido entre los Elohim. De su espalda surgieron grandes alas emplumadas, rayadas como las de los halcones, mientras sus manos se curvaban y endurecían como las garras del ave de presa. Sus piernas se doblaron y retorcieron hasta convertirse en los cuartos traseros de un tigre, su rostro en un hocico romo con poderosas fauces. Una espesa melena negra cubrió su cuello y sus hombros. Incluso ahora, a cuatro patas en el callejón, su cabeza estaba a la misma altura que la del hombre. Había tenido pocas oportunidades de usar este cuerpo desde que había escapado del Abismo, pero por esas ocasiones sabía cómo los milenios de dolor lo habían distorsionado. Las plumas de sus orgullosas alas una vez habían sido del rojo y el dorado del sol poniente, pero ahora eran del color de la sangre seca, como si las hubiera sumergido en un charco de entrañas. Los cabellos de su melena se retorcían por su propia voluntad, como si fueran serpientes, y sus garras y sus grandes dientes eran tan largos y cruelmente puntiagudos que, claramente, sólo servían para una misión: desgarrar la carne. Malakh ni siquiera estaba seguro de

seguir pudiendo hablar con aquella boca, pero no había venido allí a hablar.

Agazapado sobre sus cuartos traseros, alargó los brazos y agarró al individuo por los hombros, haciéndolo dar la vuelta. Fue cuando miró al hombre a los ojos que se dio cuenta de que algo iba muy mal; eran ojos duros y muertos, los ojos de un hombre que no tenía nada que ofrecerle al mundo ni siquiera cuando miraba a la muerte cara a cara. Malakh se giró raudo para defenderse, pero era demasiado tarde. Tres de los "saqueadores" que habían estado acechando bloqueaban una de las salidas del callejón, empuñando pistolas. Un pequeño grupo de manifestantes se había separado del grupo principal para bloquear la otra salida. Los que estaban dentro sacaron armas mientras que los que estaban fuera tapaban la vista de la calle con sus grandes pancartas. Sonidos de roces, unos pisos sobre él, le indicaron que arriba también había enemigos. Malakh no necesitó mirar.

Estaba atrapado, no podía huir en aquella forma sin sembrar el caos en las calles, provocando los disturbios que quería evitar. El cuerpo de Alejandro no podía escaparse por sí solo, y si huía convertido en buho o rata podía no quedarle luego la suficiente energía para reasumir su forma de combate si se veía obligado a luchar. Entonces, Malakh lucharía aquí. Al cebo de la trampa lo mató sin pensárselo dos veces; las garras que aferraban los hombros del individuo se apretaron, astillando el hueso y desgarrando el cartílago. El torso del hombre se hundió y éste cayó al suelo con un gorgoteo sanguinolento.

Entonces volaron las balas, pero Malakh ya estaba en movimiento. Dos impactaron en la pared de ladrillo frente a la que había estado; la tercera le dio, un sordo estallido de dolor en su costado mientras caía sobre el grupo. Su añagaza lo enfurecía más que las otras emboscadas, y que lo hirieran por la espalda sólo avivaba el fuego. Se plantó entre ellos con un gran salto, golpeando hacia delante con las alas con la fuerza suficiente para enviar a un hombre al suelo, con el cuello doblado en un ángulo obscuro. Malakh coceó con sus zarpas traseras y oyó los gritos de respuesta, luego agarró un brazo que se agitaba para acercar su aterrorizada presa al alcance de sus mandíbulas. Los disparos sonaban con regularidad de *staccato*. Oía los aullidos de dolor de sus enemigos con la misma frecuencia que sentía clavarse las balas en su espalda.

Tuvo un breve momento de satisfacción cuando se lanzó al suelo

para aplastar la garganta de su cautiva. El temor en los ojos de ella le dijo que sus oponentes no habían sido prevenidos acerca de esto, de un monstruo celestial que no daba cuartel. Entonces hubo un estrépito, un crujido seco y un estallido de luz, y Malakh no pudo ver. Siguió luchando; su olfato era fino y sus cegados enemigos emitían oleadas de miedo. Pero de arriba caían más objetos, siseando y dando vueltas sobre el pavimento, llenando el aire de veneno.

Malakh cayó pesadamente, amortiguado por los cuerpos de los muertos.

Se despertó algún tiempo después en la parte trasera de una furgoneta, en el cuerpo de Alejandro y con el cerebro de Alejandro retumbándole en el cráneo. Estaba tirado encima de una pancarta de protesta. Su sangre y sus vómitos habían hecho que se corrieran las letras, y ahora decía "*to talidad licia*". Se sentó, gruñendo mientras el mundo daba vueltas a su alrededor. En respuesta hubo movimiento fuera de la furgoneta, y las puertas se abrieron repentinamente. Unas manos bruscas lo sacaron de la furgoneta y lo pusieron en pie.

Tenía la vista desenfocada, pero sus oídos le dijeron que se encontraba en un espacio cerrado, grande, cuando captó los ecos de sus pisadas. Con lo que fuera que lo habían noqueado le había destrozado el sentido del olfato. Se tomó unos preciosos instantes para limpiarse la cabeza y los pulmones del veneno. Cuando su vista volvió a enfocarse, vio a un hombre que esperaba con una paciencia exagerada a que Alejandro recuperara la compostura. Iba vestido informalmente, con una chaqueta colgada del hombro, pero su postura era confiada y de hombre de negocios. Ni uno de sus cabellos negros como la tinta estaba fuera de sitio en su cabeza, y posiblemente tampoco se atrevería. Su perilla confería una juventud a su rostro de golfo atractivo que sus ojos no podían. El hombre no estaba solo, por supuesto; un hombre como éste nunca lo está. Había una mujer joven con un par de teléfonos móviles justo detrás de él, los dos matones que lo habían sacado de la furgoneta, y algunos otros que podía oír moverse fuera de su campo visual, posiblemente buscando líneas de tiro sin obstrucciones.

El hombre se dio cuenta tan pronto como las pupilas de Alejandro empezaron a actuar al unísono. Su sonrisa fue inmediata y acogedora, y atravesó el espacio que los separaba.

--¿Puedo llamarte Alejandro? --Pasó el brazo por los hombros de Alejandro, ignorando la sangre y el vómito que manchaban su camisa--. Te habíamos invitado antes, pero nunca te habías pasado por aquí. --Dio un paso atrás y sacó una tarjeta de visita del bolsillo de su camisa con un gesto fluido, ensayado. Jarod Battrain, decía, Cazatalentos--. Por favor, llámame Jarod --dijo el hombre tan pronto Alejandro levantó la vista de la tarjeta--. ¿Prefieres quizá que te llame Malakh?

El aliento de Malakh siseó entre sus dientes. Jarod continuó, mal interpretando diplomáticamente su expresión.

--Oh, no pongas esa cara de sorpresa. No estábamos buscando al monstruo de la semana. Te queríamos a ti. ¿Malakh el cazador? Oh, hemos oído hablar mucho de ti. Y todo bueno, te lo aseguro. -- Ahora andaba a su alrededor mientras hablaba, y enfatizaba sus palabras clavándole amistosamente el dedo--. He oído, por ejemplo, que estuviste en la rebelión hasta el final. Justo en el meollo. ¿Cierto?

La mirada de respuesta de Malakh fue la más dura que pudo conseguir. Tras él oyó como los matones se envaraban, y se dio cuenta de que no sólo eran músculo; también habían estado allí.

--Incluso he oído decir --siguió Jarod-- que ese día llamaste la atención de algunos individuos muy bien situados.

Los recuerdos cayeron sobre Malakh como oleadas. El olor del jardín antes del primer amanecer. Los suspiros de las estrellas cuando el sol desbancó su luz. Y por encima de todo, ese último y terrible día, revivido con una claridad irreal.

La batalla final no podía medirse en días, ni podía valorarse la devastación que había provocado, puesto que el tiempo y el espacio también habían sido campos de batalla. La hueste celestial flotaba sobre ellos en un cielo de color plomizo. La rebelión estaba rota. Los ejércitos de Lucifer habían sufrido graves pérdidas. No podían vencer. Malakh no había desfallecido; seguía pleno, salvaje y lleno de lucha.

--¡Yo no he sido derrotado! --gritó Malakh--. ¡No me rendiré! ¡Si han de tener la victoria, que la tengan cuando arranquen mi espada de mis manos muertas!

Otros rebeldes de la Sexta Casa unieron sus salvajes gritos al de él. La hueste de ángeles sobre ellos se desplegó para enfrentarse al inminente y desesperado ataque.

En la vanguardia del ejército de la rebelión, el estandarte de Lucifer el Lucero del Alba avanzó. Cuando habló, su voz abarcó lo largo y ancho del campo de batalla, aunque no levantó el tono.

--Malakh --dijo, y Malakh no tuvo otra opción que escuchar,

puesto que nadie antes había pronunciado su nombre con tanto afecto—. Yo mismo he dado mi palabra en nuestra rendición ante los Ophanim. ¿No entregarás tu espada?

Y así Malakh, ante todos los ángeles y los caídos reunidos, agachó la cabeza y dejó su espada flamígera en la tierra a sus pies, tal era su amor por el Portador de la Luz.

Los pensamientos de Malakh volvieron súbitamente al presente.

—¡Está aquí! ¡Lu...!

—Alto —La voz de Jarod había cambiado su amistosa cháchara por un tono imperioso—. No conviene atraer atenciones indeseadas hacia nosotros. Nos referiremos a nuestro gran general *in absentia* por sus apelativos menos formales. ¿Está claro?

Malakh asintió.

—Muy bien, ahora podemos continuar —Jarod retomó su estilo más animado—. Me apuesto a que piensas en ese momento a diario, ¿no? ¿No? Bueno, puedo ver que a lo mejor no querías, y ahora es más fácil dejar a un lado esos desagradables pensamientos. Pero como ya he sacado el tema, y me disculpo, hablemos de ello. ¿No te has preguntado, en todos estos años en el Infierno, por qué el Lucero del Alba no estaba allí?

Malakh tenía la vista fija al frente, sin molestarse en seguir los incesantes movimientos de su anfitrión. Pero no podía detener sus oídos.

—¿No? ¿De verdad? Bueno, quizá seas uno de esos tipos optimistas. —Jarod se detuvo e hizo un amplio gesto con la mano—. Quizá el príncipe de las mentiras se había ganado la libertad. Quizá fue él quien te soltó a ti.

Los labios de Malakh se curvaron y enseñó los dientes. Siguió sin contestar.

Jarod se dio una palmada en la frente.

—Veo que las palabras que he escogido te han molestado. De nuevo, lo siento, pero si el Portador de la Luz, ¿mejor?, te dejó salir del Infierno... ¿dónde está ahora? ¿Lo has visto? ¿Has recibido algún mensaje? ¿Una postal de disculpa con "siento lo del tormento eterno"?

En ese momento Malakh embistió, pero los demonios que había tras él lo agarraron de inmediato.

Jarod ni se inmutó, se inclinó hacia delante, señalando con el dedo a la nariz de Malakh.

—Está en deuda contigo. Te echó un buen rapapolvo delante de toda la Creación ¿Y que te dio a cambio? Un billete sólo de ida al

Infierno, y él se escapó de rositas.

Se quedaron allí plantados un buen rato. Entonces Jarod se irguió y se encogió de hombros.

--Así es como yo lo veo. Tú puedes pensar lo que quieras. --Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó algo plateado--. Pero esta noche puede que tengas la oportunidad de tu vida, amigo. Paul, Rocco, aguantadlo.

Malakh forcejeó, pero no tenía ánimo para luchar. Mientras Paul y Rocco lo sostenían, Jarod le puso un grillete de plata en la muñeca derecha. Pasó la delgada cadena alrededor de una de las vigas del almacén y luego unió el extremo de la cadenita con su parte central. Cuando pronunció palabras de poder, la cadena vibró y los delicados eslabones se soldaron. Los matones retrocedieron y Malakh miró incrédulo la endeble atadura.

Jarod estaba radiante.

--Bonito, ¿no? Es una cadena irrompible. Nos gusta porque es discreta. Además, no se puede romper. Si la miras de cerca, podrás ver una diminuta escritura en los eslabones. Se supone que dice "irrompible" en un idioma diferente en cada eslabón. No es que yo sepa leerlos todos, la verdad. --Dio unas palmadas pensativo en el pilar al que estaba atada la cadena--. Tampoco es coincidencia que te ate a esta pequeña forma humana en la que te has estado escondiendo, con todas sus debilidades y ninguna de tus fuerzas, así que tampoco creo que esta noche vayas a estar para destrozar mi patrimonio.

Malakh levantó la muñeca para mirar el grillete. Excepto por el cierre, tenía más aspecto de joya que de atadura. La voz le chirrió cuando trató de hablar.

--¿Por qué?

Jarod se encogió de hombros.

--Esto es una trampa, y tú eres el cebo. Pensaba que era bastante obvio. Nos hemos tomado la libertad de hacer correr el rumor por las calles de que quieres hablar con el Lucero del Alba. Si sacaras alguna vez la cabeza de esa porquería de vecindario en el que vives --añadió-- -, posiblemente lo hubieras oído.

--No es estúpido --soltó Malakh con aspereza.

--No, no lo es --admitió Jarod--. Pero no tenemos nada que perder. Quizá venga a hablar contigo. Quizá sepa que pasa algo y trate de rescatarte. --Su expresión mostraba lo poco probable que consideraba dicha opción--. O quizá venga a patearte el culo por tener

narices de pedir respuestas. O a lo mejor no viene. Seguimos teniéndote a ti. Eres un atajo, Malakh, algo útil. Si no funciona... -- Jarod acabó encogiéndose de hombros y luego giró sobre sus talones--. Rocco, Paul, buscad algún sitio fuera de la vista. Cissy, llama al chófer, y luego no quites ojo a ninguno de los tres. --Jarod se detuvo fuera de la puerta. Su atractivo rostro se vio afeado por la preocupación--. Ah, y, Malakh, espero que consigas alguna respuesta.

La puerta se cerró tras él.

Los guardias de Malakh se desvanecieron en la oscuridad, y la mujer se alejó hablando en voz baja por uno de sus teléfonos. Seguía sintiéndolos cerca, pero no lo bastante para distraerlo de las preguntas que hacían correr sus pensamientos como liebres espantadas. Eran las preguntas que llevaba evitando desde que se había alzado del Abismo lleno de un odio venenoso, que había hostigado a su espíritu como un enjambre de mosquitos mientras él se revolcaba por las sombrías profundidades del espíritu humano, lanzando dentelladas salvajes a los que eran demasiado fuertes para servirle. Las preguntas que sólo había dejado a un lado cuando se apoderó del cuerpo de Alejandro y se encontró con que éste tenía sus propias preguntas, escritas tan profundamente en su carne y sus huesos que Malakh nunca pudo olvidarlas. Pero las dudas no se habían ido, sólo habían quedado ocultas, sumergidas hasta que alguien como Jarod vino a hacerlas emerger, las sostuvo a la luz del sol y las examinó una a una.

Jarod, fuera lo que fuera, tenía la lengua de un diablo. Malakh lo maldijo por ello, pero también se maldijo a sí mismo. Había vivido lo bastante entre los diablos para saber que sus mentiras adquirirían el poder de las verdades que otros mantenían ocultas. Quería ver a Lucifer, su lado más sencillo se alegraba sólo con pensarlo, sin preocuparse por consecuencias ni circunstancias. Vio el encuentro en su mente, repetido mil veces, cada vez un poco diferente. Éste era el poder y la maldición del cerebro humano del que se había apoderado; Malakh el cazador no era una criatura dada a la imaginación. En este encuentro imaginario, Lucifer le explicaba amablemente que todo había sido una treta para conseguir que los cielos bajaran la guardia, y que la rebelión volvería a empezar mañana. En ese otro, le arrancaba la carne de los huesos a Malakh con el brillo de una estrella. En aquel. Lucifer lo miraba sin reconocerlo y decía: "¿Malakh? El nombre no me suena".

Malakh se golpeó la cabeza contra el pilar hasta que el dolor sordo disipó las obscenas imágenes que no dejaban de dar vueltas. El

dolor lo tranquilizó. En el largo silencio, sus pensamientos se asentaron y los indignos y los banales se fueron, llevándose con ellos las insinuaciones de otros. Los que quedaron brillaban con convicción, y eran verdaderamente suyos, y de Alejandro.

El hombre había soportado un gran dolor antes de que acabara finalmente destruyendo su voluntad. Había sido causado por sus semejantes humanos, y Malakh no estaba seguro de si eso empeoraba el tormento o lo hacía más fácil de soportar, saber que era una mente humana la que empuñaba el látigo y no un Dios inescrutable. Esa distinción ahora lo estaba distraendo, y Malakh arrastró sus pensamientos hacia lo importante: durante lo peor de las torturas y el dolor, Alejandro se había negado a inculpar a sus amigos y familiares como cómplices de su "crimen" inventado, y había proporcionado a sus captores sólo los nombres de otros que sabía que ya habían muerto a sus manos. Si un humano podía soportar tanto, pensó Malakh, ¿cuánta más vergüenza habría para un ángel, aunque fuera un caído, que se sometiera? Sí, al final Alejandro había abandonado toda esperanza y se había convertido en un receptor, ¿pero no podría haber alguna forma de redención?

Con alivio, dejó tras de sí los pensamientos. La acción, incluso con todo el dolor y la sangre que estaban por llegar, era muy preferible. Comprobó tranquilamente la cadena, con movimientos lentos, con la esperanza de no atraer la atención de sus guardias. La cadena de plata tenía un aguante considerable, y sus eslabones soportaron una tensión muy superior a la que debería haberles permitido su material. Importaba muy poco si era verdaderamente irrompible o simplemente más fuerte que Malakh en su situación actual. Vocalizó las sílabas que deberían imbuir sus músculos de una fuerza imposible; nada.

Sus experimentos atrajeron la atención, como había temido. Sus guardias cambiaron de posición, avanzando justo hasta los límites de la luz para que pudiera ver sus siluetas negras recortadas contra la oscuridad. La mujer también salió a la vista, enojada mientras guardaba el teléfono. Se quedó allí, apoyada contra una caja, tamborileando molesta con el pie.

No importaba, Malakh ya sabía suficiente. La cadena, la viga, eran irrompibles. Él no. Se agachó, se recostó contra el pilar, cruzó las manos detrás de la cabeza y esperó, inmóvil. La brillante cadena colgaba sobre su hombro y su pecho, y los eslabones tintineaban al ritmo con que éste subía y bajaba.

El amanecer llegó rápido, pero el día se hizo interminable. Malakh daba cabezadas o descansaba en silencio, recuperando fuerzas. Sus guardias eran tan estoicos como él. La mujer, Cissy, estuvo parlotando por uno o ambos de sus teléfonos la mayor parte del día, su voz difuminándose en un zumbido como el de un insecto. Sólo dejó de hablar el tiempo justo para comer comida encargada. No la compartió con nadie, y la nube de grasa flotó en el aire durante horas.

Por fin llegó la oscuridad, llena de sirenas, gritos y disparos. Malakh seguía esperando. Cissy, gracias a Dios ahora callada y sentada en su caja, luchaba contra el sueño mientras se le caían los párpados. Las enormes siluetas negras de sus guardias se movían y se paraban a intervalos. Dudaba que estuvieran dormidos, pero incluso si interferían, posiblemente le ayudarían de forma involuntaria.

En el mismo instante en que se cerraron los ojos de la mujer, Malakh se lanzó. Mientras se apartaba del pilar con toda su fuerza y su rapidez, metió su muñeca derecha por el lazo de la cadena soldada. Los eslabones de plata, retorcidos y atrapados, resbalaron hasta su bíceps antes de que todo su peso cayera sobre la cadena. La sangre manó de su brazo por una decena de sitios donde la implacable cadena se clavó profundamente en su carne. La mujer se despertó, sobresaltada, pero no había comprensión alguna tras sus ojos abiertos de par en par.

Malakh presionó sólo un momento al final de su movimiento, y luego cogió impulso para volver a lanzarse. Esta vez, cuando llegó al límite de la cadena, otro peso cayó sobre él desde detrás, cuando el guardia que estaba más alerta de los dos trató de tirarlo al suelo. El impulso fue más que suficiente. Su brazo derecho, casi amputado, fue arrancado de su cuerpo cuando la delgada cadena cortó el resto del músculo y el hueso. Dos cuerpos dieron contra el suelo, y la sangre salpicó hasta unos metros de los combatientes. Malakh lanzó la cabeza hacia atrás, aplastando la nariz del guardia con su cráneo y haciéndole aflojar su presa. Los dos se separaron rodando.

El dolor cayó sobre él como una ola, haciéndolo emitir un grito ronco sin palabras. Era el dolor más dulce que Malakh había sentido; quería decir que era libre. Obligó a su garganta y a su boca a que dieran forma de nombre a su aullido:

—¡Lucifer!

El nombre estalló con una energía que brotó en todas direcciones. Ya era suficiente, había cumplido con su deber. Ahora tenía que seguir vivo.

El segundo guardia estaba a medio camino en el almacén, en mitad de un salto y en mitad de una transformación. Su piel se estaba ennegreciendo, sus dedos alargándose en garras del tamaño de cuchillos de carnicero. Unas alas con ralas plumas negras surgían de sus omoplatos. El matón que estaba junto a él se ponía de pie a duras penas. La mujer no se había movido. Sus ojos se desencajaron aún más por el terror. Aguantó la respiración.

En esa situación, las únicas opciones correctas eran "luchar" o "huir". Elegir la opción "telefonar rápidamente a mi jefe" era una forma segura de que te mataran. Levantándose con un ágil movimiento, Malakh invocó los pactos de fe que había hecho, tomando más de ellos de lo que nunca había tomado. En el barrio, Cesar Delgado se llevó la mano al pecho; en otros edificios, algunos durmientes se despertaron chillando. Alzándose del suelo en un borrón de carne y piel que mutaba, Malakh arrancó a la mujer de la caja con el brazo que le quedaba mientras ésta se aferraba a su teléfono, clavándole el astillado borde de la caja en la columna vertebral y sacándole el aire de los pulmones.

Malakh dejó caer su cadáver y se giró para enfrentarse a sus dos oponentes, desplegando las alas para equilibrarse en su incómoda postura con sólo tres puntos de apoyo. Ambos vestían ahora sus formas demoníacas. Uno se afilaba las garras en el hormigón manchado de sangre con evidente deleite. Malakh enseñó los dientes complacido. Había pensado que esos dos preferirían una pelea a mantener vigilado a un enemigo atado. Detuvo la hemorragia con una corta ráfaga de energía. Hace años le hubiera resultado de una simplicidad trivial hacerse crecer un nuevo miembro, pero ahora no estaba seguro de poder hacerlo, ni de si tenía fuerzas para permitírsele. Lucharía contra ellos con un solo brazo.

Los dos se movieron al unísono, intercambiando alguna señal de ataque imperceptible. Malakh se echó hacia la izquierda en el último momento, rompiendo la embestida de uno de sus enemigos con un aturdidor golpe de sus alas. El otro atacante se dio la vuelta y se irguió para lanzarle un zarpazo al costado. Cayó sobre el ala de Malakh y volvió con plumas y sangre. Malakh giró entre ellos y se alejó mientras el primer enemigo recuperaba el sentido, pero ahora su ala colgaba torcida.

Jadeando, se miraron unos a otros a través del espacio abierto. Al instante siguiente, todos fueron derribados al suelo por una onda expansiva. Era luz, endurecida y cristalina como una oleada de

diamante. Era el aplastante e invisible sonido de una trompeta llamando a los campeones a la batalla. Llenó a Malakh con una alegría feroz, y con la confianza de un niño que cogería una serpiente si su padre le dijera que no le iba a hacer daño. Lucifer había venido.

Los demonios que había frente a él se apretujaron aterrorizados contra el suelo; habían estado cazando al Portador de la Luz, pero no habían recordado verdaderamente lo que eso significaba hasta ahora. Los ojos les daban vueltas en la cabeza, y sus bocas mordían y echaban espumarajos como perros que hubieran comido carne envenenada.

Malakh volvió de un salto a la refriega, con el ánimo renovado. Mientras sus enemigos estaban acobardados, saltó con un rugido, volviendo a tirar a uno contra el suelo. Sus garras negras se clavaron en un vientre blando y sajaron hacia abajo, desparramando intestinos y excrementos por el suelo. El otro guardia fue sacado de su estupor por los alaridos de muerte de su compañero. Lanzó un zarpazo al desprotegido costado derecho de su rival y luego se elevó en el aire mientras los dientes de Malakh rozaban su hombro.

El demonio aterrizó pesadamente en una pasarela que había arriba. Malakh se detuvo, probando las gotas de sangre que había en su hocico.

–Te conozco --dijo ásperamente--. Thumiel.

Thumiel asintió, la pasarela se balanceó bajo su peso.

–En otro momento, Malakh --susurró. Levantó el vuelo lentamente y salió del almacén por el techo, atravesando una claraboya de aluminio.

Malakh se acercó a la cadena que seguía aguantando un brazo humano. Pisoteó la mano repetidamente hasta que pudo sacar el grillete por los restos. Iba a dejar allí lo menos de sí mismo que pudiera, para que no lo estudiaran o royeran. La notable cadena estaba manchada de sangre, y de muchos de sus eslabones colgaban jirones de carne, pero seguía entera e intacta. Malakh sólo pudo imaginarse a Jarod limpiando la sangre coagulada de cada pequeña letrita cuidadosamente con un cepillo de dientes. La cadena tendría que quedarse allí. De todas formas, a Malakh no le servía para mucho.

Sea lo que fuera que Lucifer había hecho, había llamado la atención. Las calles en el exterior del almacén estaban vacías. Cualquier trampa que hubieran dispuesto para el Lucero del Alba había desaparecido, los preparativos habían sido inútiles. Malakh salió del almacén con la forma humana de Alejandro, sin que nadie se lo

impidiera.

A medio camino de casa, se detuvo. Pronto saldría el sol. Malakh podía oler el rocío.

–Lucifer –susurró. El mismo nombre era una oración. No hubo respuesta, pero el silencio no significaba muerte, significaba paciencia.

Continuó, y el sol salió sobre un mundo y un hombre irrevocablemente cambiados.

Incluso en las calles llenas de disturbios y sin ley de la ciudad, nadie se metió con el hombre que caminaba lúgubrementemente hacia su casa, llevando su propio brazo.

LO QUE NOS COBIJA **[Sarah Roark]**

La culpa es del Agente Naranja. Sam Ashbury podía dormir como un tronco sin que lo despertara nada, atrapado en esas pesadillas que parecían durar semanas, pesadillas donde los soldados se convertían en animales y el suelo se abría y se tragaba unidades enteras. El cielo adquiriría un color diferente según quién fuera a morir.

Es un Vietnam muy particular, eso tengo que admitirlo. Tiene sus propias leyes naturales que permanecen inmutables de sueño a sueño, así que sigo pensando que casi lo tengo controlado. Lo que hace que sea mucho peor. Ashbury probablemente siente lo mismo, viendo como está atrapado en los sueños veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Quizá se lo pregunte la próxima vez que sueñe que nuestros propios pilotos me chorrean con napalm. Allí se fue el viejo Sam cuando llegó a estar tan agotado que dejó que un entrañable demonio del I-N-F-I-E-R-ene-roscó como un servidor lo echase a patadas de su propio cuerpo y se hiciera con el control.

Con el cuerpo recibí los sueños. Y los recuerdos también, y su afición a las salchichas hervidas con extra de salsa. Así que prácticamente todas las noches me toca sufrir, codo con codo, con la pobre alma a la que he condenado a una eternidad de imágenes del pasado por el único delito de no haber sido capaz de soportar un mundo que lo había tratado como a la mierda. Algunas personas dirían que eso es una definición bastante buena del Infierno, pienso. Pero créeme, yo he estado allí, y no tienen ni idea.

Supongo que estoy tratando de explicar por qué no me despierto cuando pasa. No estoy seguro de por qué necesito explicarlo. Debe de ser el viejo instinto de pastor. Antes, cuando tenía la fragua, sabía enseguida cuando alguien salía herido. Pero entonces tampoco tenía que dormir.

De todos modos, sea por el motivo que sea, no me despierto hasta que hay una mano en mi codo. Abro los ojos y sé inmediatamente que estoy en el mundo real, porque no hay niñas pequeñas negras en Da Nang.

--Señor --dice ella. Tiene que ser del sur--. Señor --sale de su boca con tanta facilidad... Sin embargo no dice nada más, solo mira detrás de ella. Me siento a duras penas, y la primera cosa de la que me doy cuenta es que la mayoría de la gente que había acampado aquí la noche anterior ya se ha ido, y de ellos sólo quedan los envoltorios de comida basura. El cielo está empezando a iluminarse, pero sigue estando oscuro bajo el puente, y el hormigón donde apoyo mi mano está helado.

El hermano de la chica se sienta a mi lado, aferrado a la mano de su madre. La mujer está hecha un ovillo. Un hilillo de saliva conecta sus labios con el pavimento. No necesito acercarme más, ya lo sé. La niña también lo sabe. Tiene diez años, quizá once, edad más que suficiente para que una niña de la calle sepa lo que es la muerte.

Se vuelve hacia mí.

--Las manos de mamá están muy frías --dice--. Le dijo a Alexander que se las frotara. ¡Que se las frotara muy rápido! ¡Más rápido! ¡Oh, las estás haciendo arder! Así. --Sonríe brevemente, almacenando ya el recuerdo en lugar seguro.

Ahora Alexander también me mira, y las lágrimas resbalan por sus mejillas. Es más pequeño que su hermana. Quizá realmente no lo entienda. Pero yo creo que sí. Creo que lo que quiere es mantenerse ocupado.

Tras un largo y somnoliento segundo me doy cuenta de que la

niña me está pidiendo que lo haga. Tiene que habérselo pedido antes a todos los demás. Me lo puedo imaginar: ni siquiera se molestan en negar con la cabeza mientras recogen sus mantas y sus sacos de dormir. Lo siento, pequeña. Tengo cosas que hacer, colas en las que esperar, gente a la que mendigar, café que beber, privas que comprar. No tengo tiempo de llamar una ambulancia.

Qué rápido cambian las cosas. Justo después del terremoto podías ver todos esos noticiarios, multitudes de gente viviendo bajo las autopistas elevadas y en tiendas de campaña levantadas con dinero para catástrofes del gobierno. Emotivas historias acerca de cómo la gente se une cuando están todos en la misma mala situación. Y no dudo que fuera así, durante un poco. La ayuda sigue llegando del resto del país, pero aquí en Los Angeles la gente se empieza a dar cuenta de lo que van a tardar las cosas. De cuánto tiempo va estar esa gente teniendo que buscarse la vida. Y ya incluso los novatos han aprendido que no siempre se puede confiar en la poli.

El hermano pequeño no quiere separarse del lado de su madre, ni siquiera para ir a una cabina de teléfono. Se la señalo a la chica: ves, hay una al otro lado de la calle, junto al supermercado. La niña y yo cruzamos la calle hasta la cabina. Ella empieza a andar con el semáforo de peatones en rojo. Mi mano baja instintivamente y la cojo por el hombro. Ella me mira con esa graciosa expresión. Ahora sí que lo he hecho. La he jodido.

Los polis se portan bien, especialmente tras echarle un vistazo a mi carné de veterano. Uno incluso me compra un café. Los de la ambulancia hacen el capullo por nada; no es que tengan ninguna excusa para ponerse irritables, lo único que están haciendo es recoger. Los niños no me sueltan de las manos. Los polis me los tienen que arrancar. Alguien le da a Alexander un viejo y roñoso Oso Amoroso. Menos mal que los juguetes no tienen que respirar, porque de la forma que lo aprieta... Monique, Monique Lamotte, la oigo deletrearlo, responde a las preguntas con tranquilidad y paciencia. Los meten en el coche patrulla. Ella me mira mientras se los llevan.

Los servicios de Asistencia al Menor se niegan a informarme por teléfono al día siguiente, así que le doy una pasada a mi ropa en la lavadora y la secadora de la misión baptista y cojo un autobús para allá. Tampoco me quieren informar en persona, pero resulta que

tienen la instalación eléctrica frita desde el terremoto. La luz se va y viene y se lleva con ella la red informática, lo que quiere decir que los casos no pueden procesarse, y hay un buen montón de ellos más de lo normal. Así que les digo que antes trabajaba en la compañía eléctrica. Es mentira, pero es más fácil de explicar que decirles que ayudé a diseñar la estructura de las moléculas, así que la corriente alterna no tiene tanto misterio.

De cualquier modo, están tan contentos de no estar trabajando a la luz de las linternas que finalmente consigo la historia. No, a Monique y Alexander no los han mandado al Centro McLaren. McLaren ya está al doble de su capacidad, así que los asistentes sociales no se molestaron siquiera en preguntar. Dejaron a los chicos dormir en una mesa aquí en la oficina hasta que alguien les encontró un hueco en un hogar infantil tutelado; que teóricamente tampoco tiene sitio, pero es que no lo hay en ninguna otra parte.

No, por supuesto que no pueden decirme dónde está el hogar tutelado. Pero pueden dejar los papeles encima de la mesa mientras todos van a tomarse una taza de café, que lleva mucho tiempo haciéndoles falta.

El hogar infantil está en Venice. Trato de descifrar las pintadas de las bandas. El estilo de escritura es puertorriqueño, pero más allá de eso me pierdo. Al menos no veo muchos carteles de "En ruinas", así que quizá en esta calle no dio muy fuerte. Creo que lo que pasa es que lleva bastante tiempo descuidada.

La casa destaca porque es una de las pocas que tiene algo de pintura reciente. Oigo voces infantiles chillando y se me hiela sangre durante un segundo, antes de darme cuenta que se trata sólo de juegos. Echo un vistazo por las ventanas y luego le doy la vuelta al edificio para comprobar el patio trasero. Hay cuatro chicos casi adolescentes jugando con un disco volador, varios chicos más jóvenes retozando en el parque infantil, y Monique está sentada en un columpio con Alexander y un par de niñas pequeñas a sus pies. Está absorta contando algo; gesticula con los brazos y pone muchas caras diferentes.

Su audiencia está embelesada. Estoy a punto de irme con la conciencia tranquila cuando los cuatro del disco volador dejan su juego y van hacia los columpios.

Y empieza la clásica bulla de patio de escuela.

–Oooh, las historias *secretas* –dice uno de los chicos mayores con voz de falsete–. ¡Los cuentos *de hadas* secretos!

Una de las niñas le contesta algo. El pequeño macarra está encantado de que hayan mordido el anzuelo.

–¡Mira! –Se pone de puntillas y arquea los brazos a la altura de la cabeza–. ¡Soy la Dama Azul!

–Y una mierda, con esas Nike tienes que ser un demonio – responde riéndose su amigo. Monique se levanta de un salto y entra corriendo en la casa. Los otros niños se dispersan, dejando solo a Alexander. Entonces es cuando éste levanta la vista y me ve.

Yo sonrío como si no hubiera nada malo en que un viejo vagabundo estuviera merodeando cerca de un hogar infantil, y le hago un gesto para que venga. Viene.

Supongo que no vamos a tener mucho tiempo. Me acurruco con él contra la pared.

–¿Estáis bien Monique y tú?

Asiente.

–¿Buena comida? ¿No hay cucarachas? ¿Son agradables los monitores?

Vuelve a asentir, pero no creo que se haya enterado de nada de todo eso. Le importa mucho más que se hayan reído de su hermana.

–Me llamo Sam. Sólo quería ver como estabais. –¿Es que no puedo hacerlo mejor?–. Me... me gustaría conocer un sitio mejor para vosotros. Si pudiera os cogería yo mismo, pero ni siquiera tengo un sitio para mí. Ya sabes como son las cosas.

Me apuesto a que no ha llorado desde que pasó. Se limita a decir que sí.

–¿Y tú también crees en la Dama Azul?

Esto es un gran riesgo. Veréis, se supone que yo no tengo que saber nada de las historias *secretas*; ningún adulto debería. Y ni siquiera tengo muy claro lo de la Dama Azul. Sólo la he oído mencionar en susurros reverentes desde Miami hasta Phoenix. Mientras esperaba que me dieran una plaza en algún albergue, mientras comía la sopa tibia... si prestas atención, te das cuenta de que los niños tienen esas historias. Pero se callan en cuanto ven a alguien mirando.

Me dedica una mirada herida, cauta.

–¿Tú sabes de la dama Azul?

–Desde siempre. Yo también he sido niño. –Tengo *algo de idea*

acerca de cómo los humanos construyen sus leyendas, así que doy otro salto--. Y sé que siempre está atenta. No pierdas la fe. No importa lo que te diga un aprendiz de pandillero.

--Los ángeles son reales --dice dudando. Tiene siete años y le cuesta admitir incluso eso. Pero necesita creer, de eso no hay duda.

--Los ángeles son reales --admito. Un traidor escalofrío recorre la columna vertebral de Ashbury. No. A mí no me toca responder a esta plegaria. Que ascienda hasta la Hueste celestial, si puede.

Por otro lado, ¿y si...? ¿Quién más *podría* ver a los ángeles, quedarán los que quedasen? O quizá al menos a los caídos. Hoy en día es un error fácil de cometer, ¿no?

--En los refugios siempre escuchan a Monique. Ella las sabe todas, las sabe. *Ciento sesenta y siete* historias y diez más. Ella dice que son sólo para chicas. --Alexander observa mi rostro para ver si lo entiendo. Lo hago--. Estuvimos contándolas una vez que mamá se fue toda la noche y nos quedamos despiertos. Aprendió algunas de Devin en Baton Rouge, y otras de Marisa en Corpus Christi. Las historias más secretas y antiguas.

Alexander se coge el rasgado dobladillo de la manga.

--Pero aquí no escuchan. No si los chicos mayores se meten con ellos por escuchar.

--Yo escucharía.

--No te las dirá. --Pero parece triste--. No se las cuenta a los mayores.

--¿Ni siquiera a un mayor que cree? --pregunto en voz baja.

Esta historia viene de Marisa, que dice que pasó hace mucho tiempo en Brownsville. Había un chico llamado Rafael, y su familia no pudo encontrar ningún sitio para pasar la noche. Así que se van a la playa y se echan en la arena fría. Bueno, en mitad de la noche llega una gran tormenta. Rafael levanta la vista al cielo y puede ver a la Dama Azul y al Diablo luchando. ¡Cuándo él la golpea brilla el rayo, y cuándo ella devuelve el golpe estalla el trueno! Ahora la piel del Diablo centellea como una serpiente de oro y plata, y la Dama Azul le arranca un pedazo, que se cae al suelo y se convierte en un cuarto de dólar nuevo y brillante. Entonces el Diablo agarra un ala de la Dama Azul y tira de ella, y una de sus plumas cae al suelo y se convierte en una hoja de palma. Ya ves, cuando Dios hizo los ángeles y los demonios,

no tenían cuerpos, pero cuando vienen a la tierra se hacen cuerpos con esto y aquello.

Rafael corre a coger el cuarto de dólar y la hoja de palma. Le grita al Diablo: "¡Mira aquí! ¡Voy a tirar un trozón de ti al océano! ¡Más vale que vayas a buscarlo!", y lo arroja al agua. Bueno, el Diablo se tira, pero es tan pesado que se hunde hasta el fondo del océano. Y la Dama Azul baja hasta Rafael y le dice: "Gracias". Él le intenta devolver la hoja de palma, pero ella dice: "Guárdala contigo. Así siempre podré encontrarte, incluso si te mueres". Así que, desde entonces, todos los niños saben que si amas a alguien y pones una hoja de palma en su tumba, la Dama Azul siempre puede encontrarlos y llevarlos con los ángeles.

–Ésa es una buena historia –digo. Monique me sonrío. Pienso acerca de ello. Escamas doradas y plateadas, no exactamente, pero en sus mejores tiempos siempre parecían danzar motitas doradas y plateadas alrededor del Lucero del Alba, arremolinándose, siguiendo el flujo de su energía, siguiendo su rastro como un manto de coronación. Es posible.

–Raquel dice que puedes oír el nombre verdadero de la Dama Azul si te pones una concha marina en la oreja y escucha atento – ofrece Alexander.

–Si conoces su nombre real y lo gritas, entonces ni las balas pueden hacerte daño.

–¿Dijo Raquel algo más acerca del Diablo?

–María la Sanguinaria* es su novia. [*Nota del T.- La reina María I Tudor de Inglaterra, cuya feroz persecución de los protestantes le ha granjeado el papel de "coco malo" de muchas historias infantiles]

–¿Sí?

–Oh oh –dice Monique disgustada.

–Ni siquiera el Diablo puede mirar a la cara de María la Sanguinaria.

–¿Pero por qué la familia de Rafael no vio al Diablo ni a la Dama Azul? –pregunto.

Monique arruga el rostro y piensa.

–Creo que a veces pasa algo malo con los ojos de la gente.

–¿De quién? ¿De los adultos?

–Sí, de los mayores. Y a lo mejor de algunos niños. Mamá nos dejaba en la biblioteca para poder ir a mendigar. Cuando volvía, decía: "¿Cuántos ojos tengo?". Yo le decía que dos. Ella decía: "¿Cuántas orejas?". Yo le decía que dos. Entonces levantaba los dedos y me

preguntaba que cuántos, así que yo se lo decía, y ella decía: "Bueno, entonces no soy invisible".

Yo asiento. Ha sido todo un ejercicio de erosión espiritual conseguir reunir los ocho dólares con setenta para pagarles los helados, así que no pienso discutirlo.

–Eres el único mayor que he conocido que cree en las historias. No digo las historias de la Biblia. Muchos mayores las creen.

–Pero esas pasaron hace mucho tiempo.

–Sí, como cuando los ángeles fueron a Lot y le dijeron que iban a quemar Sodoma y Gomorra, esa historia. Pero si los ángeles no se mueren... ¿no deberían estar todavía por aquí?

–A mí me parece que tiene sentido. Vaya, mirad, es tarde. Os vais a saltar el toque dé queda. –Los acompaño las siete u ocho manzanas que hay entre la heladería y el hogar infantil. La mano de Monique envuelve tres de mis dedos. Me dicen buenas noches y suben los escalones de dos en dos. Me dirijo a la parada de autobús que hay al extremo de la manzana, preguntándome si quedarán plazas en el albergue. Probablemente ya no.

En algún lugar detrás de mí estalla un tableteo de armas automáticas, seguido del rugido de un motor al ponerse a toda marcha. La forma borrosa de un coche pasa como una exhalación a mi lado.

La maldita adrenalina a flor de piel de Ashbury se dispara, haciendo que me retumbe el corazón y me dé vueltas la cabeza. Durante un segundo creo que voy a desmayarme. Pero me obligo a girarme y me tambaleo de vuelta por la calle. Hay un chaval allí en la acera, vestido con una sudadera empapada en sangre y unos pantalones de deporte. Está rodando, tratando de incorporarse. Agita los brazos hacia mí. Lo esquivo. *Le han disparado justo enfrente del hogar infantil*, estoy pensando. *Justo enfrente*. Alguien grita en el interior. Un rostro joven, pálido como un fantasma aparece en la ventana. Abro la puerta principal a lo bestia y entro de sopetón (gracias a Dios que no está cerrada con llave), gritando los nombres de los chicos.

Atravieso un par de puertas hasta que encuentro la habitación donde están todos reunidos y acurrucados, bajo el nivel de las ventanas. La monitora que ha bajado el teléfono al suelo para llamar al 091 me mira parpadeando.

–¿Quién demonios es usted?

–¿Dónde están Monique y Alexander? –grito en respuesta. Justo

entonces entra otra monitora con Alexander en brazos y Monique a su lado.

El teléfono en manos de la primera monitora emite un graznido y ella parlotea con él.

--No lo sé. Policía, ambulancia, no lo sé. Alguien está disparando ahí fuera.

--Dícales que han alcanzado a un chaval frente a la casa --le digo.

--Le han dado a un chico. No, no sé el nombre, yo sólo... *¡Sentad vuestros culos negros ya!* --les grita a dos chicos mayores.

--Venga, agachaos --le susurro a Monique.

La monitora que sostiene a Alexander se agazapa contra la pared. Se cubre la cabeza con una mano, como si eso pudiera detener una bala perdida. Monique se sube a mi regazo y se instala. La monitora me mira fijamente. Por supuesto. Nadie podría imaginar una razón decente para que un hombre de mediana edad se preocupase por una niña pequeña que obviamente no es su hija. Pero ahora no parece ser la hora de las explicaciones.

Empiezo a tararear una cancioncilla. No tengo ni idea de lo que es, no es más que algo que conocía Ashbury. Monique está atornillada a mis brazos. La operadora del 091 consigue por fin que la monitora se tranquilice y le dé la dirección.

El tarareo también es para mí. Estoy haciendo todo lo que puedo para calmarme por los chicos. No quiero enfadarme todavía. No tanto. No aquí.

Es tan fácil... Quizá sea eso lo que iba mal conmigo todo este tiempo. Los metales, las sales, los ácidos, los iones: las cosas de la tierra siguen siendo maleables y obedientes bajo mis dedos. No saben que se supone que no deben serlo. No tienen voluntad, sólo propiedades; algunas evidentes y otras ocultas para todos excepto para los ojos de los ángeles que las formaron, aunque cualquiera podría llegar a dominarlas con suficiente tiempo. No toda la creación se porta tan bien. No tenía ni idea. Pensé que también podría moldear a los humanos, estructurarlos como a las moléculas de un cristal. O, al menos, no vi razón alguna para que alguien como el Lucero del Alba debiera tener algún problema con eso.

Había agujeros de bala en las cabeceras de las camas de los chicos. Agujeros de bala. Esto es, honradamente, lo mejor que la

ciudad puede hacer por ellos. En teoría tienen suerte, hay otros chicos que duermen en contenedores de basura para oler tan mal que no los violen.

Algo malo pasa con los ojos de la gente. No jodas, Monique, no jodas.

Necesito hacer que el aparato sea pequeño, lo bastante para ir en el bolsillo de una niña pequeña o alrededor de su cuello. Clips doblados y cuerda de piano van de perlas para el receptáculo, una tosca pero efectiva réplica celestial punteada con pequeños fragmentos de imán de la puerta de un frigorífico para ayudar a atraer y contener las energías. Pero los componentes del núcleo tardo todo un día en conseguirlos. Me veo obligado a descartar mi primera y mejor idea, e improvisar con algo que sólo funciona realmente en la gemología del Renacimiento. Así que busco una tienda de ocultismo, arranco una página con el párrafo adecuado de Agripa y lo envuelvo con cuidado alrededor del ofensivo anacronismo, como aislante.

–Nunca he oído hablar de ningún ángel Sefidor. –Monique frunce el ceño cuando se lo llevo–. ¿Estás seguro de que sale en las historias secretas?

–Sale en algunas de las historias más secretas que hay. Su nombre es uno de los cuarenta y cuatro centenares que hay grabados en la piedra angular de la tierra. –Es excitante poder decirle esas cosas simplemente porque es una niña. Algunos días pienso que yo podría ser sólo un fragmento de las pesadillas del pobre Ashbury y nadie, yo incluido, notaría la diferencia–. Este amuleto contiene su aliento. Si lo llevas, te protegerá del daño. Y si sostienes la mano de alguien, entonces también lo protegerá.

Ella lo mira, girando en la cinta de terciopelo de la que lo he colgado, brillando débilmente a la luz de las farolas. Ahora mismo no parece gran cosa.

–¿Dónde lo has conseguido? –quiere saber.

Y ahí se acaban mis verdades.

–Mi hermana me lo dio, hace mucho –respondo–. Quédatelo.

Ella lo toca, lo coge en la mano, moviéndolo un poco porque el aire nocturno lo ha dejado helado. Pero enseguida se calienta en la palma de su mano. Doblo sus dedos, envolviéndolo.

–¿Crees en los ángeles o no? –Le doy unas suaves palmaditas–. ¿Sigues creyendo que están ahí esperando para ayudar, si los llamas por su nombre?

–Sigo creyendo –dice, y su voz tiembla, pero no de duda.

–Entonces abre la mano.

Lo hace. Un apagado resplandor rojo, como una luz que brillara atravesando una capa de músculo viviente, salta a la vida en las profundidades de su interior. La miro a los ojos. Están abiertos de par en par para atrapar la pequeña bolita de resplandor, para reflejarlo. Tan pocas cosas brillantes hay en su mundo.

–¿Lo ves? Ahora póntelo. –La ayudo a pasárselo por el cuello--. Y recuerda el nombre secreto... ahora es tu ángel de la guarda.

–Sephidor --dice, no sólo correctamente sino con belleza.

Una sacudida de pena y placer me recorre: estoy vivo, existo. Soy un Annunaki, un artesano celestial caído, dador de regalos maravillosos y peligrosos. De repente rodea mis hombros con sus brazos.

Lo he vuelto a hacer. ¿Por qué sigo tan asombrado de que la Hueste no dé la cara, de que un demonio sea el único al que parece importarle un pimiento lo que pasa? Quizá intento demostrar algo.

O quizá es esto, sólo esto lo que quiero.

Quedan tan pocas cosas brillantes...

No pasa ni una semana antes de que el aparato deba actuar por primera vez, mientras los chicos están de excursión escolar. Entonces no me entero. A menos que digan mi nombre (y no me refiero a "Sam") no puedo saber lo que les pasa. Pero me lo cuentan después.

Así que esta estrella de la tele, no sé realmente qué papel interpreta, pero tiene algo que ver con monos de PVC y fusiles de asalto, decide invitar a los chicos de la escuela de Monique y Alexander a una gira promocional de su serie. Esto pasa mucho actualmente en Los Ángeles. Celebrities sin mucho más que ofrecer aparte de su fama se aprovechan de ese valor tanto como pueden. Bueno, allí están en el escenario con la estrella contándoles anécdotas, sus ayudantes y el representante orbitando alrededor, y una enorme multitud de chicos apretujados por estar tan cerca de ella como pueden. Entonces algún tarambana desafía a una chica a subirse a una escalera que alguien ha dejado apoyada en una torre de iluminación. Cuando la chica llega cerca de la cima, el chico empieza a mover la escalera para asustarla. Monique y otro chaval saltan a detenerlo. En unos segundos hay una confusión completa, seguratas hablando por las radios y profesores gritándole a la clase que

retroceda. Unos pocos adultos avanzan a la carrera, pero para entonces ya es tarde. La escalera está temblando, balanceándose, cayendo con la chica aún aferrada a la parte superior.

Monique, helada de miedo, siente un repentino estallido de calidez en su pecho y ve como la escalera realmente *se desliza al frente* sobre sus patas un poco antes de caer justo sobre ella.

O, mejor dicho. Justo alrededor de ella. Un peldaño justo delante y otro justo detrás. Tras un momento de conmoción y silencio mortal, Monique se da la vuelta. El otro chico que trató de ayudar está tumbado, atrapado bajo la escalera, con una brecha sangrante en la cabeza. En cuanto a la chica que estaba sobre la escalera, un guardia de seguridad *trató* de cogerla. Está sentada, aturdida. Hay una mancha de sangre extendiéndose por la tela de sus vaqueros, y un bulto que da miedo bajo ella.

Monique siente el peso de las miradas sobre ella, fijas. El rubor sube por sus mejillas. Una mirada en particular es en cierto sentido más intensa que las demás: la de un hombre vestido con un jersey de cuello alto, uno de los ayudantes de la estrella. Es joven y guapo, y su rostro es un gesto de sorpresa, igual que el de todos, pero en cierto sentido su sorpresa y todo lo demás acerca de él es más intenso. Magnético.

Cuando la mirada de ella se cruza con la de él, ve como las comisuras de sus labios empiezan a levantarse con el inicio de una sonrisa.

–Belén, campanas de Belén, que los ángeles cantan...

La palabra *ángeles* me atrapa como la correa de un perro. Es estúpido, pero me pasa. Se dirigen a mí.

El mes está llegando a su fin; no hay clases. Un letrero sobre el escenario cubierto con un toldo dice: *Iglesia Cristiana del Oasis; Festival benéfico para víctimas del terremoto 6:30 PM*. Han acotado una parte de la plaza. La gente está depositando dinero en grandes barriles de plástico situados en la zona del público. Tiene que ser una de esas nuevas macroiglesias, o quizá es una de esas iglesias progres de la *New Age*, porque el coro es una mezcla ecléctica, de todas las edades y colores. La única cosa que lo une visualmente son las planchadas túnicas azules. Sus túnicas y sus caras, todas vueltas hacia el director, todas sonrientes como si la estrella de Navidad

estuviera ascendiendo justo frente a ellos. Como si todo lo que prometió se estuviera haciendo cierto aquí en la calle.

---...que nuevas me traéis... ¡Aleluya!

No es nada, sólo un grupo cantando villancicos. Yo estuve allí en el amanecer, en el primer aleluya. Yo comprendo el significado de la palabra, *ellos* no. No pueden. Cálidas lágrimas se acumulan en los ojos de Ashbury, derramándose por las arrugas de sus mejillas. Mi vista se enturbia. Pero quiero gritar que *no* todo va bien.

Lleva bastante tiempo sin estar todo bien.

¡Y ellos lo saben! La mitad de su ciudad está convertida en escombros. El mismísimo Satán se les apareció hace algo menos de dos meses. Un terremoto aún más grande está acechando allí, en las profundidades de la placa continental, esperando su momento. ¿Cómo pueden plantarse ahí y cantar que todo va *bien*?

¿*Cómo se atreven?*, pienso, y el vacío que hay en mi interior abre sus fauces.

¿Qué ángel les enseñó por primera vez? Fue Nazriel, creo, el que les explicó las notas, las proporciones de la armonía y los modos de la melodía. Sí, es culpa de Nazriel que ahora mis lágrimas estén cayendo. Y aun así puedo sentir tanta alegría en sus voces, tanta... ¡Ay! Ya no hablo la lengua de los ángeles y este cuerpo no tienen las palabras. No sé cómo decirlo. Pero vuelvo a recordar como ningún castigo pareció demasiado cruel para sufrirlo por ellos. Recuerdo la sensación de transportar una inocente Creación en alas amables y seguras.

¡Oh, Hacedor! Recuerdo como era amarlos...

Pero vamos a ver: ¿voy a dejarles que vuelvan a hacérmelo?

¿*Realmente* creen todo lo que les prometió un tipo que murió hace dos mil años en el otro extremo del mundo? ¿O es que están demasiado asustados para pensar en una alternativa?

¿O es (este pensamiento se convierte en el nuevo eje sobre el que giro) algo más, algo acerca de ser humano? ¿Algo que los *hace* humanos?

Sí, creo que quizá sea eso. Creo que quizá por eso nosotros caímos mucho más. Cómo os compadecí una vez, niños de arcilla. Me compadecí de vuestra ignorancia, de vuestra fragilidad. Pero mirad quiénes están vencidos. Mirad quiénes vienen a vosotros con las manos vacías como tontos, sin querer nada más que aprender.

Mirad entonces al Altísimo en busca de gracia, puesto que podéis. Yo os miraré a vosotros.

Mientras yo estoy haciendo esto, Monique y su hermano han conseguido perderse. Van a por refrescos, doblan la esquina equivocada y no se dan cuenta hasta que empiezan a ver fachadas de tiendas que no reconocen.

Alexander no pierde el tiempo con las recriminaciones.

–Por tu culpa nos hemos perdido. Dijiste que conocías el camino. Niña, es que nunca miras por dónde vas...

Monique se limita a apretar los dientes.

–Cállate, y no me sueltes de la mano –le dice ella a su hermano.

–Puedes dejar que yo lo lleve y *tú* coger *mi* mano –responde Alexander.

–No, no puedo. –Empieza a aferrarlo, y entonces se detiene–. Y cállate. No hables de eso, ni aquí ni en ningún sitio.

–¡Tú siempre hablas de eso!

–Para ya, Alexander.

–Eh, chica. ¿Os habéis perdido tu hermano y tú? –dice un hombre que está en una cabina de teléfono cuando pasan a su lado–. Tengo un mapa en mi coche, justo aquí.

Ella duda, luego niega con la cabeza.

–No, gracias señor.

–También tengo caramelos. ¿No? Venga, que no muerdo... – Pero ya tiene la mano metida en el bolsillo y está avanzando. Un segundo después está saltando hacia atrás, cuando un motorista que pasaba junto a ellos da con algo resbaladizo en el asfalto y se le va la moto, golpeando al hombre del mapa y empotrándolo contra la cabina de teléfono. Los chicos se quedan mirando fijamente durante un segundo al cuerpo inmóvil bajo la moto, y al hombre del mapa dolorosamente incrustado en la cabina, y luego usan las luces que les otorgó el Hacedor y corren hasta quedarse sin aliento.

Jadeando. Vuelven a mirar atrás. Siguen perdidos.

–¿Qué pasa si nos saltamos el toque de queda? –se queja Alexander–. Nos vamos a meter en un lío.

–¿Me vas a dejar pensar o no? –Pero en cierto sentido, ahora Monique se siente mejor. Obviamente su ángel los está protegiendo.

Alexander se queda callado durante algunos minutos. De repente, empieza a tirar de ella.

–¡Ey, ey, Monique! ¡Ey, Monique! ¡Mira, palmeras! ¡Mira!

--Ahora no, Alexander. --Echa una ojeada. Están pasando junto a un pequeño parque, uno de esos ridículos intentos de hacer que el gueto sea menos gueto colocando algún trozo de verde, como si fuera contagioso o algo así. Pero hay un par de palmeras, aguantando lo mejor que pueden el invierno de Los Ángeles.

--Pero Monique, la hoja de palma para mamá. ¡Para ponerla en su tumba! ¡Vamos, no tardaremos ni un segundo!

--Vale. --Ella medio lo aupó a un árbol para que pueda alcanzar la hoja más cercana.

--Monique --de repente está susurrando--. ¡Ey, levántame un poco más! ¡Allí hay algo!

--¿Allí dónde?

--Mira, por allí. ¿Ves la luz? Levántame más.

--No te puedo levantar más. --Pero ella mira.

Pues sí, hay un brillo de algún tipo que proviene del interior del parque, semioculto por los arbustos. Parece la luz del sol atravesando el agua; ondulantes parches de azul y blanco. Alexander baja de un salto, ahora incluso más excitado, y corre hacia la luz. Monique lo sigue. Los instintos encontrados se cancelan. No debería estar yendo a ningún lado salvo a casa. Especialmente no debería estar persiguiendo misterios a esta hora. Por otro lado, es una luz tan bella, y de colores... La luz de colores es una buena cosa; las historias secretas dicen que atrae a los ángeles porque es lo que les gusta comer.

(De hecho, yo confieso mi preferencia por los perritos calientes, pero eso es definitivamente culpa de Ashbury. De todos modos, soy un caído, así que supongo que no cuento.)

Rodean los arbustos y allí, bajo el árbol, está de pie una mujer. O, mejor dicho, más que de pie está flotando a unos centímetros del suelo. Tiene el pelo oscuro y la piel azul resplandeciente, que es la que despide ese brillo perlado. Tiene los brazos extendidos en una postura como la de Cristo, con las palmas vueltas hacia arriba, como si fuera para darles la bienvenida y bendecirlos al mismo tiempo. Está envuelta en pliegues y más pliegues de lo que parece ser la más fina seda de traje de novia, solo que es azul, y la tela y su pelo flotan como si estuviera bajo el agua. Tiene unas alas casi tan grandes como ella, salpicadas de pequeñas gotas de humedad que centellean al reflejar la luz. Por pura lógica debería ser una visión fantasmal, pero no lo es. Es absolutamente sólida, visible y palpable. Es tan real como la farola que hay a su lado, y más brillante.

Por supuesto que los chicos se quedan pasmados. La mujer se inclina hacia delante y los besa a ambos en la frente. Ahora, lo que tenéis que comprender antes que nada es que nadie ha besado a estos niños desde que murió su madre. Los monitores están ahí para encargarse de que se cepillen los dientes, se mantengan lejos de las drogas, hagan los deberes y no desperdicien agua caliente. Besar no está entre sus competencias, y además están demasiado asustados de posibles querellas.

Pero es más que eso. Huele bien. Su sonrisa es amable, y los besos que les da los llenan de una calidez que los hace sentirse (así me lo explica exactamente Monique) como si hubieran entrado en una habitación con la chimenea encendida, un árbol de navidad completamente iluminado con regalos apilados debajo y un pavo asándose en alguna parte. Igual que como sale en la tele. Sus alas se curvan hacia delante, rodeándolos como para cobijarlos.

Monique conoce treinta y una leyendas de la Dama Azul. No siempre coinciden, pero hay algunas cosas que permanecen iguales de historia a historia. Todas hablan de la piel azul, el pelo oscuro, la dulzura de su rostro, las alas. Y principalmente hablan de lo bien que se siente uno junto a ella. Como si se estuviera soñando despierto.

–Necesito vuestra ayuda –les dice, y su voz es tan agradable y musical que Alexander empieza a llorar–. En la ciudad hay una gran oscuridad. Si nadie la detiene, muchos niños sufrirán.

Alarga sus brazos hacia ellos, y ellos los cogen. Un momento después salen volando, liberándose de la densa capa de polución. Los edificios desvencijados y sucios se convierten en bloques oscuros adornados de luces parpadeantes, el perfil de la ciudad aparece ante sus ojos y una brisa fresca da contra sus mejillas y sus orejas, despertando sus sentidos. Las alas de la Dama Azul se abren y baten el aire poderosamente. Por vez primera Monique mira Los Ángeles y la encuentra bonita. Por una vez está por encima de todo. Es tan fácil sentirse benevolente desde arriba...

Y están volando, llenos de alegría. No creo que a ninguno de los dos se le ocurra dudar de la fuerza de la Dama, preguntarse adonde van o hacia qué peligro. Esto es un sueño hecho realidad. ¿Cuántas veces pasa? ¿Para qué estropearlo?

La Dama Azul se los acerca más. A pesar de la gran oscuridad de la que hablaba, no parece ir a ningún sitio en concreto. Vuela entre las nubes y sobre el agua. Luego, tras un rato, se posa en un roble grande y confortable en algún jardín. Para entonces se sienten un poco

somnolientos, agotados por la excitación del vuelo, cálidos y seguros en los brazos de este asombroso ser. La brisa mece las hojas del árbol, y el suave susurro de éstas es como una nana.

Ambos caen en el sueño más tranquilo que han conocido en años.

Alexander se despierta y se queda completamente quieto. Al principio se queda quieto porque está en la cama más maravillosa en la que ha dormido nunca, y quiere volver a dormirse. Pero llegan voces de la habitación de al lado. Una de ellas es definitivamente masculina y agradable, y sube y baja de forma musical; pero la otra despertaría a cualquiera del sueño más profundo. Parece como si alguien hubiera enseñado a una docena de ratas a hablar en coro.

--La joven Monique parece ser la que está vinculada al aparato, sí --dice la voz masculina mientras Alexander se acerca a hurtadillas a la puerta entreabierta para escuchar--. Pero a menos que me equivoque, también protege a cualquiera que sostenga su mano, y eso, mi señor, es la faceta verdaderamente interesante de su diseño.

--Explícate --dice la otra voz.

--Bueno, mi señor, uno debería preguntarse qué sucedería exactamente si el que sostiene su mano fuera el que estuviese intentando hacerle daño.

--Si el amuleto funciona como solían, la energía seguirá siendo reflejada a alguna parte. Quizá a alguien que pasara por allí. *Alguien* debe pagar.

--Sí, mi señor. Pero... ¿y suponiendo que no haya transeúntes? Un gruñido ininteligible.

--Empiezo a ver lo que quieres decir.

--No tiene ningún sitio a donde ir. El aparato ya está protegiendo a todos los que se encuentran dentro de su alcance.

--Sí, ya veo. Tu teoría es que se limitaría a acumularse hasta que el aparato ya no pudiera contenerla...

--Exactamente, una auténtica explosión de karma negativo. Junto con los ritos habituales, debería ser suficiente para abrir al menos una pequeña grieta.

--Me estoy cansando de las *pequeñas* grietas, Nineresh.

--Estoy haciendo una estimación por lo bajo, mi señor. Pero aunque fuera así, seguramente todavía hay muchos colegas menores

a los que os gustaría ver liberados sobre este mundo de nuevo.

–Por supuesto. Y en cualquier caso es una idea intrigante volver la creación del Annunaki contra sí mismo. Procede entonces. Siempre dije que eras algo más que una cara bonita.

–Gracias, mi señor.

–Y ahora, hablando de los ritos habituales...

–Los preparativos ya están en marcha, mi señor. Y en cuanto a los suministros, recordad que también tengo al hermano pequeño.

Alexander echa un vistazo al otro lado de la puerta y se aparta de sopetón. Lo que ve en ese medio segundo deja marcada su mente para siempre.

–Bien. Entonces haré que Ubbuk prepare la lista de los elegidos y te la entregue tan rápido como sea posible. Ahora, si me disculpas, estoy intentando poner en marcha la campaña para los Oscar...

–Sí, mi señor.

De repente la puerta se abre del todo. Alexander se aprieta tras ella. Un hombre entra y se dirige al ordenador que hay al fondo de la habitación. Alexander se da cuenta de que tiene una terrible elección que hacer. Puede deslizarse de vuelta a la cama con Monique y esperar que tengan una oportunidad de escapar juntos (y algo acerca de la conversación hace que eso no parezca muy probable), o puede escabullirse *ahora*, mientras el hombre está mirando a la pantalla, e intentar conseguir ayuda.

Con una última y desesperada mirada al rostro dormido de su hermana, toma su decisión.

Al principio creo que estoy oyendo mal. Estoy escuchando a esta mujer de la línea de información de emergencias explicándome cómo funcionan los albergues para mal tiempo (sí, en Los Ángeles, de verdad) y pensando que si esta noche toca en la catedral episcopal, puede que tampoco sea tan buena idea, y en mitad de todo, ella dice:

–Sephidor.

Se me seca la garganta.

–¿Disculpe?

–He dicho que necesitaré una foto de carné. ¿Ha tomado nota de lo que le he dicho antes? –No les gusta que les llamen desde cabinas de teléfono en calles transitadas. Tampoco es que yo pueda hacer mucho al respecto.

–Sí, pero usted... –Durante un segundo estoy seguro de que esto es algo que queda de Ashbury, alguna cosa post-traumática. Pero entonces vuelvo a oírlo, esta vez más nítidamente. No es la mujer de la línea de información. Viene de alguien en la distancia.

Alguien me está llamando por mi nombre.

Monique es la única persona a la que le he dicho mi verdadero nombre en dos años. Eso no quiere decir que sea ella. Hay otros que saben mi nombre, con la mayoría de los cuales no me gustaría cruzarme. Cuelgo el teléfono y me giro en dirección a la llamada, sintonizando mi ser hacia ella. A medida que me concentro, me van llegando más detalles. Joven. Un niño pequeño corriendo... está asustado... está rezando. Está pidiendo la protección del ángel Sefidor. Él tiene su propio nombre.

Alexander.

Por desgracia, esto no funciona en ambos sentidos. Los mortales no oyen esta clase de invocaciones, solamente son buenos haciéndolas. Empiezo a correr, abriéndome camino por las calles. Ninguna de ellas me lleva exactamente adonde quiero ir, así que hago un poco de trampa con las leyes de la física. No creo que demasiada gente se dé cuenta si esta avenida va hacia el norte-nordeste en vez de al norte durante un par de minutos, o al menos pensarán que es culpa suya el haberse perdido.

Cómo son las cosas, casi paso corriendo a su lado sin verlo. Sale a toda pastilla de un callejón detrás de mí, pero oigo el sonido de sus pisadas, me vuelvo y lo cojo.

–¡Alexander!

Grita cuando lo agarro del codo, pero entonces me reconoce y estalla en lágrimas. Me agacho delante de él y lo sujeto por los hombros.

–¿Qué pasa, Alexander? ¿Dónde está tu hermana?

Se da la vuelta para correr.

–¡No! ¡Déjame ir! ¡Allí está el coche!

–¿Qué coche?

Al final de la manzana aparece un par de faros y Alexander forcejea, tratando de empujarme dentro del callejón. Le dejo que lo haga, y me agacho con él detrás de un contenedor de basuras. Un lujoso sedán pasa lentamente cerca de nosotros con la ventanilla bajada y un hombre de ceño fruncido sacando la cabeza por ella. No sé si nos ha visto, pero evidentemente ése es el objetivo.

–Vamos. –Lo hago salir del callejón y empiezo a trazar un

laberinto. La última cosa que se esperarán es que un niño pequeño deshaga sus pasos de vuelta al peligro, así que volvemos un trecho por donde él ha venido y luego vamos en otra dirección.

–Puede olerme –gimotea. Ahora que lo dice, me doy cuenta de que el hombre *parecía* estar olfateando. Fuera lo que fuera, su nariz estaba funcionando.

Un temor enfermizo cae sobre mí. La mayor parte del tiempo estoy limitado a los instintos y las intuiciones de Ashbury, pero ni siquiera esta blanda carne puede amortiguarlo todo. Conozco el tacto, el aroma del vacío y de aquellos que los sirven. ¿Y cómo no? Así que al instante tengo una premonición. Sólo tengo que descubrir exactamente quién y exactamente por qué. Pero primero tengo que despistar a nuestro perseguidor.

Levanto a Alexander con los fuertes brazos de Ashbury.

En torno a este momento, Monique se está levantando y se da cuenta de que Alexander ya no está con ella. Se sienta y por primera vez, porque la Dama Azul ya no está con ella, se da cuenta realmente de dónde se encuentra, que es un gran apartamento decorado en lo que más tarde deduzco que debe ser un estilo vanguardista de inspiración asiática: madera lacada en rojo, cristal negro y luz ambiental. No exactamente el sitio en el que esperarías encontrar ángeles, en otras palabras. Se baja de la cama de agua y atraviesa la enorme alfombra del dormitorio con los pies embutidos en unos calcetines. Al otro lado de la puerta se oye un zumbido. Un sonido que ella ha oído antes, pero hace unos años.

Echa una ojeada. Allí hay un hombre de pie en el cuarto de baño frente a un espejo de cuerpo entero, pasándose una máquina de afeitar eléctrica por la barbilla. Sólo lleva unos pantalones. Examina su piel perfecta bajo las luces de maquillaje.

Es el hombre que vio hace un par de semanas, el que la estuvo observando en el escenario.

–¿Has dormido bien, Monique? –le pregunta.

Ella se limita a negar con la cabeza.

–Eres... eres un hombre –dice ella.

Él se da la vuelta y le dedica esa resplandeciente sonrisa de Sunset Boulevard, una sonrisa preparada para una pantalla de trece metros dirigida sólo a una niña pequeña.

--¿Lo prefieres?

--¿Dónde ha ido la Dama Azul? --pregunta ella, aunque ya lo sabe.

--Podría volver a ser la Dama Azul para ti, si eso te lo hiciera más fácil. Tus... amigos en el hogar dicen que sientes una gran devoción hacia ella. --Se pasa la mano por el mentón mientras se acerca andando. El olor a colonia brota de su piel, fresco y vivificante, como la luz de la luna--. Pero quizá te estés cansando de las historias... quizá haya una nueva que te gustaría oír. Ése es el motivo de que las historias de los niños sean secretas ¿no? --Va al armario, coge uno de esos suéteres suaves de boutique y se lo pone--. ¿Venganza por todos los secretos que los adultos os ocultan?

--No, no es eso --dice ella. Por suerte, sigue siendo demasiado pequeña para captar todo el atractivo de una de esas criaturas, pero de todas formas está ese olor a luz de luna, esa sensación de promesa tácita, y es difícil pensar en una buena réplica.

--¿Pero estarás de acuerdo en que lo justo es lo justo, no? Monique, el sistema te está haciendo rodar de mano en mano como la falsa moneda. Ya sabes que la única salida es crecer. Seguirás siendo pobre --frunce el ceño mientras contempla su hilera de zapatos de sport--, pero al menos no serás propiedad de nadie.

--No necesito tu ayuda para crecer --le dice ella. Su voz no tiene tanta fuerza como a ella le gustaría. Es fina, chillona, infantil, y los oscuros rincones de la habitación se la tragan. Le arden los ojos con un principio de lágrimas.

--Por supuesto que no --admite él--. Todos crecemos en algún momento.

--No puedes hacerme daño.

--Sí, lo sé.

Ella se retira hacia la cama, al otro lado de la puerta.

--Tengo un áng...

--¿Un ángel de la guarda? Shh, mejor que no me digas el nombre a menos que quieras que yo lo utilice.

--¿Dónde está mi hermano?

--Ni idea. Se ha ido sin avisar. --Una mirada chispeante--. Lo que quiere decir que tendremos que meter en esto a otro chico y que nuestro horario previsto, digámoslo así, se ha visto perjudicado.

Ella lo observa. Quiere correr, pero nunca ha visto nada que se mueva como él, de forma tan extraña y fluida. Él se le acerca.

--¿Qué eres realmente? --pregunta ella.

–Mira y verás.

Extiende su mano hacia ella con la palma hacia arriba. Al principio no lo entiende, pero algo llama su atención y se acerca para mirar. Pasa algo raro con las líneas de su mano. Hay demasiadas, y se retuercen y se doblan en direcciones extrañas. Mientras sigue mirado, casi empieza a parecer que hay un patrón, algo que podría leer si supiera la clave.

Sin siquiera darse cuenta, alarga la mano para tocar una línea, para seguirla hasta el fin. Ella levanta la vista, sobresaltada ante un sonido de desgarró, y mientras levanta la cabeza siente como la mano de la criatura se cierra firmemente sobre la suya propia.

–Tenemos que darnos prisa –me apremia Alexander. Me agarra por la manga. Creo que el pobre chico está desorientado. No lo culpo: puedo oír a cuatro músicos callejeros diferentes tocando cuatro melodías distintas (muy alto y muy malas), y el brillo de los letreros luminosos de las tiendas es cegador. Aun así, creo que tendré que volver a este paseo cuando acabe todo esto. Estoy seguro de que aquí se pueden conseguir buenas limosnas si no te importa que te persigan los polis en bicicleta.

–Lo sé –le digo–. Pero no podemos seguir hasta que haya encontrado algo que necesito que lleves. Yo me enfrentaré a este... ¿supongo que no dijo su nombre?

–No, pero yo oí...

–Vale, no lo digas todavía. Veremos si puedes escribirlo. De todas formas, voy a enfrentarme a esta criatura si tengo que hacerlo, ¿pero que vas a hacer tú? Ya me has dicho que no crees que una cruz aleje al mal.

–Mamá tenía una cruz de oro y le pasaban cosas malas todo el tiempo. Cuando fue a venderla dijo que de todas formas no le servía a nadie.

–Bueno. Como tú digas. Así que tiene que ser alguna otra cosa.

–¿Cómo qué?

–Hombre, había pensado... –Me paro y trato de otear bajo los resplandores artificiales, agitado–. Pero no la veo. Grita si ves algo que parezcan recuerdos de la playa.

–¿Cómo toallas con cosas dibujadas? –Él también se pone a otear.

--No... como conchas marinas.

--Tengo dólares de arena* --me llega una voz ronca a la altura de mi cintura. [*Nota del T.-- El dólar de arena es el caparazón seco de un tipo de erizo marino, cuya forma y diseño inspiran una poesía muy popular que lo compara con varios símbolos cristianos.]

Dando un respingo, retrocedo y miro. El letrero de cartón dice: "NO SOY veterano de guerra, NO SOY padre de familia, NO BUSCO trabajo, SÓLO SOY un honesto discípulo de JESÚS. Que Dios os bendiga". El hombre de la barba nos sonríe. Puedo ver cruces y estrellas de David de peltre plateado con cordones de cuero con cuentas (un pequeño espasmo de incomodidad recorre mi estómago), y brazaletes de esparto con las letras INRI tejidas. Le entrega a Alexander una bolsa de plástico con un dólar de arena blanco, junto con una tira de papel azul escrito a máquina. Alexander frunce el ceño ante las palabras.

--La Ley...

--La Leyenda del Dólar de Arena --acaba el hombre por él--. ¿Has oído alguna vez la historia?

--Yo la sé --le digo al hombre. Entonces le pongo a Alexander una mano en el hombro--. Esto es perfecto. Te lo explicaré en el autobús. Uh, esto...

Siento como se me ruborizan las mejillas. De hecho, si lo pago, no tendré dinero para el autobús, y tan seguro como el infierno que no tenemos tiempo para ir andando.

--Llévatela --dice el hombre--. Creo que estoy haciendo mi buena obra cristiana de la noche.

Alexander también sabía el nombre del edificio, así que pude mirarlo en la guía de teléfonos, lo que nos va bien porque nunca habría recordado el camino de vuelta. Es una de esas comunidades cerradas en las que no puedes entrar así porque sí. Nos escondemos junto a entrada del garaje y esperamos a que llegue algún coche. Resulta que viene una furgoneta. Tan pronto como se detiene, un tipo trajeado baja de un salto por la puerta lateral sosteniendo en sus brazos una bolsa de basura de tamaño sospechoso, con una 9 mm apoyada contra ella. Las cámaras de seguridad no se habrán percatado de ese pequeño detalle, pero yo sí.

Quizá el Hacedor *sigue* trasteando aquí y allí. Mato dos pájaros

de un tiro. El conductor de la furgoneta me mete una bala en el costado antes de que logre ponerlo a él y a su compañero fuera de combate. Quizá la gente piense que es el estallido de un tubo de escape, quizá no. De todos modos, prefiero que venga la poli. Cualquier cosa que obstaculice a este Nineresh. Abro la bolsa y libero al pobre chico que temblaba en su interior, diciéndole que vaya a buscar ayuda.

La tarjeta magnética del trajeado nos permite entrar en el ascensor.

--¿Dijiste que era arriba?

--Eh, sí, arriba del todo.

Buena cosa que tengamos la tarjeta magnética *exacta*, me apuesto a que el ascensor ni siquiera iría al último piso sin ella.

--Prepárate, Alexander. --Compruebo la 9 mm. Tiene el cargador completo. La herida en la cadera me pincha, tiembla. A Ashbury le han disparado antes y está bien. Ese recuerdo impide que me entre el pánico, aunque definitivamente me siento mareado. Mi sangre chorrea la bonita moqueta. Me concentro durante un segundo, la bala cae en mi mano y el agujero se cierra. Sin embargo, es demasiado tarde para poder hacer algo con el desastre. Siempre es posible que alguien pueda invocarme y atarme con un poco de sangre de Ashbury. Bueno, vale.

No podemos encontrar a nadie en la penumbra de diseño del apartamento, pero puedo *sentir* que uno de mi especie está aquí, en alguna parte. Por suerte, finalmente se me ocurre abrir las grandes cortinas que ocupan un extremo del salón. Hay un patio entero al otro lado, con un pequeño jardín y una piscina. Veo un hombre inclinado sobre la piscina, con el brazo medio sumergido en ella. Está sonriendo de oreja a oreja. El agua alrededor de su codo burbujea.

--¡Monique! --Abro de golpe la puerta corredera de cristal.

El hombre me mira, sonrío incluso más y levanta el brazo.

Monique sale con él, agitando los brazos, gritando, escupiendo bocanadas de agua. La mano de él está *atada* a la de ella con cinta aislante.

Ella no morirá independientemente del tiempo que la tenga ahí abajo. La parte razonable de mí lo sabe. Pero es cierto que tiene que estar *aterrorizada*. Sí puede sufrir la agonía espiritual de estar ahogándose. Mi aparato no puede hacer nada contra eso.

--Quédate atrás, Alexander. --Pongo mi mano en el pecho del chico, conteniéndolo--. No te conviene acercarte al amuleto ahora. --

Pero creo que ya lo sabe. Incluso el humano más tonto que entrase en esta azotea sentiría la terrible carga en el aire. Parece que todo el pelo se me está poniendo de punta.

El hombre, la criatura, Nineresh, deja a Monique de pie a su lado en el borde de la piscina, o lo intenta. Las rodillas de ella se doblan.

--Así que estás aquí, en la ciudad --me dice--. No debería sorprenderme. Hay tantos de nosotros en Los Ángeles estos días...

--Sé lo que estás haciendo, Nineresh. --Mi voz sale ronca, casi se quiebra.

--Por supuesto que sí. Conoces tu propio trabajo, hayas o no hayas pensado en sus vulnerabilidades antes de esta noche. Siento cierta curiosidad acerca de eso, pero ya no importa. Mira, no tenemos por qué ser enemigos a cuenta de esto. Mi señor es, a todos los efectos, el dueño de esta ciudad...

Yo resoplo, me ignora.

--Se te puede recompensar por la pérdida de este aparato, y de su esclavo, te lo aseguro. Hay mucho que ganar para los que sirven. E incluso para los que simplemente están dispuestos a no interferir.

Hombre, por lo menos no está intentando abrumarme con su carisma. Sólo me está haciendo una propuesta buena y razonable. Si realmente estuviera recolectando esclavos, la aceptaría en un latido del corazón desbocado de Alexander.

--Me temo que realmente no comprendes el problema --le digo.

--No, me temo que eres tú el que no entiende, mi anónimo colega --responde Nineresh.

Como si fuera para darle la razón, Monique aprovecha ese momento para pegarle una patada bien apuntada a la espinilla, pero en vez de eso, el golpe falla y se desvía. Nineresh se ríe. Oigo un crujido a mi lado; la maceta que hay al lado de la puerta está repentinamente inclinándose hacia la izquierda y ennegreciéndose, hasta que se hace pedazos, derramando la tierra. Mirando a mi alrededor puedo ver que gran parte de la solería en torno a la piscina está agrietada. Dudo que Nineresh hiciera que la construyeran así.

--Me temo que ha estado luchando conmigo todo el tiempo. -- Nineresh la vuelve a incorporar. Ella apoya un pie contra él y tira--. Ha sido de mucha ayuda. Así que, mientras estemos conectados no hay nada que puedas hacer.

Lo que es absolutamente cierto, me doy cuenta. No hay forma de acabar con esto mientras ella siga creyendo.

--Cariño --digo--. Monique, mírame. Mírame ahora. --E invoco mis

fuerzas, haciendo que mi esencia salga por los poros de Ashbury, tragándose y fundiendo la arcilla de la carne humana sólo un instante para poder mostrarle en qué se ha convertido Sefidor. Los milenios no han sido amables. Mi piel, que una vez fue del negro brillante del mineral de hierro, se ha apagado hasta un gris ceniza. Las brillantes chispas que una vez centellearon en mis ojos y mi boca cada vez que los abría se han extinguido. Estoy seguro de que parezco más viejo, aunque fue sólo a la carnada de Adán a la que el Hacedor maldijo con la edad. Mi rostro está arrugado por años de fruncir el ceño, de dudas, de gritar, de cólera, de todas las cosas que los ángeles no fueron concebidos para hacer.

Nineresh se queda mirándome fijamente, con la boca de su cuerpo anfitrión abierta de par en par. Su expresión es horrible. A los Lammasu nunca les han gustado las cosas que no son bellas, y yo le recuerdo algunas que sin duda preferiría ignorar. Me apuesto a que nunca ha usado su verdadero rostro desde que salió del Tártaro.

–Yo hice el aparato. Yo *fuí* un ángel –le digo a Monique–. Una vez, pero ya no. Caí hace mucho.

Ella parpadea dolorida, y una telaraña de lágrimas se esparce por su cara. Estoy matando algo en su interior, matando la cosa que le permitía seguir adelante. *Hacedor, ¿es esto necesario? ¿Por qué debo ser yo el asesino? La amo. ¡Soy una de las dos únicas personas que lo hace!*

–A pesar de todo quería ayudarte, pero Monique, Dios no me envió a hacerlo. Ni siquiera sé dónde está Dios. No sé dónde está tu madre ni por qué tuvieron que llevársela. No sé por qué las cosas son como son, y no parece que quede nadie que pueda cambiarlo.

–Eres un demonio –dice ella–. Un demonio.

–Sí –lloro–. Como esa cosa que hay a tu lado. Y yo también te he estado hiriendo. Mi regalo te matará si no renuncias a él. Tienes que renunciar a él para renunciar a mí. Tienes que decirlo, Monique.

–Si lo dice, muere –gruñe Nineresh.

–Alexander, enséñaselo.

Alexander saca el dólar de arena del bolsillo de su abrigo. En la otra mano tiene la pequeña tira de papel que venía con él.

–Esto es un dólar de arena –dice lentamente, mirando de reojo la chuleta. Me alegro de haberlo practicado con él, porque le costaba pronunciar alguna de esas palabras–. Cuatro agujeros por los clavos en las manos y los pies de Jesús. Uno más de una lanza romana. El lirio de pascua y la estrella de Belén a un lado, y una flor de...

--Navidad --le ayudo a seguir.

---...al otro, y cinco palomas de la paz se esconden en su interior.

--Entonces dirige su mirada hacia Nineresh, mostrándole el dólar de arena--. Por eso Dios ama al dólar de arena, y la Dama Azul también.

--Dile el resto.

--Sé lo que eres. --La voz de Alexander se hace más firme. Da un paso al frente. No quiero dejarlo, pero no tengo elección. Si estos chicos no tienen las fuerzas para hacer lo que deben, yo no puedo salvarlos. *Yo no puedo salvarlos*, ese pensamiento literalmente me pone de rodillas. ¿De qué sirve haber sido creado ángel? ¿Ha servido alguna vez para algo?

--Sé que una vez fuiste un ángel del océano, como la Dama Azul -dice Alexander--, antes de volverte malo, y por eso sabías el aspecto que debías tener.

--No --gime Nineresh. Retrocede trastabillando y levanta una mano para bloquear la visión del chico que avanza. Sí, la verdad hace daño. El chico no tiene ni idea de cuántos millones de años de verdad van en esas pocas palabras.

--Y sé lo bello que fuiste al principio. Y lo feo que realmente eres ahora. ¡Ya sé la verdad! ¡La sé! ¡Y nunca más podrás engañarnos ni a mi hermana ni a mí! --Ahora grita. Nineresh cae al suelo, estirándose, tratando de escabullirse, pero por algún motivo Monique está clavada en el sitio.

--Monique --vuelvo a llamarla. Su mirada sigue fija en mí--. Ya es verdad, puedo verlo en tus ojos. Sólo tienes que admitirlo. ¡Deprisa!

--Renuncio a ti, Sephidor. --El nombre resuena claro y frío en el cemento de la azotea, en el cristal; cosas de la tierra al fin y al cabo. En su pecho, el aparato parpadea y muere.

--Bien --digo, aunque no me siento bien para nada--. Ahora quítatelo rápido. ¡Pónselo alrededor del cuello!

No tengo ni idea de cuánto tiempo podrá mantener encerrado el daño ahora que se ha apagado, pero claramente ya se está filtrando. Alexander está inclinado sobre Nineresh, tratando de apretar el dólar de arena contra su rostro. Nineresh aulla y se sacude. Su mano libre golpea el dólar de arena, se quema un poco y le hace aullar más fuerte.

Monique no logra ponerle el aparato al cuello con todo lo que está pasando, pero consigue metérselo en el bolsillo de los pantalones. Le tiro mi navaja suiza para que pueda cortar la cinta aislante. Hay una nueva carga en el aire alrededor de Alexander, chisporroteando con el

poder del nuevo talismán. Mejor que no me acerque.

–¡Vamos, chicos, vamos! No, no lo sueltes, Alexander, ven. Muéstralo, sigue mostrándoselo. Mirándolo a él. No corras, no muestres ningún miedo. ¡Vamos Monique!

Lentamente, muy lentamente, retroceden y vienen hacia mí.

Alexander está llorando otra vez. Ojalá Monique llorara, aunque sólo fuera una vez.

–¿Qué pasa, Alexander? –Suelto la ridícula caja de plástico. Espero que no vuelva a ser eso. Casi me mata de tanto llorar cuando la vio por primera vez. No tenía ni idea de lo que decir, y sigo sin tenerla. Marie-Chantal Lamotte no recibe ninguna dignidad, ni siquiera en la muerte. Cuando el cuerpo de Ashbury muera, será la misma historia.

Sorbe, y luego se frota los ojos en silencio, se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca algo. Es algo verde arrugado y doblado que no reconozco.

Monique sí.

–Hoja de palma.

–Como decía la historia –asiento.

–Las historias secretas dicen muchas cosas. –Esas palabras tienen un matiz adulto que no me gusta. Me mira por encima de la cabeza de Alexander, desafiándome a que le lleve la contraria.

–Sí –murmuro, es verdad. Las historias dicen muchas cosas. Dicen que si eres un niño bueno la Dama Azul vendrá a salvarte. Dicen que siempre puede confiarse en los ángeles, que allí arriba siempre hay alguien escuchando y preocupándose. Acaba de aprender que su propia historia no va así. El Hacedor sabe que no es culpa mía, pero no creo que nunca me perdone por lo que le he quitado.

Y yo creo que no debe perdonarme.

–No podemos ponerla en su tumba si no *tiene* –dice lastimero Alexander.

–Sí –dirijo mi mirada a las olas. El viento sopla hacia el interior del mar.

–Sabéis –digo–. Creo que tenemos que hacer lo que podamos. Os diré una cosa... –Saco mi encendedor–. Podemos quemar vuestra hoja de palma. Así sus cenizas irán con las de ella sobre el océano,

hacia el sol.

Esto no se le había ocurrido. Una pequeña luz de esperanza brilla en sus ojos húmedos. Asiente. El rostro de Monique se relaja, aliviada por él.

--¿Será suficiente? --pregunta él.

--Tendrá que serlo --afirma Monique. Su mirada también busca el horizonte. Los dos se merecen un ángel de verdad. No van a tenerlo. Yo ya he acabado de darles regalos, pero quizá al menos pueda cuidarlos a la manera humana. Y quizá eso sea suficiente. Tendrá que serlo.

Monique abre la caja y la levanta hacia la luz.

EL AZUCAR DEL DIABLO

[Greg Stolze]

*** 1 ***

El autobús se llamaba "crucero de lujo". Tenía incorporado un sistema de vídeo en su parte delantera que estaba proyectando *El color púrpura*. Tenía dos cuartos de baño y asientos reclinables un par de centímetros más anchos que los de la primera clase de los aviones. Los cruceros de lujo eran la cima del diseño de autobuses y solían usarse para transportar a ciudadanos de la tercera edad en excursiones organizadas a los casinos. Sin embargo, en el indicador de destino que este autobús llevaba al frente no podía leerse *Atlantic City* ni *Las Vegas*. En vez de eso, las lucecitas rojas decían: *PODER DE JESÚS*.

Los cruceros de lujo se construían para transportar cincuenta personas y mucho equipaje. En este crucero iban veintisiete mujeres, veinte hombres y un demonio del Infierno.

Por supuesto, nadie sabía lo del demonio. No le gustaba llamar la atención. Sencillamente estaba sentado en la parte trasera del

autobús, sonriendo levemente, leyendo *Jack Faust*.

El demonio, cuyo nombre era Gaviel, no tenía cuernos, ni alas ni pezuñas. De hecho, era idéntico a Noah Wallace, el hijo mayor del reverendo Matthew Wallace. Era alto, negro y muy guapo. Ya había acabado *El Paraíso perdido* y el *Faustus* de Marlowe. Una historia alternativa de ciencia-ficción parecía un interesante cambio de ritmo.

(Igual que la mayoría de los demonios, iba buscando a alguien con fe).

Noah había dejado la iglesia de su padre hacía unos años. Por lo que sabían los parroquianos, había vuelto recientemente al redil, un verdadero hijo pródigo arrepentido de su ateísmo y deseoso de ayudar a su padre.

El viaje a Los Ángeles lo había sugerido él.

May Carter había estado colada por Noah desde el instituto; él había sido estudiante de último año y ella de primero. Incluso se había unido al equipo de debate para estar cerca de él, aunque era terriblemente tímida y no le había ido bien. Pero ahora tenía veintiún años en vez de quince, y estaba dispuesta a hablar con él. Aunque él fuera de familia rica y ella de familia pobre. Aunque él se estuviera doctorando y ella trabajara de auxiliar de un dentista.

Se había unido a la "Misión de la Piedad" para estar cerca de Noah.

--¿Qué lees? --preguntó ella.

Él levantó la mirada y sonrió.

--Nada importante. --Dejó el libro un lado. Levantó el brazo del asiento entre el suyo y el que había vació a su lado. May estaba en el pasillo, balanceándose un poco, vestida con su mejor traje de domingo--. Siéntate --dijo él. Ella tragó saliva y obedeció.

--¿Es para tu tesis doctoral? --La palabra *doctoral* sonaba rara en su boca--. El libro, quiero decir.

--Quizá, podría servirme para la tesis.

--¿Sí?

--Estoy pensando hacer un estudio acerca de la imagen de Satán en la literatura. Mostrando como ha cambiado a lo largo de los años. Ya sabes. Cada era tiene el Diablo que se merece.

--Suenas... interesante.

--El "Demonio" en esta novela es un extraterrestre que ofrece

tecnología avanzada. Quiere que la humanidad se destruya a sí misma, porque la humanidad es intrínsecamente imperfecta y animal. Es una visión muy moderna, ¿no? Comparado con el Satán de Milton, que quiere destruir a la humanidad de pura envidia por su posición privilegiada como hijos de Dios.

--¿Eh? --Ella deseó tener algo más inteligente que decir.

--Un tema bastante árido --Noah se encogió de hombros, volviendo su cuerpo hacia ella--. Tú crees en el Diablo, ¿no, May?

Enfrentada a la plena fuerza de su mirada, se sentía turbada e incómoda.

--Supongo.

--¿Supones? Más te vale que sí.

--¿Y tú?

--Oh, sí --dijo él--. No me cabe duda. --Se volvió para mirar por la ventana.

--Algunas personas dicen haberlo visto en Los Angeles --dijo ella-- . Durante el terremoto, ya sabes.

--Lo sé.

--¿Tú crees que era realmente... realmente el Diablo?

--Yo creo que el adversario toma muchas formas --contestó él--. Creo que puede ser una mujer lo bastante bella para volverte loco de lujuria. O incluso puede ser una idea, el argumento más lógico y razonable que hayas oído nunca.

--Una vez oí que si el Diablo llama a tu puerta, sólo tienes que decir "Jesús". ¿Qué te parece?

Él se volvió hacia ella y sonrió.

--Un buen consejo. ¿Dónde lo has oído?

Le dio una palmadita en la rodilla. El corazón de May dio un vuelco y los músculos de su pantorrilla se tensaron.

--Tu padre --contestó ella.

--Es buen consejo, si sabes quién está llamando a tu puerta. --Inclinó la cabeza un poco--. Pero tú no tienes nada de qué preocuparte, ¿no? Tú tienes fe, fe de verdad...

Gaviel flirteó con May hasta que llegaron a las afueras de Los Angeles. Alguien había pintarrajeado una de las señales de la autopista. Ahora decía "Bienvenidos a CULos Ángeles".

Una neblina de humo seguía envolviendo la ciudad. En silencio,

los fieles del autobús miraban por las ventanas. Quizá estaban intentando ver los restos retorcidos de las autopistas elevadas. Quizá estaban buscando ansiosamente disturbios, o saqueadores, o soldados de la Guardia Nacional. Supuestamente lo peor ya había pasado. Supuestamente la gente podía volver a la Ciudad de Ángeles con seguridad.

Este autobús no era el primer grupo de cristianos que venía cantando oraciones y trayendo suministros, pero sí era el primero que traía su propio equipo de televisión. En Missouri, el reverendo Matthew Wallace era famoso por su programa de televisión "La Hora del Poder de Jesús", y a sugerencia de su hijo había animado a sus telespectadores a que donaran comida, mantas y dinero (siempre dinero) para la gente de la afligida Los Ángeles. Noah Wallace iba a conducir un equipo de fieles a la ciudad rota para sanarla con amabilidad, generosidad y oración.

Matthew se había quedado atrás para negociar con varias cadenas de televisión por cable, tratando de vender los derechos del evento para su retransmisión a escala nacional.

Mientras el *crucero de lujo* cruzaba el Río Los Ángeles, dos policías estaban flanqueando la puerta trasera de un restaurante abandonado. Uno iba de uniforme y se llamaba Stan Blandings. La otra era la detective de paisano Carrie Grice. Ambos tenían pistolas en la mano. Ambas pistolas no eran reglamentarias: la de él una Desert Eagle del calibre .50, y la de ella una Smith & Wesson del 45. Ambos policías tenían firmes opiniones acerca del poder de detención de sus armas.

–El sospechoso ha huido introduciéndose en el colector –dijo el agente Blandings por su radio–. Repito, el sospechoso ha huido a pie por el colector de la Calle 88. La detective Grice y yo lo perseguimos. Corto.

Eso era mentira.

–Los refuerzos van de camino –llegó la cascada voz de la central. Gracias a Blandings, irían a la zona equivocada. Grice asintió.

–Ha cambiado –dijo ella mirando la puerta. Era de metal oxidado, sucia y rota. Además de eso, tenía cinco marcas de dedo incrustadas en el borde. A ojo, Grice calculó que la mano debía de tener el tamaño de un guante de béisbol.

Blandings se humedeció los labios con la lengua.

--Vamos.

Tendrían que abrir la puerta, que su presa había cerrado tras él. ¿Para retrasar la persecución mientras huía? ¿O para obligarlos a abrirla y tenderles una emboscada? A través de las grietas sólo podían ver tenues sombras.

--Tenemos que seguir cansándolo --dijo Grice. Tenía la cabeza inclinada como si estuviera escuchando alguna voz interior--. Cuando vuelva a convertirse en humano, eso es. Se está quedando sin fuerzas.

--Entonces lo trincamos.

--Bingo.

--¿Yo primero? --Stan estaba en el lado opuesto a las bisagras. Ella asintió.

--A la cuenta de tres. --Levantó un dedo, luego dos...

Carrie golpeó la puerta con el pie. Su forma retorcida arañó el suelo al caer. Stan metió y sacó la cabeza rápidamente, y luego se abrió paso al interior corriendo, echándose a la izquierda.

Carrie lo siguió a toda prisa, yendo hacia la derecha, barriendo con el haz de su linterna el polvoriento interior.

El eco de sus pasos resonó mientras se apresuraban a cubrirse tras unas mesas que llevaban tiempo sin usarse.

--Mira --la luz de la linterna de Stan seguía un menguante rastro de sangre hacia la puerta principal.

Carrie miró hacia donde él señalaba, así que no vio a la criatura caer del techo.

Tendría que haberlo sabido. Lo había visto subir por las paredes como el jodido Spiderman. Había visto a la gente esconderse en los falsos techos en una docena de malas películas de acción. La diferencia era que un falso techo de verdad no podía soportar a un hombre adulto, y mucho menos a un monstruo de dos metros y medio. Pero los hombres adultos no pueden agarrarse al techo con sus garras afiladas como cuchillos.

Esta mierda no la enseñaban en la academia de policía.

Carrie se dio la vuelta y disparó mientras Stan aullaba. La cosa había caído tras él como un mono y lo había agarrado por un brazo y una pantorrilla con sus enormes manos. Ella efectuó un disparo mientras el monstruo levantaba a Stan sobre su cabeza. Falló. Una de las oscuras alas de la cosa se deslizó bajo su brazo y sobre el vientre de Stan. Éste gritó. Las alas parecían de goma negra y húmeda, pero

cortaban como cuchillas.

Ella apuntó bajo, no podía arriesgarse a herir a Blandings, y su segunda bala atravesó la cadera de la cosa. Arrojó a Stan contra ella cuando volvía a disparar, impactándole esta vez en el torso.

Carrie se echó a un lado pero de todas formas Blandings chocó contra ella, derribándola. La cosa se apoderó de una mesa y la lanzó. Ella disparó de nuevo, a ciegas, antes de esconder la cabeza entre los brazos e intentar apartarse rodando, pero la mesa golpeó su brazo izquierdo con un crujido preocupante. El hueso se rompió y un estallido de dolor llegó hasta su cabeza. Oyó a Blandings disparar mientras ella trataba de incorporarse sentada.

La luz del día enmarcó a la bestia por un momento mientras salía por la puerta. Los agujeros que había en su estómago y su pierna se estaban cerrando ante sus propios ojos.

–¡Ooooh, *maldita sea!* –gimió Blandings. Al mirar, ella vio que la parte delantera de su camisa y sus pantalones estaba cubierta de sangre, bilis y mierda. La cosa le había abierto los intestinos, desparramándole su contenido por encima.

–Comepollas –resopló él, mientras cogía los bordes del corte y los apretaba juntos. Hizo una mueca y repitió el proceso mientras avanzaba a lo largo de la herida, presionando los bordes como si fueran una unión de arcilla.

Con gruñidos similares, Carrie pisó su brazo izquierdo con la rodilla izquierda y lo enderezó bruscamente. Los huesos rotos crujieron al ponerse en su sitio, e hizo un gesto de dolor. Medio año de curación en un momento. Pero seguía doliendo como el Infierno.

–¿Lo seguimos? –preguntó jadeando Blandings.

–Podría estar afuera en el callejón, esperando para tendernos otra emboscada.

–Entonces por la principal y damos la vuelta.

Ella respiró hondo. Estaba cansada, y posiblemente iban a tener que estar jugando al gato y al ratón durante bastante tiempo todavía.

Mientras salían, ninguno vio un utilitario gris que pasaba por allí, con una silueta ataviada con un impermeable negro al volante.

Siguiendo al utilitario estaba el demonio Gaviel.

La cosa que estaban persiguiendo los policías era otro demonio, éste llamado Joriel, y se estaba cansando bastante. Podía sentir su

forma humana, penosa, miserable, débil, empujando, intentando salir a la superficie, tratando de robarle su poder y grandeza sobrenaturales.

Bajó un tentáculo rematado en un ojo, y de hecho vio los dedos moviéndose bajo su piel, vio el rostro gimiente de George Morrison presionando contra el interior de su pecho negro como la noche.

–¡Oh, jodeeeeer!

Se dio la vuelta. ¡Un vagabundo! Un enfermizo y demacrado humano yaciendo entre la basura, pero podía ser la salvación de Joriel. El demonio levantó sus poderosos brazos y abrió sus alas como una capa.

–¡MÍRAME Y TIEMBLA!

¡Nada!

Joriel no podía entenderlo. El vagabundo no creía.

(Como la mayoría de los demonios, Joriel tenía hambre de creencia).

Un monstruo de dos metros y medio, con tentáculos donde debería estar el pelo, ojos en los tentáculos y una boca llena de afilados colmillos negros abierta en la parte superior de su cabeza y no en el frente... y *no creía*. El tipo se ocultó el rostro con las manos, probablemente culpando a las drogas o a la bebida, dudando de su cordura... Pensando en cualquier cosa excepto que tenía delante un demonio del Infierno en un callejón de Watts.

Joriel no tenía tiempo de persuadirlo. Las garras de su mano derecha se hundieron en el hombro del individuo como si estuviera amasando pan. Metió los dedos por la articulación y la desencajó del hombro, cortando los tendones. El hombre gritaba y gritaba mientras el rostro de Joriel se inclinaba sobre él.

–¿DUDAS DE MÍ AHORA?

Mientras los dedos de su mano izquierda exploraban los huecos entre las costillas del hombre, traspasando piel y grasa para hurgar tras el esternón, pudo sentirlo.

–No hay más que un Dios y Mahoma es su... –farfulló la víctima de Joriel en sus últimos instantes, y el demonio se bebió su fe de moribundo. No era mucho, pero fue suficiente.

–¿Liquidando vagabundos para hacerte más real? Vaya, pues sí que vas mal.

Joriel se dio la vuelta y vio a un hombre mirándolo. No, no era un hombre, sino otro como él. Un demonio huido.

–¿QUIÉN ERES?

–No suelo dar mi nombre con ligereza, especialmente a alguien

tan desesperado.

–NO ME PROVOQUES, ¡PORQUE TENGO PODER SUFICIENTE PARA LUCHAR CONTIGO!

–Quizá. –El otro rebelde lo miró y pareció dubitativo—. ¿Pero podrías enfrentarte después a tus perseguidores?

–¿CÓMO TE HAS ENTERADO DE ELLOS?

–Por favor. La forma en la que has estado actuando... Es un milagro que todos los Elohim de California no te hayan sentido. ¿No tienes ningún adorador, no? –preguntó, pero antes de que pudiera responderle fueron interrumpidos.

–¡Allí está!

Grice y Blandings doblaron la esquina con las pistolas desenfundadas, sólo para encontrarse a su ensangrentada presa charlando con un hombre negro bien vestido. Éste se dio la vuelta, y con una fluidez perturbadora apareció en su mano una pistola de 9 mm. Grice cubrió a la nueva amenaza mientras Blandings mantenía encañonado al enorme horror.

–Oh, vaya –dijo el humano—. Vasallos. –Lo dijo con el mismo tono con que Richard Nixon hubiera dicho "Comunistas".

–Esto no es asunto tuyo –dijo Grice.

–¿Ver como los humanos atormentan a un Elohim? Creo que sí es asunto mío.

–¿Estás dispuesto a dispararle a un policía? –preguntó Blandings sin apartar los ojos de Joriel.

El hombre soltó una risita.

–Me alcé en armas contra los ángeles vengadores de Dios. Tu pequeña placa no me da miedo.

–Adelante, dispara –dijo Carrie—. No estamos tan indefensos como piensas.

–Estoy seguro. ¿Qué habéis conseguido a cambio de vuestras almas? ¿Invulnerabilidad física? ¿No? ¿Algo menos? ¿Quizá curación rápida? –Negó con la cabeza—. No habéis negociado muy bien, pero no importa. Nada de eso funcionaría contra unas balas benditas por un sacerdote católico.

–No me importa si tienes la ametralladora privada del Papa –dijo Blandings, pero sus ojos se apartaron de Joriel durante un segundo...

...y la bestia echó a volar, saltando hacia arriba y al frente con un batido de alas. El viento de su embestida levantó por el aire basura y polvo, pero el ruido quedó ahogado por tres disparos. La pistola de Blandings escupió fuego, pero el disparo salió desviado. El hombre de

color también falló, pero no importó. Estaba cambiando. Grice acertó, pero su bala no tuvo ningún efecto visible en la silueta que crecía ante ella, alzándose en una luz radiante, su piel brillando con el iracundo fuego del juicio. Había sido el hombre, y había fallado su disparo, pero ella no podía pensar, no podía imaginarse que aquel ser fallara en nada, sólo podía concebir su grandeza y su majestuosidad...

Salió corriendo, tirando su pistola en pleno pánico, olvidándose de Stan en su prisa por huir.

Cuando el hombre negro volvió a su forma mortal miró al otro demonio, que estaba agachado sobre el pecho del agente, con la cabeza baja, alimentándose.

--Puedes llamarme Noah --dijo.

--Y YO SOY EL RABISU JORIEL, LA OSCURIDAD DE LAS PROFUNDIDADES.

Al otro lado de la esquina se agazapaba una figura vestida con un impermeable, escuchando sin que la vieran.

A unos pocos kilómetros de distancia, May le estaba dedicando una brillante sonrisa a una niña sucia. Era una buena sonrisa. May la practicaba mucho en la consulta del dentista.

--¿Qué tal cariño? --dijo--. ¿Está buena la sopa?

La niña pequeña asintió, sorbiendo su segundo cuenco.

--¿Quieres decirme tu nombre?

La chica se lo pensó.

--DeToya --dijo.

--Es un nombre muy bonito.

El trabajador de Ayuda Cristiana, un hombre exhausto llamado John, le había dicho a May que la chica parecía estar conmovida. "Y le horroriza la gente blanca", le dijo muy seguro.

--¿Tu apellido es tan bonito como tu nombre?

La chica se encogió de hombros.

--¿Cuál es tu apellido, dulzura?

--Carmody.

--DeToya Carmody. --May sintió un breve acceso de satisfacción. Eso era más de lo que habían conseguido los asistentes sociales--.

¿Sabes dónde están tus padres?

Al instante, May supo que era la pregunta equivocada. DeToya se levantó y empezó a alejarse de ella, parándose sólo para coger un

paquete de galletas para llevárselo. May levantó las manos y se adelantó.

–No pasa nada. Todo está bien, cielo. Ahora estás a salvo.

DeToya se detuvo. May pudo ver las lágrimas en los penetrantes ojos de la niña.

–Están muertos –dijo ésta–. Los blancos se los comieron.

–¿Qué? –preguntó May, y luego negó con la cabeza–. Oh, pobre corazoncito... ahora estarás bien.

–Me escapé porque soy pequeña. Como la niña de *Aliens*. Me escondí en sitios a los que los blancos no podían ir.

May se preguntó qué clase de padres dejarían que una niña de nueve años viera *Aliens* mientras rodeaba lentamente a DeToya con sus brazos. Entonces frunció el ceño. La chica tenía vendajes en los brazos y las piernas, con costras de sangre seca.

–¿Quién te ha vendado, corazón?

–Mamá. –La voz de DeToya se quebró. Esa palabra trataba de comunicar demasiada añoranza y pena, y se rompió bajo su peso.

–Bueno, vas a tener que ser valiente mientras te los cambiamos...

Unos momentos más tarde, May se estaba atragantando.

Bajo las gasas había marcas de mordiscos. Cualquier otro podía no haber estado seguro, pero para el entrenado ojo de una auxiliar de odontología, eran claramente humanas.

–Los Ángeles está lleno de caídos –dijo Joriel. Había asumido su forma humana, un hombre blanco rechoncho y paliducho. Noah (realmente Gaviel, pero el Rabisu no conocía ese nombre) y él estaban sentados en el banco parcialmente derretido de una parada de autobús–. Si el Lucero del Alba estuvo aquí, nadie lo encontró. O se lo han callado.

–¿Por qué estás aquí?

–Mi duque me ha ordenado venir. –El Rabisu sacudió la cabeza–. Pensó que la visión del Lucero del Alba facilitaría el conseguir adoración de los humanos.

–No es mala idea. ¿Has tenido suerte con eso?

–No. Si no fuera por la orden de mi amo, no tendría nada que ver con la adoración.

Gaviel encontró interesante dicha afirmación, especialmente considerando a la mujer del coche gris.

–Sí –dijo–. ¿Por qué negociar o suplicar por algo que podemos limitarnos a tomar?

–He visto a algunos caídos con un puñado de vasallos, compartiendo sus favores como... ¡como caramelos con los niños! Pero ellos son los que tienen verdadera dependencia.

–Sirvientes que deberían ser amos –dijo Gaviel asintiendo–. ¿Hay aquí muchos de esos?

–Algunos caídos, sí, la mayoría de ellos con algún tipo de culto o iglesia. Luego están... los otros...

–¿Los otros?

–Demonios viejos, hinchados de poder. No tratan con los que son como nosotros. Para ellos no somos más que peones... o comida. La mayoría de los cultos de esta zona tienen uno así en el centro.

–¿Y por eso los dos polis?

–Me han estado acosando durante días.

–¿Y qué hay de los recién llegados como tú y yo?

–Oh, hay muchos, pero ninguno vale nada. Algunos creen que pueden dominar el mundo. Otros piensan que la antigua guerra nunca se perdió, y siguen buscando a Lucifer. Me encontré con una Neberu que cree que podemos llegar a *firmar la paz* con el Único y la humanidad. –Resopló de disgusto.

–Absurdo.

–Y eso lo dice un hombre con balas benditas.

El hombre negro soltó una carcajada.

–Bueno, eso fue algo así como un farol.

–¿Qué?

–De hecho, es la primera vez que he disparado un arma, pero creo que le estoy cogiendo el tranquillo.

Joriel lo miró fijamente durante unos instantes.

–¿Resistirían esas balas realmente sus poderes?

–Ni idea.

–Mundo extraño, éste en el que nos encontramos.

–Volviendo al tema de antes: esta otra recién llegada con la que te cruzaste...

–Es una estúpida, dispuesta a volver a la Hueste Celestial. Pondría el cuello para la cuchilla y nunca admitiría que estaba cayendo.

–Seguramente no le queda mucho en este mundo.

–Quizá la próxima vez sea más inteligente.

–Pues sí. –Noah se pasó un dedo por la barbilla–. Alguien tan

tonto se convertirá con toda seguridad en el arma o la víctima de alguien, antes o después.

–Casi fue *mi* víctima.

–Y podría ser mi arma.

El otro demonio le dedicó una mirada recelosa.

–Vamos –dijo Noah–. Tú mismo dijiste que era estúpida.

Joriel frunció los labios.

–Engañar a otros para que peleen tus batallas puede ser necesario para los débiles, pero yo no veo motivo alguno para unirme a ella.

–Una pelea justa es lo ideal, por supuesto, pero si miras a tu alrededor puede que notes que éste ya no es un mundo ideal.

Contemplando la suciedad y la descomposición, Joriel el Rabisu no pudo estar en desacuerdo. Intentó otro ángulo.

–¿Por qué debería confiar en ti, Diablo, Namaru, lengua de miel?

–¿Porque te he salvado la vida?

–Bueno, eso te lo agradezco, pero... –La Oscuridad de las Profundidades frunció el ceño, y su rostro mortal puso gesto de haber caído en la cuenta de algo–. ¿Cómo es que apareciste cuando más necesitado estaba?

–Sentí las energías desatadas por tu conflicto –dijo Gaviel–. Temiendo que uno de mis hermanos estuviera en peligro, corrí hacia el sitio. –Una vez más, omitió mencionar lo que *realmente* le había conducido allí.

–¿Y ahora que ha pasado el peligro deseas seguir ayudándome?

–¡Ciertamente! Tu dominio eran las bestias marinas y el mío eran las luces del cielo, pero ya durante la guerra oí hablar de la Oscuridad de las Profundidades. Me duele verte en esta situación, pero me honraría luchar a tu lado, si me dejas.

–Ni siquiera sé un nombre con el que conjurarte.

–Gaviel. –Viendo la mirada de sospecha del otro, suspiró–. Sé que mi casa es conocida por el engaño, injustamente diría yo, pero ¿qué puedo hacer para demostrar mi buena voluntad?

El otro demonio no dijo nada, sólo se encogió de hombros.

–Has demostrado valor –admitió–. Eso es algo, pero...

Gaviel emitió un sonido corto y seco, que no se había oído en la Tierra desde el amanecer de los tiempos.

Los ojos de la Oscuridad se abrieron de par en par.

–Ahí tienes. La primera sílaba de mi nombre verdadero. ¿Es suficiente? ¿O preferirías tenerlo completo para poder atarme?

–Yo... –El Rabisu estaba evidentemente confundido–. Supongo que te he ofendido. Te pido disculpas.

No ofreció una parte de su nombre verdadero a cambio, ni Gaviel lo esperaba.

Cuando la detective Carrie Grice era una tímida chica de catorce años de Fresno, avergonzada por los pechos que se le estaban desarrollando, fue acosada a plena luz del día por una pareja de hombres sucios que estaban, inexplicablemente, borrachos en un centro comercial al mediodía. La joven Carrie estuvo aterrorizada hasta que llegó un agente de policía, echó a los borrachos y se la llevó a casa.

Diez años después, era una novata patrullando las calles de Huntington Park, en Los Ángeles. En su primer día de trabajo, fue la primera en llegar a la escena donde a una abuela de sesenta y cinco años le habían destrozado los dientes. Alguien, un hombre alto y corpulento, se había colado en su casa y la había golpeado en la boca con un candelabro hasta hacerle pedazos la dentadura. No se llevó nada ni le pidió que le dijera nada.

Nunca lo atraparon.

A Grice no le entraba en la cabeza. Las cosas como los robos de bancos, los asesinatos por drogas e incluso las violaciones, tenían sentido. Estaban mal, pero tenían un motivo. Pero los actos de violencia aleatoria... es que no los entendía, y eso le preocupaba.

Entró en la activa División de Narcóticos del Departamento de Policía de Los Angeles, y gradualmente se convirtió en una experta en un par de traficantes de altos vuelos llamados Luis y Raúl Orgullo. Los Orgullo eran mala cosa, pero eran racionales, y eso la distrajo de los otros casos... durante algún tiempo. Pero su mente siempre volvía a aquella mujer conmocionada y desdentada. O a los borrachos bocazas de su adolescencia. O a todas las demás villanías sin sentido, objeto ni beneficio que recordaba de sus años en el cuerpo.

Un poli más estereotípico se habría convertido en alcohólico, o en un cínico, o en un detective quemado especialista en investigar los historiales de posibles empleados para las compañías de informática. En vez de eso, Carrie buscó respuestas.

Encontró un demonio.

El demonio le explicó que el mundo se había roto, que Dios se

había olvidado de la humanidad, y que lo mejor que podía esperar cualquiera era poder negociar desde una posición de fuerza. Al principio Carrie se negó a creer, pero tenía más sentido que todo lo demás.

Eventualmente, Gaviel y Joriel dejaron el banco de la parada de autobuses para ir por algo de comer y hacer planes.

–Así que –empezó Gaviel–, esa poli vasalla que se escapó... ¿sabes quién es?

–Se llama Carrie Grice. Está al servicio de un poderoso demonio de por aquí.

–¿Eso es lo que sabes?

–Es suficiente para matarla.

–Puede que sí, pero no está muerta. En vez de embestir de frente, ¿por qué no conseguir algo de información táctica sobre ella?

Joriel se miró las manos.

–Me sorprendió antes –admitió con cierta reticencia.

–Perfecto. Mientras tú haces eso, voy a encontrar al otro demonio del que hablaste. La Neberu.

–¿Y para qué va a servir eso?

–Aparte de lo que pienses sobre ellos, son buenos previniendo las sorpresas. ¿Recuerdas su título?

–La Sembradora de Estrellas Fugaces.

–Mm... no la recuerdo.

–Si quieres conjurarla, tengo su nombre celestial.

Gaviel sonrió.

–Excelente. ¿Cómo lo sabes?

–Me salvó la vida en la guerra contra el Cielo.

La casa estaba torcida sobre la colina. Durante el terremoto, se había desprendido de sus cimientos y se había deslizado tres metros hacia abajo. El segundo piso estaba completamente derrumbado. La que una vez había sido una preciosa planta baja estaba aplastada en la parte más hacia debajo de la colina. Cuando Gaviel entró, sintió el fantasma de una reacción a los recuerdos robados de Noah Wallace. Era antinatural: el ángulo del suelo, la forma en la que su pie se

deslizó hasta detenerse en el ángulo de una pared...

--¿Hola? --llamó. Se aclaró la garganta y volvió a hablar, esta vez en el primer idioma, el que se hablaba en el mismo Edén.

Una bala se incrustó en su columna vertebral. Cayó hacia delante, apenas logrando levantar los brazos antes de que su cara quedase atrapada en el ángulo entre la moqueta y la pared. Frunció el ceño y se concentró, uniendo sus huesos, produciendo sangre, reparando la carne... Mientras lo hacía, una mano lo agarró por el hombro y le dio la vuelta.

Una mujer pequeña, rubia, toda músculo y nervio. Le apuntaba a la cara con una compacta pistola.

--Edasul, supongo --dijo él.

--¿Quién te ha dicho ese nombre?

--Un tipo un tanto grande y tonto con tentáculos en la cabeza.

--La Oscuridad de las Profundidades. Debería haberlo sabido. --
Amartilló la pistola.

--Si vas a volver a dispararme, ¿podrías hacerlo a la cara? Este traje ya está bastante estropeado.

--Eres un asesino bastante patético.

Él reflexionó sobre esta afirmación, luego asintió.

--Buena apreciación. Por suerte no he venido aquí a matarte.

--La Oscuridad no te mandaría por ningún otro motivo.

--Tiene problemas más graves que tú. Yo tengo problemas más graves que tú. Y tú tienes problemas más graves que nosotros dos. Y sin embargo aquí estamos, dale que te pego, discutiendo y apuntando y agujereándonos las camisas.

Edasul dio un paso atrás, pero la pistola no dejó de apuntar.

--Hablas de los Encadenados.

--¿Así es cómo los llamáis? Demonios grandes, poderosos y locos con vasallos agentes de policía.

Ella se encogió de hombros.

--Hasta ahora me he mantenido apartada de su camino.

--Mm, sí. Puedo ver que los desmanes de la Oscuridad harían que eso fuera bastante sencillo. Por no mencionar la exhibición de Lucifer. Pero el Lucero del Alba se ha ido, y tú y yo sabemos que el brutal nihilismo del Rabisu y su arrogancia hacia la humanidad le proporcionan una esperanza de vida bastante limitada. A menos...

--¿A menos qué?

--A menos que alguien más inteligente pudiera redirigir sus admirables reservas de energía en una dirección más constructiva.

--Alguien como tú.

--Mm, tú podrías hacerlo si él siguiera confiando en ti. Pero desperdiciaste la oportunidad.

--Tampoco confío en ti.

--¿Ni siquiera confías en mi egoísmo? Porque creo que tres pueden sobrevivir más tiempo que dos. Especialmente si dos de esos tres están dispuestos a dejar que el tercero sea suicidamente estúpido, cuando llegue el momento.

--Una vez más un Diablo nos llama a las armas, igual que el Lucero del Alba en el amanecer de la guerra. ¿Es que el liderazgo os resulta realmente adictivo?

--Fue para lo que se concibió mi casa, pero esto no tiene nada que ver. Esto va de la supervivencia. Va de... quizá de hacer algo las paces con el mundo, con nuestra situación --inclinó la cabeza--. Este cuerpo... este hombre... Noah... nunca hizo las paces con su padre. Ni con su fe. Sólo desearía... --Se encogió de hombros. Ella lo miraba escéptica.

--Fe --dijo.

--¿Ése es el meollo del asunto, no?

--Y me estás pidiendo que tenga fe en ti.

--Sí. Y para demostrarte mi buena fe...

Por segunda vez ese día, pronunció parte de su nombre verdadero. Por segunda vez, entregó una parte de la llave de su destino, su esclavitud o su completa destrucción.

Por segunda vez aquel día, eso le compró un aliado.

Tres demonios se encontraron en territorio neutral, un parque infantil que había estado en malas condiciones incluso antes del terremoto y los disturbios. Ahora estaba mucho peor. Las estructuras metálicas de los juegos infantiles estaban melladas y dobladas en los sitios donde la gente había sido atada y golpeada con las tablas de los balancines, y la pintura estaba desportillada por los impactos fallidos de las cadenas. El parque había sido rodeado con cinta policial, pero todo el mundo la ignoraba. Los policías tenían problemas más importantes.

--George --dijo Gaviel amablemente--, ¿puedes informarnos acerca de la situación de la señorita Grice?

La rechoncha forma de Joriel dirigió una mirada recelosa a la

compacta Edasul.

–He hablado con algunos polis. Están bastante seguros de que está pringada.

–¿Cómo les has sacado eso? –preguntó Edasul.

–Persuasión.

Sonrió, y por un momento sus dientes se volvieron negros y afilados.

–¿Pringada en qué sentido? –inquirió Gaviel.

–No estoy seguro. Pero había algún asunto con Blandings y unas pruebas extraviadas de una redada antidroga.

–¿Eso es lo mejor que has logrado? –demandó Edasul volviendo los ojos—. ¿Has conseguido algo que yo pueda usar? Una prenda de ropa o un mechón de pelo o algo.

–¿Serviría esto? –Gaviel sacó un pequeño pegote de plomo—. Es una bala que disparó en un momento de rabia.

–¿De dónde la has sacado?

–Estaba alojada en mi fémur. –Miró a Joriel—. ¿Por qué no dejas que vea también la pistola de Blandings?

La Oscuridad de las Profundidades se preocupó de sacar el cargador y vaciar la recámara antes de entregar la enorme arma.

–Vale entonces –dijo Edasul, moviendo la bala en una mano como si fuera el dado de un jugador—. Hm... –Sus pequeños dedos se deslizaron arriba y abajo de la pistola de Blandings, casi acariciándola.

Tras un momento, emitió una corta risotada y abrió los ojos súbitamente.

–Patético –dijo.

–¿El qué?

–Esos dos vendieron sus almas, oídme bien, por un negocio de coca. Consiguieron algunos beneficios adicionales, como curación rápida e inmunidad al envejecimiento, pero la recompensa más grande que pudieron imaginarse fue acabar de ricos capos de la droga de Los Ángeles.

–Tenía que pasar –dijo Joriel—. La humanidad está tan degradada que ya ni siquiera puede *pecar* a lo grande.

–¿Qué clase de negocio de coca? –preguntó Gaviel. La Sembradora de Estrellas Fugaces le dedicó un mirada desconfiada.

–¿Por qué debería importarnos?

–Seguramente estás de broma. ¿Un vasallo demoníaco que resulta ser detective de policía? ¿Uno que se está poniendo en una posición en la que podemos conseguir que unos *mortales* la priven de

su autoridad y la encarcelen, y todo sin revelarnos? Oportunidades tácticas como esa no surgen todos los días.

–Entonces te gustará saber que la compra es esta noche --Joriel sonrió–. Así que estará distraída --dijo con deleite.

–Y mucho dinero cambiará de manos --replicó Gaviel, mirando de soslayo a Edasul.

–El dinero no es tan importante --dijo ella.

–Entonces quizá te gustaría hacer una *buena obra* --replicó la Oscuridad--, manteniendo los sucios polvitos nasales lejos de los yonquis.

La Neberu y el Rabisu intercambiaron palabras acaloradas, y Gaviel los dejó luchar. Mientras estuvieran discutiendo *por qué* debían ir, ninguno reconsideraría quedarse a un lado.

Además, la discusión los distraía de una figura con un impermeable negro que se dirigía hacia un utilitario gris. Todos la vieron, pero sólo Gaviel pensó que tenía alguna importancia.

–¿Podéis darme un Amén? --preguntó el reverendo Matthew Wallace.

–¡AMEN!

El sacerdote no estaba presente en persona, pero su imagen dominaba a la congregación desde una pantalla de proyección de cinco metros.

–¿Hijo? ¿Estás ahí?

–Estoy aquí, padre --dijo Noah (o Gaviel). Una cámara lo enfocaba, pero él miraba hacia arriba, a su izquierda. Lo habían preparado para que, en la retransmisión, su imagen apareciera en un recuadro en la esquina inferior derecha, con el rostro de Matthew ocupando la mayor parte de la pantalla, mirando hacia abajo en su dirección.

–¿Y qué has visto en Los Ángeles?

–¡He visto sufrimiento!

Hubo un murmullo de asentimiento en el público.

–¡Y he visto pérdida!

Más asentimiento.

–¡Y he visto dolor e ira!

El público realmente lo respaldaba.

–¡Pero más grande que todo eso, he visto *amor!*

–¡Aleluya! ¡Amén! ¡Alabemos al Señor!

La imagen pasó a formato de pantalla completa. Hizo una panorámica del público y, por azar del destino, se paró en May. Las lágrimas brillaban en sus mejillas mientras levantaba la mirada con adoración. Entonces volvió a Noah, llenando la pantalla con su rostro.

–He visto amor en los ojos de la gente en casa cuando abrieron sus corazones a esta Misión de Piedad. He visto a una anciana viuda, tan encorvada bajo el peso de los años que tenía que ir a la iglesia en silla de ruedas, y esa anciana viuda trajo una manta, esta manta -- Noah la agitó en el aire--, hecha con sus propias manos artríticas. Lo he visto en los ojos de la gente pobre de Missouri, gente con poco para ellos mismos, pero que cuando les pedimos dieron cuanto pudieron, aunque fuera una lata de maíz o unos pocos cuartos de dólar. ¡Pero *importa*, porque estaban dando *amor*!

–¡Amén!

–He visto amor en los ojos de la gente que sufre aquí. Buena gente, gente de fe, gente que no hizo mal alguno pero fue golpeada por las penalidades y la miseria. He visto su amor y su gratitud cuando les trajimos nuestro humilde alivio. Pero más claramente que en ningún otro sitio, he visto el amor brillando en los rostros de nuestros parroquianos que están aquí, que han viajado desde muy lejos, han traído mucho y han trabajado duro en beneficio de esta afligida ciudad. Yo te digo esto, América. Yo te lo digo. Puedes pensar que hemos traído mucho a Los Angeles. Hemos traído dinero, ropa y comida, y hemos traído alivio, amabilidad y la Buena Nueva, pero lo que me llevo a casa conmigo es más de lo que he traído. Me llevo a casa amor, hermanos y hermanas. Yo puedo sentirlo. ¿Podéis sentirlo vosotros?

–¡Amén! ¡Habla, hermano!

–¿Podéis sentirlo?

–¡Yo lo siento! ¡Gloría! ¡Aleluya!

–¡Yo también lo siento! Nuestro amor y su amor son parte del Amor Universal, hermanos. Forman parte del amor de Cristo. Justo cuando crees que tienes todo el amor, que lo sabes todo sobre el amor, que tienes que venir hasta Los Angeles para compartirlo... ¡descubres que hay más amor!

–¡Alabemos al señor!

–Así que cuando la gente ahí fuera me lo agradece, cuando me dicen "Gracias, Noah, gracias por venir aquí, gracias por la comida, por el dinero, por estar aquí", todo lo que puedo responderles es: "No. Gracias a vosotros. Gracias por vuestro amor".

El aplauso fue atronador.

Más tarde volvía a cambiarse de camisa, y estaba ultimando los detalles con el operador de video cuando May se acercó a él.

–¿Estás seguro de que tienes todo el metraje que necesitas?

–Bastante seguro, sí...

–Si necesitamos volver a rodar algo, ¿podremos hacerlo mañana?

–¿Vas a alguna parte? –preguntó May.

Él le dedicó una radiante sonrisa.

–Me temo que sí.

–Pero... esta noche es el banquete. De las iglesias locales.

–Me gustaría poder ir, pero tengo algunos asuntos importantes.

–¿Qué clase de asuntos?

Cogió las dos manos de ella entre las suyas y la miró sombrío.

–May, si fuera sólo cosa mía te lo diría. Pero no me corresponde a mí contarlo. Le he hecho una promesa a alguien. Tengo que mantenerla. ¿Lo comprendes?

Ella asintió, dubitativa.

–Créeme, preferiría la compañía del banquete. Pero tengo que hacer esto.

Con relucencia, ella le soltó las manos. Mientras él se iba, May se preguntó si esa "compañía" se refería sólo a ella o incluía a los demás.

Esa noche, a las 8:30, había mucha gente muerta o herida en el Almacén Grossman.

Los contrabandistas de coca Luis y Raúl Orgullo sospechaban de su nueva socia comercial, así que tomaron la precaución de aparecer bastante antes y colocar a algunos asociados dentro y alrededor del almacén.

Por supuesto, la policía (que creía que Grice había organizado una operación trampa estándar) también se estaba infiltrando en el vecindario.

Todos los implicados se esforzaron en hacer que las cosas siguieran pareciendo normales, pero seguía habiendo una intangible tensión en el ambiente a medida que se acercaban las ocho en punto. Había una tranquilidad antinatural (ratas, ratones y gaviotas habían evacuado la zona en cuanto se habían acercado los demonios), y el silencio hizo que Grice se mordiera el labio cuando entró en el

almacén.

Diez minutos después, la policía entró a la carga y empezaron los disparos. Observando desde una cafetería cercana, Gaviel se acabó su té caliente con limón y se secó delicadamente los labios con la servilleta.

–¿Vamos?

Dentro del almacén ya apestaba a cordita. Había agentes de los SWAT tomando posiciones con armas pesadas y chalecos antibala. Pero los amigos de los Orgullo se habían entrenado en la Escuela de las Américas y estaban usando armas de lotes de ayuda militar a Suramérica. El entrenamiento y el armamento de ambos bandos eran bastante similares. Pero los Orgullo también tenían un compacto y potente emisor de interferencias de radio para impedir que los policías se coordinasen, lo que hacía que las cosas estuvieran mucho menos claras.

Gaviel siguió a Edasul al interior del almacén. Habían visto a Grice entrar con un portafolios de piel de cocodrilo y salir con dos pequeñas maletas metálicas. Ellos irían tras el portafolios mientras Joriel mataba a Grice.

–Sígueme de cerca --dijo Edasul. Gaviel obedeció. Cuando había problemas, había sitios peores en los que estar que detrás de alguien que veía el futuro.

Sin ningún motivo aparente, ella lo agarró y lo arrastró detrás de una pila de embalajes. Segundos después, tres policías con equipo antidisturbios pasaron como flechas cerca de ellos, murmurando "Vamos, vamos, vamos".

Edasul cerró los ojos un instante, y luego habló:

–Vale. Tenemos que ir a la izquierda por aquí.

Gaviel asintió, mientras se preguntaba como le iría a Joriel con Grice.

Avanzaron a rastras y volvieron a detenerse, apoyándose contra un tabique que era de madera y yeso hasta la cintura, y a partir de ahí de plexiglás. Ella cerró los ojos con fuerza.

–Vale. Están al otro lado de esta pared. Uno de ellos está malherido, no puede disparar. Hay un guardia con ellos, tiene una metralleta y está sobre... unos cinco pasos en esa dirección. Pero no puede oír nada con los disparos, así que...

–Entiendo --dijo Gaviel, poniéndose de pie y apuntando con su pistola.

–¡No, no...! --gritó Edasul, pero era demasiado tarde.

Gaviel disparó a través del plexiglás y falló contra ambos hombres. Estos se giraron y abrieron fuego justo cuando él se tiraba en plancha para quitarse de en medio. Las balas golpearon a Edasul, con la suficiente fuerza como para hacerla retroceder contra una pila de cajas.

Con un grito sobrenatural, se levantó cambiada. Se desplegaron unas alas de medianoche sin estrellas, y se lanzó hacia delante con ojos, garras y dientes ardiendo como soles distantes. Era una figura de gloria y terror, y si los dos hombres no hubieran estado disparando, habrían caído postrados de rodillas de puro pavor. Pero *estaban* disparando, y en las situaciones de pánico los seres humanos tienen más tendencia a quedarse atascados que a intentar algo nuevo. Siguieron atacando mientras ella caía sobre ellos saizando y aullando. Edasul tenía fuerzas para sanar algunas de sus heridas, y poderes proféticos para evitar otras.

Pero su concentración quería decir que no estaba observando a Gaviel. Éste apuntó tranquilamente, pero esperó. No veía el objeto de traicionarla antes de que matara por él a los traficantes. Cuando ya no pudo mantener por más tiempo su forma angelical, le disparó. El matón que quedaba siguió acribillándola histéricamente incluso después de que cayera, así que a Gaviel le resultó fácil colocarse tras él y dispararle a bocajarro.

Edasul no estaba muerta, y él no había esperado que lo estuviera. Estaba intentando arrastrarse hasta la metralleta aún caliente en la mano muerta del hombre. Gaviel se le adelantó con facilidad, pisándole los dedos en el proceso.

–Traidor –gruñó ella, ojos de noche y estrellas mirando desde un rostro mortal.

–Bueno, bueno –dijo él, arrodillándose a su lado–. No quieres que una patética e impotente recriminación sea lo último que haga la Sembradora de Estrellas Fugaces, ¿no? ¿Por qué no tener clase y perdonarme? Después de todo, es lo que esperas de *Díos*, ¿no?

–Volveré, y te cazaré...

–Te equivocas, y te vuelves a equivocar. Nada de perdón, ¿eh? Una pena. Habría hecho que devorarte fuera más fácil.

Los ojos de ella se desencajaron y se volvieron humanos del miedo. En la guerra, los demonios habían canibalizado ángeles derrotados, pero cometer ese acto sobre otro de ellos...

–¿No pensarías que estaba en esto sólo por el dinero, o sí? –preguntó Gaviel mientras unas garras de fuego brotaban de sus

dedos.

Se abrió camino de vuelta a la puerta principal con un sigilo rápido y competente que habría sorprendido bastante a Edasul. Le dispararon varias veces, pero nadie trató de quitarle el portafolios, y tras unos instantes de hacerse el muerto pudo curar sus heridas y continuar.

Gaviel se preguntaba cómo lograría llegar al coche sin que nadie se diera cuenta, pero no tenía de qué preocuparse. La Oscuridad de las Profundidades, tal y como él esperaba, había organizado un verdadero espectáculo.

De algún modo le había amputado una pierna a Grice y sostenía el cuerpo, que se sacudía por encima de su cabeza, de forma que la sangre de ella caía por su garganta. Con su otra mano tenía a un agente cogido por el cuello, y lo agitaba del mismo modo que un terrier sacude una rata.

Todos los policías y traficantes que quedaban estaban disparando resueltamente en dirección a Joriel. No parecían darse cuenta del hecho de que también estaban alcanzando a sus dos juguetitos masticables.

Gaviel llegó sin problemas al coche de George Morrison. Entonces se detuvo. La resistencia de Joriel era realmente admirable, pero estaba empezando a flaquear. Las heridas ya no se le cerraban inmediatamente, y al ritmo al que estaba recibiendo impactos, no iba a durar mucho.

Cuando sus oídos captaron el sonido de un agente de los SWAT lloriqueando "Oh-Dios-oh-Dios-oh-Diooooo" una y otra vez, una sonrisa cruzó su rostro.

Un instante después, la resplandeciente forma de Gaviel, Ángel de la Luz y Señor del Sol Estival, apareció en la refriega.

–¡VUELVE AL INFIERNO, CRIATURA ABOMINABLE! –gritó, y se lanzó hacia delante mientras la Oscuridad caía de rodillas. El otro demonio estaba justo volviendo a su forma humana cuando el cruel fuego de las alas de Gaviel lo envolvió.

Algunos de los presentes se limitaron a seguir disparando, pero la mayoría se arrodilló y dio gracias.

Gaviel lo sintió, pero no le dio importancia mientras emprendía el vuelo buscando... eso.

La maleta metálica abandonada, manchada de sangre donde Grice la había dejado caer. Nadie le prestaba atención, y unos momentos después seguían con la vista levantada preguntándose

dónde habría ido la aparición alada, cuando un atractivo hombre de color la recogió discretamente del suelo.

Gaviel dio una palmadita a la pistola que llevaba en el bolsillo y se preguntó, momentáneamente, qué le habría sucedido a la otra maleta, aunque estaba demasiado cansado para ir tras ella. Había realizado demasiadas imposiciones a la realidad, y la realidad no se lo había tomado a bien. Y todo eso sumado a un buen montón de esfuerzos y traumas físicos. Puede que fuera un ser celestial, pero sus instintos eran los de un intelectual acomodado, y la tensión estaba empezando a afectarlo.

Mientras caminaba hacia su coche, pasó junto a un utilitario gris. Estaba tan distraído pensando en cómo el espíritu de Joriel había logrado escapársele en el último momento, que no se dio cuenta. No vio a la mujer del impermeable negro, igual que Edasul no había visto a Gaviel apuntándole. E, igual que a ella, lo cogieron desprevenido.

*** 2 ***

--¿Quién eres?

Gaviel parpadeó y se concentró en el dolor de su nuca, pero decidió no curárselo. Había un límite a las imposiciones que podía hacerle al mundo material, y tras aquel día tan ocupado, ese límite se estaba acercando rápidamente.

--Me llamo Noah Wallace. --Trató de ponerse de lado pero sintió un extraño peso sobre su pecho, y en cada muñeca y tobillo. Parpadeó para aclararse la vista y vio el techo de un dormitorio. Había una mancha de humedad. Miró a la izquierda. Había una hostia consagrada sobre su muñeca. También vio una mesita de noche, un oso de peluche, una cómoda anodina con fotos y velas y un helecho de aspecto raquítico.

Miró a la derecha y vio otra hostia, y a una mujer robusta que empuñaba su pistola automática robada. Su rostro tenía una horrible expresión de vacío que anulaba la calidez y el humor de su sudadera (que decía: *¡Alguien en Menominee, Wisconsin, me quiere!*)

No llevaba el impermeable, pero él la reconoció. Incluso antes de ver su cara sintió la familiar comezón de la fe que parecía seguirla como un hedor.

Mentalmente se maldijo por distraerse con la Sembradora, la

Oscuridad y la promesa de riquezas conseguidas ilícitamente. Pero no dejó que nada de esto se reflejara en su rostro.

Ella le clavó el cañón del arma.

–¿Qué eres?

Él bajó la vista hasta la hostia que reposaba en su pecho.

–Creo que ya lo sabes –contestó–. ¿Por qué si no me retendrías con el Cuerpo de Cristo?

–Entonces eres un demonio –dijo ella poniéndose de pie y empezando a recorrer la habitación arriba y abajo–. Un demonio. ¿Pero qué es un demonio? ¿Qué haces? ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora?

–Has visto a Lucifer, ¿no?

Ella se giró, con los ojos abiertos como platos.

–¿Cómo lo sabes?

–He visto su efecto sobre los mortales.

–Ahora todo se ha echado a perder –murmuró ella.

–Sí, ése sí que era el Lucero del Alba.

–¡Cállate!

Él no dijo nada. La mujer respiró hondo.

–Yo tenía una vida normal –dijo–. Trabajaba, iba a la bolera y al cine. Salía de copas con los amigos y era *normal*. Y ahora...

–Ahora lo has visto.

–¡Ahora lo he visto y no puedo sacármelo de la cabeza! ¡Ya no puedo ser normal! ¡No puedo soportar nada que no sea él!

–Eso es un gran problema. Y aun así, si te atormentan pensamientos acerca de demonios, me pregunto por qué tomarte la molestia de capturar uno.

–Quiero que me lo expliques –dijo ella–. Quiero *comprender*. ¡Quiero saber qué me hizo!

–¿Hacerte? Te lo hiciste tú misma.

–¡Mientes!

–¿Qué salgo ganando si te miento?

Ella dudó.

–Los demonios siempre mienten –dijo.

–En ese caso, es bastante estúpido que me hagas preguntas.

¿Por qué no me dejas ir? –le dedicó una sonrisa encantadora.

–Te sacaré la verdad. *Haré* que me lo digas –lo amenazó.

–Vaya, ¿y cómo lo harás?

Ella se mordió el labio, insegura.

–¿Quemándome con una bombilla caliente? –sugirió él–. ¿La

tortura china del agua? He oído que arrancar las uñas es especialmente doloroso. --Negó con la cabeza--. Por Dios. Ni siquiera puedes pensar en una tortura, ¿o sí?

--¡Se me ocurren muchas!

--Y puede que funcionaran sobre un ser humano. Pero mira, señorita... ¿Tienes nombre?

Ella retrocedió recelosa. Él volvió los ojos.

--Señorita Nadie. Señorita Anónima. Señorita Obsesionada-con-Lucifer, como te llames. ¿Crees honradamente que puedes hacer algo que supere al Infierno? Me he pasado los últimos *diez mil años* en el lugar designado por *Dios el Altísimo* como el sufrimiento definitivo.

¿Crees que algo de lo que tú vayas a hacer puede asustarme?

¡Tortúrame! ¡Adelante! Que me metan una rizador de pelo al rojo por el culo es un día de campo comparado con el Infierno. Puedes torturarme hasta *que te mueras de vieja*. No me va a importar. Sólo vas a desperdiciar la única vida de la que vas a disfrutar.

--O podría matarte.

--También es una opción, aunque deshacerte de mi cuerpo después de que tus vecinos oigan el disparo es un desafío al que no creo que estés para enfrentarte, considerando tu estado de distracción. Además, no quieres hacerlo.

--Estoy empezando a quererlo --espetó ella.

--Honradamente, no. Si quisieras matarme, lo habrías hecho en la calle. Me has traído aquí para algo. ¿Para qué?

Ella apartó la mirada. Cuando él volvió a hablar, su voz era amable.

--¿Sabes lo que quieres?

--No es que mi vida fuera tan magnífica --dijo ella, y Gaviel se dio cuenta de que estaba llorando--. Pero era todo lo que tenía. ¡Y no sé cómo volver!

Él esperó el momento justo. Cuando consideró que sus sollozos estaban maduros, habló:

--¿Estás segura de que te gustaría?

--¡No lo sé! --se lamentó ella--. ¡Todo es tan *horrible!* Los disturbios, los incendios, el saqueo... Quiero decir, hay cosas peores. Cosas que no salieron en las noticias. ¡La gente se volvió loca! Vi a tres mujeres... Cogieron a un policía y lo *desollaron* vivo. ¡Lo hicieron justo aquí abajo, en la calle! ¡A plena luz del día! Lo aguantaron sobre el capó de un Cámaro... la alarma del coche saltó... ¡y lo despellejaron! Delante de todo el mundo. La gente gritaba cosas... ¡dando ánimos! El

agente estuvo gritando hasta que, hasta que no pudo. ¡Nadie lo ayudó! Si miras, todavía se ven las manchas de sangre en el asfalto...

Dejó la frase sin acabar.

–¿Eso hace que los bolos y el trabajo resulten atractivos? --dijo Gaviel tras un momento.

–Pero cuando lo vi era tan... tan bello, pero más que eso. ¡Era *tan real!* Era como... como en El Mago de Oz, cuando todo de repente se vuelve de colores. Fue así. ¡Él era mis colores!

–La maravilla y el horror son mejores amigos de lo que les gusta admitir a los humanos. Mira, intentemos un experimento. Cierra los ojos. –Ella lo miró desconfiada y él suspiró–. Esos ojos entrecerrados por la sospecha están cerca, pero trata de cerrarlos *por completo*. Así. Ahora, quiero que pienses en tu antigua vida. En tu trabajo. ¿Qué haces? –Hago chequeos médicos para Met Life.

–¿Se conoce mucha gente interesante?

Casi en contra de su voluntad, ella pareció relajarse al entrar en los reconfortantes temas cotidianos.

–Alguna, de vez en cuando.

–Te levantas por la mañana y te das una ducha, tomas el desayuno... ¿Qué bebes por la mañana? ¿Café? ¿Té?

–Normalmente zumo de naranja.

–Zumo de naranja, y te maquillas y piensas en las citas del día, piensas en lavar la ropa o en ir a la tintorería a recogerla. Es un día normal.

–Por la mañana le doy de comer a los gatos.

–Vale, nada especial. Por la tarde vas a ver la tele, o quizá a tomarte unas cervezas con las chicas del trabajo. ¿No?

Ella asintió.

–En este día ordinario, tienes un suceso neurológico.

–¿Un qué?

–Algo te pasa en el cerebro. Quizá sea un trombo. Quizá te ha salido un pequeño tumor que está presionando tu lóbulo frontal. Quizá es un desequilibrio químico, o quizá un bromista te ha echado LSD en la cerveza. Quizá te has dado un golpe en la cabeza durante el terremoto.

–Pero nada de eso...

–¿...te ha pasado? ¿Cómo lo sabes? ¿Porque no lo recuerdas? ¿Porque viste un aura de luz y sentiste un amor y una devoción sobrenaturales? ¿Por qué todo parece vacío e irreal después de eso? Un daño cerebral podría explicarlo todo.

–Lo que vi... no fue...

–Puedes haberte olvidado de un golpe en la cabeza debido a la amnesia, sea física o psicológica. Una presión sobre el nervio óptico puede provocar estallidos de color. Una fluctuación extraña de los niveles hormonales puede provocar una rara sensación de intensidad emocional, seguida de un bajón de apatía, depresión e inseguridad.

–Pero salió en la tele...

–Ay. Como si nadie con daños neurológicos se hubiera nunca inventado recuerdos tras ver algo atractivo en televisión. Mira, todo lo que has experimentado hasta la fecha sugiere que lo que has visto *no era real*. Así que, o has estado equivocada toda tu vida, o estás equivocada ahora. ¿Qué te *resulta* más real? ¿Ángeles y demonios o un seguro médico y el zumo de naranja?

–Yo... supongo...

Su frente se retorció de confusión y tenía la boca abierta, pero Gaviel no necesitaba oír la respuesta. Podía sentirla. Pudo sentir la duda de ella cuando los símbolos de fe que lo retenían se convertían en simple pan ácimo.

Cuando se incorporó, el somier crujió. Los ojos de ella se abrieron de repente y le apuntó con la pistola. Él levantó las manos, conciliador.

–Y ahora hemos establecido que puedes volver, si quieres. Tu antigua vida te ofrece comodidad y rutina... pero te preocupa que sea falsa y sin sentido. De hecho, puedo decirte que sí, que lo es. Los bolos y el trabajo no importan. En la escala de las cosas, tú eras (y podrías volver a serlo) tan insignificante como una hormiga. Por otro lado, has sido expuesta a una nueva vida que es más grande, más importante y más real. Pero está llena de peligros, incertidumbre y enloquecedores horrores junto a su gloria y su magnificencia. Te tienta, pero no tienes ni idea de cómo vivirla, ¿no?

Ella asintió, muda.

–Yo puedo liberarte de ese dilema, si me dejas. Pero hay dos puertas de salida, y tú tienes que escoger una. ¿Quieres avanzar o retroceder?

La boca de ella se abrió y se cerró.

–¿Puedes hacerme olvidarlo?

–Eso no puedo prometértelo. Pero puedo hacer que su recuerdo se haga irrelevante. Puedo liberarte de una apasionada añoranza que no tiene sitio en el mundo racional. Puedo devolverte el mismo futuro que tiene cualquier persona normal.

–¿Y la otra puerta?

–Puedo iniciarte en los misterios. Puedo convertirte en mi compañera en todo lo que haga, compartiendo mi poder y haciéndote partícipe de mi destino. No puedo prometerte que encontremos al Lucero del Alba. Pero si lo hacemos, no te presentarás ante él como una pobre humana dentro de la multitud.

–Estás hablando de que te venda mi alma, ¿no?

–Oh, eso. Sí. Ésa es la llave de la jaula, de ambas puertas.

–¿Y si no acepto tu ayuda?

–Puedes quedarte atascada donde estás, para siempre. --Se echó hacia delante y quitó suavemente la pistola de unas manos que no opusieron resistencia—. Si quieres que me vaya, muy bien; ni daño ni juego sucio. Pero antes de tomar una decisión, mira dentro de ti y pregúntate quién tiene ahora de verdad tu alma.

Esperó hasta que pudo ver una decisión en el rostro de ella.

–Al menos, conmigo consigues algo a cambio --dijo.

Ella agachó la cabeza y susurró su elección. Él asintió.

Entonces comenzó a absorberle la vida.

Fue tan doloroso, tan rápido, que no tuvo tiempo ni de gritar. Sólo se derrumbó en el suelo hecha un ovillo. El demonio se agachó a su lado.

–Elegir el olvido es una cobardía --dijo él--. Si hubieras escogido la otra vida, quizá te hubiera dejado vivirla. Aunque sigo bastante cabreado porque me pegaras.

Antes sus ojos, el pelo de ella se volvió gris, luego blanco, y luego se cayó.

–Tu fe... no tienes ni idea de lo poderosa que es, ¿no? Lo deliciosa. Quizá ahora que la estás perdiendo tengas alguna pista. Lucifer cada vez tiene menos y menos importancia, ¿a qué sí? Igual que todo lo demás.

Ella le gruñó, pero no pudo hablar, no pudo moverse excepto para enroscarse más en posición fetal, abandonando este mundo en la misma forma en la que había llegado.

–Y aquí tienes el futuro que os espera a todos los humanos. Ahora que lo pienso, creo que te habría matado de todas formas. De lo contrario, podrías haberle dicho a alguien que me cogiste por sorpresa. Demasiado embarazoso.

Ella no respondió. Estaba muerta.

Dejó la pistola en el suelo, sacó un pañuelo y limpió sus huellas dactilares del arma. Entonces se puso de pie y se sacudió las manos.

Estaba cansado, pero feliz. La Oscuridad tenía parte de su

nombre, y seguramente estaba loco de ira. ¿Pero quién sabía cuándo tendría Joriel otra oportunidad de encarnarse? Edasul había sido deliciosa. Si nadie lo había cogido, había muchísimo dinero en el maletero del coche de Morrison. Y la mortal, la mujer anónima que creía tan triste, tan completamente... ella había hecho que el viaje mereciera la pena.

--¿Dónde estará mi portafolios? --se preguntó en voz alta.

SE DETUVO CORTESMENTE POR MI

[Diane Piron-Geilman]

Como no pude detenerme para la muerte...

Ella se detuvo cortésmente por mí...

--Emily Dickinson

--Que tengas una feliz Navidad / Que tu corazón se alegre / A partir de ahora desaparecerán tus problemas...

Linnea Pohl envolvió sus manos con más fuerza en torno a su taza de café. Sus dedos hacía ya mucho que le habían absorbido todo el calor. Pensó en pedirle a la camarera que se la recalentara, pero decidió que era demasiada incomodidad tratar con otro ser humano. En vez de eso, cogió el cuarto más cercano de su sandwich de pavo y bacón. La marca blanca en la rebanada de pan tostado de encima, donde ella lo había mordido una sola vez (¿hacía cuantos siglos?), contrastaba con su superficie dorada. Miró el sandwich, hipnotizada durante varios segundos, antes de dejarlo caer sin probarlo de vuelta al plato. ¿Por qué había pensado que la comida sería de alguna ayuda?

El villancico continuó, empalagoso y enervante. Nunca le había gustado, ni la película de donde había salido. El hilo musical del restaurante nocturno siguió escupiéndoselo, claro y penetrante como el estéreo Dolby. Esa voz, esos trinos de Judy Garland rebosando de

falsa emoción... Un espectáculo de tristeza desplegado para la cámara. Todo porque una familia feliz ficticia tenía que recoger la casa y mudarse en el mil ochocientos noventa y algo.

--De puta madre --murmuró Linnea al frío brebaje marrón de su taza. Un policía cincuentón que se sentaba en una mesa al otro lado del pasillo le dirigió una mirada. Ella lo ignoró, concentrándose en un trozo desconchado del borde de la taza. ¿Qué narices sabía Judy Garland del auténtico dolor? Linnea sabía lo que era el auténtico dolor. Llevaba ahogándose en él desde las siete de la tarde.

Desde que su hermana menor le había pedido morir.

La taza tintineó contra el platillo cuando se llevó las manos a la frente. Los pequeños vasos sanguíneos retumbaban contra la piel como esa maldita voz por el altavoz del techo. Tenía que estar sentada justo debajo del mismo. Si hubiera tenido un arma, como ese policía, le hubiera pegado un tiro a la cosa. Le hubiera pegado un tiro a cada altavoz en el condenado restaurante, y al infierno con lo que pensara el poli. Luego, quizá se pegaría un tiro ella. Al menos así ella iría primero.

--Maldita seas, Julie --susurró a través de un bulto en su garganta que ardía como una pelota de golf al rojo vivo. *Garganta inflamada, posible síntoma*, le indicó automáticamente la médica que llevaba dentro--. No puedo hacerlo. Sabes que no puedo hacerlo.

--¿Se encuentra bien, señora?

Levantar la mirada fue como levantar una pesa de diez kilos. El policía estaba de pie junto a su mesa. La expresión de su rostro combinaba el cansancio y la preocupación, como si quisiera ofrecerle ayuda pero estuviera tan acostumbrado a tratar con gilipollas que no supiera cómo hacerlo. Tenía una barriga cervecera y el flequillo peinado para taparle malamente la calvicie. Igual que papá, que había muerto del hígado seis meses antes del terremoto de Los Ángeles. Antes de que Julie entrara en aquel hospital y nunca saliera. Y no es que a papá le hubiera importado. Bastardo con suerte.

Ella bajó la mirada, por la regordeta barbilla y la papada del agente hasta su camisa azul oscuro. Su placa relucía contra la tela, brillando estridente.

--Pa-tru-lla --dijo, vocalizando cada sílaba--. ¿A quién está patrullando en estos momentos?

--¿Señora?

--¿Quién es su sospechoso? ¿Su quinqui? ¿O es que ya tienen otro nombre para nosotros los civiles?

Él apretó la mandíbula y se enderezó. Una mano fue a la culata del arma.

–Creo que debería irse, señora.

–¿O qué? ¿Me echará usted? –Su risa amarga no reflejó humor alguno–. Jesús, ¿una ciudad llena de disturbios y saqueos y no tiene nada mejor que hacer?

–Ahora escúcheme...

–Que te jodan.

La parte racional de su cerebro, la que normalmente se encargaba de su lista de pacientes, de recoger la ropa de la tintorería y de los continuos cambios en el tratamiento de Julie en el último medio año, le sugirió que insultar a un miembro armado de la élite de Los Ángeles no era lo más inteligente que podía hacer. Sin embargo, en ese momento no le importaba. Que la arrastraran al centro y la metieran en un calabozo puede que fuera una mejora. Al menos entonces tendría penurias físicas que la distraerían del infierno que era su mente. Le dedicó al policía su mejor mirada de perro de presa, una expresión sacada de los recuerdos de la adolescente punk que una vez había sido. Lo que daría por volver a tener diecinueve años. No, diecinueve no. Ése había sido su último año en el infierno. El último año en el infierno de las dos, Julie y ella. Le gustaría tener veinte, sola con Julie en el primer y apretujado apartamento que habían compartido. Libre del hedor a vodka, whisky y caramelos de menta que nunca lograban enmascararlo del todo cuando mamá o papá hablaban. Libre de los constantes gritos y peleas. Libre de los silencios que iban después, mientras papá dormía la mona y mamá se iba a remojarse aún más en su sillón favorito del salón. Trabajando duro para entrar en la facultad de medicina y en un empleo para estudiantes. Julie y ella, juntas contra el mundo.

Le picaba la nariz. Rompió el duelo de miradas con el agente y se dejó caer contra el respaldo del asiento.

–Déjeme en paz.

Ella supo que la estaba mirando. Mantuvo baja la mirada para no tener que ver la compasión en ese rostro de tipo duro. Tras lo que parecieron unos segundos interminables, pudo oír el amortiguado crujido de los zapatos de él mientras se alejaba.

Tomó un sorbo de café, sólo para tener algo que hacer. Le supo a corteza de árbol hervida y fría. Tan malo como el café del hospital, que tenía el color de la suciedad y sabía a bolsas de papel para envolver bocadillos. Julie había bromeado acerca de eso cuando Linnea había

ido a visitarla durante su primera estancia.

–*Château du Bolsa Marrón*, mezcla especial de la casa de Nuestra Señora de la Piedad. Hace que te salga pelo en el pecho, pero sólo si te tomas tres tazas.

Se habían reído más de lo que se merecía el chiste, sobre todo para recordarse mutuamente que aún podían. Julie siempre había sabido cómo hacerla reír.

Linnea cogió una patata frita e hizo dibujos con ella en la sal del plato. Círculo, espiral, triángulo. Los movimientos mantuvieron apartados los recuerdos durante algún tiempo, pero ella sabía que estaban allí. Estaban en los bordes de su mente, presionando con insistencia. Resueltos a liberarse. Tras un minuto, soltó la patata frita, apoyó la cabeza en las manos y dejó que vinieran los recuerdos.

Con cinco años y medio, observando al nuevo bebé manoteando y balbuciendo en el rincón del viejo tresillo de flores. Mamá estaba dormida, papá fuera de la casa. Durante algún tiempo, ella y el bebé estaban a salvo. "Julie", dijo ella en voz baja, y alargó un dedo para que el bebé lo cogiera. Diminutos deditos rodearon el suyo de niña grande. Mi *bebé*, había pensado entonces. Como la mejor muñeca nueva, porque podía hacer cosas. Todavía no muchas, pero el bebé aprendería. Ella se lo enseñaría todo. Cómo jugar, cómo abrazar, cómo comer helado. Cómo deslizarse de espaldas por el tobogán y cómo saltar de los columpios.

Cómo hacerse invisible cuando salieran las grandes botellas de cristal de cosas malas.

La música cambió a los acordes de apertura de *La Primera Navidad*. Linnea se vio a sí misma y a Julie, sentadas en la parte alta de las escaleras a las seis de la mañana en Navidad, esperando que fueran las siete. Las siete era la hora mágica, cuando les permitían bajar y vaciar sus calcetines siempre que no hicieran demasiado ruido. El ruido era un pecado mortal en el hogar de los Pohl. En especial el ruido por la mañana temprano y tras una larga noche con la botella.

La mayoría de los años, el botín navideño era escaso. Pero los regalos no importaban. En esa hora antes del amanecer, la única cosa que importaba era Julie, acurrucada junto a ella en busca de calor bajo aquella manta de rayas, las dos hablando en voz baja acerca de todo y de cualquier cosa. Linnea había tenido diez años, quizá once. Julie apenas estaba en la guardería.

–Linnie, ¿dónde vive Dios?

–En todas partes, eso es lo que dice el padre John.

--No, digo que dónde está su casa. ¿Tiene una?

--El padre John diría que es la Iglesia.

--¿Nuestra iglesia? ¿Santa Ana?

--Supongo que sí --se encogió de hombros.

--¿Y cómo puede celebrar su cumpleaños?

--¿El padre John?

--No, tonta, Dios.

--¿Qué quieres decir?

--Santa Ana no tiene cocina. Si Dios no tiene cocina ¿cómo puede prepararse el pastel de cumpleaños? Si no tienes pastel no es un cumpleaños de verdad. ¿Cómo puede ser la Navidad su cumpleaños si vive en santa Ana?

Había querido reírse, pero Julie parecía muy seria. No podía hacer un comentario irónico delante de esa cara, así que le dijo lo primero que se le ocurrió.

--Los ángeles se la hacen. En la cocina de la casa del reverendo.

--Una completa mentira, pero eliminaría el aspecto preocupado de Julie. Unos pocos años en el purgatorio eran un pequeño precio que pagar por eso--. Dios no puede hacerse su propia tarta. Bueno, podría, pero eso sería hacer trampa. Así que los ángeles se la hacen con magia de ángel. Como la que dice la hermana Francés que tienen nuestros ángeles de la guarda para protegernos.

--Oh --Julie se acurrucó más--. ¿Lo sabré yo todo sobre Dios y las demás cosas cuando sea grande como tú?

--Sí. --Abrazó los delgados hombros de Julie y parpadeó para que no le lloraran los ojos. Otra mentira. Estaba tan asustada la mayor parte del tiempo que lo único que quería era huir a un millón de kilómetros de distancia. Pero Julie la necesitaba. Tenía que ser fuerte y valiente. Nadie más lo haría. Los ángeles guardianes de los que la hermana Francés siempre parloteaba no lo harían, y seguro como el infierno que Dios tampoco. Dios no estaba prestando atención. O quizá simplemente no le importaba.

El olor de la cebolla friéndose la devolvió bruscamente al restaurante. Ese olor grasiento le revolvió el estómago. Rebuscó en el bolsillo de su chaqueta el fajo de billetes que solía llevar allí, sacó uno de diez, lo dejó en la mesa y se levantó. Nadie le prestó la menor atención mientras titubeaba hacia la puerta. La noche se avecinaba, un frío de diecipcocos grados, no muy común en L.A. pero refrescante y vigorizante.

En el exterior respiró hondo, y luego se echó contra la pared

cuando el cansancio la golpeó. El frío de la pared de piedra pintada de blanco penetró hasta su espalda. ¿Dónde en nombre del infierno se suponía que tenía que ir ahora? ¿De vuelta al hospital? ¿A casa, a su apartamento vacío? Se apartó del edificio y avanzó a duras penas por la calle. Un pie, luego el otro, al principio dubitativa pero reuniendo fuerzas a medida que las manzanas pasaban bajo sus pies. En aquella parte de la ciudad las aceras seguían intactas. Había caminado bastante desde que había dejado a Julie, lo bastante para pensar que podría tener hambre y entrar en el primer restaurante que vio. Se preguntó lo lejos que estaría ahora de la zona del terremoto.

Empezó a levantarse viento, sacudiendo su cabello y jugando con el borde de su impermeable. Una ráfaga súbita le provocó un escalofrío. *Mala semana para salir sin abrigo*, pensó. ¿Quién iba a suponer que podía hacer tanto frío en L.A.? Pero bueno, todo había sido una locura en las semanas que habían seguido al terremoto. Edificios emblemáticos derrumbados por completo, calles familiares reducidas a escombros, amigos y vecinos muertos o desaparecidos. Esos días no eran sólo los medio enloquecidos predicadores callejeros los que iban por ahí gritando que el fin del mundo se acercaba. Especialmente después de lo que las cadenas de televisión locales habían bautizado enseguida como "La Visitación". Recordaba haberlo visto en las noticias: imágenes temblorosas y llenas de estática de algo inmenso y resplandeciente, como una columna de fuego con la vaga forma de las alas de un ángel. Y un sonido captado por el micrófono de algún intrépido reportero, un profundo rugido que había sentido físicamente incluso a través de la televisión, como el viento aullante de un tornado combinado con los gañidos de los condenados.

Tras eso, la gente había acudido en masa a las iglesias que quedaban de pie y a los puestos de auxilio que se habían instalado en los barrios más afectados. Ella misma había pasado tres días seguidos en uno de ellos, dispensando primeros auxilios de urgencia y el poco alivio que podía antes de caer desvanecida de puro agotamiento en el suelo del dispensario. Después de eso, la habían mandado de vuelta a casa, pero no pudo relajarse lo suficiente para dormir lo que tan desesperadamente necesitaba. Así que en vez de eso se había ido con Julie, a velarla junto a su cama en Nuestra Señora de la Piedad. El edificio del hospital había quedado milagrosamente intacto. En ese instante, ella lo había considerado un buen presagio. Los ángeles de la guarda eran reales; a Dios le importaba. Sólo era que había estado un poco ocupado. Entonces

llegó el segundo infarto de Julie, el que le había dejado completamente paralizada la parte izquierda de su cuerpo. Ahora comía principalmente a través de una pajita, ya que su floja boca era casi incapaz de masticar alimentos sólidos. El esfuerzo por recuperar un habla más o menos inteligible le había costado semanas de lucha agotadora, y aun así sólo Linnea podía entenderla un poco. Los doctores ofrecían pocas esperanzas de progreso, no mientras la enfermedad del riñón le consumiera las fuerzas que necesitaba para recuperarse. No le extrañaba que quisiera morir.

–Cabrón –murmuró Linnea al cielo nocturno. Las estrellas brillaban en él, cortesía de los miles de farolas que habían desaparecido al ser derribadas por el terremoto. La hermana Francés le había dicho una vez que las estrellas eran los ojos del Señor, vigilando el mundo que el Padre había hecho. Y una mierda. Si Dios los estaba mirando desde arriba, su mirada era tan fría y distante como aquellos puntitos de luz blanca que estaban a millones de años luz.

–No te preocupa una mierda, ¿no? Nos haces nacer, nos pones aquí y luego nos dejas a que nos busquemos la puta vida. Al infierno con eso. Ya no creo en ti. ¿Y sabes qué? Si era realmente el Diablo el que apareció hace poco, le vendería mi alma sólo para fastidiarte. Porque al menos él haría que Julie se pusiera bien. Una cosa a cambio de otra. No como tú, que te llevas todo nuestro amor y nuestra confianza y no nos das nada a cambio. Que te jodan, tío. Se acabó.

Se quedó un momento en la esquina de la calle, mirando hacia arriba como si esperara que las estrellas le respondieran. El silencio fue la única respuesta, acompañado de un nuevo sople de viento frío que hizo que sus ojos lagrimearan. La temperatura estaba bajando y su fino impermeable no era demasiada protección ante el poco habitual frío. Se arrebujó más en él y partió en una dirección a azar. Dios estaba muerto, Julie se estaba muriendo, y la única cosa que le importaba ahora era el hueco sonido de sus pasos sobre el agrietado pavimento.

Las grietas pronto dieron paso a agujeros, que a su vez dieron paso a zanjas y trozos de pavimento levantado. Podía pasar por encima de la mayoría de ellos, pero algunos tenía que saltarlos. Había llegado a los bordes de la zona del terremoto. *Hora de volverse*, pensó, pero sus pies siguieron conduciéndola adelante. Dio un gritito cuando se golpeó la espinilla contra un trozo de acera. Se inclinó para frotarse la contusión, luego se enderezó y captó el brillo del neón en

medio de una hilera de fachadas de tiendas apagadas. A diferencia de sus devastados vecinos, este pequeño edificio seguía teniendo cuatro paredes y un techo. El letrero, de color rojo cereza, decía *Licorería de Mike*, con *ABIERTO* debajo en un letrero de neón verde fluorescente.

Se le escapó una risa sin humor. El único edificio intacto en la calle y tenía que ser una licorería.

–Hablando del diablo –murmuró.

Suriel podía sentir el frío.

O, mejor dicho, el cuerpo que habitaba actualmente podía sentirlo. No podía parar de sentirlo, de hecho. Se le estaban acabando las fuerzas, tenía las reservas agotadas por la necesidad constante de mantenerse por delante de los Encadenados, aquellos antiguos demonios que habían convertido la Ciudad de Ángeles en su cuarto de juegos privado, y pobre del ángel caído recién liberado que decidía resistirse a su poder.

Pero es que ni Suriel ni la niña-mujer de cuyo cascarón catatónico se había apropiado habían tenido nunca demasiado respeto por la autoridad.

Trastabilló entre los restos sembrados de escombros de una acera, y luego se apoyó en el costado de un coche volcado. Cubrían las calles de la zona del terremoto, monstruos vapuleados de metal agazapados entre trozos de pavimento y mampostería de edificios. El brillo de la luz de la luna le mostró la sombra de su propio reflejo en lo que una vez fue un parachoques. Rasgos afilados, pelo a lo punk, múltiples pendientes en las orejas y una sonrisa feroz, conjurada a pesar de la situación por el recuerdo de su propia osadía. Había aguantado casi siete semanas contra los Encadenados, y una eternidad en el infierno antes de eso. Encontraría la manera de seguir adelante. El Altísimo que la había aprisionado, la Princesa del Infierno que había pretendido usarla como herramienta y, sobre todo, el Lucero del Alba, que la había inspirado para abandonarla luego... ninguno de ellos la había destruido todavía. Ella juró que nada lo haría. Fuera del Abismo, libre para continuar con su sagrada vocación por primera vez en milenios, Suriel no tenía intención de desperdiciar aquella oportunidad sin precedentes.

Pero se sentía tan débil... Se inclinó contra el coche, respirando hondo, como si introducir más oxígeno en sus pulmones fuera a

proporcionarle el sustento que ansiaba. Un recuerdo surgió de su cerebro humano recientemente adquirido, una línea de polvo blanco en una mesa de cristal, unos dedos aferrando una pajita, un cuerpo temblando con la misma intensa necesidad. Luego la profunda inhalación, el magnífico soplo de polvo contra el interior de su nariz, seguido por una oleada de bienestar tan abrumadora como el deseo que satisfacía. Suriel revivió el recuerdo mientras duró, y luego devolvió su atención a lo que tenía entre manos. Necesitaba encontrar un creyente. Pronto, antes de perder el poder de mantenerse oculta de los Encadenados. La desesperación la carcomía. Cada día había menos mortales por allí; la mayoría de los que no habían muerto en el terremoto o en los disturbios subsiguientes había huido enseguida a las pocas zonas tranquilas que quedaban. ¿Qué alma con algún valor esperaba encontrar allí?

Un estallido de ira reunió las fuerzas que le quedaban. No había sitio para el miedo en la mente de un verdugo, un demonio de la Séptima Casa. *Yo desvanezco el miedo, o lo traigo, según merezcan los moribundos.* En lo más profundo de su interior, una ira similar tuvo su eco en los restos de la mente de su anfitriona. Rafaella Li, Rafe durante la mayor parte de sus diecisiete años, también había odiado tener miedo. Se había enfurecido contra su corta vida, contra su incapacidad para escapar, y sobre todo contra sí misma, por sentirse pequeña y sin valor. La paradoja de una cólera tan grande contenida en un alma tan frágil había atraído a Suriel hacia ella.

Ya bastaba de perder el tiempo. Suriel amplió su percepción tanto como pensó que su cuerpo aguantaría al andar. Cualquier creyente que estuviera más lejos que eso igual podía estar en la Luna. Con las calles hechas pedazos por el terremoto y la destrucción que habían traído los incendios y saqueos que vinieron detrás, no era probable que pasara ningún autobús o taxi cerca de ella. Andando o nada.

Primero olió la ciudad propiamente dicha, un olor marrón negruzco como el del hueso quemado. El hedor traía un gusto con él, salobre y amargo. Una parte de ella se maravilló ante la extrañeza de la casi infinita percepción de un demonio filtrándose por los limitados órganos sensoriales de aquella maltrecha chica mortal. El olfato y el gusto eran ahora sus guías; una sola realidad física que contenía una conciencia que una vez había abarcado muchos estratos de la existencia. El pensamiento la hizo querer llorar. Otra mala señal. Realmente le estaban fallando las fuerzas si se distraía tan fácilmente de la caza.

¿Dónde estaba ese olor que buscaba? Bajo el hedor muerto de los cañones de hormigón y los caminos de asfalto yacía otro olor, húmedo, pesado y de un amarillo enfermizo. El olor de la desesperación, de la pena, del miedo y la ira tan abrumados por la desesperanza que sólo quedaba la más pequeña chispa de vida. El infierno le hubiera olido así a Rafe. Ahora el olor pertenecía a la gente de Los Ángeles, encorvada bajo el terrible peso de su propia indiferencia. Aquí y allí bajo la neblina había gustos y olores más fuertes: el picante gusto de la cólera pura, la deliciosa canela el amor maternal, la suave frescura verde brillante de la esperanza. Sin embargo, a mano no había mucho prometedor. La nariz de Rafe se arrugó ante la punzada química del whisky; un borracho a tres manzanas de distancia, soñando con huestes celestiales en la voz de una madre largo tiempo muerta. *Baja, dulce carro / Ven a llevarme a casa...* Con mostrarle un ángel de verdad, creería, aunque sólo fuera un momento... Lo justo para darle otras pocas horas de sustento, antes de que su abotargado cerebro dejase caer la sensación de maravilla como un objeto valioso de la mano de un niño torpe. Entonces ella volvería donde estaba, rastreando las calles en busca del siguiente despojo de fe humana diluida.

Tuvo un escalofrío y se apartó del coche. Tenía que haber una alternativa mejor en alguna parte de aquella ciudad. Estaba cansada de recoger migajas, cansada de vivir con lo justo para cazar y mantenerse oculta. El borracho le serviría por ahora. Y entonces encontraría algo mejor. Algo adecuado al poder y la gloria de un Ángel de la Muerte.

El cuello de la botella, envuelto con firmeza en una bolsa de papel marrón, transmitía una sensación grotescamente reconfortante en la mano de Linnea. Seguía sin poder creer que la hubiera comprado. Al menos había tenido el buen sentido de evitar las bebidas realmente baratas. Un trago de Chivas tendría que funcionarle tan bien como a sus padres, pero sin las consecuencias del licor de garrafa. Si es que había consecuencias, lo que no le importaba demasiado en esos momentos. Además, había cierta simetría en ahogar sus penas en el mismo veneno que habían amado tanto mamá y papá.

Tropezó en un agujero de la calle y se agarró a un trozo inidentificable de piedra. Un fragmento de la fachada de un edificio,

decidió tras mirarlo más de cerca. Era blancuzco y tenía unos relieves, con unas volutas que sugerían flores de lis. O quizá el contorno de las alas de los ángeles. Se rió ante eso, y el eco del sonido le llegó desde las sombras.

—¿Eres por casualidad mi ángel de la guarda? Porque tengo que decirte que llegas condenadamente tarde. De hecho, tan jodidamente tarde que estás despedido.

Dios, ya parecía borracha y ni siquiera había abierto la botella. No había encontrado el lugar apropiado para bebérsela. Lo reconocería cuando lo viera. Por supuesto, algún sitio en la zona del terremoto. La zona tenía el mismo aspecto que como ella se sentía. Apaleada, destrozada, en carne viva y sangrando, quemada. Igual que la botella, la devastación parecía extrañamente reconfortante. El mundo exterior reflejaba su mundo interior, y así era como debía ser.

Su pie aplastó algo. Una astilla de cristal le devolvió un parpadeo a la luz de la Luna. Miró a su alrededor. Las aceras y la calle, o lo que pasaba por eso en aquella zona, destellaba con cristales rotos hasta donde ella podía ver. La *Kristallnacht* debía haber tenido ese mismo aspecto, pero sin los retorcidos armazones de acero de lo que una vez fueron los orgullosos rascacielos alzándose contra el cielo, como alguna especie de vegetación de una jungla alienígena. Más adelante, cerca del extremo de la manzana, una intensa oscuridad en mitad de la calle avisaba de un socavón grande. Mejor mirar por dónde andaba a partir de ahora. No tenía sentido caerse en una grieta del pavimento antes de haberse tomado al menos un trago.

Se abrió paso a través del campo de cristal, yendo hacia un lado para evitar la gigantesca grieta cuyo borde había visto. Un tramo de calle relativamente intacto conducía hacia el este. Edificios residenciales semiderruidos se alineaban a ambos lados de su nueva ruta, principalmente adosados de estilo hacienda, mezclados con la ocasional casa unifamiliar. Un barrio acomodado antes de que estallara el infierno. Las paredes que quedaban en pie insinuaban gráciles líneas y grandes extensiones de terreno, y los irregulares trozos de mampostería compartían la calle con caras tejas de terracota. Se agachó y cogió una. La teja se agrietó en sus dedos. Se acercó los fragmentos a la nariz e inhaló la fragancia del polvo marrón rojizo, tostado al sol. Un recuerdo de la infancia salió a la superficie: ella con doce años, mostrándole a una Julie de siete cómo aplastar la tierra alrededor de una plantita en una maceta. Para cuando ella se había ido a la universidad, prometiendo volver a por Julie en un mes,

la planta ya le llegaba por encima de la cabeza.

La planta había muerto cuando volvió, partida por la mitad por una silla arrojada por su padre durante uno de sus enfados de borracho.

–Mejor la planta que yo –le había dicho Julie más tarde, tratando de quitar hierro al asunto, pero Linnea pudo oír en su voz cuánto le habían costado esas palabras frívolas.

Se puso en pie. La botella se balanceó peligrosamente bajo su brazo. La agarró con más fuerza, súbitamente aterrorizada ante la posibilidad de perder su única fuente de olvido. Esa noche no habría nada más disponible. El terremoto, y luego los disturbios, habían espantado a los camellos que vendían coca, al menos temporalmente, aunque ella hubiera tenido dinero para ponerse. De todos modos, la botella era mejor. Más apropiada. Si iba a saltar del tren tras casi veinte condenados años, prefería empezar con el diablo que mejor conocía y más odiaba. Había pasado casi toda su edad adulta huyendo del alcohol, huyendo tan rápido como podía del íntimo demonio que había convertido su vida familiar en una farsa y una vez había estado cerca de matarla. Aquella era la noche para rendirse ante ese demonio. Si podía lograrlo, quizá podría enfrentarse finalmente a lo que Julie le había pedido que hiciera. O al menos estaría tan ida que no le importaría.

Todo lo que necesitaba era el lugar adecuado para el enfrentamiento.

La silueta retorcida de una verja de hierro forjado apareció ante su vista a mitad de camino en la manzana. Al otro lado, Linnea vio una hilera de colinas pequeñas e irregulares, entremezcladas con bancos patas arriba y mesas y mobiliario de parque infantil volcado. El parque local. Perfecto.

Avanzó titubeante hacia allí, aferrando con fuerza la botella de whisky contra su impermeable.

En la oscuridad del estrecho callejón. Suriel se levantó y se limpió de polvo las rodillas. El cuerpo exánime del borracho yacía a sus pies. Corta y superficial como había sido, su mezcla de terror y maravilla le había proporcionado suficiente sustento para continuar la caza de la noche. Algunos más como él, desechos de lo más bajo de los mortales de la ciudad, podrían mantenerla durante varios días, quizá una semana. Entonces volvería a enfrentarse al mismo dilema. Una cierta

nausea se apoderó de ella ante la idea. Una vez había sido inmortal, había existido en incontables dimensiones de la realidad. Qué patético, verse reducida a aquella existencia viviendo al día.

Se apoyó con una mano contra el frío costado de metal de un contenedor de basuras rebosante. *No más, juró. Esto acaba esta misma noche.*

El olor de la basura putrefacta en el contenedor era insoportable. Se alejó de él hacia la boca el callejón. Cuando llegó a un sitio donde el aire olía más limpio, se sentó con las piernas cruzadas en el pavimento y respiró hondo. Cada exhalación ampliaba su percepción, hasta que pudo sentir las energías vitales de las hierbas que crecían entre las grietas de la acera. Una oleada de sensaciones la recorrió, mareante y caótica. En algún punto del remolino, se encontraba la sustanciosa presa que deseaba.

Allí, un destello de olores complejos, una insinuación de un delicioso sabor en el filo de su lengua. Pimienta y amoníaco, ira ardiente y amarga desesperación. Y bajo las dos, el olor herbal de la esperanza que se niega a morir. Esta alma estaba sufriendo, casi se había convencido de que ni a Dios ni al mundo le importaba su dolor. Pero no del todo.

Suriel cabalgó por el viento hasta su presa, cambiando alegremente la fuerza por velocidad. En el espacio de tres latidos, se encontró en las inmediaciones de un parque. Tierra removida y columpios rotos compartían el espacio con bancos volcados y trozos de hormigón. En la columna de una fuente de agua potable, derribada por la furia del terremoto, estaba sentada una esbelta mujer mortal con una botella destellando en su mano.

El whisky le ardió todo el camino hacia abajo y le dejó un regusto soso y metálico en el fondo de la lengua. Igual que como lo recordaba. Cuando tenía doce años, no podía ni imaginarse querer probar la cosa. Para cuando tuvo quince, no se creía que pudiera sobrevivir sin ella.

–Como papi –murmuró, y soltó una risita.

El vodka había sido la elección de su madre, una cosa incolora y casi insípida que podía echar en cualquier sitio o hacer pasar por agua. Siempre y cuando nadie le acercara la nariz, por supuesto. Una bebida sigilosa para una bebedora cobarde. Linnea había seguido los

pasos de su padre: el whisky quería decir que al menos tenías bastantes redaños de admitir que ibas derecho al infierno.

–Me lamo Linnea Anne Pohl –dijo a la noche–. Doctora en Medicina Linnea Anne Pohl. He estado sobria durante veinte años y tres días.

La rugosa piedra de su asiento estaba fría bajo sus muslos. Dio otro trago. El fuego líquido abrió un camino dentro de sus entrañas. De repente volvía a tener dieciocho años, y conducía demasiado rápido por las tranquilas calles residenciales, con las ventanillas bajadas y la radio a todo volumen mientras se movía en el asiento al ritmo *de Brown eyed girl*. Con una mano en el volante y la otra en la botella, echándose al colete trago tras trago entre las estrofas de la canción. Pobre Julie, perdiéndose un viaje en el carro mágico. La pequeña y pánfila hermanita, demasiado asustada para ir al cine sólo porque Linnea se había tomado algunas copas.

–Soy buena. Yo controlo. Vente. –Riéndose ante el rostro de preocupación de Julie, segura de que iría con ella.

–No voy. No si estás así. –Las mejillas de Julie se sonrosaban, como hacían siempre que estaba molesta.

–¿Así cómo, hermanita? –Provocándola, alargando una mano para jugar con el pelo de Julie.

Julie había atacado, con fuerza e intención.

–Como papá y mamá. Estás tan jodidamente borracha que si te tocara te caerías al suelo.

La obscenidad en esos labios con doce años la dejó paralizada de la impresión. Entonces le sobrevino una furia tan absoluta que la cogió por sorpresa. Cogió la cosa que tenía más a mano (la tortuga de cristal de Julie, un querido recuerdo de un viaje a Virginia Occidental) y la tiró contra la pared.

–¡Putita! ¿Quién se ha muerto y te ha convertido en Dios? Jódete, y quédate con ellos si quieres. Yo me voy.

Había conducido durante una hora seguida, demasiado furiosa para sentarse en un cine y concentrarse en las extravagancias de último éxito de taquilla. Una parada en la Licorería de Binny la calmó un poco, mientras comparaba los diferentes precios del veneno con los billetes que tenía doblados en el bolsillo de sus vaqueros. Luego un largo paseo por el camino para bicicletas junto al lago, aderezado por el fuerte sabor del whisky. Para cuando se sintió dispuesta a volver a casa, más de la mitad de la nueva botella había desaparecido. Pero ella no era una borracha como esa mala imitación de padres que

tenía. Ella aguantaba el licor. Por eso empezó a beber. Para demostrar que podía.

Y entonces el segundo coche hizo pedazos la noche junto con la puerta del lado del pasajero. Recordaba los sonidos de la radio mezclándose con el ruido del cristal rompiéndose y el chirrido de los frenos, luego silencio y oscuridad durante mucho tiempo.

La primera cosa que vio al despertarse fue el rostro de Julie, tenso por el esfuerzo de no ponerse a lloriquear como un bebé.

–Por favor, Linnie, no te mueras. No me dejes sola con ellos.

Julie hubiera muerto esa noche, se dio cuenta cuando por fin vio el coche siniestrado. El espacio para el acompañante ya no existía. Las costillas rotas de Linnea y sus demás heridas provenían de haber quedado empotrada contra la puerta del conductor por el otro lado del coche, totalmente arrugado.

Tras eso supo que era una borracha. Supo que la vida de su hermana era un regalo del cielo, el que te toca cuando de vez en cuando Dios decide que ya ha llegado la hora de darte una lección. Y ahora el cabronazo se la iba a quitar.

–¿Qué, es que no aprendí? ¿No he sido una chica lo bastante buena? ¡Veinte años limpia y sobria, gilipollas! ¿No ha sido suficiente y tienes que volver a castigarme? Lo único que te he pedido siempre es que ella no sufriera. ¡Que estuviera bien, no esto! –Su voz se quebró en la última palabra–. Dios, cualquier cosa menos esto.

La botella se resbaló de su mano y dio contra la columna de hormigón. La agarró con fuerza antes de que pudiera caerse hasta el suelo.

–Buena bebida –dijo la voz de una extraña. Joven, sorprendentemente cerca–. Me vendría bien un poco, si lo compartes.

En silencio, Linnea le pasó la botella. La mano que la cogió era pequeña y esbelta, con la piel enrojecida y callosa alrededor de las uñas mordidas. Un anillo con forma de serpiente enroscada casi cubría el dedo meñique. La mirada de Linnea recorrió la mano y un brazo cubierto con una sudadera hasta que pudo ver a la extraña por completo. Un corte de pelo afilado, el pelo negro y brillante, hasta la altura de la barbilla en un lado y afeitado por encima de la oreja en el otro. Múltiples pendientes que trazaban una línea desde la parte superior de la oreja hasta el lóbulo. Una cara todo líneas y ángulos. Hombros estrechos, postura encorvada. Pantalones que parecían ser pintados, con un brillo a la luz de la luna que sugería cuero. Zapatos sin cordones de tacón alto y grueso. Parecían pesas al extremo de sus

delgadas piernas.

–¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? –le soltó Linnea. La chica se encogió de hombros.

–No hace mucho. Estoy bien, gracias. –Le devolvió la botella–.

Rafe.

–Linnea. –La respuesta salió automáticamente, aunque una parte de su cansado cerebro registraba incredulidad por estar intercambiando cortesías con una golfilla callejera en un solar en ruinas. La botella entre sus dedos le dio una sensación de reafirmante solidez, un contrapeso a la situación surrealista.

–Me alegro de conocerte.

–Lo mismo digo.

Pasaron varios minutos en silencio, roto sólo por el crujido del papel mientras la botella iba y venía.

–Yo vivía aquí –dijo Rafe. Hizo un gesto con la cabeza hacia un edificio cercano, que ahora sólo estaba en pie a medias–. En un apartamento allí. La casa de mi hermana.

–¿Qué pasó?

–Annie murió. –Encogió sus delgados hombros–. Estaba durmiendo cuando el edificio se derrumbó.

–Lo siento. –Los ojos de Linnea se llenaron de lágrimas. Pobre chica, perder casa y familia así, de un solo golpe. Era tan injusto... Tragó saliva para contener el impulso de llorar. El licor y el cansancio estaban derribando sus defensas, consumiendo como el ácido la armadura que rodeaba su corazón. Se puso de pie bruscamente y buscó en su bolsillo un paquete de pañuelos de papel. Si cedía ahora, se ahogaría en la tristeza y nunca saldría a la superficie.

–¿Y cuál es tu historia? –dijo Rafe.

Le salió todo de golpe, una riada de palabras interrumpida por tragos de saliva y sollozos entrecortados. La enfermedad y el dolor de Julie. Su larga y horrible infancia, sólo hecha soportable porque se tenían la una a la otra. Los buenos años después de abandonar el hogar familiar. Su propia y complicada vida adulta, con su trabajo y su hermana como únicos puntos buenos. En algún momento en medio del diluvio miró a los ojos de su acompañante y se sintió como si estuviera cayendo por un agujero en medio del mundo. Y lo más extraño era que la sensación parecía completamente natural.

–Soy oncóloga –le dijo a esas profundidades eternas–, médica especializada en cáncer. Trabajo todo el tiempo con pacientes terminales. Sé que la gente muere. Sé que no siempre puedo

salvarlos. Debería ser capaz de soportar esto. Pero no puedo. No puedo verla sufrir mas, y tampoco puedo dejar que se vaya. Y estoy condenadamente segura de que no puedo salvarla. --El sabor del fracaso era como cenizas en su boca--. Tiene una afección de riñón. Más tres infartos, cortesía de un problema congénito en la sangre heredado de mami querida. No entra dentro de mi campo de experiencia. --Bebió otro trago de la botella, rápido, brusco, enfadado--. ¿Tienes idea de lo humillante que es ser una especialista cualificada, que me salgan los conocimientos médicos por las orejas, y que ni una migaja me sirva para nada? Soy una civil en esta lucha. Incordio al nefrólogo, busco nuevos tratamientos que pueda obligar a alguien a probar, busco curas milagrosas en la puta Internet. Mendigo información cada hora. Si ha dormido, si ha comido, cuántas cápsulas de Demerol ha necesitado hoy. Luego me voy allí, con ella, y hago como que estoy contenta hasta que las dos estamos tan hartas que no podemos ni mirarnos a la cara. --Se echó al coleteo otro trago de whisky--. Esta noche me ha pedido que la deje morir. ¿Qué te parece como regalo de Navidad? ¿Qué quieres por Navidad?, le dije. Como si le importara una mierda, como si todo fuera normal. Así que me lo dijo.

--Eso es duro. --La voz de Rafe era tranquila, resignada.

--Sí.

El silencio volvió a caer, tan profundo que Linnea podía oír los latidos de su propio corazón. Se sentía hueca, como después de un largo asalto arrodillada junto al trono de cerámica. El principio de una jaqueca la estaba incordiando, pero por el momento la incomodidad era soportable. Incluso bienvenida. Cualquier cosa que la distrajera de la decisión que tenía que tomar.

--¿Crees en los milagros? --dijo Rafe. De pasada, como si no tuviera importancia.

Linnea levantó la cabeza y miró a Rafe a la cara.

--Muéstrame uno y te lo diré.

Rafe sonrió y cogió la mano de Linnea. Luego habló; una palabra que Linnea nunca había oído antes, cuyo sonido hizo que le temblaran hasta los huesos.

El vértigo la golpeó, en un remolino de un millón de colores. Linnea intentó ponerse en pie, pero el suelo se había desvanecido. La única realidad sólida eran los dedos de Rafe cogiendo los suyos. Todo lo demás era la locura. Formas de pesadilla pasaron volando junto a ella, la vieron, se reunieron a su alrededor y la agarraron con dedos parcialmente sólidos de una niebla de color enfermizo. Un carmesí

veteado de negro para la ira, un amarillo rosáceo para la desesperación, una oscuridad arremolinada a la que no pudo asignar una tonalidad atravesó su cerebro con una llamarada de odio. Junto con las emociones llegaron voces. Miles de ellas farfullaban en sus oídos, una enloquecida sinfonía de gritos, alaridos y murmullos susurrantes. Gritó de miedo, y luego cayó de rodillas.

Se encontró con un suelo sólido. De linóleo blanquecino, tan familiar como la visión de sus propias manos posadas sobre él. No más colores, no más chillidos de los condenados. Sólo el duro suelo bajo ella y una sensación de bendita tranquilidad.

Unos suaves sonidos, también familiares, invadieron su consciencia, el sordo pitido de un monitor de pulso cardiaco y la amortiguada succión de un respirador. Se levantó a duras penas y miró a su alrededor. Estaban en la habitación de Julie, ella arrodillada junto a la cama parcialmente levantada y Rafe sentada al filo de la butaca para visitas.

—¿Cómo has... qué...? —Estaba demasiado desorientada para que le salieran las palabras.

—Querías un milagro. —Rafe sonrió, y la habitación pareció iluminarse más—. No es gran cosa, lo admito. Cualquier superhéroe de tebeo podría conseguirlo. O algo parecido. Pero pensé que esto vendría bien para empezar.

—Esto es real. —La afirmación era mitad pregunta.

—Sí.

—¿Eres un...? —Linnea se detuvo confusa. Mil preguntas se agolpaban en su cerebro. A través del caos, llegó la voz de la hermana Francés, hacía mucho, parlotando sobre los ángeles de la guarda.

—No exactamente. —Rafe parecía haberle leído la mente—. Pero soy lo que necesitas ahora. —La chica de la calle se levantó y cruzó la habitación en un solo y elegante movimiento. Linnea se esforzó por oír el suave susurro de las alas de ángel.

Pequeña como era, Rafe parecía cernirse dominando la silueta consumida que había en la cama. Un dedo trazó una línea desde la mejilla de Julie hasta la punta de su barbilla. Entonces puso su mano sobre la garganta de Julie.

La luz del monitor se reflejó sobre el anillo con forma de serpiente. La mano de Rafe empezó a brillar con la misma luz plateada. La luz se extendió hasta cubrir a Julie de la cabeza a los pies. Linnea observó medio dormida, con la mente embotada. Podía ver a través del cuerpo de su hermana, del nervio y el músculo y la sangre y el hueso. Las

siluetas de cada pared celular brillaban en la penumbra de la habitación, un amarillo enfermizo moteado de marrón y negro. Retrocedió ante esos colores, pero luego se obligó a seguir mirando. Rafe los cambiaría. Su golfilla callejera ángel de la guarda curaría a Julie. Tenía el poder. Había encontrado a Linnea aquella noche entre todas las noches sólo para eso.

La luz ambiental pareció parpadear cuando el brillo plateado se intensificó. Donde se encontraba con el aura de Julie, resplandecía de blanca y luego se desvanecía, de plateado a gris apagado y finalmente a negro. Un negro más allá del simple color, tan intensamente ausente que atraía a los ojos como un diente mellado atrae a la lengua. Linnea quedó helada de horror. Un grito silencioso resonó en su cabeza, pero ningún sonido traspasó sus labios.

El ángel estaba matando a Julie. Asesinando a su hermana pequeña. Sólo Linnea podía detenerla, pero los músculos no le respondían, sus cuerdas vocales estaban Congeladas, su mente estaba detenida en el tiempo. No había ninguna posibilidad, ninguna esperanza, ninguna oración. Sólo ese terrible momento, prolongado hasta la eternidad.

La mano de Rafe se apartó del cuello de Julie.

--Observa --susurró. Bajo esa palabra, Linnea oyó el eco de mil voces.

Del agujero negro que era Julie empezó a brotar una niebla. Los colores brillaban en ella mientras se formaba, rosa, verde, dorado y azul. La resplandeciente esfera irisada se elevó más, y luego flotó hacia Linnea. Instintivamente, ella extendió la mano. La esfera luminosa descansó brevemente en su palma. La sintió como un apretón de manos, familiar, cariñoso.

--Julie --murmuró, su voz atrapada en el nombre--. Santo Dios, *Julie*.

La esfera se alzó y le rozó la frente. Las sensaciones la recorrieron, demasiado rápido para poder procesarlas. El mareado deleite de un bebé dando vueltas en brazos, y su propio rostro sonriente de siete años como centro del mundo que giraba. Un peso cálido contra su espalda en la oscuridad mientras su propia voz leía los *Cuentos de los Hermanos Grimm* en susurros. El olor del pollo frito. El tembloroso refugio de un abrazo mientras los gritos de sus padres tronaban en el piso de abajo. La jardinera en la ventana que habían sembrado durante la primera primavera de su independencia. Amor, valor, pesar. Y por encima de todo, una exquisita sensación de

liberación. Las rejas de la prisión habían desaparecido, el cuerpo azotado por el dolor ya no retenía a lo que tan desesperadamente quería ser libre. Al partir, el alma de Julie bañó a Linnea en su alegría, desvaneciendo el horror que se había apoderado de ella momentos antes.

Ahora lo comprendió. No era un ángel de la guarda. Era un ser diferente. El que Julie y ella necesitaban, sólo que había sido demasiado tozuda para reconocerlo.

Se volvió hacia Rafe. La chica de la calle estaba allí, con esa apariencia pequeña e insignificante. Tras ella y a su alrededor, Linnea vio la enorme sombra de unas alas, oscuras y relucientes, como si las hubieran arrancado del tejido del espacio. La misma oscuridad reluciente, punteada con remolinos de estrellas, brillaba en los ojos de Rafe. Atraía a Linnea como la superficie cristalina de una piscina por la noche. Más que nada quería explorar las profundidades que había bajo ella. Alargó la mano para tocar las siluetas de las estrellas de brillo oscuro...

...y dejó caer la mano, confundida, cuando la visión se deshizo. No había forma de noche, no había alas, ninguna profundidad a la que lanzarse. Sólo la delgaducha punk Rafe inclinada sobre la cama de hospital de Julie.

Miró alrededor buscando la esfera irisada, pero también se había desvanecido. Sólo estaba Julie, con su rostro dormido marcado por un dolor que ni siquiera el Demerol era capaz de alcanzar. El siseo de succión del respirador y el apagado pitido del monitor sonaban impresionantemente altos en el silencio.

--Sigue viva. --Linnea escuchó sus propias palabras como si estuviera a kilómetros de distancia.

--Sí.

--Pero ella... Pero tú... --Le zumbaban las orejas. Miró fijamente el diseño en espiga de la alfombra, como si memorizarlo fuera a traer algo de orden a su mundo--. Era real. Lo que vi. Era real.

--Puede serlo. --Rafe inclinó la cabeza a un lado y le dirigió a Linnea una mirada interrogativa--. Pero sólo si deseas verdaderamente la visión que tuviste. No puedo liberarla a menos que me lo pidas.

Lentamente, Linnea levantó la cabeza.

--Te lo pido.

--Debe hacerse a través de ti --dijo Rafe--. Sólo tú tienes el derecho.

–¿Qué... qué tengo que hacer?

–Sostenla en tus brazos, con una mano aquí. –Rafe tocó la garganta de Linnea justo por encima de la laringe. Con el contacto le llegó un repentino olor fuerte, casi a quemado, como el olor del aire antes de que caiga un rayo. Se sintió desamparada cuando Rafe apartó la mano. Como sostuviera moviéndose sumergida en agua hasta la cintura, anduvo hasta la cama, se sentó en el borde y levantó el cuerpo de Julie apoyándolo en el suyo.

–Cierra los ojos –susurró Rafe. Linnea se sintió suspendida en el espacio. No había más pensamientos, sólo sensaciones. Un picor en la piel dio paso a un calor blanco incandescente, un ardor tan repentino y rápido que no tuvo tiempo de gritar. Luego el terrible calor se fue, desplazado por una niebla benditamente fresca. El olor de la lluvia la envolvió; el olor de la calma, el alivio, la liberación. Abrió los ojos y miró maravillada la luz plateada que emanaba de su mano. La luz envolvió el cuerpo de su hermana como una mortaja, y luego dio paso a la oscuridad cuando cortó dulcemente las últimas ataduras entre la carne llena de sufrimiento y el espíritu. Luego llegó el arco iris, niebla y esfera. Los colores bailaron al elevarse cada vez más. El techo pareció desvanecerse, o quizá fue la visión angelical la que permitió a Linnea mirar hasta que el arco iris desaparecía en medio de las estrellas.

–Adiós, Julie –respiró. Las lágrimas corrían húmedas por sus mejillas, pero no hizo ningún movimiento para limpiárselas.

El pitido del monitor de pulso cardiaco, de repente rápido y chillón, la devolvió a la realidad. Bajó la mirada hacia el rostro de su hermana. Los rasgos de Julie estaban flojos, vacíos. Tan vacíos como el hueco en su corazón donde una vez había estado su hermana pequeña.

Apoyó el cuerpo contra la hundida almohada, y luego se arrodilló y se hizo un ovillo en un intento inútil de alejar el vacío. Una pena demasiado terrible para soportarla acechaba en los bordes del enorme espacio gris donde una vez había tenido un corazón y un alma. Era un cadáver andante, un pellejo vacío, el cascarón de lo que una vez había sido un ser humano.

No, llegó un susurro en su mente. Una voz llena de compasión, tan profunda e ilimitada como el océano. *Estoy aquí. Siempre estaré aquí.*

Se volvió ciegamente hacia la luz, con los brazos extendidos para aferrarse a lo que hubiera. Unas alas oscuras hechas de estrellas la envolvieron en el abrazo protector de una madre.

El olor del pelo de Linnea era embriagador. Suriel se regocijó en él y en las demás sensaciones humanas que no le resultaban familiares: la sedosa suavidad del cabello bajo su mejilla, el cálido peso del cuerpo de la mujer entre sus brazos. Se apretó a su nueva creyente, mareada al darse cuenta de que ella podía aliviar esta pena. Tras eones en el Abismo, al fin podía aliviar el sufrimiento en vez de sencillamente estar condenada a compartirlo. Las emociones desbocadas de Linnea fluyeron hacia ella, la llenaron y la fortalecieron. Sintió la caliente quemadura de la angustia, la peste a sudor del miedo, el olor a cenizas amargas de estar siempre sola. Y debajo de todo eso, el olor y el sabor que Suriel encontró más valioso: la limpia frescura verde de la fe y la esperanza.

Se los bebió todos como la tierra reseca absorbe el agua. Ningún regalo podía ser demasiada recompensa para la mujer mortal que le había dado todo esto. Pasó sus labios por la frente de Linnea, en señal de bendición.

–Estoy aquí –murmuró. Sabía que Linnea podía oírla, aunque ésta no emitió ningún sonido–. Siempre estaré aquí. Ahora eres mía. Yo cuidaré de ti. De todo. Por siempre y siempre jamás. Yo soy la Muerte, y soy eterna.

UNA OBLIGACIÓN LEGÍTIMA

[Carl Bowen]

*** 1 ***

Empezó a llover justo cuando bajaba del taxi que me había traído desde el aeropuerto de Los Ángeles. El sol se había puesto hacía una hora, y las brillantes luces de la Ciudad de Ángeles teñían la polución y las nubes del cielo con su enfermizo resplandor. Excepto por los

terremotos, pensé, este sitio no era tan diferente de Jersey o de Nueva York. Seguro, era más brillante y la gente era más rica, pero no dejaba de ser un sumidero para bastardos egoístas y engreídos con deseos de labrarse un nombre y sentirse en la cima del mundo. Era justo la clase de sitio a la que iría el Diablo a sentarse y reírse del mundo que había creado.

Esto no quiere decir que la casa frente a la que me dejó el taxi fuera gran cosa. Era un edificio de dos plantas en un suburbio en las afueras de L.A. propiamente dicho. Tenía un diminuto jardín de césped alto y descuidado, y estaba encajado entre otros dos edificios iguales. Me bajé el ala del sombrero, me levanté el cuello de la chaqueta y me dirigí a la entrada. Toqué el timbre. No había todo ni nada parecido, así que me quedé allí mojándome hasta que finalmente se encendió la luz. Cuando lo hizo, la puerta se abrió algunos centímetros y media cara apareció en el hueco. Era una mujer de unos cuarenta y tantos años con el pelo negro y los ojos azules. Me miró, mordiéndose el labio inferior.

--¿Es usted Sylvia Sphener, de Nueva Jersey? --le pregunté sobre el ruido de la lluvia. Era realmente fuerte, cayendo como estaba directamente sobre mi sombrero--. ¿De soltera Sylvia Macellaio?

--Sí --dijo Sylvia entrecerrando los ojos--. ¿Quién es usted?

--Harvey --dije automáticamente, aunque sólo era verdad en parte.

--¿Harvey qué más?

--Eso no importa. ¿Qué tal si me deja entrar antes de que pille una neumonía? --Lo admito, mi aspecto no es muy impresionante, incluso en mis días buenos, así que no me sorprendió que Sylvia dudase. Mi cuerpo tiene unos quince kilos de sobrepeso, me cuelgan los hombros y la camisa que llevo debajo de la chaqueta no ha sido lavada ni planchada desde bastante antes de que cogiera mi vuelo hacia los Ángeles, en el otro extremo del país, esa misma mañana. Sumemos el hecho de que se me estaban hinchando las narices y que el tiempo era una mierda, y se podría decir que le estaba pidiendo demasiado.

--¿Qué quiere? --preguntó ella.

--Quiero hablar con usted acerca de su hija --dije--. Me manda su hermano Sal.

--¿Sal? ¿Qué tiene que ver...?

--Déjeme entrar --gruñí-- y se lo contaré todo.

La sospecha que había en su rostro se convirtió en confusión,

pero por fin se apartó de mi camino. Empuje la puerta y la seguí escaleras arriba hasta la sala de estar. Colgué mi chaqueta hecha una sopa sobre la barandilla de madera y deposité en el suelo la bolsa, pero me dejé puesto el sombrero y las gafas de sol de plástico negro. El agua fría me cayó por el cuello de la camisa, pero mejor eso que enfrentarse a la mirada en el rostro de Sylvia si me quitaba el sombrero y las gafas. Ya podía ver parte de la cicatriz en mi frente, la cicatriz de la bala de nueve milímetros que me había abierto un agujero en el cráneo, pero no quería darle el lote completo para que se quedara boquiabierta.

—¿Quiere sentarse? —dijo Sylvia, retrocediendo medio camino hacia la cocina mientras yo me quedaba de pie junto a las escaleras—. ¿Quiere un té o algo?

—¿Té? ¿Me toma por maricón?

Sylvia se estremeció.

—¿Café? De eso tengo.

—Sí, café. Eso está mejor.

La seguí a la cocina. Era pequeña y mugrienta y la mesa estaba atestada de platos sucios. Cazos y sartenes con la suciedad reseca estaban apilados en el mármol, y el fregadero estaba abarrotado de un lado a otro con más de lo mismo. El suelo parecía que llevaba un mes sin barrerse. Me ponía enfermo sólo mirarlo. ¿Por qué la gente no cuida lo que tiene? Monos de mierda.

—¿Así que está usted aquí por Sharon, dice? —preguntó Sylvia mientras echaba agua en la cafetera eléctrica y apretaba un botón—. ¿Qué sabe acerca de mi hija?

—Para empezar, sé que ha desaparecido —dije—. Sé que ha ido usted la policía, pero ellos piensan que se ha escapado de casa. Sólo con mirarla, puedo decir que está usted bastante desesperada porque cree que nadie va a ayudarla. ¿No?

Los ojos de Sylvia se pusieron en blanco y abrió la boca.

—¿Cómo sabe eso?

Había dos respuestas que hubiera podido darle. Una podría haberla hecho mía al instante. Podría haber forjado un vínculo entre nosotros que nadie podría haber roto. Sin embargo, la otra era la verdad, así que me decidí por ella. Como si yo fuera a forjar un vínculo irrompible con esta desagradable holgazana... No gracias. Tengo mis principios.

—Sal me lo dijo —contesté—. En Jersey.

Los ojos de Sylvia pasaron de la confusión a la frialdad del hielo

cuando se dio cuenta.

--Usted es uno de los matones de Sal.

--Yo no diría eso --dije. Y no añadí "*si fuera usted*".

--¿Y cómo sabe Sal de Sharon? --exigió Sylvia--. No he hablado con él desde la primera comunión de su hijo, hace diez años. ¿Esa rata me ha estado espiando?

--Tranquilícese --le dije--. Su hermano tiene contactos. Es un hombre poderoso con muchos amigos. Sé que usted lo sabe.

--Sí --dijo Sylvia--. Uno de los motivos por los que me mudé aquí fue para alejarme de esos "amigos" suyos. Pero supongo que no puedo. Justo cuando pienso que estoy fuera, tiran de mí...

--Oh, venga, límitese a servir el puto café --le espeté--. Cristo Bendito.

Sentí una punzada de culpabilidad por eso, pero el estallido logró su objetivo. Sylvia cerró la boca, me echó una taza de café y se sentó. Di un sorbo a la taza y el vapor me nubló las gafas.

--¿Y quién me ha estado *espiando* de parte de Sal? --preguntó Sylvia--. ¿Usted?

--Joder, no --dije--. Sal ni siquiera sabía que yo estaba vivo hace dos días.

--¿Entonces quién?

--No lo pregunté, y no me importa. Todo lo que me dijo era que tiene puestos un par de ojos sobre usted, para asegurarse que está usted bien tan lejos de casa. Quiere estar seguro de que usted no tiene problemas.

--Cerdo santurrón...

Me encogí de hombros. Conocía a Sal, ¿quién era yo para discutir eso?

--No importa cómo lo ha sabido. Sólo que lo sabe. Y como usted no lo ha llamado para pedirle ayuda, quiso que yo volara hasta aquí y la ayudase.

Sylvia resopló y dejó su taza en la mesa con un golpe. El café le salpicó los dedos.

--¿Ese capullo llama a esto ayudarme? --dijo--. ¿Qué sabrá él de mantenerse fuera de los problemas?

--Ése no es mi departamento, señora. --Dejé mi taza de café. Era malísimo. Demasiado amargo--. Sólo le estoy diciendo lo que Sal me ha dicho a mí.

--Y haciendo lo que le ha dicho que haga.

--No --repliqué--. Le he dicho que no trabajo para él. Sólo le estoy

haciendo un favor para pagar una vieja deuda. Le dije que haría esto por él para quitármelo de encima. Eso es todo.

--¿Eso es todo?

--Sí.

--¿Así?

Estaba a punto de inocularle el Ébola a esta arpía, lo juro.

--Sí, señora, justo así. --Respiré hondo y abrí las manos, que tenía cerradas en puños--. ¿Quiere ayuda o no?

Sylvia apretó la mandíbula, pero vi que su mano temblaba mientras se limpiaba los dedos en el mantel. Podía darme cuenta de lo mucho que le dolía no saber dónde estaba su hija. Podía sentir la desesperación y la preocupación devorándola desde dentro. Si no tenía una úlcera del tamaño del estadio Shea disolviéndole el estómago, yo era Jimmy Stewart.

Sylvia hundió los hombros y suspiró a través de los dientes cerrados. El labio empezó a temblarle y sus ojos se pusieron al borde de las lágrimas. Sus sentimientos reales empezaban a mostrarse a través de la fachada de arpía. Ya era hora.

--Tiene usted razón. Necesito ayuda --dijo sorbiendo, tratando de tragarse un sollozo--. No quería tomarla con usted. Por favor. Es que no sé qué hacer. Mi Sharon lleva tanto tiempo perdida... y nadie me ayuda encontrarla.

El gimoteo en su voz llegó hasta mí y trató de tocar algo enterrado en lo más hondo de mi interior, un concepto tan profundamente asumido que la gente podría llamarlo instinto. Intentaba decirme que la gente que sufre merece algún tipo de ayuda, sin importar quiénes sean. Pero yo había crecido bastante desde la última vez que estuve de acuerdo con ese montón de mierda. La gente no se merecía una mierda; ellos se buscaban su propio dolor. Siempre lo habían hecho. Demonios, la cicatriz de mi frente y mi ojo derecho jodido eran prueba suficiente de eso. Pero yo tenía un trabajo que hacer, así que seguí con ella.

--Entonces hábleme de eso --le dije--. ¿Qué quiere?

--Quiero que mi Sharon vuelva --dijo Sylvia, recuperando por fin la compostura--. Si ha venido por eso, por favor ayúdeme. No me importa quién lo haya mandado, de verdad.

A pesar de todo el dolor de esta señora, sonreí. Si ella sabía lo que le convenía, más le valía decir eso. Pero ése era su problema, no el mío.

Tras conseguir todo lo que necesitaba de Sylvia, cogí un taxi hasta el centro de L.A.. Suponía que por allí las habitaciones de hotel serían baratas y que no habría colas de gente esperando alojarse. Tres días de disturbios y un buen terremoto habían provocado por aquí una ola de histeria paranoica que sólo ahora estaba desapareciendo. Según decían los informativos, a la gente se le había ido la olla, peor que Rodney King y Watts juntos. Habían estado fuera de sí saqueando, peleando y destrozando todo lo que caía en sus manos. Vale, todo era bastante flojo comparado con algo de la mierda que yo había visto y hecho durante la guerra, pero para la gente normal era una puta locura.

Y ahora, después de que se hubiera asentado el polvo y hubiera comenzado la reconstrucción, la gente estaba seriamente asustada. Casi nadie salía a la calle, y los que lo hacían correteaban como ratas. Incluso los pandilleros uniformados se dispersaban como cuervos en cuanto oían acercarse un coche, por si era una furgoneta llena de policías buscando romper unas cuantas cabezas más.

De hecho, los polis y la Guardia Nacional eran los únicos que salían en grupo con cierta confianza. Iban por ahí en grupos armados como si fueran la infantería sagrada. Parecía que patrullaban una zona de guerra, pero la forma en la que se inquietaban y se crispaban ante las sombras mostraba que estaban tan asustados como el resto de la gente. No estaban allí para que los ciudadanos se sintieran seguros, sólo querían asegurarse de que todo el mundo estaba demasiado asustado como para intentar algo estúpido.

Primero los nenazas del gobierno federal oliéndole el culo a todo el mundo en el aeropuerto, y ahora esto. Lo juro, este mundo ya iba lo bastante rápido hacia el infierno sin gente como yo correteando por ahí, gracias.

De todos modos, el taxi me dejó en un hotel cerca de la zona de los disturbios, y cogí una habitación en la última planta. La escalera olía a vómitos y mi habitación a sexo rancio, pero el edificio no estaba en peligro de derrumbamiento. Demonios, la tele funcionaba, el agua funcionaba y no tenía un *okupa* hasta arriba de crack enroscado en una esquina; podía considerarme afortunado. Me quité el traje y fui al cuarto de baño para ducharme. Mientras se calentaba el agua, me eché una larga ojeada en el espejo. Por supuesto, eso acabó siendo un error deprimente, y sacudí la cabeza. No podía creer lo lacio,

paliducho e inútil que era este cuerpo mío. Era una desgracia.

–Eres un fofo saco de mierda, Harvey –dije mientras el vapor empezaba a ascender detrás de mí–. ¿Lo sabes? Jodidamente patético.

*** 2 ***

Lo primero que me pasó por la mañana fue que uno de los lugareños vino a verme.

No había acabado de salir por la puerta principal de mi hotel cuando me encontré con este tipo alto, delgado y rubio vestido con un resplandeciente traje negro de tres piezas de pie justo frente a mí. Sostenía un bastón lacado junto a su cadera como si fuera una espada, y llevaba un abrigo largo sobre los hombros como una capa. Nos miramos mutuamente, y supe que él había estado en la guerra igual que yo. No obstante, parecía que en su regreso le había ido un poco mejor que a mí. Y lo que es mejor, parecía estar a punto de empezar a predicar las virtudes de empezar una nueva vida retomando lo que había dejado hacía ya tanto tiempo. *Genial*, pensé, *allá vamos*.

–Saludos –dijo, exhibiendo esa sonrisa impecable que me entraron ganas de patear. Sonreía como si yo fuera su nuevo mejor amigo–. ¿Usted no es de por aquí, no?

Oh, y además era un jodido físico nuclear.

–Por supuesto que no --continuó--. ¿Cuánto hace que ha vuelto?

–¿Quién lo pregunta?

–Me llamo Daniel Mardero, pero mi nombre es Bedaliel. Soy un Elohim de la Segunda Casa, a la que Miguel llamó Asharu. Soy emisario de Nazathor, Princesa de la Majestuosa Liberación. ¿Y usted es...?

–Alguien muy ocupado --le dije--. Pero puedes llamarme Harvey si vas a seguir hablando, Mandrake.

Rodeé al individuo hasta el bordillo de la acera e intenté llamar un taxi. Dos segundos después, le oí aclararse la garganta y andar hacia mí. Se puso justo a mi lado y me cogió por el codo. Resistí el impulso de hacer lo obvio.

–Es *Mardero* –dijo--. Y ya sé exactamente a quién busca. Conozco el sitio donde se reveló, y también dónde fue visto por última vez. Sé lo que mostraron en las noticias y lo que cortaron. Tengo

establecidos muchos contactos en esta comunidad, y puedo ayudarle a...

–Tú no sabes una mierda, colega --dije soltándome el brazo–. Ni de mí ni de a quién estoy buscando. No es siquiera quien tú piensas, así que vete por ahí.

–Entonces no está tratando de encontrar al Luce...

–No --dije, mientras por fin conseguía un taxi--. Pero incluso si lo estuviera haciendo, no querría ayuda. Si lo hiciera, la habría traído conmigo.

–Muy bien --dijo Mardero, obviamente cabreado pero demasiado educado para demostrarlo--. Que tenga buena suerte en sus asuntos, entonces.

–Sí, vale.

Le di la espalda cuando finalmente el taxi se detuvo junto al bordillo y salpicó la acera de agua sucia. Me empapó los zapatos y debería haber hecho lo mismo con los de Mardero, pero éste se había ido cuando llegó el taxi.

Menos mal, pensé.

Corre la voz de que no quiero que se me moleste. Tengo trabajo que hacer.

Durante el trayecto en taxi me olvide de Mardero por un rato y estuve pensando en lo que Sylvia me había dicho la noche antes. Aparentemente, ella y su marido se habían conocido en una escuela de arte dramático de Nueva York, donde se habían casado. Tras graduarse, se habían mudado a L. A. para ser estrellas de cine, pero los únicos papeles que les ofrecieron fueron de conserje y secretaria. Como un año después se asentaron, se compraron una casita y tuvieron a Sharon.

Avanzamos quince años y un día, y aquí estamos. Sylvia y su marido, Jimmy, estaban separados, pero no divorciados legalmente. Sharon tenía un trabajo a tiempo parcial en la biblioteca para tener para sus gastos. Vivía en la casa con su madre durante algún tiempo, luego se iba a quedarse en el tresillo del apartamento de papi hasta que el hedor de la bebida la echaba de nuevo. Repetía esta alternancia según fuera necesario, sacando a su padre de la cloaca y limpiándolo cuando bebía demasiado, luego de vuelta a moverse entre el desastre de Sylvia, a enjuagar la amargura de la mujer.

Sin embargo, justo después de los así llamados Disturbios de la Noche del Diablo, Sylvia se asustó porque Sharon estaba con Jimmy, que vivía muy cerca de todo el jaleo. Llama para ver cómo están los dos, y se entera de que Sharon no está allí. Que lleva algún tiempo sin estar. Sylvia se asusta y llama a la escuela y la biblioteca, pero Sharon no ha ido por ambos sitios desde la última vez que Jimmy la vio. Los polis miran por la ciudad y comprueban los hospitales y los tanatorios, pero Sharon no aparece. Como tienen cosas más importantes que hacer, clasifican generosamente a Sharon como huida y prometen llamar si aparece.

La chica probablemente esté en alguna parte bajo cien toneladas de hormigón, pero es *posible* que se haya escapado. Le podría ir peor que aguantando a la cerda de su madre y el borracho de su padre. Posiblemente sola le iría mejor, siempre y cuando no estuviera hecha una hamburguesa. Si fuera por mí, yo ni estaría buscándola. El problema era, por supuesto, que no dependía de mí. Una vez que a Sal, allí en Jersey, le había llegado la noticia de que la hija de su hermana pequeña había desaparecido, se había convertido súbitamente en el heroico hermano mayor. Y teniendo en cuenta el hecho de que yo simultáneamente incomodaba a Sal y le debía un favor, era el candidato perfecto para esta excursión al otro extremo del país. Quería quitarme de en medio un tiempo para pensar qué hacía conmigo.

Bueno, lo que fuera. Sé cómo va el juego. Así que aquí estaba en el lado equivocado del país buscando a una chica huida (que probablemente estaba muerta) para un corrupto mafioso que ni siquiera me caía bien, en mitad de este infierno urbano en la tierra. Me apuesto a que el Diablo se partiría de risa si me viera. Ese capullo.

En cualquier caso, fueron alegres pensamientos como estos los que me hicieron compañía mientras iba en taxi a través de tráfico matinal de hora punta hasta el apartamento de un tal Jimmy Sphener, el marido separado de Sylvia y padre de Sharon. Era la última persona que sabía que había visto viva a Sharon, así que era la única pista que tenía. Por desgracia, según Sylvia, era un desecho que se estaba matando tan lentamente como podía a base de alcohol y tabaco. Además, no parecía haberse dado cuenta de que su hija se había escapado, y de que probablemente estaba tirada debajo de una pila de escombros. No puede evitar pensar que a Jimmy era poco probable que le fueran bien las cosas sin un milagro.

Encontrarme cara a cara con Jimmy no mejoró demasiado las cosas. En el mismo instante en que lo vi, ese feo gusano se enroscó en mis tripas y me clavó sus afiladas garras. Tuve la sensación de que iba a empezar a echar los bofes y no ser capaz de parar hasta quedar inconsciente o ahogarme en mi propio vómito. Dios, los borrachos redomados me ponen enfermo.

No obstante, por suerte para él, Jimmy no me dio una buena razón para romperle el cuello allí mismo y sacarlo de su miseria. Me lo encontré en este pequeño piso de la tercera planta, tratando de combatir la resaca con café instantáneo, Advil y medio vaso de lo que se había tomado la noche anterior. Resulta que Sylvia lo había llamado esta mañana y le había dicho que me estuviera esperando, así que se había arrastrado fuera de la cama para ponerse presentable. Supongo que tengo que darle cierto margen al tipo, por intentarlo.

Me invitó a pasar y farfulló algo del tresillo mientras iba y venía tratando de ordenar un poco el sitio. Tenía los ojos inyectados en sangre y el aliento le olía a acidez de estómago, pero se había duchado y llevaba el pelo peinado como una persona civilizada. Hablaba con ese pesado susurro que tienen las víctimas de una resaca después de una noche entera dale que te pego, pero no estaba farfullando, y no tenía ese tonillo suplicante de muchos borrachos la mañana después.

Hablamos durante bastante tiempo, básicamente sobre las mismas cosas que había hablado con Sylvia la noche anterior. Hablaba de lo orgulloso que estaba de su hijita, pero también pude ver lo triste que estaba. Sentía mucho que ella tuviera que pasar tanto tiempo con la holgazana de su madre y no lo tuviera más que a él para refugiarse. Dijo que sabía que ella lo compadecía, pero que era demasiado joven para saber que su compasión sólo lo hacía beber más. No le había preguntado acerca de su puta y trágica vida, pero en cierto sentido simpatizaba con el bastardo. Sabía lo que era sentir pena por una chica brillante con un futuro brillante porque su padre era un haragán inútil. Ésa también había sido mi historia, antes de que uno de los tipos de Sal me disparara en la cabeza.

Una vez que Jimmy lo soltó todo, finalmente me dijo lo que yo había venido buscando acerca de la desaparición de Sharon. Me dijo que Sharon había estado llegando cada vez más tarde de la biblioteca,

que ya no pasaba tanto tiempo haciendo los deberes antes de acostarse y que sus notas habían bajado como consecuencia de eso. Jimmy no había tenido valor para castigarla, pero había tenido las suficientes luces para ponerse a fisgar en su habitación, un día cuando ella no estaba.

--¿Y qué encontraste? --le pregunté--. ¿Un diario sobre el chico con el que se estaba acostando?

--No --dijo Jimmy--. Droga. Encontré una bolsita de marihuana y un paquete de LSD envuelto en papel de aluminio en una caja de zapatos dentro de su armario.

--No jodas --dije--. ¿De dónde la sacaría?

--Eso quería saber yo. La puse aquí en la mesa cuando llegué a casa esa tarde y hablé con ella del asunto. Ni siquiera bebí ese día. Sólo hablamos de dónde había conseguido las drogas y cuánto llevaba tomándolas.

El jodido padre del año.

--¿Y?

--Conoció al chico que se las había pasado en la biblioteca. Era un chico de la universidad que iba de vez en cuando a hablar con ella y salir por ahí. Empezaron a salir juntos el año pasado.

--Espera, ¿el año pasado no tendría Sharon catorce años? -- pregunté.

--Sí.

--Y este chico habría tenido... ¿cuántos, diecinueve?

Jimmy asintió.

--¿Es que no estás en tus cabales, dejando que un tío de diecinueve años *mire* siquiera a tu hija de catorce?

--Eh, que yo no sabía lo que pasaba, ¿recuerdas? --dijo Jimmy. Ya estaba empezando a salirle ese tonillo suplicante--. Además, sólo son cinco años de diferencia. Si fueran veinteañeros o treintañeros no importaría.

--¿Sí? Qué te parece esto: cuando este chico se sacó el carné de conducir, Sharon tenía once años. Cuando él se graduó en el instituto, ella tenía doce. ¿Te importa ya?

--Vale --dijo Jimmy, haciendo una mueca a medida que yo subía el tono--. Tienes razón. No he sido muy inteligente en lo que respecta a Sharon.

--No jodas. Así que este macarra universitario está saliendo con tu hija adolescente y dándole droga, y tú finalmente lo descubres. ¿Qué le dijiste entonces?

--No tenía derecho a decirle mucho, ¿no? --murmuró Jimmy--. He estado entre trabajos, y bebiendo más de lo normal. El fin de semana antes de que pasara esto, Sharon me tuvo que sacar a rastras del cuarto de baño y limpiarme de mis propios vómitos. *Todo* lo que tenía era un poco de ácido y una bolsita de maría en el armario. ¿Qué podía decirle?

--¿Qué tal "deja las drogas, deja al camello gilipollas de tu novio y haz tus putos deberes", para empezar? Sólo tiene quince años, por el amor de Dios.

De nuevo esa punzada, pero esta vez fue más fácil de ignorar.

--Lo sé --gimió Jimmy, mirando al suelo--. Intenté volver a hablar con ella, lo intenté. Reuní valor para ello justo antes del gran terremoto. Antes de que Sharon se fuera a trabajar la última noche que la vi, le dije que teníamos que hablar cuando volviera. No volví a saber de ella. Supuse que se habría largado con su madre para dejarlo pasar.

--¿Ni siquiera llamaste? --Jimmy hundió la cabeza--. ¿Ni siquiera después del terremoto y de los *tres días de putos disturbios*? ¿Qué pasó cuando tu mujer llamó a la poli? ¿Les contaste algo de esto?

Jimmy negó con la cabeza.

--Les dije que se había ido de aquí enfadada la última noche que la vi. No les dije nada de la droga ni de dónde la había sacado, ni de quién. No pude decirle nada de eso a la poli ni a Sylvia. No quería que pensarán eso de Sharon. Ni yo quería pensarlo. Además, comprobaron todos los hospitales y tanatorios y no apareció. Probablemente sólo se ha escapado algún tiempo para aclararse las ideas. Todo irá bien. Sólo necesita tiempo.

--Lo que *necesitaba* era alguien que le metiera algo de sentido común cuando empezó a actuar como una delincuente juvenil --dije yo--. Eres su jodido padre, Jimmy. Se supone que tienes que cuidar de ella para que no acabe teniendo que irse a aclararse las ideas. En vez de eso, tu puto *cuñado* me tiene que mandar desde la otra punta del puto país para encontrarla porque a ti parece que no te preocupa. Ni siquiera trataste de detenerla, saco de mierda.

El rostro de Jimmy se puso rojo durante unos instantes, pero yo sabía que era más de vergüenza que de enfado.

--Tienes razón --dijo con su voz monocorde y hueca. Se derrumbó en la silla igual que había hecho Sylvia--. Tienes razón. No hice lo suficiente. Nunca lo hice. Y ahora Sharon está... Oh, Dios. Debería haber hecho algo.

--Joder que si deberías haberlo hecho, Jimmy --dije--. Así que ahora vas a ayudarme. ¿Me entiendes?

Jimmy asintió.

--Bien. Ahora cuéntame todo lo que sepas acerca de este novio de Sharon, y yo iré a ver lo que sabe él de la escapada. Si tienes suerte, se ha ido con él y ha estado demasiado asustada para volver desde lo del terremoto y los disturbios. Si tienes suerte, no será un manchurrón en una acera por ahí.

--Sí --dijo Jimmy sin mucha esperanza.

--¿Y cómo se llama?

--Ellis, según me dijo ella. Pero no me dijo su apellido ni dónde vivía. Eso es todo lo que habló acerca de él. Iba a hacer que me dijera más cuando volviera a casa, pero... Te juro que si me hubiera dicho algo más sobre él, hubiera salido yo mismo a hacer preguntas y tratar de encontrarlo.

--Y una mierda, Jimmy, y debería romperte la mandíbula por decirlo. Pero no lo haré. Conozco a un tipo de por aquí con algunos contactos, así que en vez de eso voy a ver si puede ayudarme a localizar a este "Ellis". Fíjate en la suerte que tienes.

--¿Lo harás? --dijo Jimmy. La luz que atravesaba las cortinas le dio en la cara y pude ver pequeñas lagrimillas acumulándose. Cada una de ellas llena de la vergüenza y la culpa que sentía por haber dejado que desapareciera su hija, y de alivio porque la búsqueda aún no hubiera acabado--. ¿De verdad? ¿Sinceramente? Lo siento tanto... No sé cómo agradecértelo.

--No te molestes, jodido desecho --le dije, mientras me levantaba y cogía mi chaqueta--. No voy a traer a Sharon de vuelta *aquí* si la encuentro. Ya tuviste tu oportunidad de cuidar de ella, pero tú eres la razón de que se haya ido. Quiero que recuerdes eso toda la vida que te quede.

Jimmy abría y cerraba la boca, y tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Una de las lágrimas se le escapó y rodó por su mejilla.

--Pero es mi hija --barboteó.

--¡Tú no te mereces una hija! --rugí, sorprendiéndome a mí mismo de lo enfadado que estaba.

Jimmy no respondió a eso, ni yo esperaba que lo hiciera. Sólo apoyó la cabeza en las manos y empezó a sollozaren silencio. Sabía que yo tenía razón, y yo sabía que él lo sabía porque yo mismo me había encontrado en esta situación hacía menos de una semana. Antes de que todo cambiara.

–¡Maldita sea, mírame, Jimmy! –dije, cogiéndolo por el pelo y poniéndolo de pie frente a mí. Sus ojos y su boca se abrieron, pero antes de que pudiera decir nada me quité las gafas de sol y el sombrero. Jimmy me miró fijamente y luego dio un respingo cuando vio mi cicatriz y el desastre rojizo que era mi ojo derecho. Entonces perdió las ganas de luchar, cuando cruzamos las miradas.

–¿Pensabas que iba a irme, desgraciado? –gruñí mirándolo con unos ojos que debían de parecer ventanas al mismo Infierno—. Ni pensarlo, hijo de perra. Esta vez no vas a poder ahogar tu autocompasión en la bebida. Has desperdiciado la Gracia que Dios te otorgó, y se te ha acabado el tiempo. Es hora de pagar, Jimmy, y yo estoy aquí para cobrar.

Me sentía un poco mejor cuando salí de casa de Jimmy, pero no demasiado. Vale, me sentía más fuerte y mucho más justo que cuando había llegado, pero ahora tenía hambre. Cogí el primer taxi que vi y le dije que me llevara a ese restaurante de comida rápida que había visto por el camino. Principalmente servía ataques al corazón con vistosos envoltorios, pero tenían anunciada una nueva ensalada de pollo a la plancha. Mi estómago estaba retorciéndose, exigiendo una hamburguesa doble con queso y bacón (más o menos como un niño con una pataleta), pero tenía que dejar de comer esas cosas. Era la basura como ésa la que había convertido mi cuerpo en la desagradable bola de grasa que era, y decidí cambiar después del tiro en la cabeza. Así que, en vez de lo que quería, almorcé como un marica y me bebí un gran vaso de agua para bajarlo.

Tras eso, volví al hotel para hacer una llamada a mi "conocido local con contactos". Respiré hondo, me fortalecí para lo que debía hacer y me dirigí a la azotea.

La vista desde encima del edificio era una porquería. Sólo tenía unos pocos pisos de altura, y estaba rodeado de otros edificios achaparrados que parecían estar apelotonados y dispuestos para el próximo terremoto. La propia azotea tampoco es que fuera muy espectacular. Tenía un hueco que conducía a las escaleras, un par de grandes aparatos de aire acondicionado, y prácticamente toda la chatarra y el cristal roto que supuse que permitía la ciudad. Un pretil de poco menos de un metro rodeaba el borde, y realmente sólo servía para que el viento no tirara la basura a la calle. Un verdadero lujo.

Anduve hasta el borde y puse un pie sobre él, mirando a la ciudad con el viento dándome en la cara. Tomé aliento, dejé que el viento soplara durante unos instantes y luego empecé a susurrar.

--Bedaliel --dije--. He decidido que después de todo necesito tu ayuda. Encuéntrate conmigo en la azotea del hotel donde nos vimos esta mañana. Tenemos que hablar.

Me detuve y dejé que las palabras se alejaran flotando, sin darle siquiera a Bedaliel la posibilidad de responder. Sabría quién había mandado el mensaje por el sonido de mi voz, y si yo conocía a los tipos como él, aparecería sólo para restregarme por la cara el hecho de que yo lo necesitara. Por supuesto. No pasaron ni quince minutos hasta que lo oí llegar tras de mí en el centro de la azotea. Me di la vuelta para saludarlo, con la esperanza de echarle una ojeada a su aspecto real, pero cuando le puse los ojos encima no era más que Daniel Mardero. Avanzó hacia mí con el bastón bajo el brazo y sus caros zapatos haciendo crujir los cristales y la basura. Seguía llevando el abrigo sobre los hombros como una maldita capa, y volvía a sonreírme como un gilipollas.

--¿Qué quieres? --le pregunté, justo cuando él abría la boca.

Mardero parpadeó, completamente sorprendido.

--Le ruego que me disculpe --tartamudeó--. Fue usted quien inició el contacto conmigo. Usted solicitó mi ayuda.

--Lo sé --dije--. No soy estúpido. Pero supongo que si vas a ayudarme querrás algo a cambio. ¿El qué? No me gusta la cháchara. ¿Cuál es tu precio?

--Oh, ni siquiera había pensado en eso --dijo Mardero--. No todo acto de cooperación requiere necesariamente una compensac...

--Y una mierda --le dije--. Si eso fuera cierto, yo no estaría aquí. Y estoy bastante seguro de que como esta mañana te mandé a tomar viento no te sientes especialmente generoso. Así que dime tu precio y acabemos. No tengo todo el día.

Mardero pareció que iba a volver a protestar, pero decidió dejarlo. Sus ojos me miraron, valorándome, luego se limitó a sonreír. Cogió el bastón de debajo de su brazo y lo apoyó junto a su pie.

--Tu nombre --dijo--. Eso es lo único que quiero por ahora.

Hijo de puta.

--Harvey --gruñí--. Como te dije antes, Harvey Ciullo.

--No, señor --dijo Mardero levantando una ceja--. Usted sabe a qué me refiero. Quiero *su* nombre. Tanto de él como le di yo del mío de buena fe.

Negué con la cabeza, pero sólo de irritación. Odio decirle a la gente mi auténtico nombre, en especial a la gente de la guerra. Hacerlo me abre a ellos, les hace pensar que soy su maldito amigo o algo parecido. Básicamente los convierte en un dolor de almorranas. La única persona a la que se lo dije es a mi hija pequeña, allá en Jersey, pero hasta ella sabe que no hay que decirlo con ligereza. Le hice jurar sobre su madre muerta que no lo haría.

Pero volviendo al tema, pensándolo bien, no era lo peor que Mardero podía haberme pedido. No es que quisiera que le hiciera un favor en ese momento. Además, la ayuda de este tipo podía acabar con el trabajo mucho más rápido y yo podría volver con mi hijita. Mejor sí.

--Vale --le dije--. Es Hasmed.

Juzgando el modo en el que los ojos de Mardero se abrieron y el paso que dio hacia atrás, aparentemente había oído hablar de mí. Bien. Con que supiera la mitad de las cosas que yo había hecho durante la guerra, sabía que no era alguien con quien se pudiera tontear. Recuperó la compostura bastante rápido, pero tardó lo justo para que yo estuviera seguro de que nos entendíamos.

--Ya veo --dijo--. Lo recordaré. Ahora ¿qué clase de ayuda puedo ofrecerle?

--Estoy buscando a alguien.

--Por supuesto. Al Lucero del Alba. No es usted el primero, y nadie hasta ahora ha tenido éxito en la búsqueda, pero hay reunida una colección de eviden...

--Esto... --dije yo--. No es él. Estoy buscando a un chico que se llama Ellis. No sé su apellido.

--O sea... este... ¿Ellis, dijo? --Mardero tartamudeó, aparentemente asombrado de que yo *no* estuviera buscando a Lucifer-. ¿Sabe usted el nombre que empleó durante la guerra? Eso sería lo más...

--No es eso --dije--. No estuvo en la guerra. No es más que un chaval. De diecinueve años. Vende droga en la biblioteca del barrio donde posiblemente vive. --Le di la dirección de Jimmy Sphener, suponiendo que eso reduciría el campo de búsqueda.

--No entiendo. ¿Qué tiene de especial?

--Nada que te importe --dije--. Pero no puedo volver a mi casa de Jersey hasta haberlo encontrado, así que cuanto antes lo haga, mejor.

--¿Y ésta es toda la ayuda que requiere usted? ¿Lo suficiente

para encontrar a este joven? ¿A este... humano?

Pues ayúdame...

–Sí, eso es. Así que busca algún tipo que conozca a otro tipo y descubre lo que quiero saber. Dijiste que llevabas tiempo por aquí, ¿no?

–Y lo llevo --dijo Mardero--. Sólo es que... verá usted, hay algo que no comprendo.

Me limité a mirarlo, pensando en el mejor sitio para meterle el bastón.

–¿Por qué *no* le interesa encontrar a Lucifer? --preguntó--. Todas las demás personas con las que he hablado están obsesionadas por la búsqueda, pero usted no. ¿Por qué?

–Porque ¿para qué cojones me iba a servir? --le dije--. En el mismo momento en el que me bajé del avión, supe que no estaba en ningún sitio cerca de aquí. Ya había salido corriendo y se había escondido del desastre que había organizado, como hace siempre, así que por mí que lo jodan. Tengo responsabilidades que cumplir. Así que deja de incordiar y límitate a ayudarme como te he pedido.

–Muy bien --dijo bajando la mirada--. Interrogaré a mis fuentes sobre el chico que busca y me pondré en contacto con usted más tarde.

–Bien --dije--. Gracias. --Tampoco era *tan* malo--. Ya sabes cómo contactar conmigo.

–Ahora sí.

Mardero se volvió para irse, pero dudó. Miró hacia el cielo de cara al viento y luego volvió a mirarme por el rabillo del ojo.

–¿Qué? --le espeté.

–Harvey --dijo él--. No... Hasmed. Por favor, créete que nuestra búsqueda del Lucero del Alba *no* es un sinsentido. ¿No te das cuenta de lo que significaría encontrarlo? Significaría que la guerra no acabó realmente nunca.

Ante eso, me limité a echar la cabeza hacia atrás y reírme, no pude evitarlo. Fue un sonido grave y feo que salía desde el fondo de toda la grasa, la carne y el hueso donde yo estaba atrapado, surgiendo de dentro de mi parte más antigua.

–No significaría nada, tontaina --dije entre ladridos--. La guerra se acabó, y probablemente nadie lo sepa mejor que vuestro Lucero del Alba. Acabó hace mucho tiempo, y *perdimos*. Ahora esos monos sucios e ignorantes son todo lo que queda de aquello por lo que luchamos. Cuanto antes os deis cuenta de eso y empecéis a buscar

algo útil que hacer, mejor.

Mardero no tuvo nada que decir ante eso, pero supe que no lo había convencido. No puedes convencer a los verdaderos creyentes como él, sin importar toda la razón que tengas de tu parte. Pero, francamente, no me importaba. Ya tenía lo que quería de él. Ya estaba a un paso menos de distancia de volver a casa con mi hijita, y eso era lo único que me importaba.

*** 3 ***

Mardero me buscó cuando el sol se estaba poniendo, ese mismo día, sólo unas horas después de haber despegado finalmente de la azotea para seguir persiguiendo la sombra de Lucifer. El viento me trajo su voz desde dondequiera que estuviese, diciéndome que le había seguido el rastro a mi Ellis a través de una cadena de camellos y distribuidores. Me dio la dirección donde vivía el chaval, me dijo cómo encontrarla y me deseó suerte. Me alegré de librarme de él, y me fui a hacerle una visita a Ellis. Dejé mi sombrero en la cama y guardé mis gafas en el bolsillo de la camisa.

Las indicaciones de Mardero sobre el barrio de Ellis eran bastante claras, así que no me costó nada encontrarlo. De hecho, no estaba ni a diez manzanas de la casa de Jimmy Sphener, lo que hacía incluso más patético que el borracho no supiera a dónde iba su hija. Era una hilera de casas destartadas a tiro de pistola de los proyectos de nuevas viviendas. Supuse que debido al terremoto y los disturbios tendrían peor aspecto del habitual, pero probablemente no tan diferente. Había basura y cristales rotos por todas partes, y el pavimento era una ruina vetada de negro. El cascarón calcinado de un coche estaba bocabajo frente a uno de los edificios, y detritos de toda clase se acumulaban en las bocas de las alcantarillas. Y exactamente igual que en todos los sitios de esta ciudad a los que había ido, no había nadie en la calle ahora que se estaba poniendo el sol. Eso estaba bien.

La supuesta casa de Ellis estaba en el centro de la manzana. Todas las ventanas del sitio estaban rotas y cubiertas con gruesas planchas de plástico gris, pero pude ver luz en el interior y oí el retumbar de la música alta. Quizá había una fiesta. Qué suerte la mía. Abrí la puerta de una patada y un fuerte viento sopló a mi alrededor. Un par de vagos canijos y colgados me miraron a través de

desorbitados ojos amarillentos. Le pregunté al que estaba más cerca dónde estaba Ellis, y me señaló hacia las escaleras. Estaban esperando que acabara con su novia, me dijo el vago, para poder empezar ellos su fiesta. O alguna mierda parecida.

Así que fui hacia la escalera y el viento vino conmigo, echando a un lado bolsas vacías y restos de comida rápida. Y un par de envoltorios de condones. Esta casa era un piso de soltero estándar, basura obligatoria incluida. Contemplad la gloria.

No había muchas habitaciones entre las que elegir en la parte superior, así que me dirigí hacia la que parecía el dormitorio principal, al fondo. La música venía de esa dirección, y ahora que estaba allí arriba también podía oír la sinfonía de golpes y crujidos de "Ellis acabando con su novia". Anduve por el pasillo, respiré hondo, moví el cuello un par de veces para relajar las cervicales y empujé la puerta.

Fui recibido por la desagradable visión de un trasero prieto y musculoso subiendo y bajando entre dos enclenques piernas abiertas sobre una cama desvencijada en medio de la habitación. La habitación era húmeda, oscura y ruidosa, iluminada por un par de bombillas negras en lámparas baratas. El somier gruñía y chirriaba, y la cabecera golpeaba contra la pared, pero apenas podía oírlo por encima de la música. Cerré la puerta tras de mí, anduve hasta la radio baratucha y apagué la música. El sonido desapareció con una fuerza tangible, y los chirridos, gruñidos y jadeos de la cama cesaron casi igual de rápido. Crucé los brazos y esperé lo inevitable.

--¿Quién cojones...? --preguntó el propietario del musculoso trasero sentándose en la cama y dándose la vuelta. Posiblemente pensó que sería uno de los drogatas de abajo que se había impacientado.

Pero cuando me vio, se separó de la chica que había bajo él y se puso entre ella y yo. Era un hijo de perra alto y musculoso, sin pelo en la cabeza y con un tatuaje de alambre de espino alrededor del cuello. Sus ojos y su piel brillaban débilmente bajo la luz, al igual que su condón pringoso.

--¿Tú eres Ellis, no? --dije--. Te he estado buscando.

--¿Quién cojones eres? --me gruñó, enseñando los dientes como si fuera a morderme--. ¿Cómo has entrado?

--El viento abrió la puerta --le dije, aún perfectamente calmado.

--Vete a tomar por culo --dijo, viniendo hacia mí. No pude evitar darme cuenta de que su miembro estaba palpitando al mismo ritmo que su corazón. Obviamente, todavía no estaba asustado de mí.

Yo tampoco estaba asustado de él. Me mantuve firme y miré hacia la cama. La chica estaba tirada como una muñeca hinchable medio vacía. Las bragas le colgaban de un tobillo, y todavía llevaba puesto el sujetador. Tenía una florecita rosa en el centro que brillaba bajo la luz negra.

–¿Es ésa Sharon Sphener, Ellis? También la estaba buscando. De hecho, más que a ti.

–Déjala en paz, drogata –dijo el chico, dando otro paso hacia mí y señalándome con un dedo en la cara–. Baja tu culo por las escaleras y espera tu turno.

Ellis nunca sabrá lo cerca que estuvo del desastre total por decir eso. Al principio no lo entendí bien, y fue sólo el instante en que me quedé allí en la más absoluta conmoción el que me permitió darme cuenta de que hablaba de la droga, no de Sharon. Seguía pensando que yo era un cliente, o quizá sólo tenía esa esperanza.

–Lo siento --dije, resistiendo el ansia de arrancarle al chico el dedo con los dientes--. Se viene conmigo, chaval.

Ellis era rápido, eso se lo concedo. Me clavó un puño grande y duro en la panza, dejándome sin aliento.

–Y una mierda, tío. Es mi chica, y no vas a toc...

Lo siguiente que supo Ellis era que estaba contra la pared. Lo había agarrado por las muñecas, le había torcido una hacia el lado contrario y le había dado en la garganta con el canto de la mano. Desde el ángulo en el que estábamos, la luz negra me daba de lleno en la cara. El agujero de mi frente lo miraba como un tercer ojo ciego, y mi ojo derecho, ensangrentado e inútil, sobresalía de mi cara más que el izquierdo. Con lo cerca de él que estaba, sabía que Ellis podía ver un poco de lo que yo había sido durante la guerra, y que no le gustaba. Tenía suerte de haber visto tan poco, especialmente después de esa salida de "espera tu turno".

–Suéltame --barbotó, agarrándome el antebrazo con débil desesperación. Los ojos le daban vueltas como los de un caballo espantado--. Sharon...

–¿Cuánto tiempo lleva aquí, Ellis? --pregunté--. ¿Desde los disturbios? Su madre está muy preocupada.

Ellis no me respondió. Pensaba que todavía podía soltarse. Me lanzó una patada que hundió bastante su talón en mi muslo, fallándole a mi entrepierna por un par de centímetros. Retrocedí un poco, y entonces me acerqué más, apreté mi presa sobre su garganta y le agarré el miembro con la otra mano. Lo apreté tanto como pude y tiré

de él hacia abajo bruscamente. Eso le quitó las ganas de luchar por el momento.

–Te arrancaré esta cosa y haré que te la comas si lo vuelves a hacer –dije. Les había hecho cosas mucho peores a tipos del doble de su tamaño durante la guerra sin pensármelo dos veces–. ¿Me entiendes?

Ellis gimoteó. Supuse que quería decir que sí.

–Perfecto. Ahora, esto es lo que vas a hacer. Vas a bajar tu escalera y vas a salir por tu puerta. Nunca vas a volver a acercarte a esta chica y, si sabes lo que te conviene, vas a dejar de venderle droga a los chavales del instituto. Repito. ¿Me entiendes?

Cuando no recibí respuesta, apreté más fuerte con la mano derecha y retorcí con la izquierda. Ellis jadeó y empezó a llorar, pero asintió, así que lo solté.

–Ahora vete de una puta vez –dije.

Tosiendo y aguantándose la garganta en carne viva, Ellis hizo lo que le había dicho. Oí sus grandes pies recorriendo el pasillo y bajando las escaleras, y luego oí algunos gritos de sorpresa en el piso de bajo. Al parecer, durante su salida había perturbado a los pacientes clientes que lo esperaban.

Cuando se fue, apagué las luces negras y encendí la de verdad. Con ella encendida, fui y miré a la pequeña chica que había en la cama. Estaba más pálida y delgada de lo que la había visto en las fotos que había en casa de Sylvia, pero claramente era Sharon Sphener. Su pelo negro estaba grasiento y despeinado, y tenía círculos morados en torno a los ojos. El interior de sus codos estaba moteado con marcas de aguja, mostrándome que hacía tiempo que había superado el LSD y las bolsitas de maría. Pero lo peor era la expresión de su cara. Sus ojos estaban entreabiertos, y su gesto era una máscara vacía. Tenía sangre seca en una de las fosas nasales, y sus labios era líneas delgadas y sin sangre. No parecía que le hubieran pegado o la hubieran violado, al menos no recientemente, pero igualmente estaba agotada y rota en espíritu. La miré pensando en mi preciosa chiquilla, allá en casa, y se me ocurrió lo afortunado que había sido Ellis de que no la viera a ella primero.

–Sharon –dije en voz baja–. ¿Puedes oírme?

Abrió los ojos un poco más y levantó la mirada hacia mí.

–¿Quién eres?

–Me llamo Harvey. Te he estado buscando, Sharon.

–¿Dónde está Ellis? ¿No estaba aquí?

--Se ha ido. No vas a volver a verlo más.

--¿Por qué? --gimoteó, todavía medio ida--. Vamos a casarnos.

No puede irse.

--Y una mierda --dije.

Sharon trató de protestar y de parecer enfadada, pero eso no duró mucho. Todavía estaba bastante agotada por las drogas y Dios sabe qué más. Le alisé el pelo con los dedos.

--¿Qué te pasa en la cara? --preguntó tras un largo silencio--. Tus ojos son raros. Y tu frente.

--Una bala --dije--. Alguien me disparó en la cabeza. Casi me mata.

--¿Por qué?

--Migrañas.

--Vale --dijo ella como si eso tuviera sentido--. Me duele el estómago. Creo que voy a vomitar.

--Lo sé, dulzura --dije--. ¿Recuerdas lo que ha pasado?

--Ellis me hizo probar algunas cosas --dijo con una voz débil y hueca--. Muchas cosas. Dijo que me gustarían.

--Todo va bien, Sharon --dije--. Todo eso ha acabado ya.

--¿Estoy muerta? ¿Una sobredosis?

--No.

--Pero a ti te dispararon... Los dos estamos muertos, ¿no?

--No estás muerta --dije--. Estás de camino a casa.

--¿Eres policía?

--No, soy...

No sé por qué, pero entonces casi le digo la verdad. Lo que fue verdad hace mucho tiempo, en cualquier caso, antes de la guerra. Por suerte, volví en mí y negué con la cabeza. No tenía sentido decírselo, sólo iba a gastar saliva.

--Sólo estoy aquí para encargarme de ti.

Los ojos de Sharon se cerraron, y entonces me recordó muchísimo a mi propia hija, tan indefensa y confiada. Era triste pensar que yo haría cualquier cosa en el mundo para cuidar de mi hijita, pero ninguno de los padres de esta chica podía hacer lo mismo. No tenía sentido que la gente crease una vida que dependiera de ellos tan completamente y luego no dedicaran su cuerpo, mente y alma a cuidar de ella. Ésa era una más de las razones por las que el mundo se estaba yendo al infierno.

Cuando Sharon se quedó quieta, le aparté de la cara el pelo sudoroso y sentí la niebla ambarina tras sus ojos. Me repelía, pero

también trataba de acercarme para infectarme con la naciente adicción de Sharon. La solté y agité la cabeza. Se había arruinado al venir aquí. Todo lo que la había hecho ser quien era y la había llenado con la chispa de la vida estaba cubierto con una capa de limo tan densa que la estaba asfixiando hasta matarla. El instinto enterrado en lo más profundo de mí volvió a salir a la superficie, y no pude obligarlo a bajar como había hecho en el piso de Jimmy. Sharon tenía un aspecto tan patético y destrozado... ¿Cómo podía mirarla y no hacer algo? Además, tenía que pensar en Sal, allí en casa. Y lo más importante, estaba Tina. No iba a poder volver a mirar a mi preciosa pequeña Tina si no hacía algo.

Así que puse una mano cálida en la frente de Sharon, le eché el pelo hacia atrás y me incliné sobre ella.

–No te preocupes, Sharon –susurré–. Todo va a ir bien. Ahora vas a volver a casa.

Cuando sentí que Sharon asentía débilmente, aún aferrándose a la consciencia, le toqué el pelo por última vez y luego hice lo que tenía que hacer. Sostuve el dorso de su cabeza con mi mano derecha y usé la izquierda para taponarle la nariz y la boca. Lo olió venir, ya que no había podido limpiarme el pringue de las manos, pero estaba demasiado débil para impedírmelo. Me apretó el brazo y alargó la mano como si quisiera tocarme la cara, pero no había nada en el mundo que pudiera hacer. Se sacudió, se retorció, luego tembló y se quedó quieta conmigo apretándola contra las sucias y arrugadas sábanas donde la había encontrado.

Gradualmente sus músculos se relajaron, hasta que todo lo que quedó en la cama fue una muñeca de barro vacía a la que nadie, excepto yo, había sabido tratar bien. Cuando acabé, me senté sobre mis talones y solté la boca y la nariz de Sharon. Su último aliento, un eco del aliento divino que le había dado la vida, se escapó de su interior, y lo vi disiparse. Estuve allí sentado un buen rato, esperando que alguien viniera a recogerlo, a llevarse ese aliento al sitio de donde había venido, pero nadie lo hizo. Ni viejos enemigos. Ni viejos amigos.

No sé por qué me sorprendí. Creo que supuse que hasta una patética chica como Sharon se merecía algo mejor en la muerte de lo que había tenido en vida. Pero eso no dependía de mí. Nada de lo que yo hiciera o dijera iba a cambiar el hecho de que Dios no se preocupaba por esta gente como se suponía que debía hacerlo. Nada va a cambiar el hecho de que esa gente no se preocupa por el prójimo como se supone que tiene que hacerlo. Que se jodan. ¿Por qué

debería importarme? ¿Porque Dios y Lucifer dijeron que debería importarme? Que los jodan a ellos también. Ambos se pueden ir al Infierno y llevarse con ellos esta ruina de mundo. Hay sólo una cosa en todo este vertedero que me preocupa, y estaba al otro lado del país preguntándose cuándo volvería su padre a casa.

Así que era hora de volver, supuse. Había cumplido con mi obligación con Sal. Lo único que me quedaba por hacer era llevar el cuerpo de Sharon a casa de Sylvia y darle las malas noticias. Decirle que no había podido hacer nada y asegurarme de que supiera que, si se hubiera tragado su orgullo y le hubiera pedido ayuda antes a su hermano mayor, su hijita aún seguiría viva. No es que oír eso fuera a darle ninguna lección a Sylvia, pero la dejaría en el estado mental adecuado. De todos modos era menos de lo que se merecía, teniendo en cuenta que no había sido lo bastante buena madre, ni lo bastante buena persona, para mantener a su hija a salvo en su casa, donde debería haber estado.

Pero todo eso ya no importaba. Lo que importaba era que tenía que volver a casa. Mi hijita estaba esperando que su papaíto volviera, y ninguna fuerza en el Cielo o el Infierno iba a detenerme.

CASITAS DE CAMELO

[Lucien Soulban]

*** 1 ***

El sonriente portero de la chaqueta roja le abrió la puerta al *Polizeikomissar* Gerhard Liebner, llenando el coche climatizado con un soplo de aire caliente de Las Vegas. Liebner, de aspecto curtido como un polizonte de novela barata, se abrió paso a gruñidos desde el asiento del conductor. Estaba a bastante distancia del *Polizeipressidium* de Templehof, en Berlín, haciendo el papel de turista involuntario, de zángano sin rostro en una ciudad que ofrecía sus servicios al anonimato.

–Bienvenido al Amazon, señor –le dijo el portero.

–*Ja, ja* –gruñó Liebner, mientras cogía el comprobante del aparcamiento.

El portero sonrió de esa típica manera condescendiente de cuando alguien hablaba inglés (o algo que sonaba parecido) con acento extranjero. Un segundo portero cogió la gastada maleta de Liebner del asiento trasero antes de que el primero se llevara su coche alquilado.

–¿Va a quedarse mucho tiempo? –preguntó el segundo portero mientras se dirigían hacia el recibidor. Las puertas se abrieron, asaltando a Liebner con el soniquete de campanillas y pitidos de las tragaperras que se alineaban en los salones de juego tapizados de verde oscuro. Árboles de resina y plástico brotaban del suelo por todo su alrededor, mientras que lianas y un falso manto de hojas colgaban del techo. Toda la parafernalia de la selva amazónica, reconstruida con la diligencia del entretenimiento popular.

–Un par de días –replicó Liebner–. Luego de vuelta a Berlín.

–Berlín, ¿eh? ¿Su primera vez en Las Vegas?

–No se suponía que debía estar aquí –dijo Liebner–. Pero el ejército ha requisado todo lo que queda del aeropuerto de Los Ángeles y los de los alrededores...

–¿Estaba usted en Los Angeles? –preguntó el portero–. ¿Está mal? O sea, he visto imágenes del terremoto pero... ¿Está realmente tan mal?

Liebner se detuvo, y clavó sus ojos grises en el portero.

–Era como una de esas bolas de cristal llenas de nieve, pero con escombros y cadáveres... Y Dios la sigue agitando.

–Buuff... –dijo el portero, dándose cuenta de que se había metido en una extraña conversación–. ¿Y qué hay de esas imágenes del ángel? O sea, tiene que ser una broma, ¿no?

Liebner negó con la cabeza.

–Por eso he venido.

–¿Para ver al ángel?

–El hijo de puta me debe cinco euros –dijo Liebner. La sonrisa no se le fue de la boca. Le dio al extrañado portero un par de dólares y miró su reloj. Veinte minutos para ir a su habitación y refrescarse antes de su cita en el "Bar de la Selva". Una pena no haberse podido traer una pistola.

Todavía no sabía si iba a matar a Thaol cuando lo vio.

El camarero depositó un vaso alto de Coors con una sonrisa y dejó a Liebner ante su nueva experiencia. Como allí no había cerveza *Dortmunder* de importación, ni buena cerveza amarga inglesa, había optado por los sabores locales. Inmediatamente se arrepintió de su decisión. La Coors era agua diluida, orines enfriados. Dejó el vaso con un gruñido de insatisfacción y observó las mesas de juego que lo rodeaban. Póquer, dados, ruleta. Todos los juegos cantaban con una colisión de probabilidades, una sinfonía fluida de posibilidades que se fundía a cada segundo en un nuevo coro. La cabeza de Liebner le dolía de todos los parámetros cambiantes que afectaban a los juegos. El movimiento de pies que afectaba a la tirada de los dados, la momentánea distracción que alteraba el juicio del jugador de cartas, los elementos aleatorios de las tragaperras haciendo malabarismos con las certezas como un político manejando promesas.

–Te vas a provocar un dolor de cabeza –dijo el camarero de pelo oscuro, súbitamente al lado de Liebner.

–Nada de beber –dijo Liebner mientras miraba entre las mesas.

–Yo te he citado aquí. ¿Te acuerdas... Ahrimal?

Oír su nombre celestial le provocó un escalofrío. Podía estar vistiendo el cuerpo de Gerhard Liebner, pero *era* Ahrimal, el Sembrador de Terribles Estrellas, un demonio de la Cuarta Casa. Su mirada volvió al delgado camarero. No vio a Thaol detrás de los ojos negros ni de la sonrisa levemente divertida. De repente se sintió desnudo sin una pistola.

–Thaol... No te había reconocido.

–Ahora me llamo Darren.

–¿Qué le pasó al encantador tipo turco que conocí la última vez?

–A los sicilianos no les gustó que les sisara de los beneficios, así que le pegaron C-4 debajo del asiento del coche.

–Bien por ellos. ¿Así que ahora trabajas aquí... Darren?

–Así es como te conseguí la habitación en el hotel. Las Vegas está al completo con todos los refugiados de Los Angeles viniendo para acá.

–Ya pensé haber oído completa desesperación.

–No, eso es normal en Las Vegas. ¿Qué tal L.A.?

–Aplanado. Saltémonos las formalidades... *Darren*. ¿Por qué estoy aquí?

–Ahora estoy en mi descanso para almorzar, pero no les gusta

que nos relacionemos con los clientes mientras vamos de uniforme. Voy a cambiarme.

Thaol se fue, dejando a Ahrimal con sus pensamientos. Eso no le gustaba nada en absoluto. La última vez que había visto a Thaol estaba acampado en el cuerpo de un narcotraficante turco que pasaba opio de procedencia siciliana por Berlín. Lucharon y el cuerpo de Liebner casi murió, estando a punto de devolver a Ahrimal al Abismo. Nada mal para alguien al que una vez Ahrimal había considerado su aliado. Ahora, Thaol había contactado con Ahrimal a través del *Polizeipressidium* de Berlín. Era pura suerte que "Liebner" hubiera estado de "vacaciones" en Los Ángeles, siguiendo el debut televisivo de Lucifer. Debería haber cogido un vuelo de vuelta a San Francisco, pero la petición de ayuda de Thaol era demasiado extraña para ignorarla. Además, Ahrimal quería información acerca de una banda de trancantes de Berlín que estaban matando policías infiltrados, y Thaol era su única pista.

Thaol volvió con unos sencillos pantalones negros y una camisa de vestir blanca con el cuello abierto. Ahrimal se dio cuenta de que también actuaba de forma diferente. Tenía los hombros hundidos y dos hinchadas bolsas de cansancio bajo los ojos. Parecía... más humilde.

--Primero --dijo Thaol retorciéndose las manos--, siento realmente lo de Berlín. Entonces yo era... una persona diferente.

--¿Por qué aquí? --dijo Ahrimal interrumpiendo la disculpa--. ¿Pensabas que los juegos de azar me distraerían?

--¿Qué? No --dijo Thaol afirmando su inocencia.

Liebner se mantuvo en silencio. No quería admitir el posible éxito de la estratagema de Thaol. Normalmente, podía leer el flujo de probabilidades mejor de lo que un delincuente de las calles de Berlín podía oler a la policía, pero allí el aluvión de probabilidades generaba demasiadas interferencias.

--Mira --dijo Thaol con un suspiro--. Te he invitado aquí porque lo siento...

--Y --terció Ahrimal-- para pedirme ayuda.

--Sí... pero he cambiado.

--Por supuesto --dijo Ahrimal sacudiendo la cabeza--. Encontraste un anfitrión inocente aplastado por un mundo cruel, y te ha cambiado milagrosamente... *¡Mensch und Kinder!*

Thaol siseó.

--No es eso. No soy un jodido santo... nunca he dicho que lo

fuera. Pero el viejo Thaol nunca hubiera puesto este pretexto... pedirte ayuda... traerte aquí para matarte.

–No –admitió Ahrimal.

–Siempre he ido directo a la garganta. ¿Por qué estropear mi ventaja descubriendo mi nuevo anfitrión?

–Vale –dijo Ahrimal–. Pongamos que te creo. ¿Por qué debería ayudarte?

–Porque te daré todo lo que quieras. Una lista de traficantes de droga y sus pisos francos en Berlín y Ámsterdam, mis contactos sicilianos y mis antiguos conocidos de la mafia turca que siguen operando desde Kreuzberg y Neunkirchen.

–¿Los delatarías así como así?

–Bueno... me volaron por los aires. Además, ya no es mi vida. Yo... tengo mejores cosas en esta vida. Espero.

–Dame un nombre de buena fe –dijo Ahrimal–. Uno que la *Kripo** pueda comprobar de inmediato... y que merezca mi atención. [**Nota del T.– Diminutivo de Kriminalpolizei, más o menos como la Policía Nacional española*]

Thaol asintió y se sacó un papel del bolsillo.

–Pensé que me lo pedirías. –Deslizó el papel hasta Ahrimal. Éste se levantó.

–Ven a verme mañana por la mañana para desayunar, a las siete en punto. Si no han contrastado tu información para entonces –dijo Ahrimal–, me voy.

Thaol estaba sentado en el restaurante del casino, con su jardín de plantas trepadoras en las paredes. Miraba el goteo de humanidad en las mesas donde se sentaban unos pocos jugadores empedernidos, con el estómago endurecido por el fuerte licor de la noche anterior y expresiones más endurecidas todavía. Sin embargo, ninguno de ellos tenía peor aspecto que Ahrimal, con la arrugada camisa blanca de vestir de Liebner y su curtida expresión de "muerte la bala".

–Estás hecho una mierda –dijo Thaol con una sonrisa engreída.

Ahrimal se sentó con un resoplido.

–¿Y? ¿Comprobaron mi información?

–Sí –dijo Ahrimal, doblando los labios al tener que admitirlo.

Esperó hasta que la rubia de bote le sirvió el café antes de continuar--.

La *Kripo* entró en el almacén de la Oberschneeweide en Treptow y encontró un importante alijo de armas automáticas y droga. También detuvieron a tres hombres pero... quiero el nombre del proveedor, de quien está vendiendo excedentes rusos.

--Sólo si me ayudas.

Ahrimal estudió a Thaol durante un momento, buscando en sus ojos negros una pista, cualquier pellizco de información acerca de dónde se estaba metiendo. Ayer había intentado leer el destino de Thaol mientras éste servía mesas, pero era un rompecabezas, un galimatías de imágenes dispersas que no tenían sentido.

Ahrimal asintió. Thaol sonrió, evidenciando más alivio que alegría en su sonrisa. La camarera volvió y tomó nota. Después de que se hubo ido, Darren dejó caer su petición como una hoja de guillotina en el día de la Bastilla, rápida y desagradable.

--Necesito que descubras quién soy.

--¿Perdón? --preguntó Ahrimal.

--Mi anfitrión... necesito averiguar quién era.

--Pensé que habías dicho que te llamabas Darren.

--Yo mismo escogí el nombre. Compré documentación y carnes falsos. Creé a Darren porque mi anfitrión tenía el cerebro completamente frito cuando lo encontré.

--Pero siempre quedan algunos recuerdos residuales. Algo del anfitrión.

--Esta vez no --dijo Thaol--. Era una *tabula rasa*. Comprendía el inglés y tenía cierta familiaridad con la cultura americana, pero nada más.

--¿Y cómo conseguiste la documentación falsa entonces?

--Mi antiguo anfitrión, el turco, sabía cosas. Hice algunos trabajitos para mafiosos locales, y luego utilicé esos contactos para conseguir una nueva identidad.

Ahrimal se recostó en su asiento, observando a Thaol con cuidado. Aquello era demasiado raro. La mayoría de los demonios usaba los recuerdos de su anfitrión para moldear una pauta de conducta y familiarizarse con la sociedad contemporánea. Muy a menudo, sin embargo, se quedaban como demonios descontrolados, carnívoros celestiales dispuestos a morder las entrañas del mundo. Sólo unos pocos encontraban fuerza de carácter en los ecos del alma que habían desplazado, la suficiente para apaciguar la feroz tormenta de amargos recuerdos que se habían traído del Abismo. Si ese "Darren" no tenía recuerdos mortales, ninguna fuerza nacida de la

dura experiencia, entonces Thaol debería ser un carnicero incluso mayor que cuando era el turco.

–¿No me crees?

–¿Tú –dijo Ahrimal, escogiendo sus palabras con cuidado– esperas que me crea que encontraste un anfitrión completamente en blanco...?

–Sí.

–¿Y que dejaste de trabajar para la mafia local... para trabajar aquí... en un casino... como simple camarero?

–Yo... encuentro cómodo el anonimato –dijo Thaol, su voz apenas un susurro–. Ya no quiero herir ni matar más. No quiero abrirme camino hasta el cielo luchando ni encontrar a Lucifer. Sólo quiero fingir que... soy humano. Olvidarme del dolor... del sufrimiento.

–¡Estás de broma! –dijo Ahrimal. Algunos clientes del bar miraron en su dirección, pero no le importó. Eran sombras en su presencia–. Eres un demonio –siseó Ahrimal–. Mandaste la Séptima Falange contra los Principados y casi hiciste hervir un océano para matar a un ángel. Dios te puso a tocar el tambor con los corazones de los depredadores antes de desterrarte al Abismo durante eones. ¿Cómo olvidar eso?

–No pensaba que fuera posible, Ahrimal –dijo Thaol con una curiosa sonrisa–. Pero he encontrado un agujero...

–¿Un agujero?

–En el anfitrión. Y una vez que empecé a meter mis malos recuerdos en él, fue como un sumidero. Me libré de todo el odio y el dolor. Me siento más cerca de la paz de lo que he estado desde que empezó la rebelión.

–¿Estás loco? ¿Un agujero? –preguntó Ahrimal mientras la camarera les dejaba las bebidas y les dedicaba una mirada de arriba abajo con las cejas levantadas. Ahrimal la despidió con un gesto.

–Eso es lo que parece –dijo Thaol.

–¿Así que hay un pequeño agujero en tu interior?

–Sí

–Y convenientemente se ha llevado todos tus malos recuerdos y tu ira, y los ha puesto... en algún otro sitio.

–Aja.

–¡Por supuesto! –dijo Ahrimal, dándose una palmada en la frente–. Has encontrado el tapón celestial que viene de serie en todos los mortales. Me había olvidado de ellos.

Thaol se encogió de hombros.

–Es cierto... Puedo demostrarlo.

–Por favor.

Thaol señaló con la cabeza la rosa moribunda que había en un jarroncito sobre la mesa. Miró a su alrededor rápidamente y tocó la flor. Ésta floreció y sus pétalos se volvieron frescos y radiantes. Un perfume fragante inundó el aire como si hubieran abierto una floristería debajo de la mesa.

–Se requiere la paz interior para dar la vida a cosas muertas –dijo Thaol–. Yo la perdí durante la rebelión.

Ahrimal se quedó sentado en silencio, tratando desesperadamente de descubrir el truco que Thaol había usado contra él. Sin embargo, Thaol tenía razón en algo; cuanto más se acercaba uno al borde de la túnica de la salvación, a haberse liberado de las espinas del Infierno, más benéficos se volvían sus poderes. Ahrimal, sin embargo, no era fácil de convencer con finales felices y explicaciones facilonas. Cerró los ojos, concentrándose en el destino de la flor, esa rueda que rodaba directa a lo inevitable. Ignoró los parámetros que giraban enloquecidos a su alrededor provenientes de las mesas de juego, concentrándose exclusivamente en el destino de esa flor.

La sucesión de imágenes estáticas agrietadas, como de una cámara de fotos instantánea, aturdió a Ahrimal.

Instantánea... el restaurante conservó la rosa otros dos días...

Instantánea... la camarera se llevó la rosa a casa porque seguía bonita...

Instantánea... la camarera recortaba el tallo y las espinas, pero volvían a crecer cada mañana a la misma hora...

Instantánea... la camarera plantó la rosa en su jardín...

Instantánea... la flor era un rosal, como gotas de rubí contra un verde majestuoso...

Instantánea... la rosa florecería para siempre, trayendo una bonita sonrisa al rostro de la camarera y el de sus hijas...

Ahrimal y Thaol no tenían esa clase de poder. No lo habían tenido desde que habían dejado de ser ángeles.

Ahrimal abrió los ojos y miró fijamente a Thaol, que parecía incómodo.

–Di algo –pidió Thaol, casi suplicando.

–¿Cómo?

–Te lo he dicho... el agujero.

–Imposible.

–Pero aquí estoy.

Ahrimal estuvo mirando fijamente a Thaol hasta que llegó la camarera con huevos, bacón, tostadas y un cuenco de fruta. Ahrimal comió en silencio, como si cualquier sonido pudiera hacer pedazos sus pensamientos como un valioso cristal, disipando su ya vago sentido de la realidad. Thaol lo observaba, incómodo pero sin querer tirar el cristal al suelo. Ahrimal siguió comiendo, mirando a su compañero como un perro callejero que defendiera su último trozo de comida. Acabó. La camarera recogió la mesa.

–Si lo que dices es cierto, si realmente has encontrado la paz... ¿por qué pedir mi ayuda? –dijo finalmente.

Thaol suspiró con un intenso pesar.

–Estoy soñando cosas. Recuerdos, fantasías... no sé qué.

–¿Cosas de tu anfitrión?

–Poco a poco voy oyendo sus... pensamientos. Se hacen cada vez más fuertes.

–¿Como cuáles?

–Cosas malas... cosas terribles.

–¿Estás seguro de que no es tu propia ira? ¿El dolor que te está volviendo?

–Conozco mis recuerdos, Ahrimal –dijo Thaol, su voz una octava al sur del patetismo–. Y éstos no son. Nunca he quemado con un soldador los genitales de animales pequeños ni de niños.

–¿Y? Eso no sería raro en ti.

–Pero no he sido yo, maldita sea. No quiero ninguno de esos recuerdos, si es eso lo que son. Por eso necesito tu ayuda. Necesito descubrir quién soy. Dónde me he metido.

–Y si vas a la policía, podrían detenerte...

–Por culpa de mi anfitrión. Sí. Ahora lo comprendes.

–No estoy seguro de eso. Pero te ayudaré.

–Gracias –dijo Thaol, casi ahogándose en su propia gratitud.

–No me lo agradezcas todavía. Voy a hacer esto para asegurarme de que tu anfitrión no era un monstruo. Si creo que puedes hacerle daño a alguien, Thaol, te mandaré de viaje.

–Confía en mí, Ahrimal, no quiero hacerle daño a nadie.

Ahrimal se levantó de la mesa.

–Entonces tú invitas al desayuno. Apresúrate, tenemos trabajo.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Thaol.

–Sacarte una foto y las huellas dactilares –dijo Ahrimal–. Para ver si te mato o no.

Ahrimal pasó la mañana con Thaol antes de que el renacido ángel fuera a trabajar. Fue tiempo suficiente para tomarle las huellas dactilares usando un juego de maquillaje que compraron en una tienda, y sacarle una foto en el fotomatón de una coqueta galería comercial.

Las opciones de investigación de Ahrimal en aquel caso eran limitadas, tanto por su parte como por lo que le había ofrecido Thaol. Un policía alemán no tenía autoridad para investigar en los Estados Unidos, y tampoco es que Thaol le hubiera proporcionado mucha información. Ni nombre, ni dirección, ni número de la seguridad social; ningún indicio de identidad. Todo lo que tenía era un juego de huellas dactilares que resultaron estar llenas de cicatrices. Quienquiera que fuera "Darren", se había limado la piel superficial de los dedos. Aun así, había quedado lo suficiente para obtener unas huellas parciales. Tras resaltar un remolino fragmentario en el pulgar izquierdo, dos arcos, un rizo y varias pautas únicas de cicatrices, Ahrimal fue a una copistería y amplió las imágenes para que pudieran ser identificadas claramente por el fax. Luego le mandó varios faxes a su amigo el *Polizeioberkommissar* Rudolph Boch, de Berlín. Boch tenía algunos contactos en la Interpol y no le haría demasiadas preguntas. Ahrimal tenía la esperanza de que Boch pudiera convencer a sus contactos para que accedieran al sistema automatizado de identificación de huellas del FBI. Después de eso, estaba bastante seguro de que el SAIH del FBI estaba conectado a los departamentos de policía regionales y sus propias redes SAIH. Era un intento de colarse por la puerta de atrás que hablaba a gritos de complicaciones, pero Ahrimal tenía pocas opciones. Todos esos problemas, sólo para descubrir si Darren tenía historial delictivo. Sin embargo, Ahrimal estaba bastante seguro de que alguien que se había tomado la molestia de limarse las huellas dactilares estaba en la lista de alguien.

Eso lo dejó con dos opciones: o sentarse a esperar que le llegara una información que podía o no podía serle útil, o salir a pescar y hacer algunas preguntas discretas. A Ahrimal no le gustaba esperar.

El Centro Ironbrook era un feo hijo bastardo de la era industrial, con una fachada de piedra de color marrón oxidado, paredes lisas y ventanas estrechas como puñales cubiertas por rejillas de metal. Cámaras cubiertas colgadas en los lados y en el aparcamiento exterior inspeccionaban las instalaciones como buitres de un solo ojo, esperando que alguien muriera. A Ahrimal le desagradó el manicomio en cuanto lo vio. Allí era donde las familias ricas se deshacían de sus vergüenzas.

Dio un par de vueltas más por la zona antes de aparcar en una calle adyacente. Mirándose al espejo, pronunció algunas palabras que una vez habían sido privilegio exclusivo de Dios. Sus rasgos faciales cambiaron. Fue un trabajo sutil. Insuficiente para cambiar por completo de aspecto, pero suficiente para impedir que posibles testigos lo identificaran por detalles significativos como su nariz aguileña, su ancha mandíbula o la cicatriz de su mejilla. Se quitó diez años estirándose las arrugas, oscureciéndose el pelo de castaño a moreno y cubriéndose las canas. Con un aspecto tan anodino como pudo, Ahrimal atravesó el aparcamiento hasta la entrada de seguridad.

El rechoncho y aburrido guardia de seguridad, más grasa que músculo, lo ojeó mientras se aproximaba. Ahrimal asintió y exhibió una placa, fabricando una ilusión para simular un desgastado escudo de detective, igual que los que salían en televisión, sobre su identificación alemana. Evidentemente, el guardia había visto las mismas series y no se molestó en detener a Ahrimal cuando éste fue derecho a firmar en la hoja de entrada, fingiendo estar aburrido por la rutina.

--¿A quién viene a ver?

--¿Cómo se llama la de los registros? --dijo Ahrimal, bajando la voz para ocultar su acento.

--¿La señora Collings?

--Esa.

El guardia llamó a la oficina de registros.

--Sí --dijo el guardia por teléfono--. Ha venido el detective...

--Boch --dijo Ahrimal.

--Bach a verla... bien. --El guardia accionó el interruptor y abrió la puerta--. Puede pasar.

El interior de Ironbrook era tan deprimente como su exterior, si no más. Malla metálica y cristal esmerilado cubrían las puertas de las oficinas, la antigüedad amarilleaba las paredes como la orina y los halógenos despedían un uniforme resplandor anémico sobre todo. Las sillas de la sala de espera estaban unidas como las de las estaciones

de autobuses, y probablemente eran igual de cómodas.

Ahrimal caminó con naturalidad hacia un celador con brazos como troncos de árbol y una barbilla que serviría para cascar nueces.

Exhibió la foto de Darren en una mano y la placa ilusoria en la otra.

Antes de que el celador pudiera reaccionar ante ellas, se guardó la placa en el bolsillo y mantuvo la foto a mano.

–¿Lo recuerda? –preguntó Ahrimal, haciendo su mejor imitación de John Wayne.

–Sí, Hammil –dijo con cautela el celador–. ¿Lo han cogido ustedes?

–Todavía no. Me preguntaba cómo están los dos celadores. Los que vapuleó.

–Están bien –contestó el celador mientras el alivio volvía a su rostro–. Sólo tienen herido el orgullo, ya sabe.

–Bien. Gracias –dijo Ahrimal, y volvió al pasillo. Ahora tenía un nombre, o al menos parte de uno. Era una estratagema arriesgada, pero que Ahrimal consideraba útil. Thaol había encontrado a Darren en el ala médica de aquel manicomio, atado en una unidad de vigilancia intensiva y entubado. Thaol no pretendía habitar ese cuerpo, no sin examinarlo antes, pero algo acerca del anfitrión lo atrajo. De hecho, dijo que fue como si se hubiera caído en el cuerpo de Darren, como una roca que baja rodando buscando el punto más bajo de la pendiente. El cuerpo de Darren tenía unas pocas semanas de atrofia, pero por lo demás estaba bien. El único misterio era la completa ausencia de recuerdos; el anfitrión no tenía identidad. Sin embargo, Thaol no tuvo tiempo de pensar el porqué. La máquina que controlaba la actividad cerebral se disparó como una ristra de fuegos artificiales cuando él cayó dentro del cuerpo. Rompió las ataduras que lo retenían, arrojó por el aire a un par de celadores, arrancó la rejilla de una ventana y se escurrió por ella. Eso fue hacía cuatro meses.

Ahrimal esperó unos instantes antes de que la Srta. Collings, de cuarenta años y con la espalda rígida como una tabla, llegara con una expresión de disgusto adornando su rostro demacrado. Ahrimal notó enseguida la diminuta cruz de oro sobre su blusa blanca abotonada hasta arriba.

–Detective Boch –dijo ella, con todo el encanto de la corteza de árbol–. Llegó usted en un momento muy inoportuno.

–Lo entiendo –dijo Ahrimal–. Y le agradezco que pueda dedicar algo de tiempo a ayudarme.

–No tengo todo el día –dijo ella, casi tamborileando con el pie de

impaciencia. Estaba intentando echarlo.

Ahrimal sacó la fotografía del bolsillo.

–Tenía la esperanza de que pudiéramos discutir el caso del Sr. Hammil en privado.

–Muy bien --dijo la señorita Collings con evidente desagrado. Giró sobre sus talones y avanzó por el pasillo, sin esperar a que Ahrimal la siguiera.

Ahrimal supo que ella usaba su mal carácter para avasallar a la gente y mantenerla incómoda. Así podía controlar la situación. A él no le gustaban sus juegos. Ya había visto bastantes tiranuelos para varias eternidades.

El despacho de la Srta. Collings era tan austero como su actitud. Su escritorio, el ordenador, la impresora, un archivador y dos sillas eran todo el mobiliario que había. Incluso el cuadro de la pared, el único toque frívolo de toda la habitación, parecía sobrio, a pesar de su expresión risueña pero artificial. Cristo rodeado de una aureola dorada bendecía la habitación, sosamente. Una placa que había en la mesa le ofreció la sencilla cortesía que la mujer le había negado: June Collings.

–¿Y bien? --demandó June Collings mientras se sentaba.

–Esto es algo *embarazoso* para el departamento --dijo Ahrimal sentándose también--. El detective que investigaba el caso de Hammil ha traspapelado algunos archivos. Realmente una chapuza.

La Srta. Collings seguía mirándolo fijamente, sin dejarse afectar por sus excusas. Ahrimal no estaba seguro de si había descubierto su charada o seguía jugando a su juego.

–Necesito confirmar algunos datos de la hoja de admisión del Sr. Hammil.

–¿Eso es todo? --espetó ella de forma impertinente--. ¿Ha hecho este viaje sólo por eso?

Ahrimal se encogió de hombros.

–El jefe pensó que sería mejor que hiciera la solicitud en persona.

–¿Por qué? Yo no lo conozco de nada.

–Ahora yo estoy a cargo de la investigación. Está llevando demasiado tiempo.

La Srta. Collings estudió a Ahrimal durante un momento.

–Déme el teléfono de su superior. Quiero confirmar esto con él. -- Cogió el teléfono.

Ahrimal suspiró. Así no iba a llegar a ninguna parte, y ella tampoco iba a dejar el tema. La miró fijamente, moviéndose por las

hebras del tiempo como había hecho con la rosa. El tiempo se dilató a su alrededor y el universo se desplegó a sus pies como un atlas geográfico hecho de luz. Todo brillaba con un azul cálido, cubierto con una red de líneas y rutas, potencialidades y eventualidades que partían desde allí hacia un millar de destinos. Todo lo que tenía que hacer era tirar de una hebra celestial para descifrar su destino más probable. Aquello era un mapa celestial que reflejaba el movimiento de la creación misma, era el recopilatorio ideal de un cartógrafo. Todo tenía su camino, y Ahrimal comprendía cada segmento de esos caminos. Sin embargo, ahora el universo se encontraba desordenado, un tendido ferroviario de posibilidades e intereses convergentes. Los ingenieros celestiales ya no manejaban las locomotoras, y todo estaba descarrilado. Hacía falta una mente perspicaz para moverse por él, aunque sólo fuera para seguir los fragmentados indicios de posibilidades que conducían a otra parte.

Ahrimal miró fijamente a la Srta. Collings, y su divinidad manchó el aire como el olor de los pastelillos de miel. Ella dejó el teléfono, con los ojos abiertos de par en par ante la revelación. Ahrimal no se preocupó de esconder su naturaleza. Quería que ella lo viera, que sintiera el peso de la cruz que colgaba de su cuello. El destino de la Sita. Collings se desplegó ante él, un hilo largo y gastado que perforaba el mañana con una inamovible y firme certeza. Ella era un animal de costumbres, uno cuyo destino sólo cambiaría cuando los hados la rozaran. De lo contrario, ella no alteraría su rumbo. Su rumbo estaba marcado y firme como el cemento. Las amargas imágenes fluyeron hacia él, como si estuvieran deseosas de una audiencia:

Instantánea... la Srta. Collings llevaba una existencia vacía y desconfiada tras la puerta de un apartamento con tres cerraduras. Allí era tanto protegida como prisionera...

Instantánea... la Srta. Collings visitando una tumba cada domingo. En la lápida ponía Marcus...

Instantánea... quería a Marcus con todo el corazón. Pasaba horas mirando viejos álbumes de fotos de cuando eran niños... Marcus era su hermano. Sus sonrisas eran sólo para él.

Instantánea... Instantánea... Instantánea...

Ahrimal odiaba a veces la Visión. Sentía simpatía cuando no quería sentirla. Esperaba ser libre para actuar sagrado en su venganza, para creer que la Srta. Collings era amargada y cruel...

Pero no lo era.

Estaba sola y asustada, y su único amigo de verdad estaba dos

metros demasiado lejos.

Ahrimal se alzó, con meridianos y paralelos de luz danzando sobre su piel, revelando las formas de un Cielo que una vez conoció. Sus alas se desplegaron; parecía un diagrama, un plano de la inspiración divina.

La Srta. Collings cayó de rodillas detrás de su escritorio.

Ahrimal sonrió amablemente.

–Marcus se preocupa por ti –dijo, con una voz suave como la espuma del crepúsculo, con sus palabras salpicadas de inflexiones caldeas y enoquianas.

–¿Marcus? –susurró la Srta. Collings–. ¿Está él...?

–Con Dios... y feliz –dijo Ahrimal, inventando una mentira venial, aunque no le gustara darle ese mérito a Dios–. Pero Marcus se preocupa por ti. Te cobijas en el miedo y te envuelves en recuerdos como si fueran una confortable manta. Puede que sigas la palabra de Dios, June, pero eso no es suficiente. Sólo existes. No celebras sus Dones ni el amor de Marcus por ti.

–¿Y cómo puedo? –su voz se quebró de dolor–. ¿Queda algo para mí aquí?

–Si miras –dijo Ahrimal–. Pero debes mirar. Debes compartir la sonrisa que una vez reservaste sólo para Marcus. Primero debes darte a ti misma.

–¿Pero... por dónde empiezo?

–Lejos de aquí. Este lugar es frío y sin corazón.

–Ironbrook.

–Las Vegas.

Ahrimal le ofreció su mano. No veía felicidad para la Srta. Collings allí.

La Srta. Collings aceptó su mano con cautela antes de levantarse. Mientras lo hacía, la apariencia de Ahrimal desapareció, dejando detrás los rasgos alterados de Liebner.

–Los Ángeles está en muy mal estado –dijo él–. Le hace falta ayuda para sanar sus heridas.

–¿Quién es usted? –preguntó la Srta. Collings, con la maravilla resplandeciendo en sus ojos de color verde imperial.

Ahrimal se mordió la lengua. La ira y el odio hacia Dios se acumularon en su garganta, y quiso escupir esos recuerdos. Quería que la Srta. Collings supiera la verdad. Quería tirar de la manta, pero eso no iba a resolver nada. Odiaba a Dios, pero no lo suficiente para hacer pedazos la vida de esa pobre mujer. ¿Quién era él para destruir

la fe de una persona si no tenía nada para reemplazarla? Eso lo haría ser tan malo como Dios.

–Soy un mensajero, June –dijo Ahrimal–. Un mensajero que necesita tu ayuda.

Ella se detuvo, confundida.

–¿Hammil? –preguntó finalmente.

–Hammil es mucho más peligroso de lo que parece. Debo ver su ficha.

–Por supuesto –le ofreció la Srta. Collings, lanzándose hacia el ordenador y moviendo sus dedos en una danza salvaje sobre el teclado. Un momento después, apareció la ficha de Hammil. Ahrimal la estudió rápidamente, buscando cualquier información relevante. El primer hecho que le llamó la atención fue el nombre de pila de Hammil: Darren. La segunda cosa que vio fueron las huellas dactilares de Darren, *intactas*. El tercer dato, sin embargo, casi hizo que Ahrimal se desmayara. Era otro nombre, uno que no había esperado.

Ahrimal se metió en el coche y su disfraz cayó, descubriendo a un nombre perplejo. Darren Hammil había sido llevado a Ironbrook hacía seis meses tras propinar una fuerte paliza a su compañero sentimental, otro hombre llamado Dan Barclay. El compañero sentimental no presentó denuncia, pero de todos modos el juez dictaminó el ingreso. Ahrimal no conocía el inglés médico lo bastante bien para entender los detalles del informe, pero comprendió "trastorno de personalidad múltiple" y "propensión a los estallidos de violencia". Ahrimal también había descubierto otra anotación preocupante: "No se registra actividad REM durante el sueño". Los médicos le habían administrado un cóctel de medicamentos para mantenerlo sedado y le habían puesto una camisa de fuerza. Finalmente, el estado de Darren se había deteriorado y había caído en coma. El receptáculo perfecto para los Elohim liberados del Abismo, almas necesitadas de cuerpos que poseer.

Con todo, éste no era el asunto más preocupante en la ficha de Hammil. Ahrimal tenía que hablar con Thaol antes de interrogar al amante de Darren, cuyos datos aparecían en la ficha para casos de emergencia.

Ahrimal se encontró a Thaol sentado a una mesa, con aspecto cansado y agitado. Rebosaba de energía negativa.

--Pareces preocupado --dijo Ahrimal, sentándose también.

--A mi supervisora... la jodida puta --dijo rojo de ira-- no le gusta que pase mis descansos aquí. Le dije que se fuera a tomar por culo.

A Ahrimal no le gustó la forma en la que estaba actuando el otro. Estaba ardiendo, casi brutal, como el Thaol que Ahrimal recordaba.

--Darren --dijo modulando la voz con cuidado--, ¿cuál es tu apellido, el que has escogido?

--¿Qué pasa? --dijo Thaol mientras su cuerpo se sacudía con una energía nerviosa--. ¿Has descubierto algo o no?

--¿Tu apellido? --repitió Ahrimal.

--Hamel.

--¿H-A-M-M-I-L? --preguntó Ahrimal.

--No. H-A-M-E-L.

--Y dijiste que tu anfitrión no tenía recuerdos.

--¡No, maldita sea! ¿A qué vienen estas jodidas preguntas?

--Porque el nombre original de tu anfitrión es Darren Hammil --dijo Ahrimal recostándose en su asiento.

--¡Y una mierda!

--No, y me apuesto a que el nombre te gustó mucho cuando lo escogiste.

--Pues sí --dijo Thaol, moviendo nerviosamente los ojos.

--¿Por qué estás tan alterado?

--Te lo he dicho... esa arpía...

--No creo que sea por eso. Hay algo que no me estás contando, Thaol.

Thaol miró por el salón. Se mordió la punta del pulgar antes de volverse hacia Ahrimal.

--¿Recuerdas que te dije que había estado soñando acerca de... hacerle daño a la gente?

--Ja.

--Bueno... eran sueños hasta hace dos semanas. Entonces fue cuando traté de localizarte.

--¿Le hiciste daño a alguien?

--No --dijo Thaol, aterrado ante la posibilidad--. Todavía no, al menos. Pero hace unas dos semanas, los sueños empezaron a aparecer estando yo despierto.

--¿Cómo alucinaciones?

--No, como si me hubieran transplantado. Como si estuviera en otro sitio...

--Sé que esto te resulta difícil --dijo Ahrimal deslizándose en su papel de policía--, pero necesito saber lo que viste.

--Yo... --empezó Thaol--. A veces... estaba de vuelta en el Abismo, terriblemente solo y aislado de todo el mundo, o estaba devorando a mortales que me invocaban. A veces... era Letbeg, el turco, torturando gente.

--Espera --dijo Ahrimal, confuso--. ¿Los sueños eran de ti, o de lo que hiciste como Thaol?

--A veces. A veces los sueños pertenecían a mi anfitrión... creo. Estoy de pie al lado de una mesa... Hay una mujer o un niño atado y amordazado. Los estoy torturando...

--Con un soldador.

Thaol asintió, hundiendo los hombros.

--Lo que me da miedo es... Las torturas y los asesinatos no me dan miedo... son los momentos en los que estoy de vuelta en el Abismo, en esa *nada* fría como el acero.

--Creo que tu anfitrión tiene recuerdos --dijo Ahrimal--. Cosas que vas recordando poco a poco. Por eso Darren Hamel te pareció un buen nombre. Te resultaba familiar. Sólo que... inadvertidamente cambiaste como se escribía para que no te rechazaran al pedir trabajo aquí.

--¿Qué más has descubierto? --preguntó Thaol, en un tono apagado.

--Que estuviste en Ironbrook después de pegarle una paliza... -- hizo una pausa-- a tu novio.

--¿Mi qué? --dijo Thaol, levantando la voz varias octavas y dándole a Ahrimal como un clavo a través del cráneo.

--¿Quieres decir que no has sentido ningún... deseo? --le preguntó Ahrimal, encontrando las palabras a duras penas.

--No soy maricón.

--No, ya sé que no lo eres. Pero tu anfitrión era gay...

--¡*No soy maricón!* --rugió Thaol. Se puso en pie de un salto, agarró el borde de la mesa con ambas manos y la hizo saltar por el aire, duchando a Ahrimal con cócteles derramados y cacahuetes. La mesa se estrelló un instante después contra la silla de Ahrimal, pero éste ya se había apartado. Todo el mundo estaba mirando. El encargado de planta ya estaba llamando a seguridad.

*--¡No soy maricón! ¡He follado muchos coños en mi vida!
¡Muchos! ¡Y las hacía gritar pidiendo más!*

--Thaol --dijo Ahrimal entre dientes--. Tranquilízate. Antes de que te tranquilice yo.

--Lo sé todo sobre los de vuestra *clase* --siseó en respuesta Thaol.

--Estás dejando que los recuerdos de tu anfitrión te afecten --dijo Ahrimal, mientras veía como se acercaban los de seguridad.

--¿De qué hablas, detective? --dijo Thaol con una fea sonrisa. Su voz cambió levemente de tono--. Yo... nunca... he dejado...

La seguridad llegó, en forma de cuatro primates embutidos en trajes. Flanquearon rápidamente a Ahrimal y Thaol, pero mantuvieron respetuosamente la distancia. Estaban entrenados para no montar una escena. Sin embargo, a Ahrimal no le preocupaban tanto ellos como Thaol. La expresión de éste pasó de la arrogancia y la seguridad en sí mismo a los ojos desorbitados y el miedo.

--¿Caballeros, querrían acompañarnos? --dijo el primate más grande.

--¿Qué ha pasado? --preguntó Thaol a Ahrimal, con el pánico creciendo en su voz.

--Dímelo tú --le respondió Ahrimal.

--Caballeros, no queremos montar una escena, pero... --insistió el primate.

--Liebner --dijo Thaol.

--...si no vienen con nosotros tranquilamente...

--No estoy solo --dijo Thaol.

--...tendremos que sacarlos de aquí a rastras.

--Hay alguien aquí conmigo --dijo Thaol, con los ojos desenchajados por el miedo.

Ahrimal se echó en la cama el hotel con un hondo suspiro. Acababa de pasar dos horas hablando con el gerente del hotel y sus bien vestidos primates. Thaol asumió la responsabilidad del altercado, aunque ni siquiera recordaba la mitad de la discusión. Sin embargo, el hotel despidió a Thaol tras aceptar no presentar denuncia. Presentar denuncias era mala prensa para los casinos de Las Vegas, especialmente si era contra sus empleados.

Todo esto conducía a una conclusión inevitable que a Ahrimal no

le gustaba. Aun así, todavía tenía dos asuntos que comprobar antes de tomar su decisión final. Cogió el teléfono y marcó una larga hilera de números.

–Detective Boch –anunció una voz en alemán.

–Boch, feo sabueso, ¿cómo estás? –dijo Ahrimal, sonriente. Se sentía bien hablando alemán de nuevo, como una buena siesta después de un día de trabajo agotador.

–¿Gerhard? Viejo bastardo gruñón... Me gustaría verte, para poder escupirte a los ojos.

–¿Qué pasa ahora? –preguntó Ahrimal. Esto era un ritual para ambos hombres. En esos instantes, Ahrimal casi se olvidó de que no era Liebner... casi.

–Las huellas que me mandaste –dijo Boch–. ¿De dónde las sacaste?

–Estoy ayudando a un amigo que tiene un problema.

–Un buen problema, Gerhard.

–¿Qué pasa? –preguntó Ahrimal.

–El FBI nos ha preguntado cómo conseguimos las huellas. Las mandé a través de la INTERPOL como me pediste, y ellos las mandaron al SAIH. Casi inmediatamente encontraron una que coincidía a través del PCCV.

–¿PCCV?

–Es una división conjunta del FBI y de algo llamado Centro Nacional para el Análisis de Crímenes Violentos. Tiene un programa en red llamado Programa de Captura de Criminales Violentos, que reúne y compara información acerca de crímenes violentos sin resolver.

–¿Y las huellas que mandé aparecían allí?

–Sí, en seis asesinatos. Cuatro mujeres y dos niños fueron violados, torturados con, escucha esto, un soldador, y descuartizados.

–¿Cuándo?

–En el transcurso de cuatro años, pero el último fue hace tres. Todos alrededor de los Grandes Lagos.

–¿Y ninguna pista?

–Ninguna, excepto por dos huellas parciales y llenas de cicatrices y algunas muestras de semen. Les acabas de proporcionar su juego de huellas más completo.

–Espera. ¿Reconocieron las huellas llenas de cicatrices... las parciales?

–Sí. ¿Por qué?

Ahrimal no se había esperado eso. Pensó que, quizá, Thaol se había arañado las yemas de los dedos al arrancar la rejilla de la ventana para escaparse. Sus huellas eran normales cuando lo ingresaron en Ironbrook, después de todo. Si sus huellas ya tenían cicatrices cuando Darren asesinó a aquella gente, ¿por qué se curaron antes de que ingresara en el hospital y se volvieron a abrir las cicatrices después? La mente de Ahrimal era un océano de posibilidades, pero sólo una tenía sentido.

–¿Le dijiste al FBI dónde habías conseguido las huellas? – preguntó.

–Les dije que tenía que ver con una operación de contrabando por aquí...

Lo que era parcialmente cierto, pensó Ahrimal.

---...pero quieren saber cómo. ¿Qué se supone que tengo que hacer? Me has puesto en una situación muy incómoda.

–Lo siento --dijo Ahrimal. No se había esperado que las cosas fueran por ese camino.

–¿Puedes darme algo? –pidió Boch.

Ahrimal susurró.

–Dile al FBI que fue un chivatazo anónimo, un informador que no reveló su identidad. Diles que comprueben la Clínica Mental Ironbrook en las Vegas en busca de un paciente recién escapado. Sus huellas coinciden, excepto por las cicatrices.

Boch soltó una risita al otro lado de la línea.

–Gerhard, tú sí que sabes escoger tus amigos.

Ahrimal colgó, gruñendo. Aquello era un desastre. Cuando Darren le había pegado la paliza a su novio, sus huellas no tenían las cicatrices, lo que quería decir que los ordenadores del SAIH habrían ignorado la coincidencia por completo. Ni la policía de Las Vegas ni Ironbrook se dieron nunca cuenta de que tenían un asesino entre manos. A pesar de todo, una vez que el FBI comprobara Ironbrook y asumiera la jurisdicción, harían una investigación mucho más concienzuda, incluyendo la comprobación de posibles variantes del nombre de Darren.

Iban a encontrarlo, pero dudaba que el FBI pudiera manejar a Thaol, especialmente teniendo en cuenta su exhibición de aquel día. No, Ahrimal iba a tener que hacerlo por sí mismo, pero sólo después de verificar un último asunto, una sospecha acerca de las huellas. Marcó un segundo número de teléfono.

El *Eros* era el bar de ambiente más de moda en Las Vegas. Con espectáculos mensuales como *drag queens*, fiestas de la espuma y noches de apagón, atraía a una buena cantidad de atléticos jóvenes gays, sarasas, parejas heterosexuales curiosas y viejas reinonas tratando de revivir las glorias del pasado. Sin embargo, Liebner se sentía fuera de su elemento. El mortal Gerhard no era homófobo, pero sí *homoincómodo*, como lo había llamado su amigo Dak una vez. A Ahrimal no podían haberle importado menos las preferencias de género, o el género mismo, pero a veces sentía que las preferencias de Gerhard se manifestaban a través de su lenguaje corporal. Se tensó cuando un joven de músculos tonificados sin camisa pasó rozándolo con una sonrisa lasciva. Se giró bruscamente cuando alguien le cogió juguetón el trasero. Ahrimal no era homófobo... pero hubiera preferido estar en otro sitio.

Había llamado a Dan Barclay, el exnovio de Darren, usando los datos de Ironbrook. Su compañero de piso le había dicho que esa noche trabajaba en el *Eros*. Cuando Ahrimal le preguntó por el aspecto de Dan, recibió una risotada por el auricular. "Todo el mundo conoce a Dan", dijo el compañero de piso antes de colgar.

Ahora en el *Eros*, envuelto en un ritmo pulsante que le hacía temblar los huesos, Ahrimal se dio cuenta de lo que había querido decir el compañero de piso. Dispersas por toda la pista de baile iluminada había unas plataformas elevadas circulares con barras verticales. Girando en esos pequeños escenarios había chicos go-go, incluido Dan Barclay vestido con un tanga. Estaba perfectamente proporcionado, con músculos esculpidos a la perfección, piel color chocolate oscuro brillando de sudor y una cabeza calva y lisa enmarcando un rostro atractivo, imperial, el que uno esperaría de la realeza africana. Era el espécimen perfecto de Leonardo Da Vinci envuelto en una piel tan ajustada y oscura como el vinilo negro. Reunida a sus pies había una multitud de admiradores, con los que jugaba como un malabarista.

Por fin, Barclay bajó con una reverencia, besando admiradores en la mejilla mientras se iba. Ahrimal se abrió paso a empujones entre la multitud, ignorando las protestas. Se inclinó para hablar con Barclay, que parecía divertido por la situación.

–Soy el detective Liebner... –empezó a decir, pero Barclay lo interrumpió.

–¡Genial! –dijo–. Creo que más policías deberían salir del armario.

–Estoy aquí por Darren Hammil. ¿Dónde podemos hablar?

Eso dejó callado a Barclay enseguida. Se apartó de la muchedumbre sin apenas una mirada y fue hacia un salón en la parte trasera del club. Un par de admiradores trataron de seguirlos, pero Ahrimal los hizo retroceder. Unos cuantos desafiaron su mirada, pero ninguno los siguió.

Barclay se sentó en un sofá acolchado rojo en el tranquilo salón. Había algunas personas, pero no las bastantes para ser una molestia.

–¿Así que por fin lo han cogido? –preguntó Barclay.

–No exactamente.

–¿Qué quiere decir "no exactamente"? –dijo Barclay, y su temperamento pudo con sus modales.

–No exactamente quiere decir que la policía no sabría qué hacer con él... ¿No?

Barclay se encogió de hombros.

–Lo que encuentro raro –dijo Ahrimal– es que dejara su número de teléfono en la Clínica Ironbrook.

–Por si había alguna emergencia. ¿Y?

–Le pegó una paliza.

–Tengo mal gusto en lo que respecta a los hombres.

–O le tiene miedo.

–¿No se lo tendría usted? –dijo Barclay, enfrentándose a la mirada de Ahrimal–. Primero dice que me ama, y es genial en la cama, y luego salta y dice que él no es maricón.

–¿Fue entonces cuando lo atacó?

–Estuvimos dos meses juntos, y todo fue divino. Quiero decir que incluso estuvimos pensando en ir a Dinamarca a casarnos. Y una noche estamos en la cama... y se vuelve realmente malo. Coge un bate de béisbol y me da una paliza. La policía lo detiene y está completamente majareta. No quise presentar denuncia, pero como hirió a un par de policías lo ingresaron en Ironbrook.

Ahrimal asintió, pero había una pregunta que necesitaba respuesta.

–¿Le dijo alguna vez su nombre real? –preguntó Ahrimal–. ¿Su nombre celestial?

Barclay abrió los ojos de par en par y la sangre abandonó su rostro, dejándolo pálido.

–¿Era Corbaiyus?

Barclay temblaba.

–¿Eres uno de ellos? –preguntó con una mezcla de miedo y reverencia.

Ahrimal asintió solemne y miró a Barclay a los ojos.

–Escúcheme atentamente –dijo–, sólo estoy aquí para averiguar lo que pasó.

Barclay asintió. Tenía la garganta reseca.

–El informe médico dice que Darren sufría un trastorno de personalidad múltiple –dijo Ahrimal–. Una personalidad se llamaba Corbaiyus, un antiguo aliado mío. ¿Qué le pasó?

Pasaron algunos momentos antes de que Barclay recuperara el habla. Ahrimal tuvo que comprarle una cerveza para calmarle los nervios y remojarle la garganta. Por fin...

–Corbi era un ángel... mi ángel –dijo Barclay, y su voz reflejó una vulnerable ternura que Ahrimal no se esperaba–. Me habló de vosotros, de lo que pasasteis... Dios, fue tan horrible.

–¿Le habló acerca de su anfitrión, Darren?

–Se encontró a Darren en un hospital de Denver, en coma –dijo Barclay–. Corbi dijo que fue como si se cayera en el cuerpo. Como si lo arrastrara la gravedad. Así fue como lo describió. Cuando se despertó, los recuerdos del tipo estaban en blanco, pero en su carné ponía Darren Hammil.

–Deje que lo adivine –dijo Ahrimal–. Encontró un agujero en Darren, uno donde meter toda su ira y su odio.

Barclay asintió.

–¿Le dijo por qué dejó Denver, por qué se mudó aquí?

–Dijo que otros ángeles lo confundían con otro tipo. Alguien malo.

–¿Quién?

–Alguien que se llamaba... ¿Vekabo? ¿Vekanablo?

–¿Veckonablos?

–¡Eso es! –saltó Barclay.

–Siga –dijo Ahrimal, ocultando el frío que le atenazó el estómago.

–Bueno, Corbi vino aquí, nos conocimos y nos enamoramos.

–¿Hiciste algún pacto con él? –preguntó Ahrimal, exhibiendo su verdadera falta de tacto.

Barclay se quedó callado, obligando a Ahrimal a repetir la pregunta.

–Vale, sí, hice un pacto con él. Pero entonces todavía amaba a Corbi.

–¿Qué le ofreció?

Barclay volvió a mantenerse en silencio hasta que Ahrimal le clavó el dedo.

–¡Eh! Vale... me dio este cuerpo, este físico y...

–¿Y?

–Y... este color. Yo... no soy realmente negro. Mi madre es china y mi padre filipino.

Ahrimal no pudo contener la risa. Se dio la vuelta ante la indignación del joven.

–¡No es divertido!

–No lo es, tiene razón --dijo Ahrimal al fin, volviendo a darse la vuelta, manteniendo la compostura--. Pero eso explicaría por qué las huellas de Darren cambiaron. Si pudo transformarte, las huellas dactilares no serían problema.

–Corbi me dijo... que temía que Darren hubiera hecho algo malo como mortal. Se quitó las cicatrices cuando le tomaron las huellas para que no pudieran encontrarlo.

–¿Por qué no se las cambió por completo?

Barclay respiró hondo.

–Estaba perdiendo el control de sus... *poderes*, supongo. Se estaban desvaneciendo. Dijo que era como si el agujero de su interior lo estuviera devorando lentamente. Y cuanto más perdía, peor se volvía.

–¿Sabe por qué entró en coma? --preguntó Ahrimal.

Barclay se encogió de hombros.

–Lo último que me dijeron los doctores era que ya no soñaba, y que no podía sobrevivir sin soñar. Lo drogaron, diciendo que eso lo ayudaría a dormir, pero creo que fue porque los asustaba. Era más fuerte de lo que parecía.

Ahrimal asintió.

–Gracias, Sr. Barclay --dijo.

El joven asintió.

–¿Viene a por mí? --preguntó.

–No, Sr. Barclay. No creo que sea ya Corbaiyus.

Barclay asintió, y bajó la cabeza por el peso de los recuerdos.

–Pero considérese honrado --dijo Ahrimal--. No solemos ofrecer nuestra confianza a la ligera. Poca gente tiene el honor de amar al ángel, y no al mortal.

Cuatro horas para el amanecer, y Las Vegas no tenía intención de dormirse todavía. Ahrimal ignoraba a la gente que lo rodeaba y se limitaba a caminar, solo con sus pensamientos. Los caídos poseían a los raros mortales que habían perdido el alma, normalmente debido a traumas o a la desesperación. Gerhard Liebner se había ido consumiendo poco a poco por el desgaste diario de tratar de contener la riada de mierda en las calles de Berlín. Pero Darren Hammil no. Tenía una madriguera en su alma. ¿Era allí donde se escondía para atraer demonios hasta su cuerpo? ¿O de algún modo era una víctima y sólo emergía cuando estaba poseído? ¿Se llevaba los recuerdos con él cuando se ocultaba, o era un mecanismo de supervivencia para mantener autonomía frente al invasor? Ahrimal no lo sabía, pero era poco dado a conjeturar sobre trivialidades y curiosidades. Confiaba en los hechos, y los hechos eran que Darren Hammil era un asesino en serie, con seis víctimas confirmadas y posiblemente más enterradas entre aquí y los Grandes Lagos. Por alguna razón, atraía a los demonios como una planta carnívora a los insectos, dejándolos que se instalaran antes de absorberlos. Ya habían caído en sus redes tres demonios: Veckonablos, Corbaiyus y ahora Thaol. Ésos eran los tres que conocía. Posiblemente hubiera más, pero... conjeturas.

Aun así, eso no impedía que le surgieran preguntas y suposiciones: Darren posiblemente estaba reprimiendo tendencias homosexuales, que se manifestaron en Corbaiyus y en los otros, del mismo modo que su nombre se filtró en sus pensamientos. Sin embargo, la sexualidad de Darren era irrelevante. Ahrimal no tenía intención de psicoanalizar a Darren. Eso quedaba para mentes mejores que la suya.

En vez de eso, Ahrimal levantó la mirada y se encontró plantado delante de la tienda de armas que había visto anunciada en las Páginas Amarillas. Miró al interior. *Lo que está en juego aquí*, pensó para sí, *es que Darren está cazando, torturando y matando a una nueva clase de víctima, demonios*. Era un nuevo tipo de asesino en serie. Uno que cazaba a la presa definitiva en sus propios pensamientos. Eso debía de ser un poderoso estimulante.

Se escurrió a un callejón contiguo a la tienda de armas y probó con varias puertas hasta que encontró la puerta trasera de un restaurante 24 horas. La atravesó; dos puntos en el espacio se juntaron por un breve segundo, uniendo la puerta del restaurante con la del servicio de la tienda de armas. Se le erizó el vello de los brazos

y se le puso la vista un poco borrosa por el cambio en las ondas lumínicas. Momentos después reapareció, llevando al cinto una Magnum .44 cargada.

Darren no podía vivir.

Ahrimal volvió al Amazon cerca de las cuatro de la mañana. Todavía quedaba gente jugando, y esto le vino bien. Necesitaba una coartada si iba a matar a Darren. Las cámaras de seguridad en los salones de juego y los ascensores demostrarían su presencia en el hotel. Lo único que tenía que hacer era encargarse del desayuno a la cocina 24 horas y "entrar" a casa de Thaol por la puerta del cuarto de baño del hotel. Nadie lo vería salir. Tendría su coartada cuando la policía interrogara a los compañeros de trabajo de Thaol y el hotel les contara el incidente. Sólo que...

Ahrimal no sabía si podría matar a alguien a sangre fría. Hacía tiempo, antes de encontrarse a Gerhard sangrando en un callejón, podía asesinar fácil y felizmente. Sin embargo, esta ejecución lo preocupaba. Ya no era parte de él. Lo sentía como una pila de ropa sucia que hubiera tirado a la basura, pero que ahora se viera obligado a volver a ponerse. Gerhard Liebner, el mortal, le ponía bastantes objeciones a este curso de acción, pero Ahrimal no tenía que ser Gerhard si no quería... sólo le *gustaba* ser Gerhard. Lo respetaba y, por tonto que sonara, se sentía como si fuera a traicionarlo.

Por desgracia, Darren decidió el asunto por él. Ahrimal abrió la puerta para encontrarse una pistola apuntándole directamente a la cara. Darren le hizo un gesto para que entrara con una fría sonrisa de satisfacción, y retrocedió por la habitación cuando Ahrimal cerró la puerta.

--¿Thaol? --preguntó Ahrimal.

--Darren --respondió el otro, haciéndole un gesto a Ahrimal para que se sentara.

--Sabes que vendrán por ti --dijo Ahrimal, dejándose caer en una silla--. Si me encuentran muerto, el hotel mencionará nuestra pelea, e irán por ti.

--Ya ves, detective --dijo Darren con una amplia sonrisa. Su rostro se fundió como la cera caliente. Sé convirtió en una mujer cuarentona, con el pelo negro rizado y cierto matiz de dureza en sus arrugas--. Nunca he estado aquí. Pero la zorra de mi supervisora sí. Di hola. --

Darren saludó.

--¿Corbaiyus?

--No, *Corbi* se fue, pero me enseñó algunas cosas antes de que me lo comiera.

--¿Cómo?

--Me gustaría saberlo. Las consigo una vez que vosotros los virus dejáis de resistiros al proceso digestivo.

--¿Qué sucedió... en Ironbrook? --preguntó Ahrimal.

--Puto Corbaiyus --dijo Darren, volviendo a sus rasgos--.

Corbaiyus se me resistió el tiempo justo para que los médicos me drogaran. No podía hacer nada, así que me metí.

--¿En el agujero?

--En ese jodido agujero --dijo Darren, casi escupiendo saliva caliente--. El agujero se comía mis sueños. Los médicos me decían que sufría de una enfermedad degenerativa encefalopática, pero no sabían qué era. No podían descubrir por qué yo ya no soñaba, pero yo sabía que era el puto agujero.

--Eso te dejó en coma...

--Poco a poco. Los médicos me dijeron que mi cerebro no podía resistir sin REM, así que llegaría un momento en que se desconectaría. Intenté sacrificar otras víctimas al agujero, para volver a soñar, pero no me dejaba. Hubiera muerto, hecho un vegetal en algún hospital de Columbus, pero ahí entráis vosotros.

--No lo cojo --dijo Ahrimal, animando a Darren para que hablara y bajara la guardia. Darren siguió desbarrando, con el punto de mira puesto en la frente de Ahrimal, sin titubear--. ¿Cómo encajamos?

--No lo sé, pero aliviáis mi cerebro y alimentáis al agujero hasta que ya no tiene hambre. Entonces me deja salir de nuevo, y soñar vuestros recuerdos.

--Pero llega el momento en que vuelve a comerse tus sueños --dijo Ahrimal.

--Caigo de vuelta al agujero. Pero verás, eso ya no me preocupa porque os he cogido el gusto a vosotros, los virus --dijo Darren--. Os seguiré atrapando, bastardos, y en mi momento volveré a salir. Antes no podía hacer una mierda, pero ahora... Lobbata, Veckonablos, Corbaiyus, Thaol... No tienes ni idea de lo que estos cabrones me han enseñado.

--¿Te han enseñado todos sus dones? --dijo Ahrimal horrorizado. Todas las víctimas de Darren pertenecían a casas diferentes, todas dotadas por Dios de forma distinta en el amanecer de la Creación.

Todos eran muy capaces.

--Y recuerdos. Adoro a tu especie, detective. Es como ver una puta peli con los seis sentidos ¿Sabes lo que se siente viéndote a ti mismo luchar contra otros ángeles... sacar estrellas y planetas de su órbita, hacer hervir un jodido océano? --dijo Darren, casi temblando de excitación.

--Ja --dijo Ahrimal--. Yo estuve allí. ¿Recuerdas?

--Quiero ver más, detective. Quiero ver los campos de batalla a través de los ojos de Lucifer o Belcebú. Quiero la furia draconiana de Tifón o la mirada destructora de Abaddón.

--Esto no es un juego --dijo Ahrimal, su voz seca como una bofetada. Esos recuerdos eran dolorosos y más traumáticos de lo que cualquier experiencia humana podía llegar a alcanzar, pero Darren los trataba como una baratija, como tantas de las distracciones de Las Vegas... grandes, brillantes, rápidas y vacías--. Estás tocando poderes primordiales más allá de tu entendimiento, niño --dijo Ahrimal, con su voz desprovista del tono humano de Liebner. En su interior yacían las frías profundidades del espacio, el vacío del universo. Los meridianos del cartógrafo fluyeron por su piel y la creación se desplegó en las profundidades de su sombra. Habló, y la habitación tembló de miedo. Se alzó, y unas alas fluyeron de su espalda.

Darren sacudió la cabeza mientras las lágrimas caían por su rostro, pero siguió apuntando con la pistola a la cabeza de Ahrimal.

--Y quiero hacer eso --dijo--. Quiero tener vuestro aspecto...

Darren apretó el gatillo.

Ahrimal ya estaba en movimiento cuando Darren disparó, rozándole la cabeza con un caliente siseo metálico. La bala se hundió en la pared del fondo. Un segundo disparo, amortiguado por el brazo derecho de Ahrimal cuando cayó sobre Darren, atravesó su bíceps e hizo salpicar sangre cuando salió por el tríceps. El aspecto de Ahrimal desapareció como la niebla ante un viento fuerte; la forma de Gerhard Liebner gruñó de dolor y retrocedió hacia el cuarto de baño, desequilibrando a Darren. Sin embargo, éste tenía ventaja y le metió otra bala en el cuerpo a Ahrimal.

Ahrimal saltó hacia la puerta del baño y se desvaneció por el portal, dos puntos en el espacio conectados de nuevo.

El detective herido reapareció por la puerta del lavabo de

caballeros en el centro comercial del Amazon, ahora cerrado por la noche. Había preparado aquella ruta de escape de emergencia después de encontrarse con Darren por primera vez.

Árboles de pega e imitaciones de chozas de la selva recorrían toda la longitud de los pasillos, anchos como autopistas, mientras un río serpenteaba por un perezoso curso atravesando el centro comercial. Ahrimal se dirigió a la zona central, donde unas falsas ruinas centroamericanas y el arco de entrada a un templo brotaban de una masa de arbustos de plástico entre un mar de mesas. Darren apareció de repente también desde el baño, con la pistola empuñada y dispuesta. Vio a Ahrimal corriendo entre las mesas y disparó, abriendo agujeros del diámetro de un pulgar en las superficies de fórmica. Ahrimal saltó por el arco de entrada, otra puerta para huir de Darren. Atravesó trastabillando el desgarrado enmarcado por la puerta inclinada de las ruinas de otro templo, y casi se cayó en un canal amazónico artificial. En algún lugar tras él, en el bolsillo donde había estado, que se cerraba con un gemido del aire, una bala atravesó el espacio vacío. Un segundo después, Ahrimal oyó como el disparo rebotaba a través de las vacías calles de falso verdor y las fachadas de decorado del centro comercial.

Ahrimal miró rápidamente a su alrededor, captando impresiones aisladas de su entorno... los decorados de chozas tribales, el puente de madera sobre un poco profundo río lleno de peces de colores, el cielo pintado arqueándose lánguidamente sobre la calle. Ahora todo parecía siniestro, tras horas sin la presión de la humanidad ni la cháchara de las pisadas y el hilo musical.

Darren estaba siguiendo a Ahrimal mediante los sentidos innatos de Thaol, los que podían localizar roturas infernales de la lógica de la realidad. A Darren le llevaría un momento determinar su posición aproximada. Ahrimal sacó su pistola y se ocultó dentro de un grupo de árboles cerca del río. Esperó a que apareciera Darren. Sin embargo, en vez de eso, el solitario tip-tap de los zapatos de Darren resonó por los pasillos. Pasó un minuto antes de que Ahrimal lo viera caminado despreocupadamente. Darren levantó la mano e hizo un movimiento giratorio. Tras Ahrimal, un conjunto de árboles estalló en llamas. Las lianas que colgaban del techo sirvieron de conductores para propagar el fuego a los árboles circundantes. El sistema de aspersores se activó, haciendo caer una lluvia de agua sobre los pasillos.

–Genial –murmuró Ahrimal para sí.

Darren se rió.

--¿Sabes lo realmente divertido? --gritó sobre el ruidito del agua contra el suelo--. Llegará el momento en que el agujero se apodere de uno de vuestros peces gordos... y entonces ya podré tratar de tú a tú a cualquiera.

Ahrimal gruñó para sí mismo. No había pensado en eso antes, pero si Darren descubría sus nombres verdaderos, era impensable lo que podría hacer. Tenía que morir.

Darren siguió avanzando, con el arma en una mano y la otra preparada para empuñar una fuerza fundamental del universo. Ahrimal sabía que era una apuesta arriesgada, pero que Darren no lo esperaría. Con suerte no habría aprendido los instintos de un mensajero divino, que convertían esos poderes de meros juguetes en extensiones de uno mismo.

Darren no se esperaba que Ahrimal embistiera de frente, gritando como un maníaco, pero allí estaba, a dos segundos de arrollarlo. Instintivamente levantó su pistola primero, disparando una vez, dos veces a través de la ilusión. Eso era todo lo que Ahrimal necesitaba saber. Los instintos de su adversario seguían siendo humanos, no demoníacos.

Y Darren estaba confundido.

La ilusión lo atravesó y Darren se dio la vuelta, aturdido por el efecto. Era el descuido que Ahrimal necesitaba. Atravesó la cortina de agua, hacia Darren, que se estaba dando la vuelta. Embistió con fuerza, empujándolo contra el escaparate de una tienda. Estaba a punto de romper el cristal, pero Ahrimal tenía otros planes. Invocó el reflejo más tenebroso de los portales, abriendo un camino hacia la Hija del Abismo, la desolada tierra de sombras entre la realidad cotidiana y los febriles delirios de Dante. El escaparate se rompió en los dientes serrados que guardaban las fauces de la retorcida tormenta. Criaturas de sombra se estiraban aullando en las filas de grilletes, tratando de alcanzar el borde de la puerta para huir.

Darren gritó mientras ambos lo atravesaban, cayendo hacia la negra tormenta.

--¡El Agujero! ¡No!

La ruptura se cerró y la realidad cauterizó la cicatriz del desgarró. Los vientos cortaron a ambos hombres como cuchillas impulsadas por un huracán, y las sombras se aferraron a ellos. La tormenta los sacudió violentamente, amenazando con romperles el cuello. Ahrimal estaba cansado, agotado por el esfuerzo, pero tenía un último regalo especial para el monstruo. Sus alas brotaron, perfiladas de engranajes

de hierro y ruedas afiladas, mientras el diseño de meridianos recorría su piel como un mapa móvil de la creación. Ahrimal agarró por los hombros a un Darren que chillaba y le gritó:

–Cosecha tu destino, y el de tus víctimas. El Olvido te aguarda.

Los ojos de Darren se desorbitaron de terror. Ahora estaba en las garras de su demonio personal. Una fe nacida del miedo fluyó de sus ojos y su boca, fortaleciendo a Ahrimal para el último esfuerzo.

Empujó a Darren para alejarlo, dejándolo dando vueltas y gritando. El demonio abrió el vórtice hasta la puerta de su cuarto de baño.

La puerta se cerró, pero el grito permaneció en los oídos de Ahrimal.

Ahrimal se apoyó contra una pared, ignorando las alarmas contra incendios que resonaban por el pasillo, enmascarando el aullido de la puerta al cerrarse. Cuando la seguridad del hotel llamó a su puerta un par de horas después (después de encargarse del desastre de abajo), Ahrimal afirmó que el disparo que había oído su vecino era de la televisión. Una sencilla ilusión tapó la sangre en la alfombra y el agujero en la pared; él ya había sanado su herida y se había cambiado de ropa.

La seguridad del hotel observó a Ahrimal cuidadosamente el día siguiente hasta que se fue, aunque no tuvieran evidencias de que hubiera hecho algo malo. Ninguna de las cámaras había captado a Ahrimal saliendo de su habitación después de haber entrado la noche anterior, así que no tenían pruebas de que estuviera implicado en nada. Ahrimal pensaba que a lo mejor no le habían visto bien la cara, o sencillamente no se creían nada de lo que habían visto. De todos modos, los aspersores de agua debían de haber ocultado gran parte de los detalles importantes. Además, las noticias no dijeron nada del incidente, lo que significaba que posiblemente el hotel había pagado un buen dinero para acallar el asunto.

Mientras tanto, Ahrimal pasó algunas horas limpiando sangre de la alfombra, tras birlar limpiador industrial del carrito de una limpiadora, y arrancando un pequeño trozo de papel de la pared de detrás del hueco del televisor. Usó ese papel para cubrir el agujero en el muro, alineando el parche con los diseños florales y cubriéndolo con cola que había comprado abajo. Era tosco, pero efectivo.

El botones llegó a la puerta para recoger su equipaje. Sonrió, pero Ahrimal no pudo reunir energía suficiente para que le importara. Arrojar a Darren a las tierras sombrías había sido una justicia cruel. Ejecución mediante disolución. Darren murió, su voluntad rota, su cuerpo destrozado, capa a capa de piel. No era un destino amable, y Ahrimal pagaría por esa crueldad. Ya sentía la llamada del Abismo y la vuelta del mal carácter. Se sentía más enfadado, más reservado. Sabía que había dado un paso atrás, destruyendo meses de altruismo y caridad. Todo en un momento.

–¿Ha disfrutado de su estancia, señor? –le preguntó el botones mientras bajaban en el ascensor.

–No demasiado –dijo Ahrimal. Pensaba en Darren gritando—. Me gustó más Los Ángeles.

PLANTADA

[Matthew McFarland]

Brenda Gary estaba sentada sola en su camerino. Esa noche no saldría al escenario. Su representante aporreaba la puerta exigiendo que lo dejara entrar. Su representante era cristiano, y junto con la muchedumbre que había fuera del auditorio quería algunas respuestas acerca de las fotos que habían aparecido en un periódico local. Las fotos mostraban a Brenda Gary, ídolo de los adolescentes, estrella en alza del pop y cristiana renacida, besándose en los labios con otra mujer. El rostro de la otra mujer no estaba claro en las fotos, y la prensa todavía no la había identificado. Brenda la conocía como Jan, y Jan le había enseñado muchas cosas.

Le había enseñado a besar. Brenda había besado a chicos, pero eso siempre la había dejado insatisfecha, y de ahí sacó la conclusión de que besar era pecaminoso. El hecho de que besar a Jan la dejara muy satisfecha la confundía terriblemente, porque sabía que besar a otra mujer era pecado.

Jan le había enseñado a bailar. Aunque Brenda Gary era grácil y su cuerpo estaba perfectamente proporcionado, nunca había tenido buen sentido del ritmo hasta que se cruzó con Jan. Ella había enseñado a Brenda a relajarse sintiendo el ritmo y luego a moverse con él. Hasta que se convirtió en algo instintivo... como besar.

Jan le había mostrado el sexo. Brenda nunca antes había mantenido relaciones sexuales, ni siquiera un magreo. Llevaba su virginidad como un distintivo, y la foto de ella más usada por las revistas de todo el mundo era una en la que llevaba una camiseta blanca que decía *Perseguida pero casta*. Había dado charlas contra el sexo antes del matrimonio en incontables institutos de secundaria por todo el país y había predicado la abstinencia en sus canciones (*Esperando* era actualmente el número ocho de los Cuarenta Principales, pero seguramente pronto bajaría). Pero con Jan era diferente. Jan no la apremiaba ni la trataba bruscamente ni la presionaba, como siempre había imaginado que lo haría un hombre. Las manos de Jan eran suaves y su boca increíblemente atractiva. Las relaciones sexuales con otra mujer no podían ser pecado porque hacían a Brenda sentirse limpia, aunque sabía que sí eran pecado porque la Biblia lo decía.

Jan le había enseñado a Brenda mucho sobre ella misma. Cuando Jan la llamó aquella mañana y le dijo que no iba a poder ir al concierto, Brenda quedó decepcionada, pero se consoló con los recuerdos de la noche anterior. Y ahora esos recuerdos estaban en la primera página del periódico local, y había gente fuera del auditorio con pancartas, algunas decoradas con arco iris y mensajes de ánimo, y otras con dibujos de fuego y acusaciones de pecado. Pero la peor de todas era una pancarta blanca que llevaba una chica de unos dieciséis años, con una cruz de oro y una camiseta blanca. La pancarta decía: *Brenda, nos has mentado*.

Brenda estaba encerrada en su camerino, y no iba a volver a actuar. Supuso que el Infierno sería algo así.

Fuera, la chica de la pancarta blanca la dejó y se fue andando. Una vez que se perdió de vista, su pelo se alargó y se oscureció, sus pechos crecieron y sus ropas se volvieron menos encorsetadas y más

cómodas. No se parecía en nada a la foto de la primera página del periódico, y tampoco a la chica de dieciséis años que había sido un momento antes, aunque era ambas mujeres. Volvió la vista hacia la multitud y se preguntó si Brenda "saldría", se disculparía ante sus fans, cedería, moriría o se desvanecería.

Tenía la esperanza de que desapareciera de la vida pública y fuera recordada como la "tortillera renacida". Se dio cuenta, hasta cierto punto, de que esos pensamientos eran crueles y de que iba a echar de menos el dicharachero idealismo de Brenda y su fe pura, aunque confundida. Pero Sabriel sabía de crueldad y de amor, y más que nada, sabía del Infierno. La jovencita de bragas de algodón que aún olían a la noche anterior y la mañana posterior no sabía nada de nada.

Sabriel se alejó caminado y llamó a un taxi. No volvió a pensar en Brenda hasta semanas más tarde, mientras Nolan derramaba cera de un cirio sobre su piel con Bach sonando suavemente de fondo. Entonces se rió del recuerdo, y eso fue lo que hizo sospechar a Nolan.

--Alguien que te odia --dijo el hombre de la pantalla-- puede herirte, o incluso matarte. Alguien que te odia puede joderte de cualquier manera imaginable. --Sus ojos fueron hacia la derecha y la cámara siguió su mirada hasta una mujer sentada en una silla, lacia, como si la hubieran puesto allí--. Pero sólo alguien que te ama puede hacerte llorar.

Sabriel había estado viendo aquella película con interés. Le habían llegado a gustar las películas acerca de sexo y asesinatos, porque ambos eran diametralmente opuestos y sin embargo parecían estar intrínsecamente vinculados en las mentes de la gente. Inclino la cabeza y contrastó esa idea (que sólo alguien que te amara podía hacerte llorar) con su propia experiencia y la de Christina. No le interesaba realmente el final de la película (ya había supuesto que la mujer de la silla estaba muerta y lo había estado desde la primera escena), pero la idea de que sólo alguien que la amara pudiera hacerla llorar...

Ella había amado a todo el mundo, una vez. A todas las personas, porque sabía que en sus corazones tenían música y poesía que podían hacerla bella, que podían hacerla *real*. A la vez, no era demasiado capaz de llorar; los ángeles podían llorar, pero significaba

algo diferente de la expulsión de agua por los lagrimales. Trató de explicárselo con la experiencia de Christina y llegó hasta "cayendo al suelo, con tres dientes sueltos, la mandíbula sangrando y aferrándose el estómago" antes de dejarlo. Christina, la mujer cuyo cuerpo había usurpado Sabriel tras escapar, había conocido el dolor, pero no el dolor de las lágrimas de un ángel.

Y, sin embargo, amaba al hombre que la había reducido a dicho estado. Claramente, alguien que te amara *podía* hacerte llorar. ¿Pero significaba eso que dicho poder estuviera reservado para esa gente? Sabriel comprendía, por supuesto, que el guionista no había querido decir eso literalmente, pero pensó que era una aproximación razonable a una idea que habría necesitado un diluvio, una semana de canciones, un nacimiento, una muerte y quizá un momento de furia para darle color, para ser expresada con propiedad.

Empezaron a pasar los títulos de crédito, y su atención se desvió de la pantalla a la gente que la rodeaba. Podía oír cualquier conversación en la sala, susurrada o no. La banda sonora de la película era uniforme y le proporcionaba el fondo que necesitaba para escuchar por toda la sala. Contra el tranquilo rugir del océano, un pájaro puede oírse a kilómetros de distancia, sencillamente porque el tono es diferente. Sabriel escuchó los tonos cantarines y el rumor del idioma que la rodeaba, mientras planeaba su siguiente movimiento.

La mayoría de los espectadores hablaban acerca de la película o del reciente terremoto en Los Ángeles, nada de lo cual interesaba demasiado a Sabriel, pero algunas de las conversaciones eran más interesantes. Dos hombres discutían dónde podrían conseguir cocaína; ninguno de los dos era de Chicago y no conocían la ciudad. Otros dos estaban apostando a ver si uno de ellos "triunfaba" con Sabriel esa noche, aunque se referían a ella como la "piba del traje blanco". Puede que Christina se hubiera sonrojado, o incluso excitado ante esa clase de crudeza. A Sabriel sencillamente le molestaba. Se estaba preguntando hasta dónde podría hacer llegar la rivalidad entre ambos (probablemente no hasta el asesinato, pero al menos una pelea a puñetazos sería suficiente) cuando otra conversación captó su atención.

—Lo que realmente hizo surgir la idea fue la noción de que sólo alguien que te ama te puede hacer llorar. De hecho, es un refrán español: "*Quien bien te quiere...*". Oh, mierda, se me ha olvidado. — Risas—. Pero es un pensamiento extraño, ¿no? Que demos ese poder sólo a la gente que nos ama, y no al contrario. O quizá es que los

españoles lo han entendido al revés. No lo sé. –Más risas.

Sabriel volvió la cabeza levemente y vio a un hombre joven hablando con un grupo de gente. A uno de ellos lo reconoció como un periodista. Otro era uno de los actores de la película. Supuso que el hombre que hablaba era el guionista y director.

Christina conocía el amor a primera vista, aunque nunca podría haberlo explicado. Sabriel sabía que incluso en el estado actual del mundo, todavía quedaban resonancias. Algunas personas, por decirlo de alguna manera, congeniaban. Que lo humanos tuvieran que llevar las cosas al extremo (este congeniar, que sólo significaba una conexión y podía indicar fácilmente amistad o enemistad, solía ser considerado amor) era una de las cosas que le gustaba de ellos.

Que le había gustado. Cuando los amaba, cosa que ya no era así. Un teléfono móvil sonó, y el volumen de la conversación bajó un poco. Se recordó lo mucho que odiaba los teléfonos móviles. Molestaban e interrumpían independientemente de lo que uno estuviera intentando hacer... y entonces sintió a otro demonio.

Miró a su alrededor con nerviosismo. Temía que alguien la hubiera seguido, aunque no se había cruzado con muchos como ella. O peor, temió que su superior se hubiera liberado. La sensación era fuerte, perturbadora. El aire se hizo más denso y Sabriel pensó haber oído realmente azufre. Entonces desapareció, y ella miró hacia el guionista/director.

Ese congeniar seguía allí. Seis mil millones de personas sobre el planeta, y tan pocos de ellos tenían algún talento de verdad. Sabriel era un Ángel de las Profundidades Sin Límite, y captaba una excepción en un verdadero mar de homogeneidad. Se levantó y se abrió paso para unirse a la conversación. Por el camino, le preguntó a los recuerdos de Christina si aquel hombre era atractivo. Decidió que Christina lo hubiera considerado "mono". No tendría más de veinticinco años o algo así. No tenía entradas y llevaba el pelo corto y peinado hacia atrás. Llevaba gafas, pero finas y a la moda, y no tenía puesta ni una sola prenda de ropa negra (lo que lo diferenciaba bastante de la mayoría de la gente que había por allí). A Christina le habrían gustado su sonrisa y sus modales educados. Lo habría considerado seguro.

Sabriel ya había aprendido que cualquier hombre que Christina considerase seguro no lo era. Christina tenía un gusto penoso en lo que respectaba a los hombres.

Acabaron los títulos de crédito y se encendieron las luces. El pequeño grupo alrededor del director se había inflado hasta una

multitud. Sabriel no podría acercarse lo suficiente para hablar con él, ahora no. Así que pasó a su lado y se quedó merodeando cerca de la puerta. *¿Qué quiere?*, pensó. Y al mirarlo, lo supo.

Quería una virgen. Quería inocencia. Quería una mujer que tuviera fantasías pero que no se atreviera a admitirlas. Quería una mujer que se parara mientras le estaba haciendo una felación y le preguntara si eso estaba bien.

Ante esto, Sabriel quedó un tanto sorprendida. Él no parecía de esa clase. Parecía un hombre con gustos más... *variados*. Además, era demasiado joven; la mayoría de los hombres que tenían fantasías con colegialas eran mayores o auténticos perversos (o japoneses). Sin embargo, no pasó mucho tiempo preguntándose acerca de esto. Después de todo, podía ver lo que alguien deseaba en un amante, pero no el motivo. Posiblemente era mayor de lo que parecía o había empezado a una edad tan temprana que ya le habían salido sus fantasías más exóticas. A Sabriel no le importaba demasiado. Sólo se alegraba de haberse vestido de blanco. No tendría que cambiarse de ropa para conocerlo.

La multitud no se redujo, así que Sabriel se retiró. Una pena que no le gustaran las mujeres agresivas, podría haberse abierto paso a empujones y haberse presentado. Pero tenía que ser tímida, y eso significaba conocerlo en circunstancias más tranquilas. O fortuitamente. Eso sería incluso mejor. Necesitaba que alguien los presentara, posiblemente en una fiesta, alguien que pudiera luego limitarse a desaparecer.

Los dos hombres que habían estado apostando sobre ella atravesaron la multitud a duras penas y empezaron a andar hacia ella. Les echó una ojeada, conoció sus fantasías y reprimió un bostezo. Típicos hombres americanos. No tenían fantasías propias. Se habían estado masturbando viendo *Cartas Penthouse* y vídeos de Vivid desde sus días en el instituto, y cualquier fantasía original que pudieran haber tenido había quedado sustituida por situaciones imposibles: la autostopista de la minifalda, la compañera de trabajo pelirroja, la hermana menor de un colega. Chicas que se lo tragan, chicas a las que les gusta el anal, chicas que darían validez a sus mediocres perversiones al compartirlas.

Sabriel sabía cómo era querer que alguien compartiera un sueño. Podía sentir simpatía por los hombres. Pero aun así les iba a hacer daño.

Recorrió la habitación con la mirada pero no vio al director. Probablemente llegaba tarde para hacerse el interesante, supuso. Ojalá que no fuera a saltarse a fiesta. Se había superado a sí misma en las últimas horas y odiaría no poder rematar la faena.

Su acompañante cojeaba un poco de la patada que le había pegado su amigo en la rodilla, pero estaba sonriendo. Sabriel iba de su brazo y trataba de parecer tan asombrada e inocente como podía, pero estaba luchando contra sus ganas de reírse. El otro hombre, Dave, estaba en su habitación del hotel, algunas plantas más arriba, posiblemente tapándose con un pañuelo el ojo morado. El acompañante de Sabriel, Gavin, no se había quitado el anillo antes de que empezara la pelea. Sabriel se sentía bien. No era la primera vez que hacía que unos hombres se pelearan por ella, pero nunca en menos de una hora, y nunca manteniendo esa fachada de inocencia.

Gavin ya le había presentado a algunos de los actores de la película. La actriz que interpretaba a la mujer muerta de la silla también había protagonizado la primera película del director, que posiblemente sería candidata al Oscar al mejor guión original. Sabriel ni siquiera había oído hablar de la película, pero fingió quedarse con la boca abierta de la impresión. Era un baile sutil. Sobreactuar, pero sólo un poco, y no entusiasmarse. Cuando la actriz guiña un ojo y se humedece los labios, sonrío pero hazlo con cuidado, como si estuvieras confundida. Sabriel decidió que si el director no aparecía, dejaría que la actriz casi la sedujera en su lugar. Quizá incluso se revelara a la actriz y se ganara su lealtad. Quizá le prometiera papeles en futuros éxitos de taquilla. Quizá le dijera que chupando la polla de un hombre en particular conseguiría dichos papeles.

—¿Qué te hace sonreír? —preguntó Gavin. Sabriel sacudió la cabeza y levantó la vista para mirarlo. Sólo había cambiado una cosa de su cuerpo desde la proyección: se había hecho unos centímetros más baja. Necesitaba ser capaz de mirar a los hombres desde abajo, como una niña.

—Nada, sólo es que estoy nerviosa. —El misterio no iba a funcionar. Las chicas inocentes no eran misteriosas. Podían *intentar* serlo, pero les quedaba torpe. Sabriel se decidió por aparentar estar fascinada por el mundo del estrellato—. ¿De verdad va a ganar esta película un Oscar?

Gavin se mofó.

–Puede que *opte* a él. Puede. Pero ya ha echado a perder sus posibilidades de conseguir el de mejor director porque se saltó una cena con uno de los tipos del comité hace algunas semanas. Hablando del rey de Roma –susurró Gavin, e inclinó la cabeza a la izquierda.

Ella miró hacia allí y vio al director entrando en la habitación. No traía acompañante, lo que sorprendió un poco a Sabriel, pero eso significaba que tenía menos trabajo que hacer. Dejó que Gavin la condujera.

–Ey –dijo Gavin–. Estuve en la película esta mañana. Vas a volver a ganarlo, ¿lo sabes? –Sabriel miró a los ojos al director y vio que quería ganar, aunque fingiera lo contrario. Ella sonrió, con cuidado de hacer que la sonrisa pareciera educada y nerviosa en vez de creída–. Me gustaría presentarte a alguien –siguió Gavin, indicando a Sabriel–. Ésta es Kirsten.

El director sonrió, y Gavin hizo un gesto hacia él.

–Kirsten, éste es Nolan. –Sabriel agachó la mirada durante algunos segundos, y luego la levantó y extendió la mano. Percibió una nota de sorpresa en el rostro de él mientras le daba un apretón de manos, y se riñó mentalmente: *Debería haber dejado que él iniciara el contacto*. Pero eso no pareció desagradar al hombre. Ella se había cuidado de que sus manos estuvieran frías y algo sudorosas, y eso ayudó.

–Es un verdadero honor conocerte –dijo ella. Detrás, pudo sentir a Gavin levantando la vista al cielo. Nolan siguió con el apretón y asintió, preguntándole si era la primera vez que venía a Chicago. Ella dijo que sí, asegurándose de darle la espalda a Gavin. Quería que se fuera, pero no podía transmitirlo de forma demasiado directa o Nolan sabría que había utilizado a Gavin para llegar hasta él. Por supuesto, puede que estuviera haciéndose demasiadas ideas acerca de Nolan; los hombres no solían ser buenos jueces de las motivaciones, pero Nolan parecía bastante inteligente y posiblemente tenía el ojo de un escritor para los detalles.

Por suerte, Gavin ayudó. Le puso la mano a Sabriel en el trasero, dándole una excusa para apartarse y parecer ofendida. Nolan miró a Gavin y levantó una ceja, y Gavin se puso rojo como un tomate. Se fue, murmurando algo acerca de que iba a por una copa. Seguía cojeando y no tenía la llave de la habitación del hotel que compartían Dave y él. Sabriel vio como se iba y negó con la cabeza, volviéndose hacia Nolan y susurrando:

–¿Puedes creerlo?

Nolan sacudió la cabeza.

–Hay cada cual... Tienes que tener cuidado en estas cosas.

Sobre la mitad de la gente que hay en esta habitación no está aquí por las películas. Sólo está buscando acostarse con alguien.

Probándome con el vocabulario, pensó Sabriel. *Ahora dirá "follar" y verá si me ofendo*. Dejó escapar una risita nerviosa. "Acostarse" no era suficiente para herir la sensibilidad de nadie.

–¿Ves al tipo que hay allí en la barra? –Sabriel siguió la mirada de Nolan y vio a un hombre de unos cuarenta años, pelo blanco, traje negro, reloj caro, fantasías acerca de limusinas y mujeres con liguero—. Viene mucho a este tipo de fiestas. No es nadie, sólo un millonario segundón sin gusto alguno, pero finge ser Joel Silver para follarse a cualquier aspirante a actriz.

Sabriel volvió a reírse nerviosamente y le dedicó a Nolan una mirada de "no puedo creer que hayas dicho eso". La sonrisa de él le dijo lo que ella quería saber: se lo había tragado. Lo había conseguido.

Pero había algo extraño. Detrás de sus ojos había una extraña clase de hambre, no desesperación, ni siquiera deseo, sino intencionalidad. Estaba disfrutando de la caza, de la seducción, tanto como ella. Ella se preguntó si habría descubierto su actuación, pero no: las vírgenes de sus fantasías ahora tenían su rostro. Estaba funcionando.

Se quedó a su lado mientras él recorría la fiesta. En el mismo instante en que dejó de prestarle atención, se escurrió y fue a sentarse, a tomarse su copa y poner mala cara. Tardó exactamente cinco minutos y medio en volver a encontrarla, y después de eso la mantuvo en todas las conversaciones, a veces haciendo verdaderos esfuerzos. Fue construyendo a Kirsten sobre la marcha: estudiante de arte dramático en Bowling Green, de vacaciones, pensando si matricularse en clases de cine, se suponía que iba a encontrarse con una amiga aquí en Chicago, pero la había dejado plantada. Sólo veinte años. Vivía en un apartamento. Dolorosamente virgen de forma obvia. Sabriel observó las fantasías cambiando toda la noche, de mujer policía a profesora a estudiante y a ella. La dominación presente en todas ellas. Una vez se sorprendió actuando con demasiada confianza frente a una mujer con el pelo negro muy corto, y tuvo que fingir sorpresa cuando Nolan le dijo que la mujer era lesbiana.

Nolan la invitó a subir a su habitación, y ella no estuvo segura de cómo proceder. Si rehusaba, podía revelarle que no era tan ingenua.

Si aceptaba, iba a tener que rechazarlo (¡de ningún modo iba a permitir Kirsten que se le metiera en las bragas en la primera cita!), y eso podía hacer que lo perdiera. Le dijo que tenía que ir a su hotel y comprobar si su "amiga" le había dejado algún mensaje. Planeaba llamarlo desde una cabina de teléfonos y decirle que su amiga estaba en el aeropuerto y necesitaba que fueran a recogerla, ¿pero podrían verse mañana? Eso, pensó Sabriel, era perfecto. La lujuria retrasada, pero sin que fuera culpa de nadie. Podía parecer molesta por teléfono y él supondría que era porque quería verlo. Podía actuar algo achispada y luego disculparse por la mañana.

Salió del hotel y anduvo por la calle, pensando en cambiar de forma y seducir a alguien para pasar la noche en su habitación. Estaba pensando en la actriz que había conocido cuando Gavin la agarró del hombro y la metió en un callejón.

Gavin estaba bastante borracho. Sabriel podía ver restos de vómito en su perilla y sus pantalones. Tenía la camisa medio desabrochada y un rasguño reciente en la mejilla.

–Mala puta –farfulló, y la empujó contra la pared.

Sabriel odiaba mirar las fantasías de los hombres borrachos. Sólo veía mares tormentosos y cosas enfermizas, cubiertas de basura. Veía el Infierno en sus mentes, y aun así miró, porque eso le recordaba cómo odiar.

Gavin echó atrás una mano y le cruzó la cara. Christina salió a la superficie y Sabriel cayó al suelo y se hizo un ovillo, temblando, antes de saber lo que estaba haciendo. Eso hizo que Gavin se detuviera y se agachara a su lado.

–El jodido Dave me dio un puñetazo cuando volví a la habitación, ¿lo sabes? No sé como voy a volver a casa. –Gavin se apoyó en una rodilla y agarró a Sabriel por el pelo. Ella decidió darle treinta segundos para que se fuera–. ¡Y en tres segundos estás encima de Nolan, puta! –Le tiró del pelo para enfatizar su afirmación. Sabriel ni se molestó en gritar. Veinte segundos.

Gavin la cogió por debajo de los brazos y se adentró con ella en el callejón. Sabriel se preguntó si planeaba violarla. Sus fantasías empezaban a adquirir más color. En vez de un cenagal negro de odio vio un remolino de colores: humillación, lujuria, ira, rechazo. Quince segundos.

Ella intentó levantarse, sólo para comprobar la reacción de él. La agarró por la cara, con su mano sudorosa y oliendo a vodka, y la puso de rodillas de un empujón.

–¿Quieres fingir que no sabes chupar una polla? Joder que si lo sabes, ¿no? –La voz le tembló un poco. Posiblemente esperaba que ella suplicase, o gritara, o dijera *algo*. En vez de eso, ella miraba al frente. Se estaba enfadando. Cinco segundos.

–No puedes ignorarme así. No puedes rechazarme...

Eso fue suficiente. Sabriel levantó la cabeza, y en un instante de contacto ocular vio que Gavin había descubierto que había cometido un error. Trastabilló hacia atrás, pero estaba demasiado borracho para salir corriendo. Sabriel no se molestó en ponerse en pie, solo *fluyó* hacia arriba. Su cuerpo se alargó y se hizo esbelto, líquido. Sus rasgos desaparecieron y se alzó ante él como una pesadilla, una sirena bella y terrible. El Ángel de las Profundidades Sin Límite.

–¿Rechazarte? –ella sabía que su voz lo hería. Era la lengua afilada de todas las mujeres, el desprecio burlón de todas las antiguas amantes–. ¿Ignorarte?

Él se cayó hacia atrás, contra la pared, y ella sintió crecer su fe, aun estando borracho. La tomó y la acarició, y luego obligó a Gavin a ponerse en pie. Ella seguía siendo una cabeza más alta.

–Durante años me mirasteis y sólo visteis agua. No visteis belleza ni canciones hasta que yo os las mostré. ¿Y fui yo la que os rechacé?

Las lágrimas corrían por la cara de él. Era un chico al que habían atrapado masturbándose mientras veía un anuncio de cerveza. Era un hombre al que habían descubierto su mujer y su amante.

–Yo... no sabía... que tú...

–Lo sé. –Su voz se hizo más cortante, lo bastante dura para hacerlo sangrar, si ella hubiera querido–. No fuiste tú, pero fue tu especie. Fuisteis todos. –Sabriel se hizo más grande y sus brazos lo rodearon. Un transeúnte hubiera podido percibir el olor del agua salada y el ozono saliendo del callejón–. Pídeme perdón.

Gavin no perdió un segundo.

–Por favor, perdóname.

Los bordes de los miembros de Sabriel, translúcidos y reflejando la tenue luz, se acercaron a la boca de él. Se detuvo.

–No –dijo, y le puso las manos sobre la cara.

Sabriel se alejó, dejando el cuerpo empapado de Gavin junto a varios cubos de basura. Lo dejó allí para que la policía descubriera cómo había logrado ahogarse en agua marina en un callejón de Chicago. Por el momento, ella tenía un pez más gordo que pescar.

La noche siguiente, Sabriel llevaba un conjunto de color crema. Era importante no volver a vestir de blanco; quería que Nolan se diera cuenta, aunque sólo fuera de forma subconsciente, de que había tenido un impacto en su inocencia. Pero no podía irse directamente al rosa o al rojo, y el azul era el color de las ancianas. Estaba sentada con él en un restaurante, observándolo parecer incómodo.

Nolan era raro. En las reuniones sociales desprendía una confianza suprema en sí mismo. Pero allí en el restaurante, aislado aunque no solo, parecía inseguro. Sabriel pensó que parecía estar esperando algo, pero que no parecía tener nada que ver con ella. Por su parte, ella no estaba satisfecha con el entorno. Quería quedarse a solas, pero no estaba segura de cómo conseguirlo sin destruir su imagen. Había pensado emborracharse y dejar que él se aprovechara, pero él pidió una copa de vino para cada uno, no una botella, y no le ofreció otra. Claramente quería seducirla por sí mismo, lo que hacía que la posición de ella fuera más precaria aún.

Nolan comía en silencio, y empezaron a hablar de cine. Nolan se refirió a varias películas que Sabriel no había visto, aunque los títulos le resultaban familiares. Christina había visto muy pocas películas americanas y fue de poca ayuda cuando él empezó a compararlas, aunque eso le facilitó el interpretar a la estudiante confundida. De hecho, estaba tan inmersa en su papel que cuando Nolan le preguntó si le gustaría subir a su habitación a ver una película con él, ella accedió sin pensar acerca de sus intenciones.

Subiendo en el ascensor, él la besó. Ella se lo permitió, con vacilación, usando los labios pero no la lengua, y luego se relajó. Él le pasó los dedos por el pelo (castaño, hasta el hombro, porque demasiado largo habría sido exótico y demasiado corto habría sido de marimacho) y ella recordó a Gavin, tirándole del pelo. Nolan retrocedió.

--¿Estás bien?

Sabriel estaba sinceramente confundida. Por supuesto que no había estado disfrutando *de verdad* del beso, pero no había forma de que él lo hubiera percibido.

--Sí. ¿Por qué?

--Te has puesto un poco tensa. ¿Voy demasiado rápido?

Sabriel negó con la cabeza. Ni siquiera "Kirsten" habría considerado que un beso en el ascensor era ir demasiado rápido.

--¿Entonces es que beso mal? --Nolan sonrió. Obviamente, sabía

que besaba muy bien. Sabriel se relajó y sonrió con timidez.

Nolan volvió a besarla, esta vez con los brazos sobre la cabeza de ella, apoyada en la pared. Ella sabía que su lenguaje corporal era deliberado: lo hacía vulnerable si ella decidía pegarle un rodillazo, y tampoco la encerraba completamente.

Inteligente, Nolan, pensó. Abrió su boca para aceptar la lengua de él y permitió que Christina saliera un poco a la superficie.

Christina se habría derretido en sus brazos. El beso de Nolan era dulce pero experto. No estaba besando para seducir, estaba besando para hacerla sentirse cómoda. Estaba haciéndola sentirse especial. Sabriel apoyó las palmas de las manos contra el ascensor y movió la cadera un poco. La estaba haciendo sentirse adulta, confiada. Alargó las manos y le tocó las caderas, esperando que él empujara con ellas hacia delante, pero Nolan sólo se acercó lo suficiente para que su pecho rozara el de ella. La estaba excitando.

Las puertas se abrieron y él la condujo a su habitación. Ropa en el suelo, pero en una pila, no tirada por ahí. Una botella abierta de whisky del minibar, pero aún a la mitad. Dos cirios en la mesita de noche al lado de la cama, junto a una cajita de cerillas.

Sabriel miró su fantasía y vio impaciencia; Nolan obviamente la deseaba. Pero la impaciencia era extraña. Ella pensó que a lo mejor querría ir consiguiéndola poco a poco, quizá esa noche sólo sexo oral, o algo rápido sin quitarle las bragas. Parecía impaciente por *algo*, pero ella no creía que fuera por la conquista.

No obstante, sentía que Nolan era más profundo de lo que había creído al principio.

Nolan bajó las luces, pero no encendió las velas, notó Sabriel. Se quitó los zapatos, se echó en la cama apoyado en la cabecera y cogió el mando a distancia. Le señaló con la cabeza una pila de cintas de video en el armario.

–Escoge una.

Sabriel empezó a mirarlas. Todas eran similares, supuso, a sus películas: thrillers psicosexuales, *Instinto básico*, *Nunca hables con extraños*. *Análisis final...*

–¿Siempre viajas con tantas películas?

–Me ayudan a relajarme. Suelo ver películas para dormirme por la noche --se encogió de hombros--. Me llevo ocho o diez siempre que viajo, para tener algo de variedad.

Sabriel escogió *Mujer blanca soltera*. No la había visto, pero había oído a alguien mencionar la "escena de la mamada" la noche anterior.

Puso la cinta y se subió a la cama junto a Nolan.

Comprobó sus fantasías algunas veces durante la primera hora, pero éstas no cambiaban. Seguía pensando en ella y esperando de forma muy evidente un momento concreto de la película. Sabriel fingió incomodidad (y algo de excitación) durante las escenas de sexo, y se rió en voz baja cuando uno de los personajes femeninos fue sorprendido masturbándose. Cuando la película estaba en un punto bajo, le preguntó a Nolan si conocía a algunos de los actores.

--Conocí a Tony Goldwyn el año pasado --soltó una risita--. Estaba sentado con Bridget Fonda en un restaurante de L.A. Eso es todo.

Cuando llegó la escena de la mamada, Sabriel sintió que a él se le aceleraba el pulso. Decidió meterse un poco en la fantasía. Se sentó y observó durante la escena.

--¿Se le corrió en la boca? --preguntó luego, esperando que su tono fuera lo suficientemente incrédulo.

--Sí --se rió él. No siguió con el tema, pero Sabriel sabía que estaba pensando en ello.

Cuando la película acabó, hablaron un poco sobre ella. Él dijo que seguía queriendo leer el libro en el que estaba basada. Ella que los libros son siempre mejores. Charlaron un poco acerca de las actuaciones, y como "Kirsten" era estudiante de arte dramático, Sabriel se permitió actuar más animadamente.

Nolan la dejó acabar con cortesía y luego la besó. Una vez más, no la agarró por los hombros ni el pelo, pero le colocó una mano en la cadera. Pero esta vez el beso fue diferente. Ahora estaba besando para seducir.

Sabriel le devolvió el beso y se dejó gemir un poco cuando él la besó en el cuello. Estaba maravillada con la intencionalidad que ponía en sus besos; muy pocos hombres prestaban atención a lo que hacían, buscando sólo el objetivo final en vez de la técnica sexual. Nolan volvió a tumbarla en la cama, pero no se le puso encima ni trató de desnudarla. Se quedaron el uno al lado del otro, besándose.

--¿Puedo hacerte una pregunta muy personal? --susurró él.

--Claro.

--Es acerca del sexo.

--Bueno --Sabriel se aseguró de sonrojarse un poco.

--¿Le has practicado alguna vez el sexo oral a un hombre?

Inteligente, pensó ella. No usa obscenidades ni un vocabulario que pudiera hacerme sentir incómoda. No me ha pedido directamente

que se la chupe, hace que sea decisión mía.

–No –dijo ella.

Ahora sonreirá y esperará que sea yo la que haga el próximo movimiento.

Nolan sonrió y volvió a besarla. Sabriel casi se rió; le encantaba tener razón. Decidió hacer algo arriesgado. Le desabrochó la camisa y bajó por su torso, besándolo. Su piel era suave y prácticamente sin vello. El novio de Christina, como casi todos los griegos, había sido muy velludo, pero Christina no había conocido la diferencia. Sabriel, si tenía que elegir, prefería los hombres como Nolan. Por supuesto, no es que le gustaran los hombres.

Llegó a la hebilla de su cinturón y la desabrochó, con un convincente temblor de manos. Le bajó la cremallera sin mirarlo, con el rostro sonrojado, respirando por la boca. Llevaba un bóxer negro con un botón en la entrepierna. Lo manipuló torpemente durante unos instantes antes de abandonar y limitarse a bajarle un poco los calzoncillos.

Estaba muy limpio, y no tenía el olor fuerte del novio de Christina. Sabriel no levantó la mirada, no comprobó si estaba avanzando demasiado rápido para sus fantasías. Abrió la boca y dejó que la punta de su miembro se deslizara por su paladar. Fue lo bastante amable para curvar los labios y no rozarlo con los dientes, aunque no estaba segura si Kirsten hubiera sabido hacerlo. Deslizó la boca hacia abajo y cerró los labios sobre él, introduciéndose en la boca tanto como pudo, pero manteniendo cerrada la garganta; tampoco quería parecer tan experta. Escuchó su suspiro cuando empezaba a subir, y lo acarició con la lengua.

Sus caderas cambiaron de posición un poco. Lo tenía. Bajó la cabeza de nuevo y esta vez abrió la garganta lo suficiente para abarcarlo entero. Siguió, con la mano derecha en el estómago de él y la izquierda en la cadera. Cerró los ojos, concentrándose en la sensación del miembro contra su lengua. Perfecto. Esto era insultante, se recordó. Degradante para las mujeres. Lo odiaba, se recordó a sí misma.

Sintió que la erección de él aumentaba, y lo sacó de su boca el tiempo justo para susurrar:

–¿Esto está bien?

–Oh, Dios, sí –susurró él en respuesta.

Ella volvió a agachar la cabeza y fue ganando velocidad poco a poco. Estaba dudando acerca de la idea de tragárselo; por un lado,

sabía que a él le encantaría y lo atraería hacia ella aún más. Por otro, quizá podía descubrir la falsedad de su afirmación de que nunca lo había hecho antes. Decidió improvisar sobre la marcha.

Lo acarició de nuevo con la lengua y lo sintió hincharse. Él no dijo nada, así que decidió dejar que se corriera en su boca. Un momento después, lo hizo. En vez de dejar las sábanas hechas un desastre, se lo tragó, pero cuando levantó la cabeza, se aseguró de tener un poco en los labios. Él se lo limpió cuidadosamente antes de besarla.

–Ha sido asombroso –dijo él–. ¿Nunca lo habías hecho antes?

–No. –Ella sonrió y le apoyó la cabeza en el pecho. Bajó la mano y volvió a meterle el miembro en los calzoncillos–. Nunca.

Miró sus fantasías y de inmediato supo que algo iba mal.

Sabriel había notado que las fantasías de un hombre se aplacaban después de un orgasmo. A veces eran sustituidas por odio e indignación, muy común entre los hombres educados para creer que el sexo era pecaminoso. A veces, las fantasías eran sustituidas por cierta clase de calma, y Sabriel odiaba a esos hombres más que a los demás, porque esa calma era el océano a la puesta de sol, y ningún hombre tenía derecho a esas sensaciones. Muchos hombres se limitaban a ponerse a dormir, y aunque eso era insensible, a Sabriel no le importaba.

Pero Nolan no tenía nada de eso. No tenía sexo en el cerebro, pero las fantasías acerca de la inocencia y la virginidad seguían allí. Ella le había satisfecho una necesidad inmediata, pero todavía quedaba algo en lo más profundo de su interior. Sabriel debería haberse preocupado, o quizá haberse ofendido un poco. Estaba empezando a sentirse intrigada.

Le frotó el estómago y se concentró, canalizando la lujuria, la energía de la vida y de los mares. No quería que se descontrolara de excitación, aún no. Sólo quería estimularlo un poco, volver a traer esa necesidad inmediata. Sentía curiosidad por lo que haría él.

Al principio, no hizo nada. Ella podía ver que estaba intentando encontrar un modo de sacar el tema del sexo sin parecer un completo imbécil. Ella esperaba que le ofreciera sexo oral (eso hubiera sido una razonable devolución de favor), pero no lo hizo. En su lugar, le preguntó a Kirsten si alguna vez le habían dado unos azotes.

Eso sorprendió a Sabriel lo suficiente para no tener que fingir asombro.

–No –se sentó para mirarlo a los ojos–. No desde que era un niña –añadió.

Su sorpresa pareció complacerlo. Vio que algo cambiaba en los ojos de él, que sentía que su objetivo estaba más cerca. Cuál era, no podía imaginárselo; a menos, por supuesto que quisiera desvirgarla. Pero eso no parecía probable por algún motivo; su necesidad parecía más compleja que eso.

Nolan alargó la mano lánguidamente y le desabrochó la parte trasera del vestido.

--A mí tampoco me gustan mucho los azotes --dijo él--. Creo que es ruidoso y grosero. Pero tampoco me opongo al dolor. --Tenía una sonrisa amable, casi dulce en el rostro mientras lo decía. Sabriel empezó a sentirse incómoda porque le estaba costando averiguar sus motivaciones--. Túmbate bocabajo --siguió él. Sabriel lo hizo, segura en el hecho de que si intentaba algo remotamente fuera de lo ordinario, podía matarlo y desaparecer como una ola del océano.

Él le pasó una mano por la piel, empezando en su nuca, y suspiró. Sintió el soplo de aire y se recordó cuánto le disgustaba esa clase de cosas. Puede que fuera a bajar la mano para cogerle el culo. Puede que la besara. No le importaba demasiado. La única razón de que siguiera allí, pensó ella tensando involuntariamente los músculos cuando le pasó la mano por el pelo, era que quería saber lo que él quería de ella. Pensó en la juventud de "Kirsten" y en qué diferencias podía haber tenido con la de Christina. ¿Cuándo fue el primer beso de Kirsten? ¿Con trece o catorce? ¿Bajo unas gradas o en un campamento de verano? Sabriel oyó un ruido de rascado, pero lo ignoró. Movi6 las caderas, disfrutando de la calidez de la cama bajo ellas. Sonrió en la almohada y se olvidó de parar.

Cuando la primera gota de cera caliente cayó sobre su piel, no estaba preparada. Gimió sinceramente, no porque le gustara la quemadura momentánea y luego el fresco placer, sino porque se había sorprendido.

La sorpresa desapareció, y apretó los dientes para no gemir cuando las siguientes gotas cayeron sobre su espalda. Le echó una ojeada a Nolan y lo vio mirar fijamente el punto donde caía la cera, con una leve mueca de satisfacción en la cara, el aspecto de un hombre que está a centímetros de una conquista. Miró el cirio y recordó que Brenda siempre había querido que el sexo fuera a la luz de las velas, siempre había intentado disfrazarlo de amor. *Pobre Brenda*, pensó, y se le escapó una risita ante la idea de Brenda con cera caliente goleándole en la piel.

--¿Te pasa algo?

Sabriel se dio la vuelta y miró a Nolan. Éste había apagado la vela y la miraba extrañado. Estaba empezando a sospechar. Sabriel podía verlo en sus ojos. No debería haberse reído. Su risa sonaba dura y dolorida a menos que se molestara en invocar los recuerdos de Christina. Ahora él sabía que ella no era tan inocente.

Ahora que lo sabía, transmitía cierta sensación de amenaza. Se quedaron sentados en la cama, mirándose a la cara; él con la camisa abierta, los pantalones aún desabrochados; ella con el vestido caído, enseñando un pecho, el pelo revuelto; él con la vela apagada en la mano. Se miraron fijamente el uno al otro, tratando de decidir qué hacer.

El teléfono móvil de él sonó y los sacó bruscamente del silencio. Nolan se levantó y se abrochó los pantalones, le dedicó una mirada de disculpa y sacó el teléfono de su chaqueta.

—¿Hola?

Se fue al otro extremo de la habitación a hablar, pero Sabriel no lo estaba escuchando. La sensación que había tenido antes había vuelto, esa extraña percepción de que había otro demonio cerca, pero que no conocía la presencia de ella. Se levantó, se abrochó el vestido y luego abrió la puerta que daba al pasillo. La sensación perdió intensidad; quizá el demonio estaba en la habitación de al lado. A lo mejor cerca de la pared, u oculto en alguna parte. O quizá... ¿Nolan?

Ella se dio la vuelta. La sensación parecía emanar de Nolan, pero no de su persona, sino del mismo aire que lo rodeaba. Nolan cogió el mando a distancia de encima del televisor y puso los informativos.

La escena mostraba devastación. Policías con equipo antidisturbios, ciudadanos gritando, fuego y destrucción. Sabriel observó, tratando desesperadamente de mantenerse indiferente ante el sufrimiento. Los recuerdos de Christina no ayudaron. Ella nunca había visto una destrucción a tanta escala; Sabriel recordaba guerras que hacían que el terremoto y las escenas de disturbios que estaba viendo fueran un chiste. En una pantalla de televisión, casi parecía una tontería, irreal. Casi pudo convencerse de que eran actores.

Hasta que apareció Lucifer.

Fue sólo una fracción de segundo, pero ella supo lo que había visto. Nolan no lo vio. En ese momento interminable le estaba dando la espalda a la pantalla. Entonces Sabriel recordó la guerra. No sólo la atrocidad cuando ella invocó a los mares contra la hueste celestial, no sólo el horror y la negrura del Abismo, sino también la razón de que todo hubiera empezado. Recordó, y ese recuerdo llamó a un millón

más; lo que significaba ser de carne y agua, espíritu e idea, lo que significaba experimentar a otro ser en su totalidad, no sólo en el intercambio de fluidos que los humanos habían llegado a llamar "hacer el amor". Ese momento barrió el dolor que había sentido por sus interminables años en el Infierno.

Pero ese momento se desvaneció. El Portador de la Luz desapreció. La cadena de televisión puso anuncios.

Sabriel fue vagamente consciente de que Nolan decía:

--Bien, voy en el próximo vuelo de vuelta. --Empezó a recoger su ropa y sus videos, tirándolos descuidadamente dentro de una bolsa--. Tienes que irte --dijo--. O sea, yo tengo que irme. A Los Ángeles. Emergencia.

Sabriel se volvió hacia él, lenta, apagadamente. El momento se había desvanecido. El momento la había amado, la había usado, la había follado y se había ido. Tras el orgasmo sólo quedaba el tiempo. Ella asintió, y luego fue hacia la puerta.

--¿Quieres que te lleve a alguna parte?

Ella se paró a pensar. No había planeado mucho más aparte de descubrir las intenciones de Nolan. Realmente no necesitaba plan alguno, pero si Nolan podía decirle dónde encontrar a la actriz... La idea le parecía vacía. A Sabriel no le importaba.

Se giró hacia él y notó que ya no sentía al otro demonio. Volvió a escuchar sobre el zumbido de las luces y trató de descubrir de dónde había venido la sensación, pero no pudo. Sólo percibía una impresión demoníaca residual alrededor de Nolan. Sacudió la cabeza.

--¿A qué juegas?

Nolan también sacudió la cabeza.

--¿Qué?

Sabriel susurró. Se sentía cansada. No tenía más tiempo para aquel hombre. La marea estaba baja, la mar tranquila pero desagradable.

--Nolan, ¿qué pasa? ¿Qué es lo que quieres de verdad?

--Mira, Kirsten...

--No me llames así. --El mar empezó a cambiar. Empezaron a aparecer los nubarrones de tormenta--. Si no me lo dices, tendré que averiguarlo yo.

Nolan trató de protestar otra vez, pero Sabriel no le dio la oportunidad. Dio un paso al frente, le puso una mano en el pecho y lo *conoció*. Una de las pocas ideas correctas de la Biblia moderna, pensaba ella a menudo, había sido traducir el sexo por *conocer* a

alguien. Ya lo había tenido sexualmente, al menos en cierto sentido. Ahora necesitaba el resto.

Vio las fantasías de él, desde el principio. Vio sus deseos de escribir y contar historias, de verlas interpretadas en la pantalla por gente atractiva. Vio a la gente que lo había hecho llorar. Vio a la primera chica que había desflorado y el poder que había sentido, cómo ella gritaba dulcemente contra su pecho mientras su sangre virginal se secaba en el miembro de él. Lo vio en la universidad. Lo vio en L.A., lo vio haciéndole una promesa a un demonio.

La jarra de agua que había junto a Nolan empezó a temblar. Sabriel se estaba enfadando.

El demonio se llamaba Enshagkushanna. Sabriel lo recordaba vagamente. Recordaba haber sido desterrada al Infierno con él. Recordaba el clamor cuando él desapareció, y se corrió la voz entre un millar de millares de soldados de Lucifer, que Enshagkushanna había escapado... o lo habían liberado.

La jarra de agua rebosó. El olor a agua salada inundó el aire.

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Nolan mientras revivía su vida, su condenación, en cuestión de segundos. Sabriel casi se había olvidado de él. Estaba pensando otra vez en Lucifer. ¿Habría liberado realmente a Enshagkushanna? ¿La había liberado a ella?

¿La había dejado en el Infierno durante un millón de eternidades negras?

La jarra de agua explotó. Nolan gritó de dolor cuando el cristal se alojó en su pierna. Los rizos fluidos, oceánicos de Sabriel tocaron el techo, dejando pequeñas manchas de humedad.

–¿Te das cuenta de a quién sirves? –No necesitaba preguntarlo. Pocos sirvientes lo sabían. Nolan negó con la cabeza pero no pudo articular palabras–. ¿Cuántas chicas, Nolan? ¿Cuántas actrices porno de películas baratas fueron vírgenes como Kirsten hasta que te cruzaste con ellas?

Lo levantó del suelo. El rugido del océano ahogó el grito de Nolan cuando lo tiró por la ventana. Sabriel salió volando tras él y flotó como la brisa marina hasta una habitación vacía en la planta superior.

Sabriel pasó bastante tiempo sentada en la habitación del hotel. Llamó a un taxi y luego a una compañía aérea, para reservar un billete a Los Angeles (o a San Diego, puesto que el aeropuerto de L.A. estaba cerrado). Luego esperó. Se quedó sentada, escuchando el jaleo en la planta de abajo como ruido de fondo, como un mar en calma, tratando de aclararse las ideas. Sabriel no pensaba en Nolan ni

en su amo, por muy peligroso que fuera Enshagkushanna. Estaba pensando en Lucifer. Estaba pensando qué decirle. Estaba pensando si la recordaría.

Si todavía la amaba. Si todavía amaba a los humanos.
No es que le importaran mucho, se recordó.

TOMAR SU NOMBRE EN VANO

[Adam Tinworth]

Para ser justos, ésa no era la forma en que Magdel de la Casa de la Noche Final esperaba volver a verlo. Lucifer, el líder de un tercio de la hueste celestial, el primer rebelde y el más grande de los Elohim de la casa del Lucero del Alba, estaba en televisión. Mientras la pequeña mujer asiática (con el pelo largo oscuro, marcados rasgos que hablaban de ancestros indios o paquistaníes y el alma de un demonio) estaba sentada en plena conmoción, no pudo evitar comparar la visión con sus últimos y nebulosos recuerdos de él. Era un destello de su justa furia en la última batalla de la guerra de los mil años, cuando parecía todopoderoso aun mientras la derrota se hacía inevitable. Ésa era la imagen de él a la que Magdiel se había aferrado en las incontables eras que había pasado en el Abismo. Ahora se encontraba en Los Ángeles, siendo filmado y retransmitido por todo el mundo, mientras ella estaba sentada tomándose un café en una mugrienta cafetería del East End londinense.

Magdiel era vagamente consciente de que el *Café de Steve* era un vertedero. La comida era grasienta, la higiene como mucho escasa y el propietario de la cafetería combinaba la lujuria con el desinterés por el servicio a sus clientes. Las mesas las limpiaba muy de vez en cuando, pero los asientos parecían llevar un registro de todas las personas que se habían sentado en ellos. El viejo y destartado televisor que había en un rincón parecía llevar décadas allí. Casi nunca se le prestaba atención a menos que hubiera un partido de

algo.

¿Y por qué seguía Magdiel yendo allí? Conocía la respuesta a la perfección. Estaba siguiendo las costumbres de la vida anterior de su cuerpo. Era uno de los sitios favoritos de Anila, un lugar donde huir de las presiones de su trabajo de asistente social durante una hora o así. No había nada más cerca de su oficina en Hackney que estuviera abierto durante el día, así que todo el personal de los servicios sociales solía ir por allí de vez en cuando. Si Magdiel quería seguir haciéndose pasar por Anila, lo mejor era mantener sus viejas costumbres.

Aparte de eso, le gustaba. Había mucho que ver, y siempre algo para distraerla. Reflejaba a la perfección al multirracial East End, lo mejor y a veces lo peor. Aquel día, realmente necesitaba algo que la distrajera.

Había vuelto a discutir con su esposo (no, con el *de Anila*) la noche anterior. Comprendía que Tony la atacara verbalmente porque estaba confuso. Podía sentir que algo iba mal con ella y no le gustaba. ¿Pero qué podía decirle? "Lo siento cariño, tienes razón. Pasa algo malo. Realmente no soy tu mujer. Soy un demonio del Infierno, que vive en su cuerpo y se hace pasar por ella".

A lo mejor Tony se sentiría insultado de que intentara una mentira tan evidente. A lo peor hacía que la internaran en un manicomio. Magdiel suspiró para sus adentros. Le gustaba explorar la relación que Anila había tenido con su marido. Disfrutaba del amor que él le mostraba, la misma adoración que ella siempre había querido de la humanidad. ¿Pero merecía realmente los problemas? ¿Podría seguir mucho tiempo más fingiendo ser esa mujer?

Por ahora evitaba el problema mirando fijamente los dibujos que las gotas de lluvia hacían en el mugriento escaparate de la cafetería mientras esperaba que se le enfriara el café. Seguía cada gotita de agua con la máxima atención mientras se unía a otras y creaba diseños aleatorios, pero de una profunda belleza, en el cristal. Perdió diez buenos minutos en eso, pelando capas de la realidad para ver la estructura subyacente al paso de las gotitas, intentando comprender por qué la atraía tanto. Al final, se detuvo porque se dio cuenta que se le estaba enfriando el café.

A pesar de que sus compañeros de trabajo llamaran al café "ese sucio cieno que sirve Steve", Magdiel lo encontraba una fuente de placer interminable. Tras cada sorbo se detenía un instante y saboreaba el sabor fuerte y amargo que se abría paso ardiendo hasta

sus papilas gustativas, y el zumbido que la cafeína creaba en su cuerpo prestado. Quizá era su percepción algo superficial del mundo lo que impedía que sus compañeros lo disfrutaran de verdad, supuso. Para Magdiel, era el placer más puro, manchado sólo por la falta de una palabra en el vocabulario de Anila que describiera realmente el sabor. Aun así, tras el interminable aprisionamiento en el vacío del Abismo, todas y cada una de las sensaciones de este mundo habían de ser capturadas, paladeadas y disfrutadas. Magdiel hacía todo lo posible por eso. Lo que quería decir, como había decidido semanas antes, pasar al menos una hora en la cafetería de Steve cada día.

Y así fue que, en ese día lluvioso, ella estaba sentada mirando absorta el escaparate y saboreando su café cuando el Diablo se dio a conocer al mundo. Los gemidos de asombro de los demás clientes rompieron su ensoñación. La clientela solía ser un grupo hosco y poco comunicativo. Ese grado de expresión era obviamente inusual, incluso para el algo oxidado barómetro social de Magdiel.

Magdiel se dio la vuelta para ver de qué iba el jaleo y se dio cuenta de que todos miraban fijamente al televisor, dejando que sus comidas se congelaran en su misma grasa. La imagen en la pantalla era borrosa y turbia, y pudo oír los gritos y el tono apremiante de un reportero tratando de describir lo que estaba sucediendo. Captó algunas palabras: "Los Ángeles", "disturbios", "criatura", "alas". Y entonces lo vio. Lucifer. El Lucero del Alba.

Magdiel sintió un estallido de esperanza y miedo retorcerse en su interior. Se acercó a la televisión, intentando ver mejor. ¿Podía ser realmente él, después de todo ese tiempo? La imagen estaba parcheada y rota, cierto, pero lo que mostraba era inconfundible: ese rostro terrible, bello; la penetrante pureza de su voz, fuerte y cortante incluso a través del pequeño altavoz de la tele; Lucifer. No podía distinguir con claridad lo que estaba pasando a su alrededor. Parecía haber lucha en las calles, edificios ardiendo y otras señales de caos urbano. Todo ello parecía insignificante ante la visión de él alzándose en el aire, revelando toda su gloria al mundo.

Magdiel pudo sentir el miedo en la gente que la rodeaba. Todo lo que daban por cierto les estaba siendo arrancado mientras observaban esa pantalla. Ninguno de ellos dudaba por un segundo de estar viendo algo que sobrepasaba cualquier cosa que hubieran visto antes. La visión de algo más allá de la naturaleza estaba minando su mundo de racionalidad, bienes de consumo y débitos de tarjeta de crédito. El poco tiempo que había estado fuera del Abismo le había

enseñado que a muy poca gente le quedaba algo de fe de verdad. Para muchos la religión había pasado a la historia, considerada como una superstición primitiva que había que superar.

Sin embargo, ahora a esa gente se le estaban presentando pruebas de la existencia de lo sobrenatural, y tenían miedo. Los supuestos en los que habían basado sus vidas se habían esfumado, y no sabían qué hacer. A Magdiel no le importaba. Sólo era gente que desperdiciaba sus vidas en trabajos sin futuro en el culo de Londres. Lo único que le importaba era que Lucifer, el ángel que había conducido a los rebeldes a desafiar abiertamente al mismo Dios, estaba libre y aquí en la Tierra. La respuesta a todas las preguntas que tenía acerca de su aprisionamiento y su fuga estaban a su alcance. Todo lo que tenía que hacer era ir a ese sitio, Los Ángeles, y seguirle el rastro a Lucifer.

De repente oyó a alguien riéndose, y riéndose en voz alta. Tras un momento se dio cuenta de que era ella, por primera vez con verdadera alegría en su corazón desde su vuelta a este mundo. Magdiel volvió a la oficina. Tenía que encontrar la forma de llegar a Los Ángeles lo antes posible.

Estaba a punto de darle un puñetazo al ordenador en plena frustración. Había estado con el puñetero aparato durante horas, tanto en la oficina como ahora en casa con el portátil, intentando reservar plaza en un vuelo para Los Angeles, y no iba a ninguna parte. Aunque Anila había estado razonablemente familiarizada con el ordenador y esa cosa de Internet, a Magdiel le costaba comprenderlos. Los Elohim habían trabajado condenadamente duro para crear aquel mundo. ¿Qué estaban haciendo los humanos, tratando de crear otro dentro de esas estúpidas cajitas?

Tony, un poco divertido por la fuerza de su deseo de ir allí, le quitó amablemente el ordenador portátil de sus manos agarrotadas y se puso a trabajar. Mientras Magdiel rebosaba de ira, el humano tuvo éxito donde ella había fracasado. Todos los aeropuertos que había alrededor de la ciudad, y en algo llamado el "Área de la Bahía", estaban cerrados hasta nuevo aviso.

--¿Te sorprende acaso? --preguntó Tony.

--¿Por qué debería? --respondió Magdiel, genuinamente intrigada.

--Bueno, ¿no es obvio, Nila? Primero, ¿cuántas líneas aéreas

quieren volar a una ciudad donde hay tal caos? Los disturbios y los terremotos no son buenos para el negocio, ya sabes. Y lo que es más, tendrán hasta el último chiflado religioso del planeta tratando de llegar allí después del espectáculo de antes.

Magdiel lo miró durante un momento, tratando de descubrir adonde quería llegar. Entonces cayó en la cuenta.

–¿Crees que soy una de ellos? ¿Una chiflada?

–Bueno, parece raro que no hayas hecho nada desde que llegaste a casa más que tratar de conseguir un vuelo hacia allí. Pensaba que vosotros los hinduistas no creíais en los ángeles –dijo Tony, sentándose junto a su mujer y acercándose.

–No soy hinduista –dijo Magdiel de forma automática, repitiendo como un loro la respuesta acostumbrada de Anila a las provocaciones de su marido mientras se acomodaba entre los brazos de él. Su calor en torno a ella la hacía sentirse bien.

–¿Qué crees acerca de lo que viste esta tarde?

Tony bajó la mirada por un momento, con los ojos llenos de amor y de confusión. Entonces su pelo largo le cayó por la cara de esa forma que ella encontraba tan atractiva. Parecía estar pensando su respuesta con cuidado, y Magdiel tuvo la breve esperanza de que ese momento de intimidad durara para siempre.

–Nunca he sido religioso, ya sabes. Sí, mami y papi me mandaron a la escuela dominical y toda esa mierda, pero nunca he creído realmente. O sea, nadie cree en estos tiempos, ¿o sí?

–Estás evitando la pregunta, amor mío. ¿Qué pensaste de lo que se vio por televisión?

Ella supo la respuesta antes de que él hablara. Podía sentirla agitándose en su interior, la recién nacida fe en algo.

–No lo sé. Me gustaría creer que fue algo. *Se sintió* como algo, pero...

El silencio se mantuvo entre ellos durante algunos minutos. Magdiel no tenía intención de romperlo. Quería oír lo que él tenía que decir. Él la mantuvo junto a sí durante un poco, como si estuviera inseguro y necesitara apoyo. Magdiel dudó, y luego lo besó. Él retrocedió y le dedicó una enorme sonrisa.

–Hacía mucho que no besabas así.

–El ángel... –le apremió Magdiel, jugueteando con el lado de su cuello.

–Oh, sí, eso. Bueno, me gustaría que hubiera pasado delante de mí. Cuando lo vi por primera vez en la tele parecía tan real, tan

inmediato... Ahora miro las imágenes en Internet y en las noticias y me pregunto si me estoy engañando. Supongo que quiero creer que es real, pero no puedo evitar sentir que la gente se va a reír de mí si lo digo.

Magdiel se rió. No pudo contenerse.

–Ves, te estás riendo de mí –dijo Tony, separándose bruscamente–. Voy a por la cena.

–No, espera –dijo ella con voz entrecortada, controlándose y atrayéndolo hacia ella–. Sólo me reí porque, bueno, soy la última persona que debería estar burlándose de ti por tener creencias como ésta. De verdad.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él, curioso.

Magdiel se dio cuenta de repente de que estaba en suelo resbaladizo.

–Digamos que he tenido una experiencia espiritual muy profunda recientemente.

–¿Quieres compartirla?

Magdiel miró largamente a Tony. Era joven, seguro de sí mismo, pero aún buscaba algo que diera sentido a su vida. Había pasado tanto tiempo haciendo que funcionara su relación con Anila frente a la oposición de los padres de ambos que ahora que estaban casados se encontraba perdido sin algo a lo que enfrentarse. Estuvo tentada de decirle lo que era realmente. La aparición de Lucifer le había abierto la mente, al menos durante algún tiempo. En su estado mental actual, podría convencerlo muy, muy fácilmente para que creyera en ella.

Pero no, eso no era justo. Amaba a Tony. No, eso no era cierto. Valoraba su amor y su adoración, entregada libremente. Sus momentos de pasión e intimidad, que se hacían más frecuentes a medida que ella iba haciendo mejor de Anila, estaban tan apartados de los tormentos del Infierno y tan cerca de la adoración que ellos buscaron mediante la rebelión que no podía renunciar a ellos. De algún modo era la libertad lo que hacía posible esa adoración, así que no quería quitarle esa libertad.

–Por favor, no te ofendas, pero no estoy preparada para compartirlo contigo ahora mismo –dijo ella, acariciándole cuidadosamente el pelo y mirándolo a los ojos–. En algún otro momento.

–Sí, –dijo él, inseguro.

–Hablemos de alguna otra cosa –dijo ella, atrayendo a Tony y disfrutando de cada dulce sensación del largo beso que le dio.

–Mmm –suspiró Tony, apartándose un momento–. Mi conversación favorita.

A la mañana siguiente, Magdiel decidió salir temprano para la oficina, dejando a Tony profundamente dormido, agotado pero feliz. Desaparecida la distracción de los placeres de la noche anterior, ella estaba desesperada por ver si había disponible algún vuelo hacia Los Ángeles. El viaje en metro se le hizo eterno, y sus ojos recorrieron el tren en busca de distracción. El titular del periódico que estaba leyendo el tipo que había frente a ella le llamó la atención. *Tres muertos en asesinatos satánicos*, gritaba. Antes de darse cuenta de lo que hacía, Magdiel estaba de pie, arrancándole el periódico de las manos al tipo.

Ignorando sus protestas, igual que el resto de los pasajeros del tren, leyó la historia rápidamente. La noche anterior habían sido asesinadas tres personas en tres incidentes separados, dos negros y un asiático. Los tres habían sido encontrados con las palabras "Alabad a Lucifer" pintadas con su propia sangre sobre ellos. Magdiel sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral. ¿Cómo habían sabido que era Lucifer el de la tele el día anterior? Podía ser cosa de suerte. Pero lo más probable es que estuviera implicado otro de su especie, otro demonio. Se había encontrado en aquella ciudad con uno tan antiguo y poderoso que no estaba segura de que siquiera comprendiese lo que era realmente. La idea de...

–Te he dicho que me devuelvas el periódico, zorra.

Magdiel levantó la vista hasta el regordete hombre de negocios de rostro enrojecido que la miraba furioso. Por un breve instante, pensó en la posibilidad de mostrarle exactamente con quién se las estaba viendo, pero en vez de eso se limitó a devolverle el periódico con brusquedad. Mirándola furioso, el hombre volvió a sentarse y siguió leyendo.

Magdiel miró arriba y abajo del vagón. Toda esa gente seguía como si nada hubiera pasado. Podía ver las fotos de Lucifer en la primera página de todos los periódicos que se iban leyendo en el vagón, pero como una historia menor, al lado de los asesinatos y ciertamente no tan importante como el caos a mayor escala en Los Ángeles.

Magdiel se deslizó de vuelta a su asiento. Esa gente había visto el

día anterior al mismísimo Lucifer, pero seguían con sus vidas como si nada hubiera pasado. Deberían estar profundamente afectados por lo que habían visto, igual que Tony. Pero parecían indiferentes. ¿Había caído tanto realmente la humanidad? ¿Eran completamente incapaces de creer en algo? Volvió a ojear el titular sobre los asesinatos. No, obviamente algunas personas estaban muy afectadas por lo que había pasado. ¿Pero por qué? ¿Qué los hacía diferentes? ¿Y por qué mataban en nombre de Lucifer?

Cuanto más pensaba en eso, más le iba entrando una cólera fría en el alma. Había pasado la mayor parte de su existencia defendiendo el nombre de Lucifer contra aquellos demonios que afirmaban que los había traicionado. Incluso en el vacío del Abismo, cuando toda la esperanza de huida parecía haberse evaporado, seguía discutiendo con aquellos que llamaban traidor al Lucero del Alba. Y ahora no iba a tolerar que unos mortales deshonraran ese nombre. Él, como los demás caídos, había renunciado a todo por la humanidad. Cuando Dios había dejado a los humanos ignorantes y asustados, los caídos habían llegado con alivio y seguridad, y habían pagado el precio. Si la humanidad, los pequeños favoritos de Dios, no tenía la decencia de ser agradecida, ella haría que lo sintiera. Después de todo, tenía milenios de práctica haciendo sufrir a las almas de los humanos. Dudaba que las últimas semanas le hubieran hecho perder su toque.

Cuando el tren llegó a su estación, fue la primera en salir por las puertas, abriéndose camino a empujones entre la muchedumbre que esperaba para ir al trabajo.

A medida que Magdiel fue leyendo varios informes en los periódicos y en Internet, se fue haciendo una imagen más clara de lo que había ocurrido. Quienquiera que fuera el asesino había empezado en Mile End poco antes del anochecer, matando a un adolescente de color en un callejón no muy alejado de la estación de metro. En el espacio de una hora había matado a un joven asiático en el metro cerca de la estación de Bromley by Bow. Dos horas más tarde, había atrapado a una mujer negra, madre, en su casa y la había matado. Por suerte, sus hijos estaban fuera con su padre. Algunos indicios hablaban de agresión sexual, pero no se había confirmado.

No había ninguna pauta evidente detrás de las muertes que Magdiel pudiera ver a primera vista. Si realmente había uno de su

especie detrás de ellos, debería haber algo en la elección de víctimas, pero ella no podía verlo.

Su compañero Kenton había llegado hacía media hora y había estado ocupado todo ese tiempo charlando con alguien en la puerta de la oficina. Siempre le costaba arrancar por las mañanas. Al fin acabó su conversación y fue hacia Magdiel.

--Buenos días, Anila --dijo tratando de fisgar por encima del hombro para ver qué estaba haciendo--. ¿Ocupada?

Ella se limitó a responder con un gruñido, con la esperanza de que perdiera interés.

Kenton agitó la cabeza, cogió uno de los periódicos y se dirigió al servicio. Cuando se fue, ella volvió a levantar la mirada. La lectura matinal y el movimiento intestinal de Kenton solían darle una media hora libre. Quería desesperadamente llamar a su marido y volver a discutir las cosas con él. Necesitaba oírle decir que aún creía en lo que había visto. Le ayudaría a tranquilizarse un poco y le facilitaría el enfrentarse al odio que estaba creciendo en su interior. Quizá entonces se le ocurriría el siguiente paso a tomar.

Tony cogió el teléfono al quinto tono.

--Buenos días, cariño --dijo Magdiel haciendo todo lo que podía por parecer despreocupada, pero sospechando que estaba fracasando malamente--. ¿Qué tal va la vida en un mundo con ángeles?

--Ah, eso --él parecía azorado--. Bueno, estaba hablando de eso con algunos de los chicos aquí, en la oficina, y estamos de acuerdo en que fue un montaje.

--¿Qué? ¿Un *montaje*?

--Sí, ya sabes que los desastres siempre atraen a timadores deseosos de sacar dinero o simplemente de llamar la atención. Quiero decir, Los Ángeles está llena de gente que trabaja en el cine. Si ellos no han podido montar esto, no sé quién habría podido.

Magdiel resopló incrédula.

--Así que has dejado por las buenas todo lo que estuvimos hablando. ¿Es que te has olvidado?

--Bueno, es que ayer estaba bastante alterado --dijo Tony defensivamente--. Uno no ve todos los días una ciudad cayendo así en el caos.

--¿Pero no puedes creer que lo que viste ayer fue real?

--Vamos, Nila. Ya te lo he dicho, los dos estábamos alterados, ¿pero un ángel?

Magdiel colgó de golpe, disgustada.

--¿Problemas con el marido? --dijo Kenton desde detrás de ella. No lo había escuchado volver--. Ese montaje es un asunto bastante estúpido para que discutáis por él, con todo lo que habéis pasado.

Magdiel señaló el ejemplar de *The Times* que aún llevaba.

--Alguien ha pensado obviamente que era real.

--Primero, están matando por el demonio, no por un ángel.

Segundo, todas las víctimas pertenecían a minorías étnicas --dijo Kenton--. Eso me suena más a racismo que a satanismo.

Magdiel se detuvo. Eso no se le había ocurrido. Esa obsesión con el color de la piel le resultaba extraña, a pesar de las experiencias de Anila con el racismo. Seguro, se acordaba de lo que significaba la violencia racial, pero eso no significaba que la comprendiera realmente. De todos modos, había estado tan concentrada en la vinculación de Lucifer con los asesinatos que no se le habían ocurrido otros motivos.

--No había pensado en eso --dijo con sinceridad.

Kenton parecía sorprendido.

--No pareces tú misma. De todos modos, estoy seguro de que uno de esos muchachos fue uno de nuestros casos hará dieciocho meses. Se metió en unas cuantas peleas, y nos solicitaron que observáramos a la familia durante algún tiempo.

Magdiel asintió brevemente.

--Saqué su ficha antes de que llegaras y tomé la dirección de sus padres.

--¿Por qué?

Porque quiero encontrar a su fantasma, si ha dejado uno, y hacerle algunas preguntas, pensó Magdiel. Por supuesto, a Kenton no podía decirle eso.

--Ha llamado la policía, preguntando si teníamos alguna información útil. Les dije todo lo que pude sin romper el secreto profesional. Sospecho que nos llamarán para que le demos algo de apoyo a la familia.

--Mmmm. Puede que tengas razón --Kenton suspiró hondo--. Justo lo que nos hacía falta, joder. Pues vale, voy a por un café a donde Steve y a avisar al jefe. ¿Quieres algo?

Magdiel negó con la cabeza.

Su primera visita fue una pérdida de tiempo. Ni el lugar del

asesinato del hombre asiático ni el hogar de los apenados padres mostraban ninguna señal de un alma en pena. Pasó por la rutina de ofrecer a los padres ayuda y consuelo dentro de sus posibilidades, sacando cada paso de los recuerdos de Anila. Mientras salía del piso, tuvo la sincera esperanza de no tener que volver a pasar por eso. El sufrimiento que estaban atravesando esas personas le recordaba demasiado el tormento que ella había infligido a las almas de los muertos cuando aún seguía en el Infierno.

Basándose en el mapa que traía consigo, Magdiel observó que un parquecito cercano estaba casi exactamente a medio camino entre en callejón donde Ahmadu, el chico negro, había sido asesinado y su casa, los dos lugares donde era más posible encontrar su espíritu. Quizá ése sería un sitio mejor para intentarlo. Y en todo caso, así tardaría un poco más en volver a enfrentarse con unos parientes apenados.

El parquecito resultó estar en bastante mal estado. Miró a su alrededor, lamentando el daño hecho a la creación de los Elohim. Estaba rodeada por algo de hierba vieja y descuidada, centenares de palomas y los restos de la cama de un vagabundo. Eso tendría que bastarle. Magdiel se sentó en uno de los bancos del parque, comprobó que el nombre de la víctima era el correcto y cerró los ojos. Se concentró, y apartó su concentración de los sentidos de Anila. Poco a poco permitió que sus percepciones de Elohim volvieran, haciéndola ver de nuevo las capas de la realidad y las pautas que yacían bajo ellas. Entonces pronunció una cadena de sílabas que a cualquier humano que hubiera estado cerca le habría costado oír, y mucho más comprender.

Sintió como la realidad respondía a su tacto a medida que aplicaba la presión adecuada en el sitio adecuado. Era una suerte que los humanos no intentaran ocultar esos nombres risiblemente sencillos. Hacía que el proceso fuera más fácil. Allí. Pudo sentirlo, perviviendo en el callejón donde se había encontrado su cuerpo. Emitió otra serie de sílabas y sintió como esa alma era atraída hacia ella. Confiada en que todo estaba saliendo bien, abrió los ojos y se levantó.

Tras mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie la estuviera observando, Magdiel emitió otra frase incomprensible y entró en el reino de los espíritus. En el mismo instante en el que entró, se encontró azotada por un viento tan fuerte que le costó mantener el equilibrio. Plantó los pies en el suelo para resistirse a la tormenta y

miró a su alrededor, por el paisaje lóbrego y gris. Aunque el viento era fuerte, no había señales de las tormentas de sangre, hueso y almas que a veces se desencadenaban allí. Durante algún tiempo estaría a salvo.

La visión era lúgubre. No había hojas en los árboles y el suelo estaba desnudo de hierba. El banco en el que había estado sentada parecía medio podrido, como si estuviera a punto de caerse en cualquier momento. A pesar de eso, un adolescente negro se sentaba en él, con un gesto de absoluta desolación en el rostro. Su cara era la misma que la de las fotos de esa mañana. Las heridas abiertas en su cuerpo se correspondían con las que mencionaba el periódico.

–Ayúdeme, señora –dijo, mirándola con ojos desorbitados por la desesperación–. Me han herido, necesito ir a un hospital.

Magdiel fue y se sentó a su lado.

–Me temo que no es tan sencillo –dijo ella.

Él se volvió para mirarla.

–¿Cómo diablos que no?

–Mírate, Ahmadu. Mírate detenidamente.

Las lágrimas se acumularon en los ojos del muchacho.

–No. No quiero.

–Mírate –ordenó Magdiel, acudiendo al poder con el que lo había invocado.

El chico se miró el pecho y empezó a sollozar en voz baja, mientras sus manos exploraban con aprensión su expuesta caja torácica.

–Ay, joder, tío. Ay, joder. Me han cortado.

–Estas muerto. Moriste anoche. Deja de negarlo. No me sirves si lo niegas.

Él la miró con los ojos nublados por lágrimas fantasmales.

–¿Qué quieres? –preguntó.

–Quiero saber quién te mató.

Ahmadu volvió a mirarla, y por un instante sus ojos brillaron de ira.

–Oh, conozco al hijo de puta perfectamente. Se lama Gareth, Gareth Brawn. Hace unos meses me tiré a una chica que le gustaba, y me la ha tenido jurada desde entonces. No le gustaba que un hermano se hubiera tirado a una preciosa zorrilla blanca. Me dijo que no conocía mi sitio. –La última frase estaba llena del odio acumulado en una corta vida–. Él y dos de sus colegas me cogieron anoche en el centro...

Magdiel lo dejó hablar, mientras absorbía toda la información posible acerca de los asesinos. Por lo que decía el chico, parecían

mortales normales, y no es que eso significara gran cosa. Nadie sabía que ella no era humana. No había dejado vivo a nadie que hubiera visto su verdadera forma.

Cuando estuvo satisfecha de haberle sacado todo lo posible al muchacho, le dijo que era libre de irse.

--¿Y qué hago ahora? --preguntó él.

--Honestamente, no tengo ni idea --dijo ella--. Me gustaría tener una respuesta mejor para ti, pero no la tengo. Puedo liberarte de lo que te ata a este lugar, si quieres, pero no tengo ni idea de lo que te pasará entonces.

--Ni yo. ¿Y si no hay nada después? --dijo él, asustado.

Por un momento, ella quiso alargar los brazos y reconfortar al chico, como recordaba que había hecho Tony con Anila después de aquellas terribles discusiones con su padre porque iba a casarse con un hombre blanco. Pero, por algún motivo, no pudo hacerlo. Era un ángel de la muerte y sin embargo no tenía respuestas para el chico, nada con lo que aliviarlo realmente. Le dio la espalda, sintiéndose culpable.

--No lo sé.

Brown no fue difícil de encontrar. Estaba trabajando duro en un taller mecánico bajo el puente del ferrocarril en Stratford, como Ahmadu había predicho. Magdiel abrió la puerta del taller sin llamar y la cerró tras ella. No tenía sentido hacer aquello en público.

--¿Hola? --dijo ella.

--Hola, cariño --dijo Gareth, emergiendo de debajo del capó de un coche--. ¿Qué puedo hacer por ti?

Tendría veinticinco años o así, corpulento y con un inicio de barriga. Tenía un pendiente en una oreja y llevaba el pelo muy corto. Parecía la clase de tipo que le sonreiría y luego le cobraría el triple si era lo bastante estúpida de traer un coche aquí.

--Me gustaría hablar contigo acerca de Ahmadu --dijo ella, avanzando lentamente hacia él--. Creo que sabes algo acerca de su muerte.

--¿Eres de la policía? --preguntó él, lleno de bravuconería.

--No --dijo ella--. Soy algo mucho peor que ellos.

Mientras caminaba, dejó que su verdadera forma demoníaca empezara a retorcer su cuerpo. Con cada paso que daba, sus piernas

se hacían más largas y más delgadas y su forma más andrógina. Alas afiladas como cuchillas brotaron de su espalda y su rostro se volvió liso excepto por dos ojos que ardían intensamente y una raja como boca. Sus dedos se alargaron hasta quedar rematados por puntas afiladas. Alargó el brazo, agarró a Gareth por la parte delantera del mono y lo izó en el aire.

--Soy un ángel de la muerte --le susurró al oído, mientras su fina lengua entraba y salía de su boca--. Y quiero saber por qué matas en nombre de mi señor Lucifer.

Por un momento pensó que se había pasado. Gareth farfullaba incoherencias aterrizado.

--Respóndeme --susurró ella--, o sabrás lo que se siente realmente al morir por Lucifer.

Pudo sentirlo temblar ante la idea. Entonces las palabras le salieron, tropezando unas con otras de tanta prisa como tenían por escaparse de él.

--No sé. No sé, parecía lo que temamos que hacer. Yo y los muchachos, sólo queríamos poner a algunos negros cabrones en su sitio. Es nuestro país, eso es todo. Lo queríamos de vuelta. Así que los matamos, limpiamos el país para cuando él llegue. Dave dijo que era lo que teníamos que hacer.

--¿Por qué Lucifer? --siseó ella mientras le hacía despreocupadamente un profundo corte en la pierna con la otra mano. Gareth gritó de dolor.

--Oh, Dios. Oh, Dios.

--Ya veo --dijo ella--. Anoche llamaste al Diablo, y él me ha enviado. Ahora llamas a Dios, pero es demasiado tarde. Ya no eres una criatura de Dios. Ahora eres mío. Responde a mi pregunta. -- Esperó por espacio de un latido--. ¿No? ¿No puedes hablar? --Lo soltó y retrocedió algunos pasos--. Entonces tendré que matarte y arrancarle las respuestas a tu alma. La muerte no será un escape para ti.

Gareth intentó ponerse de rodillas, pero resbaló con su propia sangre y cayó de espaldas al suelo.

--Déjame en paz. Sólo déjame en paz --dijo entrecortadamente.

--No --contestó ella, clavándole un ala en el hombro y levantándolo en el aire. Se quedó colgado allí, indefenso.

--Por favor --suplicó--. Sólo quería servirle. Estábamos en el pub. Estábamos bebiendo, cuando lo vimos en la tele. Supimos que era él, que era Lucifer. Dave dijo que venía, y queríamos servirle. Sólo

queríamos limpiar la Tierra de escoria negra para él.

–¿Quién más estaba contigo?

–Dave... Dave y Bazza.

Ella volvió a dejarlo en el suelo.

–Bien. Lucifer estará complacido con vosotros. Ahora, dime sus direcciones.

Le costó casi diez minutos darle las direcciones, y más de una vez ella tuvo que impedir que se desmayara.

Una vez acabó, Magdiel volvió a su forma mortal. Los ojos de él se abrieron de par en par.

–Eres... Eres paqu...

–Si, es verdad, soy paquistaní, o al menos mi padre lo era.

Irónico, ¿no? Logras invocar a un demonio de verdad y resulta que es de color. Mala suerte. Por lo menos, las cosas no pueden ponerse peor de lo que están, ¿no?

–¿N... n... no? --tartamudeó él.

–No, porque vas a morir. Por blasfemar sobre el nombre de Lucifer, yo tomo tu vida.

Con esto, dio un paso al frente e hizo bajar su mano sobre el pecho y el estómago de él con un rápido movimiento cortante. Gareth gritó y se llevó las manos instintivamente al vientre. Se encontró con la humedad de sus entrañas mientras se le salían por el tajo en el torso. Las miró fijamente durante algunos instantes, con los ojos abiertos como platos de la incredulidad, y luego cayó de cara y se quedó inmóvil.

Magdiel no esperó a ver lo que le pasaba a su alma.

Francamente, no le importaba. Ahora ya podía sufrir el mismo miedo y la confusión que había pasado ese pobre muchacho.

Bazza resultó ser un tipo gordinflón con una camiseta sucia y una interesante selección de tatuajes. Maldecía profusamente mientras pulsaba una y otra vez el interruptor de la luz que había junto a su puerta principal. Las luces del apartamento se negaban testarudamente a encenderse.

Aún maldiciendo, se abrió paso hasta el salón, tanteando en busca del teléfono. Sólo cuando su mano tocó algo liso, muy frío y con forma de brazo, notó los ojos de fuego que lo miraban fijamente.

Mientras gritaba sorprendido, un golpe en la cara lo envió

tambaleándose contra el sofá, que se rompió bajo su peso. Cuando apoyó las manos para levantarse, notó que la tela estaba mohosa y la madera podrida. Entonces se dejó llevar por el pánico e intentó huir. Sintió un leve toque en la pierna. Ésta se rompió bajo él y le hizo caer al suelo, sollozando de dolor.

–¿Es esto lo que querías cuando llamaste a Lucifer anoche? –le susurró al oído una voz sobrenatural.

–No... no... no... –gimoteó–. Mierda, mierda.

–Lucifer está ocupado, pero me ha mandado a verte. ¿Sabes quién soy?

–El Diablo... Eres el Diablo.

–No, soy un ángel de la muerte, y vengo a por ti.

Su única respuesta fue un sollozo desgarrado.

–Si me dices lo que quiero saber, tu muerte será rápida y sin dolor. Si me niegas eso, torturaré tu alma hasta el fin del mundo.

¿Está claro?

Magdiel interpretó el lloriqueo ininteligible como un sí.

Dave era bastante más interesante. Para empezar, vivía en una zona de Bethnal Green que claramente atraía a gente acomodada. El bloque de apartamentos tenía una excelente vista de Román Road y Victoria Park.

Decidió acercarse a él primero como Anila. Los problemas que había tenido para sacarle información a Bazza antes de matarlo le habían sugerido que posiblemente ésa fuera una forma más beneficiosa de presentarse. El terror abyecto hacía que a los mortales les costara hablar. Cuando le abrió la puerta, resultó ser un hombre alto y atractivo de unos treinta años. Vestía una camisa elegante y tenía una barba bien arreglada.

–¿Puedo ayudarla? –preguntó algo sorprendido.

–Quiero hablar con usted de lo que pasó anoche.

–¿A qué se refiere? –preguntó, en tono defensivo.

–Ya he hablado con Gareth y Bazza.

–Ah, entonces vale. Mejor pase.

La hizo pasar a una habitación de buen tamaño, amueblada con un estilo claramente minimalista. Tenía un tresillo de cuero negro dispuesto en el centro de la habitación, un televisor de pantalla plana contra una pared, una estantería gruñendo bajo el peso de decenas de

libros antiguos y poco más.

–Bienvenida a mi humilde morada –dijo–. Ahora no me va a desilusionar diciéndome que es periodista o policía o algo parecido, ¿no?

–No, no lo soy –replicó Magdiel, con un toque de diversión en la voz.

–Ya veo. Entonces, ¿quién es?

–Tú llamaste, yo vine.

Él miró por la ventana durante unos instantes. Magdiel, regocijándose en su evidente incomodidad, se sentó y esperó. Tenía tiempo suficiente, y él no tenía posibilidad de escape. Ni el suicidio podría salvarlo de ella.

–¿Cree que el hecho de que yo pudiera motivar tan fácilmente a unas personas para matar dice algo de este mundo?

Magdiel se limitó a reírse.

–Estaban tan ansiosos de encontrar cualquier excusa para sus creencias... ya sabe. Estaban descontentos con lo que les había tocado en la vida y necesitaban alguien a quien cargar con las culpas. Alguien que no fuera uno de ellos. Un color de piel distinto es suficiente, pero estoy seguro de que eso ya lo sabe usted. Algunas personas usan la religión como una excusa para matar, y otras usan el color de la piel. Mezcla las dos y tendrás una poderosa combinación.

Se volvió para mirarla a la cara, y el miedo en sus ojos traicionó la postura confiada de su cuerpo.

–¿He hecho bien, mi señora?

Magdiel hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

–Dime, David, ¿qué buscabas con esto? Éste es un buen apartamento, claramente eres un hombre acomodado. ¿Por qué ensuciarte las manos con esto?

David la miró intrigado.

–Para vuestra mayor gloria, por supuesto.

–Tonterías. No me mientas. Ningún mortal hace nada para mayor gloria de uno de nosotros.

Mientras hablaba, Magdiel fue dejando que su forma demoníaca saliera a la superficie una vez más. Dave inicialmente retrocedió horrorizado ante la transformación, y luego su expresión cambió a algo parecido a la fascinación. Un sonido extraño, estrangulado, escapó de su garganta y lentamente se convirtió en risa. Un torrente de lágrimas le corría por la cara mientras se apoyaba en las rodillas.

Magdiel se alzó y bajó la vista para mirarlo. Aquella no era la

respuesta que esperaba.

–Te dije que hablaras hombrecillo. Dime por qué mataste anoche. Dime qué esperabas ganar.

Dave la estaba mirando con una mezcla de terror y adoración. El poder de su fe la atravesó e hizo que cada parte de su espíritu se sintiera viva, igual que hacer el amor con el esposo de Anila la noche anterior había hecho que su cuerpo prestado se sintiera más vital. Se sentía expandirse a medida que el poder de la creencia del hombre permitía crecer a su verdadero yo, hasta que el pleno poder de su forma demoníaca se elevó sobre él.

Dave se postró y empezó a hablar:

–Yo... Yo al principio lo hice por el poder. Tenía dinero pero necesitaba algo más. Algo que me hiciera sentirme fuerte y poderoso, algo que me mostrara que tenía el poder de la vida o la muerte sobre los demás. Necesitaba gente con la que trabajar. No me llevó mucho darme cuenta de que la gente estaba esperando cualquier excusa para actuar siguiendo su odio. Se ve todas las noches en los informativos: violencia religiosa. El problema es que el cristianismo ya no sirve. Ya sólo motiva a la gente a convertirse en idiotas felices y risueños. Entonces di en el clavo: encontrar a los racistas e inseguros y convencerlos de que podían conseguir poder matando.

Magdiel se preguntó por qué se habría detenido, y entonces se dio cuenta con un respingo de que estaba esperando algún tipo de afirmación de ella.

–Un pensamiento inteligente. Sigue, por favor, David.

–Dimos unas cuantas palizas, matamos a un tipo, pero seguía sin funcionar. Seguía teniendo ese agujero dentro de mí que quería llenar. Y entonces lo vi, ayer en la tele. De repente me di cuenta, en lo más profundo de mi alma, de que tenía razón. Había elegido el lado ganador. Y ahora... vos. Oh, mi señora, os miro en vuestra gloria y sé que mi vida está llena.

La parte de Magdiel que jugaba a ser Anila quería reírse. Aquel hombre era patético, y buscaba desesperadamente algo que diera significado a su vida vacía. Había matado por placer, para sentirse mejor, y ni siquiera tenía el buen sentido de estar horrorizado cuando un demonio se alzaba ante él. Pero a ella no la habían adorado así desde antes de la Caída, y podía sentir el poder de su creencia fluyendo por ella. Todos sus sentidos vibraban como si la electricidad recorriera su cuerpo, convirtiendo cada movimiento y cada gesto en un pequeño éxtasis. Por primera vez en milenios ardía con el poder de la

creencia, y no quería que se acabara.

--¿Estás dispuesto a servirme, David?

Él asintió con una disposición casi abrumadora.

--Entonces trae un cuchillo y algunas velas.

Él hizo lo que le había dicho. Cogió un cuchillo afilado de la cocina y dos cirios del dormitorio.

--Bien --dijo ella cogiendo el cuchillo--. Ahora enciende las velas, quítate la camisa y arrodíllate entre ellas.

Una vez más obedeció, y un le ve temblor traicionó la mezcla de miedo y excitación que sentía. Una vez que estuvo en posición, Magdiel se situó tras él.

--¿Temes a la muerte, David?

--No --dijo él.

Ella rió. Era un sonido seco y gélido que hizo temblar al hombre.

--Pon los brazos en las llamas, David.

--¿Señor?

--¡Señora! Y haz lo que digo.

Con reticencia, extendió los brazos y los dejó flotar sobre las llamas de las velas. El olor del pelo ardiendo llenó la habitación, seguido por un matiz de carne quemada. David apretaba los dientes y las lágrimas fluían lentamente de unos ojos que estaban cerrados con fuerza.

Magdiel se mantuvo en silencio, y tras algunos minutos David gritó de repente y apartó los brazos de las llamas de las velas. Ella le puso el cuchillo en la garganta tan rápido que David apenas tuvo tiempo de darse cuenta de lo que pasaba. Jadeó, y luego contuvo la respiración para que su cuello no presionara contra el filo del cuchillo. Entonces sintió la presión de las garras afiladas como cuchillas de ella contra su espalda.

--¿Temes ahora a la muerte? --susurró ella.

--Sí, sí, la temo --contestó, moviéndose tan poco como pudo.

--¿Comprendes que la muerte no ha de administrarse con ligereza, sino sólo cuando es necesaria? ¿Que es una misión sagrada y no un simple placer?

--Sí.

--Entonces --dijo ella, retirando el cuchillo y apartándose-- puedes servirme. Vuélvete y mírame.

Mientras él se giraba, Magdiel se echó hacia delante y aferró su rostro con ambas manos. Él sintió que su cuerpo se llenaba con algo más grande que sí mismo, algo que lo hizo sentirse pequeño e

insignificante por un momento. Entonces, cuando se retiró, lo dejó sintiéndose más fuerte, más confiado, con más control del que había tenido antes.

–¿Qué ha pasado?

–Te he dado el poder sobre otras personas que tanto deseabas.

–Ya veo. –Luchó durante un instante por encontrar las palabras adecuadas–. Gracias.

Con el ritual completado, ambos se sentaron en silencio, deleitándose en el vínculo que Magdiel había forjado entre ellos.

Súbitamente, los ojos de Magdiel se abrieron.

–Oh, no –susurró.

David se puso en pie de un salto.

–¿Algún problema, mi señora? ¿Os he ofendido?

Ella negó con la cabeza.

–No. Alguien ha pronunciado mi nombre, me ha llamado. Dijeron que había demostrado estar preparada y que debía acudir a ellos.

–¿Mi señora?

–He de irme. Espera mi retorno.

Magdiel sintió como la excitación de la adoración de Dave moría al salir ella del apartamento. No tenía la fuerza duradera del amor de Tony, no era más que algo pasajero. De repente tuvo miedo. Puede que nunca volviera a ver a Tony. Se había enfrentado al otro demonio de Londres (o a sus esclavos, al menos) sólo una vez antes, y apenas había conseguido escapar. Esta vez podía no tener tanta suerte.

Magdiel se encontraba en una zona desierta de Victoria Park, esperando. Sabía que el otro era consciente de dónde estaba ella. Si la quería, podía volver a ella. Incluso así, se sorprendió cuando llegaron tres personas, cada una desde una dirección diferente. Podía sentir la presencia dentro de ellos, pero se quedó y esperó. Huir no tenía sentido. Ya la había encontrado en dos ocasiones. Seguramente podía hacerlo de nuevo.

En vez de irse, Magdiel ojeó al trío que se aproximaba. Todos ellos tenían el característico aire distraído que había visto en las marionetas demoníacas en el pasado. Uno era un chico pequeño, posiblemente ni siquiera adolescente. Frente a ella había una mujer de unos treinta, vestida con un traje elegante, zapatos de tacón y una chaqueta, con el tipo de cuerpo y rostro firme y elástico que hablaba

de demasiado tiempo en el gimnasio e insuficiente ejercicio en el resto de su vida. A su derecha había un joven desgarrado, con algunas marcas de acné, el pelo rubio arena y vestido con una cazadora marrón y vaqueros. No estaba rodeada, pero se encontraban lo bastante cerca de ella para hacer que una salida inmediata fuera difícil.

Los tres hablaron al unísono.

--Magdiel.

--¿Qué quieres de mí esta vez? --preguntó ella--. Eres tú, ¿no?

--Sí, lo soy. Quiero que me sirvas. Yo puedo protegerte de las cosas del Infierno que aún demandan tu servicio --dijo la mujer--. Lo sabes. Pensé que serías más receptiva ante mi oferta ahora que has visto las consecuencias de la pequeña estratagema de Lucifer.

--Pensaba que los cultos eran más cosa tuya que de Lucifer -- contestó ella, observando a los tres con cautela.

--Oh, eso no ha tenido nada que ver conmigo, por mucho que me hubiera gustado que sí --dijo el niño, negando con la cabeza--. Los humanos son bastante capaces de matarse los unos a los otros sin mi intervención. Lucifer sólo les proporcionó una excusa.

--¿Cómo infiernos supieron que era él?

--Oh, bueno, puede que yo les diera un pequeño empujoncito en dicha dirección --dijo el joven desgarrado, mirándola por primera vez desde que habían llegado--. Una vez que vieron el ángel iban a hacerlo de todos modos, pero yo quería asegurarme de que captaran tu atención. Considéralo una lección gratuita sobre las necesidades de la humanidad.

--¿Sus necesidades?

--No juegues conmigo, Magdiel de la Casa de la Noche Final. Sé lo que has visto y hecho hoy. Has visto que dentro de ellos tienen una necesidad de creer, de algo que adorar.

--Eso dices tú. Y sin embargo esta mañana, menos de un día después de que Lucifer se mostrara, ya lo están rechazando.

--Sí, un montaje. Una alucinación...

--Efectos especiales.

Los tres quedaron en silencio durante un momento. Entonces habló el niño:

--Sí, un efecto especial. Están bien entrenados para rechazar todo aquello que insinúe un mundo más allá de éste.

Los tres se sentaron al unísono. La mujer le indicó con un gesto a Magdiel que hiciera lo mismo. Magdiel la ignoró.

–¿Entrenados por quién? ¿Quién tiene el poder? ¿Dios? –Un matiz de ira se coló en la voz de Magdiel—. Los creó para que lo adoraran, y se guardó ese pequeño privilegio sólo para él. ¿Qué motivo tendría para negárselo a sí mismo?

–Él no fue –dijo el joven desgarrado—. Fue Lucifer.

Magdiel se rió, incómoda.

–Estás mintiendo. Lucifer lo dio todo para que pudiéramos ser adorados por la humanidad. ¿Por qué destruiría esa esperanza?

Los tres volvieron a ponerse de pie y se situaron en fila.

–Míralos –dijo la mujer—. No los estoy obligando a hacer nada. Ellos vinieron a mí. Ellos se entregaron a mí porque yo les di algo en lo que creer, un propósito a su vida. Gente a la que adorar, gente a la que odiar. Lo has visto. Viste gente que quería creer en Lucifer cuando apareció. Viste a ese hombre cuando te revelaste a él, lo contento que se puso.

Magdiel pensó en la emoción en el rostro de David cuando le había mostrado su verdadera forma. Pensó en el placer que la había consumido cuando por fin recibió la adoración por la que se había rebelado contra Dios. Miró a las tres marionetas que había delante de ella. ¿Era de éxtasis la mirada de sus ojos? ¿Participaban en eso de forma realmente voluntaria? ¿Era en aquello en lo que se convertiría David?

–Lucifer ha enloquecido, Magdiel. Fue desterrado de la presencia de Dios, apartado por los ángeles y separado de nosotros. La humanidad aprendió que era el mal a los pies de Dios. Se lo conoce por un millar de nombres en el mundo y cada uno de ellos significa sufrimiento, odio y dolor.

Las imágenes de Los Ángeles pasaron por la mente de Magdiel: el terremoto, el sufrimiento, los disturbios y los moribundos. ¿Obra de Lucifer?

–Sí, Magdiel, fue obra suya. ¿Por qué crees que se apareció allí? Su existencia está dedicada a la venganza: contra Dios por rechazarlo, contra la humanidad por odiarlo y contra nosotros por fallarle. Ha pasado milenios haciendo todo lo posible por apartar a la humanidad de nosotros, a la vez que causaba sufrimiento en sus vidas. Por él Dios ha abandonado al mundo, igual que el mundo ha abandonado a Dios. Somos lo único que queda. Únete a mí, Magdiel. Ayúdame a darle a la humanidad de nuevo la fe que necesita. Ayúdame a hacer que la humanidad nos adore. ¿No fue por eso por lo que luchamos y sufrimos?

Magdiel dio la espalda al coro de éxtasis en que se habían convertido las tres marionetas. No podía pensar con claridad. Parecía todo lo que siempre había querido, una respuesta a una eternidad de añoranza. Pero algo le parecía mal. La adoración de David la había hecho sentirse bien, pero había pasado muy pronto. No la había hecho sentirse realmente amada y adorada, como hacía Tony. Era egoísta, no desinteresada.

--¿Y qué si me niego? --preguntó, tratando de ganar tiempo para pensar.

--Ya sabes la respuesta a eso.

Magdiel sintió un repentino escalofrío. Se dio la vuelta para encontrarse con que los tres se habían acercado a ella.

--Sí, lo sé --espetó--. Destruirás este cuerpo y me devolverás al Infierno. Me destruirás como hiciste con los otros.

--No, no lo haré --dijo la mujer--. No me hace falta. Los demás eran una amenaza para mí. ¿Tú? Tú no eres más que un Verdugo, un miembro de la última y menor de las casas. Sabes que eso es cierto, y te da miedo. Me temes, temes lo que pueda significar el retorno de Lucifer y, lo peor de todo, lo que eres en realidad. Mírate, aún tratando de ocultarte detrás de la vida de esa chica. Es una charada patética, y eso lo sabes en tu interior.

Magdiel dio un paso atrás, tratando de huir de aquellas palabras.

--No es cierto --susurró ella, casi inaudible--. Me gusta vivir esta vida. Amo a mi esposo.

--Tú no amas a ese insignificante animal. Y él no te ama realmente. Ama a la mujer cuya patética alma aplastaste y cuyo cuerpo usurpaste. Sería mejor que le dejaras llorar a su esposa, ahora que la has matado. Por supuesto, no comprendes eso. ¿O sí? Puedes llevar la muerte a la gente, pero no tienes una verdadera comprensión de ella. Ni siquiera puedes reconfortar a un fantasma y darle su descanso final.

La voz cambió, viniendo ahora del niño pequeño que había a su izquierda.

--Es nuestra herramienta más poderosa, Magdiel. La gente tiene tanto miedo de la muerte que creará en cualquier cosa que la libere de ese miedo. Tú los liberas de ese miedo y les das poder. Tú acabas con el dolor que los ha perseguido desde que Dios revocó su inmortalidad.

La mujer continuó el discurso.

--Renuncia, Magdiel. Renuncia a esa vida. Renuncia a esta

charada de humanidad. Recuerda quién y qué eres realmente. Eres un demonio, la hija del Infierno. Fuiste hecha para gobernar y matar. Ya has empezado ese camino. Ahora es el momento de convertirte en mi ángel de la muerte. Juntos les daremos la esperanza que Lucifer les quitó.

–¡Ya basta! ¡Deja de blasfemar en su nombre! –gritó Magdiel, y liberó su furia. Esa parte de ella que era Anila fue echada a un lado, contenta de ver que las voces que insultaban a su marido eran silenciadas, y Magdiel la Verdugo gritó al mundo su furia y su dolor. Sus ojos relucieron con fuego, sus garras salieron y sus alas se desplegaron. Se alzó en el aire, aullando.

Los tres anfitriones del demonio dieron un involuntario paso atrás, y su repentino miedo superó al control de la antigua criatura. El chico se dio la vuelta para salir corriendo, pero no fue lo bastante rápido. Magdiel cayó sobre él y le arrancó la cabeza del cuerpo con un movimiento limpio. El cuerpo decapitado cayó al suelo, derramando sangre por los restos destrozados del cuello.

Magdiel, perdida en el odio y el dolor, se volvió contra el otro hombre, echando fuego por los ojos. Él se quedó allí plantado, inmóvil mientras ella le clavaba las garras y tres rápidos golpes reducían su cuerpo a trozos sanguinolentos.

La mujer observaba, quieta y calmada mientras sus compañeros morían. Cuando Magdiel se volvió hacia ella, empezó a caminar hacia la Verdugo con los brazos abiertos.

–Dame la muerte, Verdugo –susurró–. Doy mi vida para que puedas saber lo que eres en realidad.

Magdiel comenzó a avanzar y se detuvo. Miró a la mujer que estaba delante de ella, ahora arrodillada y extendiendo los brazos en un gesto de súplica.

–¿Por qué? –preguntó Magdiel–. ¿Por qué quieres morir?

La mujer pareció momentáneamente confundida y luego asumió una expresión vidriosa de control.

–Porque él lo desea. Él cuidará de mi alma.

Magdiel bajó la mirada con expresión triste. Quienquiera que fuera aquel ser, no comprendía lo que significaba la muerte para los demonios de la Casa de la Noche Final.

–Me rebelé para salvar a gente como tú del dolor de la muerte, para explicaros por qué las cosas debían perecer. Nunca quise esto. Nunca quise que la gente suplicara pidiendo mi toque. –El fuego de sus ojos adquirió una tonalidad triste, azulada–. Declino tu oferta de

servicio --continuó Magdiel--. Hay gente que me preocupa en este mundo y no quiero que se conviertan en patéticos adictos como esta mujer. Puede que necesitemos llevar alivio a la humanidad, pero no así. Éste no es el amor verdadero de la humanidad que buscábamos, sólo el amor al poder que podemos darles. Destrúyeme si quieres. No formaré parte de esto.

Entonces Magdiel acarició un lado de la cabeza de la mujer, con tanta ternura como acariciaba a su marido.

--Lo siento, pero realmente estarás mejor muerta.
Sólo hizo falta un golpe.

Magdiel, una vez más como Anila, llamó a la puerta y esperó. Tras unos momentos se abrió, y Dave la miró con alegría.

--¡Mi señora! Pasad, pasad.

Se dejó conducir al interior del apartamento, rechazando las expresiones de preocupación de él, y vagó hasta la ventana con su vista de Román Road. Observó a la gente que iba y venía abajo y pensó en lo pequeños que eran, en la facilidad con que sus necesidades personales y sus deseos les llevaban a hacer cosas autodestructivas. Pensó en lo fácil que era aprovecharse de eso.

--Ven a mí, David. Ven y arrodíllate, aquí.

--Por supuesto --dijo, y se apresuró a obedecer.

--¿Deseas servirme con todas tus fuerzas, no? --preguntó, incapaz de apartar la tristeza de su voz.

Él la miró, intrigado.

--Por supuesto, vos habéis llenado el vacío que siempre había habido en mi interior.

Magdiel suspiró.

--Por supuesto que sí. --Se arrodilló también, de forma que su rostro quedaba a la misma altura que el de él--. David, has hecho algunas cosas terribles. No puedo aprobarlas, pero tampoco estoy en posición de criticarlas. He hecho cosas que te resultarían inconcebibles, incluso en tus sueños más oscuros. No obstante, te he hecho algo que me resulta peligroso. No puedo permitir que eso continúe. Podría disfrutarlo demasiado. Lo siento, David, pero esto es un adiós.

Alargó la mano y le acarició la cara con dulzura, y luego se inclinó para besarla brevemente. Mientras se separaba, empezó a salmodiar

por lo bajo. David la miró intrigado, y luego asustado cuando sintió que su cuerpo empezaba a cambiar.

Magdiel observó con tristeza como su pelo encanecía. Una telaraña de finas líneas se extendió por su piel, que lentamente fue perdiendo flexibilidad a medida que las líneas se convertían en surcos y luego en arrugas. Tras algunos momentos, su cuerpo ahora envejecido perdió la fuerza para mantenerse arrodillado y cayó hacia delante. Mientras se desplomaba, su cabeza, ahora poco más que un cráneo, se separó y se quedó en las manos de ella. Ella la vio desmoronarse, hasta que los restos polvorientos cayeron entre sus dedos.

Magdiel se levantó, se sacudió el polvo y se dirigió hacia la puerta. Cuando pasó junto a la mesa del recibidor, se detuvo un momento y cogió las llaves de él. No se podía permitir tener un esclavo, pero no tenía sentido desperdiciar una residencia potencialmente útil.

Permaneció fuera del adosado en Leytonstone durante sus buenos cinco minutos antes de decidirse a entrar. La luz estaba encendida. Tony estaba en casa. La necesidad de aceptación por parte de los humanos, no, de adoración, ardía en su interior tan fuerte como siempre. ¿Podría realmente aceptarla en términos fuera de su control? ¿Sería suficiente el amor humano, o buscaría ella siempre también su adoración? ¿Durante cuánto tiempo podría ocultar su verdadera naturaleza al hombre que le gustaba considerar su marido?

Apartó las preguntas. Tendría tiempo de preocuparse por ellas más tarde. Renunciar a David había sido bastante duro. Escondarse en la vida de Anila un poco más, enroscada en los amantes brazos de su marido, podría aliviar esa necesidad por un tiempo. Quería volver a sentir su amor, perderse en las sensaciones del sexo, con la esperanza de olvidar la creencia de David.

¿Y después? Bueno, tenía bastante tiempo para pensárselo. Era Elohim, a fin de cuentas. Ella estaría allí cuando el mundo se acabara. El futuro podría cuidarse a sí mismo durante algún tiempo. Sus preguntas para Lucifer podían esperar.

Ahora necesitaba descansar. Respirando hondo, puso la llave en la cerradura y abrió la puerta.

FIN